

CUADER
NOS DE
ARAGÓN

70

Eugenio Láscaris-Comneno: el aragonés que pretendió el trono de Grecia

Carlos Sancho Domingo

La versión original y completa de esta obra debe consultarse en:
<https://ifc.dpz.es/publicaciones/ebooks/id/3643>



Esta obra está sujeta a la licencia CC BY-NC-ND 4.0 Internacional de Creative Commons que determina lo siguiente:

- **BY (Reconocimiento):** Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- **NC (No comercial):** La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.
- **ND (Sin obras derivadas):** La autorización para explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.

Para ver una copia de esta licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

CUADER
NOS DE
ARAGÓN

70

Eugenio Láscaris-Comneno: el aragonés que pretendió el trono de Grecia

Carlos Sancho Domingo



Institución Fernando el Católico
Excma. Diputación de Zaragoza

Zaragoza, 2017

Primera edición, 2017

Publicación número 3583
de la Institución Fernando el Católico
Organismo autónomo de la Excma. Diputación de Zaragoza
Plaza de España, 2, 50071 Zaragoza (España)
Tels. [34] 976 288 878 / 976 288 879
ifc@dpz.es
<http://ifc.dpz.es>



Diseño gráfico
Víctor M. Lahuerta

Preimpresión:
Lettera

Impresión:
Huella Digital, S.L.

ISSN: 0590-1626

ISBN:978-84-9911-465-1

D.L.: Z 1678-2017

© de los textos y fotografías, sus autores
© del diseño gráfico, Víctor M. Lahuerta. Zaragoza, 2017
© De la presente edición, Institución Fernando el Católico. Zaragoza, 2017

Impreso en España - Unión Europea / Printed in Spain - European Union

A Asunción, Pepe, Pilar y José; a Ascensión y Emilio.

Y para Ara.

«Conócete a ti mismo»

LÁSCARIS-COMNENO, Eugenio, *Caligrafía griega y bizantina*,
Madrid, [el autor], 1943, p. XV

«Si soy yo el héroe de mi propia vida o si otro
cualquiera me reemplazará, lo dirán estas páginas»

DICKENS, Charles, *David Copperfield*, Madrid, Espasa Calpe, 1999, p. 5

«Y de esta inigualable campaña panhelénica, / la victoriosa, la
enceguedora, / la renombrada, la glorificada / como jamás
ninguna alcanzó gloria, / la sin igual: nosotros procedemos;
/ un nuevo mundo helénico, grandioso»

CAVAFIS, Constantino P., «En el 200 a.C.» (en CAVAFIS, C. P., *Poesía completa*,
Madrid, Visor Libros, 2003, p. 195)

«De todo el esplendor con que vestías / tus ensueños
de gloria o de quimera / nada subsiste que evocarse
pueda: / la torpe muerte lo destruye todo...»

LANA-DÍAZ, José María, «En la muerte de un amigo. A la dulce memoria del
Príncipe Eugenio Láscaris Comneno, hombre bueno y sabio» (en CASTRO,
Norberto de, *Eugenio II, un príncipe de Byzancio*, Madrid, Prensa y
Ediciones Iberoamericanas, 1989, p. 44)

Prólogo

Individuo y crisis. En torno a Eugenio Láscaris-Comneno

En su última investigación la ejemplar historiadora Margaret MacMillan nos invita a reflexionar —en una constante del debate siempre intenso del oficio del historiador— sobre la relación entre individuo e historia, así como en torno al alcance del estudio de los personajes en cuanto a la aproximación científica al conocimiento del pasado¹. Resulta obvio que la trascendencia, mayor o menor, del individuo dentro de un proceso histórico —y por ende, del rastro que cimenta en la memoria colectiva— es diferente o dispar, en función de una serie de variables que incluyen —en lo básico— tanto los rasgos del propio personaje (liderazgo, persuasión, inteligencia, psicología, proyección o perfil intelectual, entre otros) como del espacio y tiempo social, cultural y político donde se desenvuelve su existencia. En todo caso, y más allá de ese factor calificado como de relevancia, una de las claves de la biografía estriba en la capacidad que ofrece para entender la relación entre individuos y sociedades, de poder penetrar mejor en una época sabiendo que, aun cuando no llegue a explicarla o a ser su reflejo completo, sí, en cambio, ayudará a iluminarla.

Partiendo de tales planteamientos historiográficos y preocupaciones epistemológicas, el historiador de la Universidad de Zaragoza, Carlos Sancho Domingo, aborda el estudio de Eugenio Lascorz Labastida (1886-1962), siendo rigurosos, Eugenio Láscaris-Comneno, pues ésta sería la identidad por él asumida y construida. Un procurador y abogado zaragozano, cómodamente instalado y considerado en la sociedad aragonesa de la época, que —en un momento preciso— pasó a convertirse en aspirante al trono de Grecia, en una reclamación legitimista como representante y heredero que se consideraba de la dinástica casa Láscaris.

1 MACMILLAN, Margaret, *Las personas de la historia. Sobre la persuasión y el arte del liderazgo*, Madrid, Turner, 2017.

Analizar ese personaje, en sí mismo complejo y desconcertante, escapando de alabanzas y recriminaciones (pues hubo de todo), y situado en un mundo también de complejidades y horizontes inciertos², sólo podía llegar a buen puerto a través de la calidad investigadora que formulada con rigor científico y honestidad intelectual exhibe con un notable acierto Carlos Sancho. Su obra retrata el orden metodológico y teórico empleado, combinado con una aproximación crítica a unas fuentes históricas —ricas, diversas, sugerentes— consultadas exhaustivamente —con precisión casi artesana— en múltiples archivos —públicos y privados—, capaces de permitirnos rastrear al personaje en su contexto. Ayudándose, asimismo, del empleo de un gran aparato bibliográfico para dar curso a un relato escrupuloso —bien escrito, rico en su vocabulario—, que se instala en la dimensión crítica y de la autocrítica.

Dos son las ópticas —complementarias, pero desiguales— que en lo fundamental nos permite abordar la figura de Eugenio Láscaris. Carlos Sancho conoce ambas, y sabiendo elegir acertadamente entre las dos, logra obtener el máximo rendimiento a su investigación manifestando —siempre— una coherencia basada en su capacidad de entender y explicar la relación dialéctica entre personaje y sociedad.

Hay una dimensión, digamos individual, que empuja a preguntarnos por las razones de alguien que decide encarnar una empresa legitimista, poco racional, de difícil cumplimiento, por no decir imposible. Intentar penetrar en el proceso decisorio de una persona que renuncia a una vida sin mayores agitaciones por un sueño imperial. ¿Qué factores vitales le empujaron a recomponer su identidad en aras de la reclamación dinástica? Obviamente, y desde este enfoque, podría haber estado tentado de ver a Eugenio Láscaris en su dimensión de *falsario*, de alguien que recrea y altera una propia identidad —individual y familiar—, con un propósito deliberado. La polémica *Hidalguía* —así citada por Carlos Sancho—, a partir de 1954 sobre la desacreditación del cambio de identidad legal operado por Láscaris, da cuenta de ello. Pero, francamente, y como reconoce el autor, tal enfoque empequeñece la naturaleza y alcance del estudio. No corresponde al historiador emitir juicios sobre personajes y hechos del pasado; por el contrario, sí le compete la tarea de entenderlos, comprenderlos e interpretarlos.

La segunda óptica —más relevante— entiende a Eugenio Láscaris como sujeto del tiempo que le tocó vivir, reflejo de los cambios, transformaciones, con-

2 GERWARTH, Robert, *Los vencidos. Por qué la Primera Guerra Mundial no concluyó del todo (1917-1923)*, Barcelona, Galaxia-Gutenberg, 2017.

tinuidades y evoluciones de la sociedad de su época, y del papel que pudo jugar. A través de esta segunda atalaya, las interpretaciones y conclusiones alcanzan mayor impacto historiográfico.

Sin entrar en otras valoraciones —iluso, estrafalario, soñador—, admitamos, sin duda, cómo Eugenio Láscaris —o su entorno próximo— quiso leer e interpretar las vicisitudes políticas de aquellos años en Grecia, muchas y complejas, para —situándose dentro de ellas— aprovechar las coyunturas ofrecidas del país balcánico a la hora de plantear la reclamación legitimista monárquica de la casa de los Láscaris. No sólo eso. En su empeño, este abogado y versado zaragozano hizo uso activo de los medios de comunicación, de la prensa escrita, así como de unos espacios de sociabilidad. Algunos factores —por sorprendentes que fueran— debían contribuir a su reclamación. En especial, el hecho de que la dinastía por él representada, los Láscaris, era, por así decirlo, la única autóctona griega, frente a las sucedidas en el país, ya fuera, primero, con la de Wittelsbach y, después, con la casa de Glücksburg. Y el momento de mayor reconocimiento para Láscaris, la reunión en octubre de 1935, con la delegación griega del círculo de exiliados en Europa enviada por el general Nikolaos Plastiras.

Posiblemente el término que mejor retrate a Eugenio Láscaris —o sirva más apropiadamente para su comprensión— sea el de crisis. Láscaris es un individuo de un tiempo histórico marcado por la crisis (española, griega, europea, internacional), que recorre desde la inmediata primera posguerra mundial para adentrarse en la década de los años treinta. Sólo en los contextos de crisis y ofreciéndose él como una posible tercera vía en Grecia, la apuesta del reclamador monárquico podía tener alguna —si acaso— posibilidad. Así sucede en 1917, 1924 o 1935. En cambio, cualquier opción se trunca cuando la estabilidad y el orden se imponían en Atenas. El inicio de la Guerra Fría sería determinante. Sorprende, en todo caso, que Láscaris insistiera en un proyecto personal y dinástico sin gozar de vínculos directos dentro del país, y careciendo, asimismo, de un sólido respaldo internacional, más aún cuando —como sucede con Grecia— el país balcánico vivía sometido a la influencia —casi protectorado— de las grandes potencias europeas, en especial de Gran Bretaña, cuyos intereses estratégicos en el Mediterráneo oriental nadie ocultaba. Es más, hasta donde sabemos, la propia diplomacia española ignoraba sus proyectos, sin existir relación con el Ministerio de Estado.

Algunas acotaciones finales. El libro nos permite descubrir —sobre lo ya publicado— nuevas facetas del personaje; pero mientras se cierran certezas,

otras preguntas y problemáticas aparecen. Hombre de orden, conservador, vinculado al tradicionalismo carlista, la suerte —infortunio— de Láscaris parece, curiosamente, condicionada a los conflictos internos de las *familias franquistas*. Y no menos curiosa es la trayectoria de sus hijos Teodoro y Constantino, que huidos de España, acabaron siendo referentes científicos en América Latina.

Conocí a Carlos Sancho Domingo hace tres años en el Máster de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Madrid. Ya entonces me habló de una investigación convertida —ahora— en esta espléndida monografía. Supe también —y me avala una larga experiencia académica— que ante mí estaba un investigador potente, capaz. Otra realidad confirmada. Queda, por último, agradecer expresamente a la Institución Fernando el Católico, y a la Diputación de Zaragoza, el acierto al publicar este libro que nos acerca a un aragonés en su personal *viaje a Ítaca*.

PEDRO A. MARTÍNEZ LILLO
Universidad Autónoma de Madrid
Cátedra de Estudios Iberoamericanos *Jesús de Polanco*

Prefacio

El origen de esta publicación es el Trabajo Fin de Máster en Historia Contemporánea por la Universidad de Zaragoza que, bajo el título *Eugenio Láscaris-Comneno (1886-1962): un procurador zaragozano pretendiente al trono de Grecia*, defendí el 18 de diciembre de 2015 ante el tribunal formado por los profesores Miguel Ángel Ruiz Carnicer, Gonzalo Pasamar Alzuria y Ángela Cenaarro Lagunas. Además de agradecer las sugerencias formuladas por dicho tribunal, algunas de las cuales he incorporado al presente texto, debo extender mi reconocimiento de manera muy especial a quienes a lo largo de varios meses guiaron mi investigación: Pedro A. Martínez Lillo, profesor de la Universidad Autónoma de Madrid, quien fue mi tutor principal, e Ignacio Peiró Martín, cotutor y profesor de la Universidad de Zaragoza. El profesor Peiró facilitó, además, que el libro que el lector tiene en sus manos se hiciese realidad.

Mi deuda se extiende a otros dos profesores de la Universidad de Zaragoza: Alberto Montaner Frutos, quien realizó unos muy oportunos comentarios de última hora en torno a la leyenda de los Láscaris, y Alberto Sabio Alcutén, amigo de la infancia que me aconsejó, sabedor de mi interés por Eugenio Láscaris, perseverar en la investigación en torno a su persona. Finalmente, doy las gracias por hacer posible la presente edición a la Institución Fernando el Católico, dependiente de la Diputación Provincial de Zaragoza, y a su director y catedrático emérito de la Universidad de Zaragoza, Carlos Forcadell Álvarez.

Más allá de la academia, agradezco muy especialmente la información y atención facilitada por dos miembros de la familia Láscaris, ambos nietos de Eugenio: Ana Láscaris-Comneno Slépuhine, quien facilitó mis primeros pasos, y Eugenio Láscaris-Comneno Torres, quien me brindó, literalmente, su

tiempo y su salón para la conversación y consulta del rico archivo familiar. También estoy en deuda con todos aquéllos que en diferentes bibliotecas y archivos, públicos y privados, agilizaron mis pesquisas. A todos y todas ellas, gracias.

CARLOS SANCHO DOMINGO

Introducción

Eugenio Lascorz Labastida nació en la Zaragoza de 1886 tomando los apellidos de sus progenitores, Manuel Lascorz Serveto y Carmen Labastida Pascual. Joven estudioso, cursó Derecho en la Universidad de esa ciudad y en 1917 comenzó su ejercicio profesional como procurador. Pero desde un tiempo antes Eugenio Lascorz había decidido recoger el guante que, según él, su padre le había legado al morir. Comenzó así un proceso de cambio de identidad legal orientado al restablecimiento y reconocimiento del que decía era su verdadero apellido de varonía, Láscaris. De serle validado legalmente tal deseo, el nuevo apellido le haría descendiente por línea directa de una de las más importantes familias de la reciente nobleza griega, los Láscaris-Comneno, y de ir más allá en el tiempo, de la Casa de Láscaris, en su día regente del Imperio Bizantino. A ese proceso de cambio de identidad, cuyo premio último residía en la posibilidad de aspirar al trono de Grecia, dedicó el procurador zaragozano el resto de su vida. Su existencia fue así un continuo ir y venir entre lo personal (esposo y padre afectuoso y atento, además de persona dedicada al estudio y difusión en España de la cultura helénica y las tradiciones bizantinas), lo profesional (primero, procurador; durante la Guerra Civil, miembro de la justicia militar franquista; luego, juez de responsabilidades políticas y, finalmente, abogado) y lo político (agente activo en la sociedad de la Grecia de entreguerras, hombre volcado en la difusión pública de los que reclamaba como legítimos derechos familiares, partícipe de conspiraciones dinásticas de signo legitimista y, por encima de todo, sempiterno aspirante al trono heleno). Tan febriles trasiegos y tan ambiciosos proyectos le cobraron un alto precio: denunciado al final de sus días como un simple falsario, hubo de ver como buena parte de sus hijos optaban por marchar de España, agotados éstos por las polémicas en que la familia se había visto envuelta. El príncipe Eugenio Láscaris-Comneno, que tal reco-

nocimiento había efectivamente alcanzado, murió orillado por la historia, aunque no olvidado por ésta, en el verano madrileño de 1962.

He aquí una sucinta biografía de Eugenio Láscaris. A partir de ella he focalizado mi atención en aquellos hechos que confirieron a la vida de aquél su verdadera relevancia en tanto que aspirante al trono de los griegos: la recepción en 1906 del legado familiar de manos de su padre Manuel, el proceso de cambio de identidad legal habido entre 1917 y 1935 y por el que Eugenio mudó su Lascorz natal por el Láscaris imperial, el reconocimiento en 1924 por una parte de la diáspora helena de su condición de legítimo heredero al trono de Grecia y los manifiestos que en 1935 dirigió al pueblo griego en pos de la asunción de su legitimidad dinástica. A resultas de dicha selección, 1906 y 1935 son los años que centran, aunque no cierran, mi mirada sobre Eugenio Láscaris.

El texto que el lector tiene entre sus manos se articula de una manera bastante convencional. A esta introducción sigue un estado de la cuestión de carácter bibliográfico en el que ofrezco un repaso de lo publicado tanto por el propio Eugenio (trabajos teñidos de un profundo filobizantinismo), como por aquéllos que bien en vida de éste, bien tras su muerte, trataron su figura (a favor unos y en contra otros, pero ambos extremados en su posicionamiento). En el marco de esa crítica dirigida contra Eugenio destaca la que he denominado «polémica *Hidalguía*», que a partir del año 1954 vio la luz en las páginas de la citada revista y que consistió, fundamentalmente, en la desacreditación del cambio de identidad legal que aquél había practicado, cambio que fue tildado de fraudulento y su protagonista de falsario.

Al recordatorio de lo que sobre Eugenio se ha escrito sigue una breve reflexión teórica acerca de las nociones de identidad y memoria. La unión de ambas ofrece unas referencias susceptibles de encajar bien en el esquema aquí propuesto: la identidad como categoría para la autoconstrucción de la personalidad (tal y como Eugenio tan nítidamente ejemplifica) y la memoria individual como mecanismo a través del cual llevar a cabo los distintos procesos de cambio (dejo en buena medida de lado una memoria familiar que en el caso de los Láscaris llega hasta nuestros días y que, de ser atendida, desbordaría los límites del presente relato). A través de ese cambio Eugenio sustituyó y restituyó elementos de su pasado, o del que reclamaba como suyo, proceso mediante el cual se construyó como personaje histórico.

Tras estas reflexiones se abre el núcleo de mi aportación al conocimiento de Eugenio Láscaris. A través de distintos epígrafes voy trazando su perfil vital, siguiendo para ello el orden cronológico en el que éste se desarrolló. Atiendo así a los años de su niñez y primera juventud, marcados por el ambiente familiar y el estudio, sólo roto en 1906, al cumplir Eugenio los veinte años de edad, por la muerte de su padre y la decisión de aquél de reiniciar su existencia bajo el imperio de un bien definido proyecto vital: el cambio de su identidad legal en favor de una presunta ascendencia lascárida y la reclamación, a resultas de lo anterior, de sus derechos legítimos al trono de Grecia. La sustitución y restitución de ciertos elementos de la memoria personal y familiar de Eugenio cobró pleno sentido al coincidir en el tiempo con la crisis desatada en la dinastía reinante en Grecia, los Glucksburgo. A partir de 1917, al tiempo que Eugenio daba inicio en nuestro país al cambio legal de su identidad, todos y cada uno de los episodios de crisis dinástica, política, militar y social por los que en las siguientes cuatro décadas atravesó el país balcánico, dieron pie de una forma u otra a la intervención en ellos de Eugenio Láscaris.

En ese recorrido cronológico he insertado apartados más reflexivos y transversales con los que aquietar y profundizar en el análisis. Hablo así de la tensión existente en el interior de Eugenio Láscaris entre el sentir católico en el que se había educado y el credo ortodoxo que, como heredero de la bizantina Casa de Láscaris, se le suponía. De las redes de sociabilidad que éste creó en torno a sí como mecanismos de reverberación de sus demandas políticas. Del muy importante papel que en todo ello jugó la prensa escrita y de los distintos espacios en los que ésta intervino —en virtud de si cubría un ámbito local (Zaragoza), nacional (España) o internacional (caso de las múltiples cabeceras que en países como Grecia, Francia, Italia, Gran Bretaña o Portugal, se hicieron repetidamente eco de sus anuncios)—. O, también, de la familia como elemento constitutivo del sentir central de Eugenio (su esposa Nicasia como sostén y elemento activo de sus desvelos nobiliarios; su primogénito Teodoro como cauce de continuidad a través de la sangre; el conjunto de sus descendientes como valedores de su proyecto vital).

Los dos últimos capítulos encuentran a un Eugenio Láscaris alejado de toda posibilidad de ocupar el trono de Grecia, una vez la restauración de la dinastía Glucksburgo, en la persona del rey Jorge II, fue un hecho consumado. El primero de dichos apartados versa sobre las íntimas relaciones establecidas por el procurador zaragozano y por su más íntimo círculo familiar con los alzados en armas en la España de 1936, así como las prebendas,

cargos y honores que tal colaboración les supuso; el segundo, sobre sus años postreros, cercano ya a la muerte, en los que intensificó su vocación por la cultura greco-bizantina, cultivó la creación y participación en instituciones honoríficas y nobiliarias y, en un último empeño y mediada la década de los cincuenta, trató de interceder como hombre de paz en la disputa por la soberanía de la isla de Chipre.

Unas conclusiones anudan el libro. Definen los rasgos más característicos de nuestro personaje y muestran lo que su figura representa en relación con el convulso periodo histórico en el que aquél actuó. Su objetivo no es ejercer a modo de síntesis de lo ya expuesto, sino ofrecer una explicación solvente a lo que el proyecto vital de Eugenio Láscaris representa. En los anexos se reproducen algunos de los más significativos documentos en los que se fundamenta el presente texto.

CAPÍTULO I

Literatura sobre Eugenio Láscaris

Eugenio Láscaris no es uno de esos personajes grises y anónimos de los que nos hablaba E. P. Thompson, un individuo olvidado por la historia y al que es preciso rescatar de las cunetas de ésta. En realidad sucede más bien todo lo contrario y, sin ser en absoluto abrumadora, la bibliografía sobre Eugenio es lo suficientemente amplia como para permitir su revisión crítica. Es, además, una bibliografía enfrentada entre sí, siendo precisamente esa radical contraposición la característica más singular de ese corpus bibliográfico. Así, junto a unas contribuciones de carácter casi hagiográfico salidas del círculo familiar y social más cercano a Eugenio, conviven otros textos que someten a severa impugnación las tesis sobre las que aquél edificó su vida. Oscilante entre el apoyo y la reprobación, la marcada dicotomía del aparato crítico sobre Eugenio Láscaris es la primera característica que debemos reseñar.

A partir de tan binario esquematismo parecería sencillo organizar el repaso de lo que sobre Eugenio se ha publicado. Sin embargo y antes de entrar en lo que otros dijeron de él, creo necesario detenerme de forma breve en algunos de los textos que Eugenio publicó, textos en los que su mundo particular cobró una singular presencia. No es posible entender plenamente lo que sobre él se escribió sin atender primero a lo que él fue y a lo que dejó escrito. Así pues y en atención a todo ello, ofrezco un estado de la cuestión de carácter bibliográfico sobre Eugenio Láscaris organizado en tres planos: el primero aborda las que considero sus principales obras de creación; el segundo, los trabajos que, en vida de Eugenio, se redactaron en su apoyo y la contrarréplica a los mismos; y, el tercero, los textos que tanto a su favor como en su contra vieron la luz tras su muerte.

Eugenio Láscaris: un estudioso del mundo bizantino

Eugenio fue un hombre culto, dedicado por su profesión al Derecho y por su devoción a los estudios clásicos en su vertiente helenística y bizantina. No realizó aportaciones intelectuales al mundo legal, dedicado así, en tanto que procurador y abogado, a quehaceres prácticos. Y si bien alcanzó puestos de cierto relieve, tal y como más adelante veremos, éstos no despertaron la atención de quienes trataron su figura. Ello no debe sorprendernos, pues las labores desempeñadas en su vida profesional, fuesen éstas en instancias civiles o militares, y la ostentación de cargos de alguna preeminencia pública, no fue en absoluto excepcional entre los miembros de determinados sectores socioprofesionales de la España del segundo cuarto del Veinte.

Algo muy distinto sucede con el Láscaris inclinado al estudio del mundo clásico, dos de cuyas obras merecen especial atención, tanto por su cronología, situadas cada una de ellas en uno de los umbrales de su producción intelectual, como por lo que aportan en relación a su autor.¹ La primera es una *Caligrafía griega y bizantina* (1943), editada por el propio Eugenio apenas desembarcado éste en Madrid.² La obra no es sino un breve cuaderno de ejercicios de caligrafía griega que se inicia con prácticas de trazo y continúa con sentencias del tipo «Conócete a ti mismo», «Nada de más», «Honra a tus padres», etc. Más adelante se reproducen antiguos manuscritos griegos y bizantinos, iniciales, autógrafos, etc. Pese a su modestia formal, el cuadernillo nos revela tres claves fundamentales para el conocimiento de su autor: la primera, su capacidad para abordar temas helenísticos y bizantinos, lo que demuestra la sólida formación que en ambos terrenos Eugenio había atesorado a lo largo de su vida (para esas fechas contaba cincuenta y siete años); la segunda y pese a lo anterior, la necesidad de autoedición, lo que nos lo muestra antes como un aficionado meritorio que como un especialista re-

1 Una relación pormenorizada de la obra publicada por Eugenio Láscaris la ofrece su biógrafo Norberto de Castro (CASTRO, 1989: 51-52). Castro hace referencia a la publicación por parte de Eugenio, durante su estadía en Barcelona en los primeros cuarenta, de varios trabajos económicos en revistas como *Fomento del Trabajo Nacional*, *Vida Económica* (en ambas bajo el pseudónimo de «Heleno») y en la londinense *Machinery Lloyd*. Para la bibliografía de Eugenio, ver anexos.

2 LÁSCARIS-COMNENO, Eugenio, *Caligrafía griega y bizantina*, Madrid, [el autor], 1943. Folleto apaisado en cuya portada Eugenio aparece en calidad de «Doctor en Derecho y en Filosofía y Letras». En la contraportada figura el «*Nihil obstat*» del censor Andrés de Lucas, seguido del correspondiente «Imprimase», otorgado por el entonces recientemente fallecido, Casimiro, obispo auxiliar y vicario general de Madrid-Alcalá. Consta la fecha de 26 de octubre de 1943. El precio de venta del cuadernillo caligráfico fue de 15 pesetas. Biblioteca Nacional (BN), signatura VC/1697/11.

conocido por la academia; y, la tercera, al hombre triunfante en su proceso de reconstrucción de identidad que se dejaba traslucir bajo la sentencia propuesta como inicial ejercicio caligráfico: «Conócete a ti mismo».

La obra que cerró la producción bibliográfica de Eugenio fue «Caliniki: Evocación histórica» (1956).³ Se trata de un breve relato sobre Calí Cabasileas (Calíope), una joven y bella muchacha lacedemonia de tiempos del emperador bizantino Manuel Cantacuzeno (Emmanuel), cuyo enamorado, Andrónico, tras alcanzar por méritos de guerra un lugar en la corte de Constantinopla, casó con Eudoxia, sobrina carnal de la mujer del *basileus*. Pero el recuerdo de Calíope hizo a Andrónico abandonar corte y familia e ir en busca de su amada. Al no hallarla fundó el convento de Brontochion e ingresó en él bajo el nombre de Hermano Eufemio. Mientras, tras morir sus padres, Calíope había ingresado en el monasterio femenino de Pantánassa bajo el nombre de Hermana Caliniki. Pasados los años, ambos fueron elegidos por sus respectivas comunidades para asistir a una ceremonia con motivo de la Anástasis (Pascua de Resurrección) que iba a celebrarse en Santa Sofía de Mystra. Allí se reconocieron y de la fuerte impresión Calíope falleció. Su reputación de santidad hizo que la enterrasen en la pequeña nave de la capilla de San Juan, en la misma iglesia metropolitana en la que murió, Santa Sofía de Mystra. Es «Caliniki» un relato basado en un motivo recurrente en la tradición oral y escrita europea (el de dos jóvenes enamorados obligados a la separación cuyo reencuentro concluye de forma trágica para ambos), en el que podemos intuir algunas pistas acerca de su autor. Septuagenario y próximo a la muerte, la cosmovisión afectiva e intelectual de Eugenio seguía en esos momentos anclada en Bizancio. El mundo de la nobleza bizantina y una religiosidad apuntalada en el credo ortodoxo pervivían en él. El relato de la bella Calí Cabasileas, «Caliniki», nos muestra cómo Eugenio mantuvo hasta el final de sus días la más absoluta fidelidad al que había sido su proyecto vital.

Entre ambas contribuciones al helenismo y bizantinismo intelectual, Eugenio Láscaris realizó una aportación especialmente destacable y singular, precisamente, por lo que ésta tenía de alejada del clasicismo que dominaría el resto de su producción literaria. Así y al poco de concluir la II Guerra Mundial, publicó un breve artículo bajo el título «La resistencia intelectual

3 LÁSCARIS-COMNENO, Eugenio, «Caliniki: Evocación histórica», *Oriente Europeo*, VI, 21 (marzo 1956), pp. 39-46. Separata de la citada revista con sello de entrada en BN de 12 de abril de 1956. BN, signatura VC/2410/72.

en Grecia durante la pasada contienda mundial». ⁴ Texto en forma de «homaje de admiración a la intransigencia intelectual de los helenos en todo el tiempo que duró la ocupación de su suelo por el enemigo del país», en él se trata del *maquis*, de las imprentas clandestinas y, sobre todo, de los actores, artistas plásticos y músicos resistentes griegos, ejemplos todos de cómo, según Eugenio, estímulos patrióticos ancestrales se habían visto rejuvenecidos en la Grecia moderna. Una interpretación que anudaba el tradicional sentir independentista griego durante la ocupación otomana con la reciente resistencia de la Grecia contemporánea ante las tropas de la *Wehrmacht*.

A favor y en contra: la «polémica *Hidalguía*»

Tal y como antes apuntábamos, lo escrito sobre Eugenio, sin ser muy abundante, es sobradamente jugoso. Jugoso y contrapuesto, pues pros y contras se suceden ahí sin solución de continuidad. Comenzaremos analizando los textos publicados en favor de aquél, muchos de ellos redactados por unos amigos que eran a su vez declarados partidarios de las pretensiones dinásticas del zaragozano (de entre éstos, no fueron pocos los agraciados con alguno de los beneficios honoríficos ligados a los distintos títulos nobiliarios que tras su llegada a Madrid Eugenio puso en marcha). También favorable, una segunda subespecie bibliográfica nació de la mano de sus más cercanos familiares, con lo que tanto parientes como amigos generaron un cerrado núcleo de producción bibliográfica al que sin miedo a equivocarnos podemos tildar de hagiográfico.

Dentro de ese núcleo cobran especial trascendencia las biografías. De entre las existentes, la más interesante es la de Norberto de Castro y Tosi, *Eugenio II, un príncipe de Byzancio* (1989). ⁵ Castro, amigo personal de Eu-

4 LÁSCARIS-COMNENO, Eugenio, «La resistencia intelectual en Grecia durante la pasada contienda mundial», *Saitabi*, IV, 22 (octubre-diciembre 1946), pp. 281-284. El artículo se incluyó en la sección de «Varia», figurando el autor como «Presidente de la Asociación Cultural Grecoespañola. Madrid». Norberto de Castro (CASTRO, 1989: 52), ofrece dos referencias similares a la de *Saitabi*: «La resistencia intelectual en Grecia durante la pasada ocupación», *El Español* (noviembre 1946) y «Los intelectuales griegos durante la pasada ocupación», *Nubis* (diciembre 1946).

5 Había visto la prensa originariamente en París como «Le Prince Eugène Lâcaris Comnène: Grand Maître Souverain de l'Ordre Constantinien (Son oeuvre et ses antécédents familiaux)», *Etudes Constantinienes*, 3 (1959). La edición que manejamos (Madrid, Prensa y Ediciones Iberoamericanas, 1989) fue editada por uno de los hijos de Eugenio, Juan Arcadio. Su autor, Norberto de Castro y Tosi (1921-1971), fue un destacado intelectual costarricense especializado en historia virreinal centroamericana, genealogía y heráldica, que

genio y defensor de sus proclamas políticas y de sus reclamos dinásticos, reconstruyó la trayectoria de éste poniendo el acento en los aspectos más favorables de su personalidad y dejando de lado aquellos otros que pudiesen despertar la controversia (sería el caso del papel jugado por Eugenio en la justicia militar del primer franquismo o su polémica con quienes en el Madrid de los primeros cincuenta lo denunciaron como falsario). Pese a éstas y a otras limitaciones, la biografía del profesor costarricense posee un innegable valor, buena parte del cual estriba en la descripción de algunos documentos del Archivo Láscaris-Comneno (ALC) y en la reproducción de varios artículos de prensa. Además, dicha biografía fue publicada con un Láscaris todavía vivo, lo que obligó al autor, según propia confesión, a atenerse «tanto para él [Eugenio] como para sus predecesores, estrictamente a los hechos» (CASTRO, 1989: 17). En todo caso y aun confiando en el quehacer investigador del profesor costarricense, no podemos olvidar que en 1952, siete años antes de que éste publicara la biografía que ahora comentamos, Eugenio había concedido a Norberto de Castro el título de marqués de Barzala.

Justo un año después de la concesión de dicho marquesado comenzó la que he definido como «polémica *Hidalguía*».⁶ Dos cuestiones cabe avanzar respecto a tal debate. La primera, que no dio sus pasos iniciales en dicha revista, sino en la prensa diaria y, más concretamente, en los periódicos *ABC* e *Informaciones*. Que la polémica se situase en las páginas de la prensa diaria causó un gran daño a Eugenio y a su familia.⁷ La segunda cuestión es que a resultas del punto anterior, los Láscaris quedaron socialmente estigmatizados, siendo identificados de forma pública y de manera casi inmediata como

durante ocho años actuó como delegado permanente de Costa Rica ante la Unesco. Otras contribuciones biográficas fueron las de José María Lana-Díaz en la revista *IPHBAU* (junio 1962); la obra de Ricardo Pano, *Genealogía de la Casa Imperial Láscaris Comneno*; y en 1986, al calor del centenario del natalicio de Eugenio, la de Manuel Rivas i Reija, *Biografía de S.A.I. y R. don Eugenio Segundo Láscaris Comneno*, y las aportaciones de diversos autores publicadas en la revista madrileña *Byzas*, I, 2 (CASTRO, 1989: 30, 41-42).

- 6 *Hidalguía*. La revista de genealogía, nobleza y armas, es una publicación de la Real Asociación de Hidalgos de España que inició su andadura editorial allá por el año 1953 y que, a día de hoy, se mantiene activa.
- 7 Como más adelante veremos, el papel de la prensa resultó fundamental en la vida de Eugenio, aunque el sentido de su presencia fuese dispar. Si durante años recogió sus artículos de opinión, sus proclamas legitimistas y las voces de sus corifeos, más tarde acogió discusiones mucho más severas en torno a su persona. En cualquier caso y con carácter general, Eugenio, merced a la notoriedad que a través de la prensa alcanzó, obtuvo unos logros que de otra forma difícilmente hubiera conseguido. Puede incluso decirse que, sin la prensa, Eugenio Láscaris no hubiera existido.

falsarios. Ello supuso que mediada la década de 1950 sólo cupiera escribir bien a favor, bien en contra de dicha familia, lo cual generó la radical polaridad bibliográfica a la que antes hacía referencia.

No podemos comprender la polémica desatada en la revista *Hidalguía* sin atender a su contexto histórico. Lo que se discutió en sus páginas entre la primavera de 1953 y el verano del 54 trascendió en mucho a la persona de Eugenio Láscaris, y hay que enmarcarlo en el proceso de negociación que, por esas mismas fechas, mantenían España y la Santa Sede para la firma de un nuevo Concordato. Hacia 1952 o tal vez antes, el Vaticano había iniciado una campaña contra lo que Roma definía como falsas órdenes religiosas, campaña que saltó a la prensa española en el mes de abril de 1953, justo en el momento en el que las negociaciones entre ambos Estados se acercaban a su recta final. Durante el mes de mayo se continuó hablando del tema y, en ese contexto, un periódico como *ABC* no dudó en hacer el caldo gordo a la campaña vaticana, impulsado por el deseo de allanar el camino a ambas partes. Es bien sabido que el feliz desenlace, con la firma del Concordato entre la Santa Sede y España, tuvo lugar el 27 de agosto de 1953.

Pero ¿qué papel jugaba ahí Eugenio? Para comprenderlo debemos retroceder en el tiempo, hasta 1946, año en el que aquél inició una serie de actuaciones tendentes a potenciar las instituciones en las que pretendía sustentar su reclamo imperial. En esa fecha y en calidad de emperador de Bizancio y duque de Atenas, se puso al frente y otorgó carácter internacional a la Orden Soberana e Imperial de Constantino el Grande y, también, a su rama femenina de Santa Helena. Más tarde publicó la revista *Partenón* (1948), órgano de la Asociación Cultural Greco-Española, con sede en Madrid y, el 15 de septiembre de 1950, fundó como extensión cultural de la citada Orden la International Philo Byzantine Academy and University, que tuvo como órgano de expresión la revista *IPHBAU*. Es decir, que a la altura de 1953, Eugenio se hallaba al frente de unas órdenes que fácilmente podían verse comprendidas en las pesquisas vaticanas y, a resultas de ello y dado el ya mencionado contexto de negociaciones concordatarias, despertar los recelos de las autoridades españolas. En ese clima surgió la «polémica *Hidalguía*», que tan funestas consecuencias tendría, en lo inmediato y en lo futuro, para la familia Láscaris-Comneno.⁸

8 En sendas conversaciones mantenidas en los meses de abril y mayo de 2015 por quien esto escribe con Eugenio Láscaris-Comneno Torres, nieto de nuestro protagonista (y actual cabeza de la familia y heredero de los derechos que pudieran corresponderles a los Láscaris).

La polémica se inició el 23 de abril de 1953 con la publicación en *ABC* de un editorial titulado «Falsas órdenes de caballería y falsos títulos nobiliarios». En él, a partir de lo publicado por el *Osservatore Romano* del 22 de marzo de ese mismo año, se citaba a «la Constantiniana Lascaris» entre las falsas órdenes religiosas, las cuales y al parecer del editorialista, atentaban «no sólo a los principios del derecho de la Iglesia, sino también a la soberanía del Estado español». Y continuaba: «Posiblemente, en atención a las personas aludidas, repetimos que dignísimas en muchos casos, el Estado no siempre ha aplicado con el máximo rigor las sanciones penales pertinentes, mas bueno es que sepan todos que, de no corregirse el mal, pueden ser aplicadas en cualquier momento».⁹ Ante tales informaciones y haciendo uso del derecho de rectificación, apareció en el *ABC* de 1 de mayo una carta de Eugenio en nombre de la Orden Soberana e Imperial de Constantino el Grande. Encabezada en inglés, la misiva reconocía de buen grado la necesidad de denunciar a las falsas órdenes, pero señalaba que aquélla de la que Eugenio era «gran maestro, por derecho propio», nada tenía que ver con la Constantiniana Láscaris denunciada por el Vaticano.¹⁰ El 3 de mayo *ABC* publicaba «En torno al artículo titulado “Falsas órdenes de caballería y falsos títulos nobiliarios”». En él se reproducía nuevamente la anterior carta de Eugenio, seguida de otra firmada por el marqués de Cárdenas, Gran Refrendario de la Orden Militar Hospitalaria de Jerusalén. Ambos textos eran respondidos a párrafo seguido por el periódico, «pues era necesaria una ligera aclaración a las cartas recibidas, repitiendo, sin reserva alguna, que se deja siempre a salvo la honorabilidad de las personas, para nosotros dignísimas por todos los conceptos». Y por lo que a Eugenio respecta continuaba el *ABC*: «En cuanto a la carta del señor

ris), aquél me confesó que su padre, Teodoro, mantuvo firme la idea de que fue el deseo de Eugenio de crear y conceder títulos y dignidades nobiliarias lo que dio inicio a la violenta campaña que se desató contra éste. Aprovecho para señalar que dada la existencia en la «tradición genealógica familiar» de un primer antepasado también llamado Eugenio, Eugenio Láscaris-Comneno Labastida se tituló Eugenio II y, su nieto, Eugenio Láscaris-Comneno Torres, se titula, cuando la ocasión lo requiere, Eugenio III.

- 9 Según *ABC*, el Vaticano había manifestado primero recelo y después franca repulsa por el uso indebido que ciertas personas habían hecho de pseudo-órdenes soberanas, religiosas, angélicas, etc.
- 10 La carta estaba datada en Madrid a 24 de abril de 1953 con el título «Sovereign and Imperial Order of Constantine the Great». Tras puntualizar Eugenio que la palabra «soberana» aplicada a la Orden de Constantino el Grande era puramente simbólica y sin materialidad alguna, cerraba la misiva señalando que aquélla no desplegaba en España actividad alguna, a la espera de que el Estado legislara sobre el tema para, en ese momento, solicitar de éste el oportuno reconocimiento.

Láscaris, él mismo reconoce que no hemos citado en nuestro editorial la “Soberana e Imperial Orden de Constantino el Grande”, pero, puesto que a ella se refiere, sabemos que sus Estatutos no han sido aprobados por el ministerio de Asuntos Exteriores, y que se le ha requerido para que se abstenga de concederla a ciudadanos españoles, teniendo por nulas las que pudiera haber concedido. Y en cuanto a la cita de su apellido, nos remitimos al *Osservatore Romano*, de donde lo hemos tomado». ¹¹ Concluía así la primera fase del debate.

Todo cambió cuando a principios de 1954 la revista *Hidalguía* publicó un prolijo, documentado y al tiempo malintencionado artículo en contra de Eugenio Láscaris que dañó gravemente a toda su familia y al acomodo de ésta en el seno de la sociedad bien del Madrid de la época. ¹² El autor venía a denunciar, siempre en tono pretendidamente amable y jocoso, ¹³ la que definía como metamorfosis de quién, siendo en realidad un infanzón aragonés descendiente de la Casa de los Lascorz, había usado de sus saberes legales, de la complicidad de ciertas personas y de la credulidad de otras para, entre 1917 y 1935, efectuar una serie de engaños y falsificaciones legales tendentes a mutar su verdadera identidad. El objetivo último de tal patraña era, según Palacio, la inserción de Eugenio en la Casa bizantina de los Láscaris y, con ello, legitimarse para el reparto de honores y distinciones que tal vínculo generaba y ser, como colofón de todo ello, merecedor al trono de Grecia. En cualquier caso y antes de publicar el artículo, la revista mantuvo una entrevista con tres de los hijos de Eugenio, Teodoro, Constantino y Juan Arcadio Láscaris, siendo el primogénito quien a modo de coda al texto de

11 A partir de ahí *ABC* se ocupaba de responder al marqués de Cárdenas.

12 PALACIO, José María de, «Las falsas Órdenes de Caballería. Reflexiones en torno a un Porfirogénito y Emperador de Byzancio de... vía estrecha, Gran Maestro de la “Soberana Orden Imperial de Constantino el Grande y de la Corona Real Eslava de los Wendos” (El curioso caso del doctor Lascorz)», *Hidalguía*, 4 (enero-marzo 1954), pp. 73-97. En él se afirmaba que la denegación de la constitución de la Orden de Constantino el Grande por el Ministerio de Gobernación databa del 21 de junio de 1949 (p. 95).

13 «De los cuatro *emperadores* actuales de Byzancio es éste el que más nos gusta, por ser español, por el lío tan fenomenal que ha organizado y porque la genealogía por él escogida y su Persona están rubricadas de púrpuras imperiales, con *déspotas*, *megaskyres*, *paraspóndolos*, con principescos y ducales vástagos, con Soberanas Ordenes Imperiale [...]. Por eso sólo y por sus estudios de caligrafía bizantina merece usted que le hagan Emperador, y si el cargo fuese por elección yo le votaría, se lo aseguro» (PALACIO, 1954: 77). Al mencionar a los «cuatro *emperadores* actuales de Byzancio», José María Palacio hacía referencia a aquellas personas que por aquellos años y al igual que Eugenio se decían de descendencia imperial bizantina: Marciano Lavarello (Marciano II), «Monseñor» Pablo Teodoro Paleólogo Crivez y el famoso cómico italiano *Totó*.

Palacio aprovechó la ocasión para responder a éste en una nota aclaratoria en la que defendía la «tradición genealógica familiar».¹⁴

No satisfechos con lo anterior, los Láscaris trasladaron la discusión a la prensa diaria y, en el madrileño diario *Informaciones* de 13 de marzo de 1954, apareció una entrevista de Josefina Carabias con Teodoro: «Una discusión bizantina: el príncipe Eugenio de Láscaris, pretendiente legítimo al trono de Grecia. Su hijo, el príncipe Teodoro, responde a la revista *Hidalguía*, que acusa a su padre de falsario».¹⁵ A partir de ahí *Informaciones* publicó el 3 de abril una larga «Carta al director», obra de José María Palacio, que a su vez fue respondida el 1 de mayo por otra firmada por «El príncipe Teodoro Láscaris». En ella, Teodoro, que había asumido la portavocía familiar dada la vejez de Eugenio, «sus canas y su invalidez», respondía: «El marqués de Villarreal de Álava es nuestro enconado perseguidor. Ya es antigua, de varios años, su campaña [...]. Desde luego nuestra familia ignora las razones por las que se la persigue, y además nunca ha perjudicado al marqués de Villarreal de Álava, a quien no conoce». El 15 de mayo el diario anunciaba que daba por terminada la polémica publicando unas «Aclaraciones del marqués de Villarreal de Álava a don Teodoro Láscaris». Fue un final en falso, pues tal y como he señalado, *Hidalguía* recopiló la discusión en su siguiente número y, pese a anunciarse el final de dicho debate, éste tuvo todavía un epílogo en el siguiente ejemplar de la revista, el cual resultó especialmente amargo para las pretensiones de los Láscaris-Comneno.¹⁶ El resultado de la «polémica *Hidalguía*» dejó a éstos profundamente estigmatizados.

14 Dicha nota aclaratoria seguía, a texto corrido, al trabajo de Palacio. LÁSCARIS-COMNENO, Teodoro, «La familia imperial Láscaris desde el siglo XVIII hasta principios del XX», *op. cit.*, pp. 97-101. Se cerraba el asunto con la publicación, a cuenta de *Hidalguía*, de hasta seis posibles genealogías atribuidas a la familia Láscaris (pp. 101-102).

15 Los textos de la polémica aparecieron posteriormente formando parte del artículo «Las falsas Órdenes de Caballería. La crisis de una familia imperial», *Hidalguía*, 5 (abril-junio 1954), pp. 261-276. De ahí los tomo. Palacio denunció en el citado artículo que «entre los altos dignatarios de la pseudo Orden Imperial de Constantino el Grande (de la que se intitula Gran Maestre don Eugenio “Láscaris”) figura con el cargo de “Comtur” o Maestre de los Comptos e integrante del “Gran Consejo Imperial” el respetabilísimo nombre de don Juan Sáenz y Díez [...] que, como es sabido, es en la actualidad uno de los dueños del diario *Informaciones* y está agraciado con la Gran Cruz de esa pseudo Orden, según es de ver en sus listas» (PALACIO, 1954b: 269). Tal relación explicaría, según Palacio, la parcialidad del diario.

16 Dicho epílogo vino de la mano del Instituto Internacional de Genealogía y Heráldica y su «Informe sobre la polémica en relación a los señores de Láscaris», *Hidalguía*, 6 (julio-septiembre 1954), pp. 441-448. El informe concluía que: «resulta cierto que el verdadero apellido de los antepasados de don Eugenio Láscaris es el aragonés Lascorz» (INSTITUTO, 1954: 447). El informe se reprodujo, además de en *Hidalguía* e *Informaciones*, en el ABC de 13 de julio de 1954 bajo el título, «Pleito genealógico fallado».

Los ecos a la muerte de Eugenio

Eugenio Láscaris falleció el 1 de junio de 1962. Debieron, sin embargo, de transcurrir varios años para que, de nuevo, se generase un cierto volumen de producción bibliográfica en torno a su figura. Una bibliografía de carácter familiar y laudatorio que lo primero que viene a demostrar es la comprensible merma del interés de los extraños hacia la figura de quien era ya, una vez fallecido, incapaz por sí mismo de generar noticias tan atrayentes como las que en vida había provocado. Lo segundo que prueba esa renovada corriente bibliográfica es la necesidad que existía, tras la inclemente labor que José María Palacio había llevado a cabo, de reconstruir un discurso favorable a Eugenio. En cualquier caso y más allá de ese ligero *revival* bibliográfico propiciado por amigos y familiares, pocos autores se han interesado en el último medio siglo por Eugenio Láscaris, muestra palmaria de la inanidad en la que la memoria de éste se ha ido agostando.

En cualquier caso y atendiendo a un criterio meramente cronológico, tras la muerte de Eugenio la primera obra que trató su figura fue un *Estudio histórico jurídico de las Órdenes Caballerescas Independientes*, redactado hacia 1970 por su hijo Teodoro desde el otro lado del Atlántico.¹⁷ Es éste un trabajo nacido del interés del autor por las órdenes militares y religiosas que no era sino continuación del que por aquéllas había mantenido su padre. En verdad, Teodoro, además de dedicarse a una carrera docente e investigadora en el campo de la filosofía, la educación, el derecho y la historia, sólo de manera tangencial publicó sobre el legitimismo familiar en su vertiente más política, esto es, en tanto que reclamación de derechos hereditarios al trono de Grecia, prefiriendo dedicar su tiempo a cuestiones más vinculadas con el mantenimiento y defensa de las órdenes de Constantino el Grande y de Santa Helena.

Más vinculada con el tema que aquí tratamos es la aportación que años después realizó el menor de los hijos varones de Eugenio, Juan Arcadio, con *La Orden Bizantina de San Eugenio de Trebizonda* (1990).¹⁸ En la introduc-

17 LÁSCARIS-COMNENO, Teodoro, *Estudio histórico jurídico de las Órdenes Caballerescas Independientes*, Valencia, Universidad de Carabobo, [c. 1978] (reed. Madrid, Berkana, 2000).

18 LÁSCARIS-COMNENO, Juan Arcadio, *La Orden Bizantina de San Eugenio de Trebizonda*, [Madrid], Casa Imperial y Real de Láscaris Comneno, 1990. BN, signatura 9/32918. Según el autor, la citada Orden fue restaurada en 1950 por Eugenio para «la difusión y propagación del Helenismo y Neo-Byzantinismo como luces para el siglo próximo, para que una mejor entente y comprensión reinen entre las diferentes élites y los diversos países de la tierra» (LÁSCARIS-COMNENO, 1990: 9). En una primera parte de su libro estudia Juan Arcadio la

ción, al referirse a los acontecimientos políticos que en 1989 (momento en el que escribe) se estaban desarrollando en la Europa oriental, no dudó en anudar tal proceso histórico al proyecto que en vida había mantenido su padre: «No cabe duda alguna que nuestro padre, Eugenio II, con su característica sencillez supo ver un futuro próximo lleno de esperanzas para las generaciones venideras; así, a todas sus instituciones, las dotó con un espíritu moderno, dentro de sus tradiciones, que permitirá ver más claro el papel que en sus momentos pueden realizar para coadyudar a esta inmensa obra transformadora en que se encuentran los países empeñados en llevar a cabo» (LÁSCARIS, 1990: 8). Lo verdaderamente significativo de estas palabras es su capacidad para orientar nuestra percepción en dirección a la íntima relación que, a lo largo de toda su vida, logró acordar Eugenio entre los sucesos de su tiempo y su propia evolución personal. Más allá del grado de acierto o de lo adecuado de su juicio de valor, Juan Arcadio alcanzó a vislumbrar algunas de las pasarelas que permitieron a su padre construirse como un completo sujeto histórico, empeño en el que aunó la singularidad de su existencia con las dinámicas sociales en las que aquélla se desenvolvió. Como veremos en las próximas páginas, el tiempo y el espacio histórico son factores fundamentales para la adecuada comprensión de las actuaciones de un personaje, Eugenio Láscaris, agente y producto de una determinada época.

Tal y como había sucedido con el debate suscitado en las páginas de *Hidalguía*, también en los momentos finales del pasado siglo XX se volvieron a proyectar lecturas encontradas de la figura de Eugenio. Y como entonces, no todo fueron parabienes. Entre esas lecturas más recientes podemos destacar las de los historiadores Arnaud Chaffanjon y Enrique Balmes. El francés Chaffanjon, especializado en la genealogía de la aristocracia europea, publicó *Ordres et contre-ordres de Chevalerie* (1983), obra en la que entre otras muchas cuestiones afirmaba que Eugenio había sido «presidiario».¹⁹ Teniendo a Chaffanjon como referente, el colombiano Balmes redactó *Las Órdenes de Caballería en el Nuevo Reino de Granada y en la época actual* (1996), texto en el que negaba el carácter caballeresco de la Orden de Constantino el Grande y denunciaba que tanto Eugenio como Teodoro se habían bene-

historia del Imperio Romano de Oriente en Trebisonda, su numismática, heráldica, vexilología, etc. Un segundo bloque se centra en la historia de la Orden, en sus normas y reglamentos, en el santoral de las fiestas que celebra, etc.

19 La obra recibió el prestigioso *Prix Mottart* de la *Académie française* de ese mismo año. Cito a partir de LÁSCARIS-COMNENO TORRES, Eugenio, *El doctor Teodoro Láscaris-Comneno y su perenne legado. Homenaje a los ocho años de su fallecimiento*, Gilberto Abril Rojas y Jerónimo Gil Otálora (eds.), Tunja, Salamanca Grupo Creativo SAS, 2014.

ficiado económicamente de ésta.²⁰ En defensa del honor familiar salió de manera inmediata Teodoro, quien tras conocer el trabajo de Balmes redactó unas *Precisiones a la publicación de Enrique Balmes Arteaga «Las órdenes de caballería en el Nuevo Reino de Granada y en la época actual»* (1996). Las *Precisiones* de Teodoro fueron incluidas entre los textos de *El doctor Teodoro Láscaris-Comneno y su perenne legado. Homenaje a los ocho años de su fallecimiento* (2014), hasta la fecha última aportación historiográfica al estudio de los Láscaris-Comneno.²¹

Pero antes de que se le rindiera a Teodoro Láscaris el antedicho homenaje se habían publicado dos breves notas sobre Eugenio. La primera a cargo del historiador aragonés Eloy Fernández Clemente, quien en *Gente de orden. Aragón durante la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)* (1996), vio en aquél una mera «muestra exótica» caracterizada, sin embargo, por la discreción. Así y junto a una fotografía de Eugenio puede leerse: «En fin y como una muestra exótica, recordemos que en aquellos años vive en Zaragoza, como procurador de los tribunales y aragonés de arraigo, el candidato al trono griego, descendiente de los Láscaris, Eugenio Lascorz Labastida. Persona discreta, de no ser por alguna nota de prensa apenas se sabría de esa su “candidatura” o carácter de pretendiente a un trono bien lejano, sobre todo en el tiempo».²² La segunda nota corrió a cargo de Gregorio Doval, autor de *Fraudes, engaños y timos de la historia* (2011).²³ Lo relevante del caso no es lo que la misma nos dice de Eugenio, de quien el autor apenas alcanza a esbozar cuatro gruesas pinceladas tomadas de no importa dónde, sino el apartado en el que se le encuadra, el de los «impostores, farsantes y dobles vidas», con lo que queda así dibujada con perfecta nitidez la estela sobre la que aquél surca en la historia.

20 BALMES, Enrique, *Las Órdenes de Caballería en el Nuevo Reino de Granada y en la época actual*, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1996. En mayo de 1987 Balmes había sido nombrado por Teodoro «Comandeur» de la Orden de Constantino el Grande, dignidad que éste le retiró de forma inmediata en julio de 1996, apenas aparecido el trabajo aquí referido. Cito a partir de (LÁSCARIS-COMNENO, 2014).

21 Las precisiones de Teodoro en (LÁSCARIS-COMNENO, 2014: 15-28). Esta obra, prologada por el nieto de Eugenio, comprende un amplio conjunto de textos laudatorios redactados por personas cercanas a Teodoro durante los años en los que éste residió en Colombia y Venezuela.

22 FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy, *Gente de orden. Aragón durante la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930). Tomo 2. La sociedad*, Zaragoza, Ibercaja, 1996, p. 31 (fotografía en p. 28).

23 DOVAL, Gregorio, *Fraudes, engaños y timos de la historia*, Madrid, Ediciones Nowtilus, 2011. En este prontuario de falsarios, nuestro protagonista también halla hueco (p. 259).

En cualquier caso y si dejamos de lado la anécdota que representa el texto de Doval (cuya obra es un mero subproducto de las *miettes de l'histoire* de las que hablaba F. Dosse) y regresamos a las obras de Chaffanjon y Balmes, lo primero que hay que considerar es la capacidad de éstas para reabrir la polémica entablada cuatro décadas atrás en torno a las pretensiones familiares de Eugenio Láscaris. Una polémica que, por otra parte, parecería confirmar la interpretación de que toda revisión historiográfica de la figura de Eugenio que bucease en torno a su presumible ascendencia griega, acabaría chocando una y otra vez con el discurso legendario que la familia mantenía. De lo anterior se deduce una evidente paradoja, pues si bien la más reciente historiografía sobre Eugenio ha logrado movilizar viejas y sustanciales polémicas en torno a su figura, se ha manifestado incapaz de desbrozar nuevos caminos y albergar distintas interpretaciones de la misma. Parecería que, de permanecer en ese terreno, todo intento de progreso en la discusión quedaría constreñido a una lid entre dos viejos luchadores: la historia y el mito.²⁴ Y es precisamente a esa lectura, a mi parecer en exceso plana, ante la que aquí me he posicionado.

24 Para la irresoluble tensión entre historia y mito (HOBSEAWM, 1996). Algo de lo dicho por el británico puede venirnos bien a la hora de enfrentarnos a los orígenes familiares de Eugenio Láscaris.

CAPÍTULO II

Identidad y memoria

Es sabido que los historiadores se han ocupado profusamente de las identidades colectivas, pero mucho menos de las individuales.²⁵ Cabría decir que éstas no son objeto historiográfico, pero eso equivaldría a mantener la teoría de que los individuos no son material histórico, error del que debemos huir. Además, esa desatención del historiador por el individuo se acompaña mal

- 25 Y lo cierto es que, tal vez, entre unas y otras hay más puntos en común de los que en un primer momento puedan observarse, dado que «es precisamente a partir de las herencias identitarias como hemos recibido que podemos construir nuestra identidad personal y la identidad nacional de la nación a la que pertenezcamos o queramos pertenecer [...]. De hecho, la identidad nacional es sólo un ingrediente más de la identidad personal. Y las identidades personales, como también las nacionales, son procesos abiertos: son identidades provisionales, revisables, efímeras, inconclusas» (DEFEZ, 2003: 300). Sobre las identidades individuales, la obra más significativa que conozco es, sin duda, la de Natalie Z. Davies, *El regreso de Martín Guerre* (DAVIES, 1984). En ella la historiadora estadounidense reflexiona de manera explícita sobre «el significado de la identidad en el siglo XVI» (p. XII), sobre Martín Guerre como «caso excepcional» (p. 4) o sobre lo corriente de construirse en los pueblos y aldeas del XVI una «identidad falsa» (pp. 38-39). También analiza la reconstrucción de una identidad individual el historiador cubano Manuel Moreno Friginals. En *Cuba/España, España/Cuba: historia común* (MORENO FRAGINALS, 1995), traza la semblanza del aventurero español del XVII, Francisco Díaz Pimienta, quien al parecer trocó sus ascendientes para blanquear su sangre *impura* (pp. 75-78). Y un caso que saltó recientemente a la prensa fue el de Enric Marco, quien hasta su desenmascaramiento simuló durante años ser superviviente del *lager* de Mauthausen. El 15 de mayo de 2005, Mario Vargas Llosa le dedicó en *El País* el artículo «Espantoso y genial» (VARGAS LLOSA. Recurso electrónico). El acercamiento de la historiografía española en relación con la identidad ha sido relativamente generoso en la vertiente colectiva de ésta, caso del estudio de la identidad nacional española y el de las identidades de las distintas culturas políticas de nuestro país. Menores son los trabajos sobre identidades individuales, asunto que, en todo caso, suele asociarse al estudio biográfico. Una asociación entre identidad individual y biografía que ya apuntó el sociólogo británico Ken Plummer al señalar que lo más característico de esta última es «la busca de un sujeto», es decir, la reconstrucción de su identidad individual (PLUMMER, 1989: 1-14). Sobre la biografía señalar que es su metodología de trabajo la que impregna el presente libro, un enfoque biográfico del cual resulta el privilegiado «prisma de la historia» del que habló la historiadora norteamericana Barbara W. Tuchman (TUCHMAN, 2009).

con el periodo que todavía habitamos, el epílogo de una modernidad que hizo del individuo racional la clave de bóveda de su proyecto histórico.²⁶ Sin embargo, hoy sabemos de la necesidad de profundizar en los procesos de construcción y definición social y personal de los individuos para comprender su situación y sus acciones. Sólo así el proceso de construcción de una identidad personal puede alcanzar para el historiador categoría epistemológica.

En una obra de juventud, *Las tribulaciones del estudiante Törless* (1906), el vienés Robert Musil problematizó la cuestión de la identidad en nuestro tiempo. Inmerso en un espíritu *fin de siècle*, el yo en construcción del personaje de Musil es plural, diverso y cambiante, alterando su esencia conforme pasan los días. Apoyado en Nietzsche, Musil despojó a la identidad personal de la propiedad de ser algo natural, definitivo y estable, e hizo de aquélla un acto constructivo, un proceso en devenir alejado de toda noción de inalterabilidad y permanencia.²⁷ Curiosamente, el mismo año en que la novela de Musil vio la luz, moría el padre de Eugenio, quedando la salvaguarda de la «tradicción familiar» de los Láscaris en manos de la siguiente generación, que Eugenio encabezaba. Es ésta sólo una coincidencia cronológica, claro. Mas lo que no es tal coincidencia es el deseo del personaje de ficción, el estudiante Törless, y el de Eugenio, por esos años también estudiante, de hacer de sus vidas un ejercicio de voluntad dirigido a construirse a sí mismos mediante la propia autonarración.

En ese sentido y fueran cuales fueran sus verdaderos orígenes, la identidad que alcanzó a poseer Eugenio fue fruto de un elaborado proceso de construcción. Y en buena medida y gracias a ello, Eugenio representa un modelo óptimo con el que explorar el juego de intermitencias, de idas y venidas, de continuidades y rupturas, que se producen a lo largo de una vida, tanto en la diacronía, pues su actuación se extendió a lo largo de casi medio siglo, como en la sincronía, pues fue a un tiempo hombre de leyes y príncipe, juez militar y erudito filobizantino. Así, su mutable identidad permite sustituir una visión estática del sujeto histórico por otra fluida y cambiante.

26 Es preciso reconocer que el metarrelato que de sí misma generó esa modernidad soslayó, en beneficio de una racionalidad tenida por necesaria para explicar procesos históricos tan ligados a aquélla como la burocratización, la urbanización, la industrialización o la secularización, un espacio tan importante como el de las emociones, fundamental para explicar la construcción de las identidades individuales. Sobre la presencia de lo emocional en la actual agenda historiográfica (ASCHMANN, 2014).

27 Un detallado repensar la identidad a través de Musil en (LLINARES, 2003).

Renombrar al sujeto: cambio, sustitución y restitución

Una de las palabras que más se repiten en torno a Eugenio Láscaris es la de falsario. Así se le definía en *Hidalguía, ABC e Informaciones*, y así fue considerado por la comisión formada por el Instituto Internacional de Genealogía y Heráldica para dilucidar sobre su caso. También fue tildado de falsario por historiadores como A. Chaffanjon y E. Balmes y por el divulgador histórico G. Doval. Creo, sin embargo, que no es ésta la forma correcta de analizar el comportamiento de Eugenio, al menos, de hacerlo según los criterios y los instrumentos de trabajo de que los historiadores disponemos. Limitarse a afirmar que Eugenio fue un mentiroso no basta para una correcta y completa comprensión del personaje, distrae su interpretación en tanto que sujeto histórico y puede, llegado el caso, adentrarnos en páramos ajenos a nuestra disciplina.²⁸ Situar en el centro del debate lo que de verdadero o falso puede existir en el objeto estudiado no es un criterio histórico, es un juicio moral. En todo caso y como historiadores, debemos observar los mecanismos que permitieron la incorporación, eliminación o suplantación de aquello por lo que nos interrogamos y, sobre todo, los motivos por los que tal cambio se produjo, los huecos que intentó cubrir y las funciones que cumplió.²⁹ Es preciso para ello conocer la forma en que Eugenio recurrió a determinados manejos legales, a sus redes de relación social y a sus contactos políticos, periodísticos y con el mundo de la cultura para determinar el cómo de su actuación; su situación personal y la «tradición familiar» que representaba, así como al convulso hervidero internacional al que se vinculó de forma irreversible, para conocer qué fallas quiso allanar; las respuestas que obtuvo, políticas y sociales fundamentalmente, para saber qué función cumplió. Y para todo ello, decir que fue un falsario es contentarse con decir bien poco.

28 Rosa García-Orellán, al tratar del problema de la «verdad» señala: «Los relatos de vida o historias de vida son subjetivos. No es labor de la persona investigadora perseguir la verdad de dichos relatos, sino penetrar en el entramado de los mismos, donde se construyen y reconstruyen las relaciones sociales y, en definitiva, la cultura, que está emergiendo a través de la incorporación de experiencias, que la persona muestra en su relato» (GARCÍA-ORELLÁN, 2012: 77). Eso no quiere decir que la mentira no informe. Simplemente que para extraer todo el jugo a dicha información no basta con denunciarla, sino que es preciso detenerse a analizar por qué y para qué se produce, qué estrategias hay tras ella y en qué contexto social surge.

29 Mucho mejor lo expresó E. Hobsbawm cuando escribió que lo sustancial del estudio de las tradiciones inventadas era descubrir cómo éstas permitían el desvelamiento de unos *síntomas importantes* que actuaban en forma de indicadores de problemas que de otra manera no era posible identificar (HOBSEAWM, 2002). Son algunos de esos *síntomas importantes* los que busco desvelar mediante la interrogación de Eugenio Láscaris.

Afortunadamente los conceptos históricos vienen en no pocas ocasiones en nuestra ayuda. En el caso que me ocupa, es el concepto de *cambio* el que tomo en préstamo y, siguiendo a Josefina Cuesta, lo entiendo como un uso propio de la memoria.³⁰ Una memoria que no utilizo con la intención de diseccionar las actuaciones de un grupo o una sociedad dada, sino para indagar en las de un individuo. La memoria individual (y también la colectiva) es selectiva, frágil, limitada y sujeta a múltiples posibilidades de manipulación. Y de entre esas múltiples posibilidades de manipulación, la del cambio es una de las más importantes, pues si el cambio se ejecuta con limpieza, permite mantener la linealidad del discurso del sujeto en relación con un pasado ahora cambiado y, al tiempo, proyectar un mensaje hacia el futuro libre de toda sospecha. Un trabajo que aúna con efectos plenamente palpables lo real y lo simbólico, y que puede manifestarse bien mediante la sustitución, bien mediante la restitución de una serie de elementos del pasado pretendidamente perdidos y ahora recuperados.

Pero la sustitución y la restitución memorialistas precisan de material social, lo que otorga a ambas operaciones una connotación histórica que resulta imposible de obviar. Además, cualquiera que sea el cambio propuesto por el individuo, y si desea que éste tenga una mínima pretensión de autenticidad, deberá evitar toda sospecha de capricho y arbitrariedad. Sólo si la nueva identidad construida a través de ese «uso de la memoria» que es el cambio emana de unas preexistentes estructuras sociales de producción y sentido, podrá éste ser socialmente aceptado.³¹ Como iremos viendo en las próximas páginas, todas estas características se cumplieron en el caso de Eugenio Láscaris, quien más allá de efectuar una completa operación de cambio basada en las múltiples estrategias que la memoria posibilita, logró mediante la sustitución de unos elementos de su pasado familiar por otros (Láscaris sustituyó a Lascorz y la sangre bizantina a la aragonesa) y, sobre todo, mediante la restitución de unos materiales biográficos que reclamaba

30 Un enfoque analítico basado en el dúo memoria-cambio amplía de manera inmediata las líneas de investigación, pues son varios los objetos (a quien cambió de identidad y a quienes reaccionaron al cambio) y varios los relatos (los discursos de uno y los de los otros) que hay que estudiar. Entre los trabajos de la memoria, la profesora Cuesta enumera, además del cambio, los del recuerdo, silencio, olvido, nostalgia y mito (CUESTA, 1998: 206-208).

31 Al comentar los mecanismos que facilitan la recreación de la propia biografía, Jordi Roca y Lidia Martínez afirman: «El relato de vida, por tanto, no es siempre —e incluso podríamos afirmar, en cierto modo, nunca— un producto individual. Deriva, en buena medida, de un amplio contexto grupal, cultural, ideológico e histórico, razón por la cual puede ser considerado como la expresión de la identidad social del informante» (ROCA y MARTÍNEZ, 2012: 96).

como suyos (el credo ortodoxo, el patronazgo de varias órdenes de carácter caballeresco, el neo-bizantinismo o la legitimidad dinástica), la fórmula mágica a través de la cual operó su reversión de identidad.

CAPÍTULO III

1906-1935: La restauración del Imperio Bizantino

1906: la herencia recibida

Eugenio Lascorz Labastida nació en Zaragoza a las nueve y cuarto de la noche del día 26 de marzo de 1886, siendo bautizado dos días más tarde en la iglesia parroquial de Nuestra Señora del Pilar, calle de la Manifestación número setenta y seis. Hijo legítimo de Manuel Lascorz Serveto (1849, Plan, Huesca-1906, Zaragoza) y de Carmen Labastida Pascual (1857, Huesca-1934, Zaragoza), eran sus abuelos paternos Victorián Lascorz y Raimunda Serveto, y los maternos Manuel Labastida y Ramona Pascual.³² Según nos indican estos datos, los padres de Eugenio formaron parte del aluvión de migrantes que en el tercer cuarto del siglo XIX llegaron a Zaragoza, ciudad que en ese periodo alcanzó sus más altas cotas de crecimiento poblacional de toda la centuria (los 66 446 vecinos censados en 1857 ascendieron a 89 211 en el censo de 1877). Sin embargo, y tras los años de empuje animados por una activa burguesía local, en el momento de nacer Eugenio la ciudad se hallaba más aquietada, producto de la sociedad relativamente inmóvil que la Restauración proponía, de la gran recesión que el capitalismo sufría desde el año 1873 y de la prolongada crisis agraria que desde hacía ya más de una década Aragón y España padecían. Así, el censo de 1900 apenas incrementó 9897 nuevos vecinos respecto al de 1877 (FORCADELL, 1997: 45, 65). Eugenio nació en un escenario de crisis, palabra que aun pronunciada en contextos muy diferentes entre sí, marcó su vida.

32 Archivo Parroquial de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza (APNSPZ), Libro de bautizados, 19, p. 338. Acta de bautismo. Para la transcripción del acta, ver anexos. No he tenido acceso a la inscripción civil del nacimiento, pero José María Palacio informa de que consultó ésta en el Registro Civil del Juzgado Municipal número 2 de Zaragoza, Libro de nacimientos, 38, f. 104 (PALACIO, 1954b: 264).

Los Lascorz eran una familia acomodada. El cabeza de familia, Manuel, pese a haber nacido en un lejano pueblo del Pirineo oscense, recaló pronto en el seminario de Barbastro, donde a partir de 1860 cursó Latín y Humanidades. De él dirá el marqués de Villarreal de Álava: «Este D. Manuel, persona de acendrados sentimientos religiosos, tuvo desde niño vocación religiosa y sus padres le mandaron a *estudiar para sacerdote* a Barbastro, cursando el primer año de *Latín y Humanidades* en 1860-61 en el Seminario Conciliar de aquella población».³³ Una vez falto de su primitiva vocación religiosa, pasó algún tiempo después a la capital de la provincia para estudiar en el Instituto Provincial de Segunda Enseñanza de Huesca, que desde 1845 sustituía a la extinta Universidad Sertoriana. Único instituto a nivel provincial, dicho centro fue durante décadas el espacio de formación de las elites locales oscenses, con una matrícula anual que a lo largo del XIX en contadas ocasiones superó los cien alumnos. En ese lugar y con esos compañeros compartió aulas hacia 1868 el padre de Eugenio.³⁴ Sabemos que en 1875 Manuel se hallaba en Zaragoza, ya que en esa ciudad, el 23 de diciembre de dicho año, se desposó con Carmen Labastida.

Manuel Lascorz Serveto fue un importante hombre de la Zaragoza finisecular. Abogado además de doctor en Filosofía y Letras, fue secretario de la Diputación Provincial, de la colección «Biblioteca de Escritores Aragoneses» y de la comisión para la erección del monumento al Justiciazgo, el cual a día de hoy todavía se yergue en la zaragozana plaza de Aragón.³⁵ De sus funciones en la Diputación Provincial de Zaragoza sabemos que a mediados de 1889 era oficial primero de Secretaría, si bien en esos momentos ejercía accidentalmente como secretario. Un rango, el de oficial primero, que Manuel Lascorz mantuvo hasta su fallecimiento en agosto de 1906.³⁶ En cuanto

33 (PALACIO, 1954b: 271, cursivas en el original).

34 El Archivo Histórico Provincial de Huesca (AHPHU) conserva el expediente personal de Manuel Lascorz del curso 1868. ES/AHPHU-I-000717/000211. En 1845 se creó en cada capital de provincia un instituto de ámbito provincial, a excepción de Madrid, donde se crearon dos. A los institutos creados en 1845 se les conocería posteriormente con el apelativo de «institutos históricos». Para el instituto de Huesca (MAINER, RECURSO electrónico).

35 Así lo atestiguaba el archivero y bibliotecario Alberto Panillo en su artículo sobre el linaje de los Lascorz, infanzones aragoneses (PANILLO, 1910). Otros autores también hacen referencia a los diversos y relevantes cargos desempeñados por Manuel Lascorz, aunque sin especificarlos (LÁSCARIS-COMNENO, 1954: 100; CASTRO, 1989: 60).

36 De existir, no he logrado localizar el expediente personal de Manuel Lascorz Serveto en el Archivo de la Diputación Provincial de Zaragoza (ADPZ). Sin embargo, su nombre figura en el de quien a partir de 1900 fue secretario de la misma, José Vidal y Torrens. En ese expediente y con fecha de 1 de julio de 1899 aparece «Don Manuel Lascorz y Serveto, Oficial

a la «Biblioteca de Escritores Aragoneses» decir que se trataba de una iniciativa editorial de la antedicha Diputación conformada por una colección de textos históricos y literarios de y sobre autores, títulos y temas aragoneses. Alumbrada en 1876, la comisión encargada de su aparición estuvo presidida por Faustino Sancho y Gil, siendo secretario de la misma (al menos a la altura de 1900 y según el referido testimonio de Alberto Panillo), Manuel Lascorz.³⁷ La tercera secretaría que ostentó el padre de Eugenio fue la de la comisión del monumento al Justiciazgo. Una iniciativa ciudadana, con sostén público y privado, que congregó en torno a sí a lo más granado de la sociedad zaragozana del momento. La comisión estuvo íntimamente ligada a la Diputación Provincial, siendo su presidente el que en aquellos años lo era de ésta, Enrique Naval, y sus diputados vocales quienes también lo eran en la Diputación, Enrique Pérez Bozal, Justo Belío, Marcelino Liria y Julio Blasco. Figuraba como «Secretario de la Comisión ejecutiva, M. Lascorz».³⁸

Del matrimonio de Manuel Lascorz y Carmen Labastida nacieron Lorenzo (1877-1900), Josefina (1881-1956) y Eugenio (1886-1962), el benjamín de la casa. Lorenzo y Eugenio Lascorz estudiaron en el Instituto Universitario de Zaragoza, así llamado por su proximidad a la Universidad de dicha localidad y porque sus alumnos, aprobado el bachillerato, podían acceder directamente a ésta.³⁹ El que ambos hermanos acudieran a dicho instituto indica el presumible buen estar económico de su padre, Manuel, pues tal y como sucedía con el instituto altoaragonés, el zaragozano convocaba entre sus paredes a los vástagos de la sociedad bien de la época. Del instituto

1º de Secretaría y Secretario accidental de la Excma. Diputación provincial». Más adelante y con fecha de 21 de agosto de 1900 lo hace como «oficial primero y secretario interino». Y con fecha de 1 de enero de 1906 se lee «Por incompatibilidad del Secretario –El Oficial 1º– Manuel Lascorz». ADPZ, XIII-844.

37 «Biblioteca de Escritores Aragoneses», Zaragoza, Imprenta del Hospicio Provincial, 1876-1926. Junto a los citados Sancho y Gil y Lascorz Serveto, un distinguido grupo de personalidades de la cultura local zaragozana compartieron esta iniciativa editorial.

38 *El Monumento al Justiciazgo. Folleto complementario de dicha obra (erigida en 1904) por el arquitecto Félix Navarro*, Zaragoza, Imprenta del Hospicio Provincial, 1905. Biblioteca de la Diputación Provincial de Zaragoza, signatura DPZ L.494. Manuel Lascorz es citado como integrante de la comisión (p. 8) y, más adelante, como donatario de 25 pesetas en la suscripción abierta para sufragar las obras (p. 54). El monumento se había inaugurado el 22 de octubre de 1904. Según Alberto Panillo, la labor que respecto al mismo desempeñó Manuel Lascorz fue determinante, ya que «para cuyo pensamiento trabajó muchísimo y del cual fué el alma» (PANILLO, 1910: 186).

39 Al parecer, se conservan ambos expedientes en el archivo del centro, el actual IES Goya, aunque no he podido acceder a los mismos para determinar la data exacta de cada uno de ellos. Para el citado instituto (DÍEZ. Recurso electrónico).

pasaron a la Universidad de Zaragoza, primero Lorenzo, quien lo hizo a la Facultad de Medicina, donde fue alumno pensionado, y posteriormente Eugenio, alumno en la de Derecho. Eugenio resultó, durante sus años universitarios (1904-1910), un alumno brillante.⁴⁰ Finalizado el último curso, el 1 de junio de 1910, con 24 años, Eugenio solicitó al rector de la Universidad de Zaragoza el Grado de Licenciado en Derecho, para lo que debió superar la correspondiente prueba.⁴¹ Concluido el trámite anterior y una vez regresado del veraneo, el 16 de septiembre se presentó como candidato único a las oposiciones al Premio Extraordinario de Licenciatura en Derecho 1909-1910. El examen tuvo lugar el 29 de septiembre de 1910 y ese mismo día se le concedió el mencionado premio.⁴²

Pero unos años antes un duro golpe se había cernido sobre la familia Lascorz. El 17 de febrero de 1900, a la edad de veintidós años, el primogénito, Lorenzo, murió. Un fallecimiento que suponía la desaparición del

40 Éstas fueron sus calificaciones. Curso 1904-1905: Lengua y Literatura españolas, sobresaliente con opción a Matrícula de Honor; Lógica Fundamental, sobresaliente con opción a Matrícula de Honor; Historia de España, notable con opción a Matrícula de Honor. Curso 1905-1906: Derecho Natural, sobresaliente con opción a Matrícula de Honor; Derecho Romano, Matrícula de Honor; Economía Política, sobresaliente con opción a Matrícula de Honor. Curso 1906-1907: Historia General del Derecho Español, sobresaliente con opción a Matrícula de Honor; Derecho Canónico, sobresaliente con opción a Matrícula de Honor; Derecho Político, sobresaliente con opción a Matrícula de Honor; Hacienda Pública, sobresaliente con opción a Matrícula de Honor. Curso 1907-1908: Derecho Civil primer curso, sobresaliente con opción a Matrícula de Honor; Derecho Administrativo, sobresaliente con opción a Matrícula de Honor; Derecho Penal, sobresaliente con opción a Matrícula de Honor. Curso 1908-1909: Derecho Civil segundo curso, sobresaliente con opción a Matrícula de Honor; Procedimientos Judiciales, sobresaliente con opción a Matrícula de Honor; Derecho Internacional Público, sobresaliente con opción a Matrícula de Honor. Curso 1909-1910: Derecho Mercantil, sobresaliente con opción a Matrícula de Honor; Práctica Forense, sobresaliente con opción a Matrícula de Honor; Derecho Internacional Privado, sobresaliente con opción a Matrícula de Honor. Archivo de la Universidad de Zaragoza (AUZ), caja 15-C-6-4.

41 Tras pagar los derechos de inscripción (37 pesetas con 50 céntimos), se examinó el 14 de junio de 1910. Verificado un primer ejercicio oral, obtuvo la calificación de sobresaliente. En el posterior sorteo de temas sacó los números 17, «Dispensas de impedimentos matrimoniales», y 110, «El Estado considerado como miembro de la sociedad internacional». En ambos ejercicios escritos obtuvo sobresaliente, siendo junto a su compañero de aulas durante los años de carrera, Sixto Celorrio Guillén, los dos únicos alumnos que lograron tres sobresalientes en la prueba de Grado de Licenciado en Derecho. Tras pagar los derechos para obtener el título (800 pesetas), éste le fue expedido por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes con fecha de 19 de mayo de 1911. Lo recogió el 16 de junio, firmando en el correspondiente registro como Eugenio Lascorz Labastida. Así figura en el Libro de Grados de Licenciado, 1909-1910. AUZ, caja 25-2-22.

42 El tribunal estaba formado por los profesores Roberto Casajús, Ricardo Sasera e Inocencio Jiménez, quien ejerció de secretario. En el sorteo del examen le tocó el tema 2, «Actos de jurisdicción voluntaria». AUZ, caja 15-C-6-4.

heredero natural del patrimonio familiar y que convirtió en *hereu*, a las puertas del nuevo siglo, al joven Eugenio. Según comentan las fuentes más cercanas a la familia, hasta ese momento nadie en el seno de ésta había mencionado la ligazón de los Lascorz pirenaicos con genealogía extranjera alguna. Más tarde dirían que Manuel, deseando evitar a sus hijos los padecimientos que él, su padre y su abuelo habían sufrido durante las décadas pasadas, prefirió callar, y que sólo en su lecho de muerte se sinceró: «Hallándose muy enfermo y presintiendo su próxima muerte, aunque no era de edad avanzada, el Príncipe Alexios Manouil [Manuel] hizo que sus hijos escucharan sus revelaciones, pues sintió remordimiento por haber intentado ocultarles su imperial personalidad durante su niñez, a pesar de los documentos, libros, banderas y ambiente helénico de su hogar» (LÁSCARIS-COMNENO, 1954: 100).⁴³ ¿Cuáles fueron las revelaciones que Manuel/Emmanouil hizo a Josefina y Eugenio, sus dos hijos todavía vivos? Se trata de lo que he definido como «tradición familiar» y que, en lo esencial, vendría a decir lo que sigue.⁴⁴

La verdadera identidad del padre de Eugenio no era la de Manuel Lascorz, sino la del príncipe Alexios Emmanouil Láscaris-Comneno (1847, Kutchuk-Levens, Gálata, Imperio Otomano-1906, Zaragoza). Alexios Emmanouil había llegado a Barcelona junto a su padre, el también príncipe Andrónikos Theódoros Láscaris-Comneno, huyendo ambos de la persecución de los agentes del sultán otomano y de lo que la «tradición familiar» define como «xenocratismo euro-occidental», especie de movimiento político contrario al resurgir del ideal bizantino en Grecia y en sus tradicionales zonas de influencia en el Asia Menor. De la capital catalana, merced a la ayuda de Anna Moutsouris, tía de Andrónikos, de doña Beatriz Abad, marquesa de San Marcial, y de Luisa Ruggieri, esta última residente en Zaragoza, Alexios Emmanouil fue trasladado a Plan, donde vivían los Lascorz, familia lejanamente emparentados con los Láscaris y uno de cuyos hijos, Manuel (1849, Plan, Huesca-¿?), estaba deseoso de marchar a Italia para combatir junto a

43 De ser cierto lo que dice el texto, éste deja entrever lo imposible de tal ocultación entre «los documentos, libros, banderas y ambiente helénico de su hogar». Retener esto es importante para comprender que el proceso de reconstrucción de la personalidad de Eugenio debió de comenzar antes de la muerte de su padre, es decir, antes de 1906. Posiblemente fue tras el fallecimiento de su hermano Lorenzo en 1900, con un Eugenio quinceañero, cuando tal proceso comenzó.

44 Las fuentes para esta tradición (LÁSCARIS-COMNENO, 1954; CASTRO, 1989; GIL, 2014; LÁSCARIS-COMNENO TORRES, 2014). Ésta es, por supuesto, la «tradición familiar» a la que en 1954 se opuso la revista *Hidalguía*.

los *camicie rosse* de Garibaldi. Ello posibilitó el intercambio de ambos jóvenes. Alexios Emmanouil tomó la documentación de Manuel y, a partir de ese momento, se hizo pasar por él, mientras que el mozo aragonés corrió al lado del revolucionario italiano. Y tras dejar en Plan a su hijo Alexios Emmanouil, el príncipe Andrónikos regresó a su patria.

Dicho príncipe Andrónikos había nacido en 1801 en el palacio de Tasch-Seraï, sito en el barrio del Phanar de Constantinopla. Tras participar junto a la mayoría de nobles fanariotas en las revueltas nacionalistas griegas desencadenadas en abril de 1821 contra el poder otomano, y una vez éstas fueron sofocadas, Andrónikos debió huir. Después de múltiples desventuras y una vez Grecia independiente, regresó a su patria. Pero la llegada en 1832 de la dinastía germana encabezada por Otón de Wittelsbach, coronado rey en 1833, le indujo al exilio. A partir de ahí vagó por distintas tierras hasta recalar en Italia, desde donde, y tal y como ya hemos visto, marchó a Barcelona junto a su hijo Alexios Emmanouil. Tras dejar a éste en la aldea de Plan, a salvo entre las altas montañas, el príncipe Andrónikos cruzó de nuevo el Mediterráneo para morir en Kutchuk-Levens en el año 1872. Pero antes que en Andrónikos, la exacerbación nacionalista también había hecho presa en el padre de éste y, por tanto, bisabuelo de Eugenio, el príncipe Theódoros Alexios Láscaris-Comneno (1761-1819, barrio del Phanar, Constantinopla), quien participó en las sociedades secretas que a comienzos del XIX propugnaron la independencia de Grecia y la reconstitución del Imperio Bizantino. Y como figura fundacional del relato familiar se situaba el tatarabuelo de Eugenio, el príncipe Andrónikos III Láscaris-Comneno Paleólogo (1730, barrio del Phanar, Constantinopla-1797, Viena), en cuyas venas confluía la sangre de tres de las cuatro grandes dinastías imperiales de Bizancio: los Comnenos (1057-1185), los Láscaris (1204-1261) y los Paleólogos (1261-1453).⁴⁵ Ésta es, a grandes rasgos, la «tradición familiar» en la que Eugenio apoyó su legitimidad imperial.⁴⁶

45 Sólo quedaba excluida la de los Ángeles (1185-1204).

46 Esta «tradición familiar» debe enmarcarse en la historia de la Grecia moderna. Tras la toma en 1453 de Constantinopla, la antigua Bizancio, por las tropas del sultán del Imperio Otomano, Mehmet II, en uno de los barrios de dicha ciudad, el del Phanar, se fue asentando una elite social griega compuesta por comerciantes enriquecidos y altos e influyentes funcionarios insertos en la maquinaria imperial. Cuando a comienzos del siglo XIX surgieron en el continente europeo diversos grupos conspirativos de carácter liberal dispuestos a combatir la tiranía, tanto la propia como la extraña (la Carbonería italiana, la francesa, el Sinédrio portugués, los conspiradores de Cato Street que atentaron en 1820 contra el gobierno británico, los decembristas rusos y, en España, las conspiraciones liberales que lograrían un efímero triunfo en 1820), en Grecia germinó la *Philike Hetaireia* o Sociedad Amistosa, agru-

Regresamos de tan largo viaje para descubrir que, desgraciadamente, ninguno de los dos posibles árboles genealógicos de Manuel Lascorz (el aragonés y el griego) bastó para impedir la muerte de éste, acaecida en Zaragoza el 5 de agosto de 1906. En ese instante y según cuenta Castro, Eugenio mantuvo una postrera conversación con su padre en la que recibió, como legado y junto con «el trofeo sangrante de la Bandera de la Batalla de Lalá, la preciosa documentación histórica que establece su imperial filiación, y las notas y consejos que le permitirán en su momento intentar su suerte por la restauración de la Gran Dinastía Nacional» (CASTRO, 1989: 61).⁴⁷ Y es a tenor de esa conversación que conviene recordar lo siguiente. Manuel, hombre cultivado, bien pudo conocer la llegada al Reino de Aragón, allá por la década de 1270, de la «infanta doña Láscara», hija del emperador Teodoro II Láscaris. Llamada en Aragón Irene (su nombre griego era Eudoxia), arribó

pación secreta creada en 1814 en Odessa por tres jóvenes griegos de la diáspora cuyo objetivo era liberar a la patria de la autoridad otomana mediante una revuelta armada. En ese mismo momento, varios notables fanariotas se aprestaron a dar su apoyo a dicha sociedad. En abril de 1821 comenzó la insurrección independentista griega con el asesinato de varios decenas de miles de propietarios, funcionarios, comerciantes y ulemas turcos, la mayoría de ellos desarmados. Los otomanos respondieron con igual dureza y junto al patriarca ortodoxo Grigorios V, ajusticiado y colgado a la puerta de una iglesia del barrio del Phanar por no haber garantizado la fidelidad de la comunidad que tenía a su cargo, murieron otros cuantos miles de griegos, entre ellos varios obispos y nobles fanariotas. La Guerra de la Independencia Griega (1821-1830) culminó con el reconocimiento de la soberanía de la nueva nación, Grecia, sostenida frente al Imperio Otomano por Gran Bretaña, Francia y Rusia. Como parte del precio que aquella debía pagar por su independencia, las tres potencias determinaron que fuera una monarquía hereditaria la que rigiese los destinos de la nueva nación. La elección recayó en Otón de Wittelsbach, segundo hijo del rey Luis I de Baviera, quien reinaría como Otón I (1833-1862) (CASTELLAN, 1991; COOK y STEVENSON, 1994; VEIGA, 1995; BONAMUSA, 1998; CLOGG, 1998; SIMAL, 2012).

- 47 En relación con la documentación histórica legada por Manuel a su hijo Eugenio, decir que he podido ver reproducida una pequeña parte de la misma en archivos de imagen en soporte informático. Sin embargo, la escasa calidad de la imagen me impidió precisar su contenido. Al parecer, en la actualidad dicha documentación se halla en América, propiedad de los descendientes de Eugenio que allí residen. Norberto de Castro facilita una somera descripción de alguno de esos documentos, seguida de otra en la que refiere varios de los que Eugenio generó en virtud de sus actuaciones posteriores (CASTRO, 1989: 81-86 y 87-104). Ciertos documentos de este segundo bloque están a mi disposición en soporte informático y pueden leerse a la perfección. La verosimilitud de los mismos, apoyada en la existencia de otros documentos absolutamente fiables que los legitiman (fotografías, recortes de prensa, relatos orales, etc.), permite pensar que si los documentos que Castro relaciona para el siglo XX son auténticos, también deben serlo los que ofrece para el XVIII y XIX. En cualquier caso y según el índice del propio Castro, sólo 3 de los 49 documentos de estos siglos hacen mención directa a los Láscaris. Mas ni tan siquiera dicha mención resuelve la cuestión de si Eugenio y los suyos formaban parte de dicha familia; de desearlo, no es difícil obtener un documento de carácter histórico en el que se mencione a una determinada familia, sin que por ello su nuevo poseedor pase mecánicamente a emparentar con ese linaje.

a la corte de Jaime I en compañía de varios hijos habidos de su matrimonio con el conde Guillermo de Ventimiglia, quien acababa de repudiarla. En su nuevo hogar, Irene contrajo segundas nupcias con Arnaldo Roger, conde de Pallars. Pasados los años y a través de ese enlace, la descendencia de Irene Láscaris se asentó en el Reino de Aragón.⁴⁸ Esa historia cierta pudo despertar en Manuel el deseo de ligar su linaje familiar, el de un infanzón oriundo del Pirineo aragonés, con el de los emperadores de Bizancio. Al cabo, el parecido entre los apellidos Lascorz y Láscaris era más que evidente. Tal vez incluso pudo ver, entre los documentos del archivo del Reino de Aragón todavía conservados en la Diputación Provincial de Zaragoza, en cuyas dependencias él trabajaba, algún testimonio que le hiciese pensar en la posibilidad de tal vínculo.⁴⁹ Posiblemente nunca sabremos si así sucedió, aunque sí es probable que la llegada y asentamiento en tierras aragonesas de una princesa bizantina de la Casa de Láscaris pudiera dar sustento en Manuel Lascorz a la creencia en unos Láscaris aragoneses.

48 Habla de ella en varias ocasiones Jerónimo Zurita, cronista del Reino de Aragón. Valgan a modo de ejemplo estas dos citas: «Estando el Rey en la villa de Calatayud, vino a su corte la infanta doña Láscara, hija del Emperador Theodoro Láscaro, mujer que fue del conde Guillermo de Veyntemilla» (ZURITA, 1610: Libro III, f. 232 r.); «asistiese en defensa de la condesa Láscara, y de sus hijas: a las cuales confirmó los feudos de Berga, y Bergadan, que les pertenecían como herederas del conde Arnaldo Roger» (ZURITA, 1610: Libro V, f. 377 r.).

49 En 1896, cuando Manuel Lascorz ejercía como secretario de rango subalterno en la Diputación Provincial de Zaragoza, el erudito catalán Joaquim Miret i Sans, junto a su amigo el historiador Francesc Carreras i Candi, estudiaba el pasado medieval del condado de Pallars. A resultas de esa investigación, Miret volvió a «interessar-se pel cas de les princeses gregues de la família Lascaris —que s’havien refugiat a Catalunya a la fi del segle XIII— perquè una d’aquestes princeses, segons Miret, es casà amb el comte de Pallars» (FERRER, 2003: 17). De sus pesquisas nacieron tres trabajos, todos ellos publicados a comienzos del Veinte en la *Revue Hispanique*: «La princesa griega Láscaris, condesa de Pallars en Cataluña», *Revue Hispanique*, X, 35-36 (1903), pp. 455-470; «Tres princesas griegas en la corte de Jaime II de Aragón», *Revue Hispanique*, XV, 47-48 (1906), pp. 668-720; y «Nuevos documentos de las tres princesas griegas», *Revue Hispanique*, XIX, 55-56 (1908), pp. 112-134. Al menos la primera de estas referencias, aparecida en 1903, pudo llegar a conocimiento de Manuel Lascorz, reforzando sus ilusiones sobre la relación entre los Lascorz y los Láscaris bizantinos. Mucho más tarde y ya fallecido aquél, Ricardo Pano recuperó el tema al abordar la ligazón entre la princesa Irene Láscaris y la corte de Jaime I. Pano afirmó que fue grande el «parentesco entre las princesas Láscaris bizantinas y la casa de Aragón, y también lo fueron las distinciones que ésta les tuvo, así como la corte de Castilla, pues doña Vatacia Láscaris fue nombrada tutora en la minoría de Alfonso XI de Castilla. De entre los descendientes de la princesa imperial Eudoxia, únicamente los Lascorz han conservado el apellido, evolucionado según la fonética de la región (Lascara, Lascoroz Lascorz). Como los Lascaroff en Rusia y los Lascarisow y Lascarinski en Polonia. Tomaron el apellido de la princesa igual que hicieron los Láscaris Ventimiglia, en la forma italiana éstos de Láscari. Los Lascorz descienden por línea femenina principal de la casa imperial Láscaris, y por la masculina de los antiguos condes soberanos de Ribagorza» (PANO, 1958: 52).

Fuera como fuese, lo cierto es que apenas transcurrido un mes de la muerte de Manuel, sucedió un hecho de enorme relevancia: por vez primera los Láscaris, que no los Lascorz, saltaron a la prensa y, con ello, la historia familiar cobró dimensiones públicas. Así apareció publicada la noticia en la madrileña *La Correspondencia de España* del día 20 de septiembre de 1906: «Ha fallecido en Zaragoza el noble español D. Manuel Láscaris, descendiente y heredero de la antigua familia imperial griega de dicho apellido. Era hombre inteligentísimo y de vasta ilustración. Descanse en paz». Información que el 6 de agosto de 1907 volvería a repetirse en las páginas de *ABC*: «Ayer hizo un año que falleció en Zaragoza D. Manuel Láscaris, descendiente y heredero de la antigua familia imperial griega de su apellido, que huyendo de las ruinas de su patria, y después de recorrer Italia, vino a refugiarse a España. El finado era persona de gran cultura y caballerosidad, y en quien se conservaban las tradiciones de una noble raza». Como puede comprobarse y contra lo que en un primer momento hubiera podido esperarse, ninguna de las dos notas apareció en la prensa local, sino en periódicos de tirada nacional con sede en Madrid.

Ello nos lleva a una primera reflexión en torno al papel fundamental que la prensa jugó en la vida de Eugenio Láscaris. Dado que su padre Manuel era persona de cierto reconocimiento social en la Zaragoza finisecular, la muerte de éste debería haber figurado entre las necrológicas de la prensa local o, al menos y dado lo peculiar de su caso, haber provocado una nota breve. Pero la noticia de su fallecimiento saltó en la prensa editada en la capital de España y no en los medios zaragozanos, lo cual sólo cabe explicarlo a partir de tres opciones. La primera, que los periódicos locales no tuviesen noticia de la calidad principesca de Manuel y sí la tuvieran los de Madrid, lo que parece poco probable en una Zaragoza que apenas superaba los 100 000 habitantes y en una persona que disfrutaba en ella de una reconocida posición social. La segunda, que sabiendo los medios locales de la nobleza de Manuel, obviasen dar pábulo a ésta en sus páginas, lo que podría explicarse en virtud del tipo de relaciones mantenidas por la familia Lascorz (en Zaragoza nadie hablaba todavía de forma pública de los Láscaris) con los editores y directores de los medios de prensa local. Y la tercera, que la familia no quisiera ver publicada la noticia a nivel local y sí en el nacional, deseosa de evitarse situaciones violentas e incómodas en su devenir cotidiano sin por ello renunciar al comienzo de una campaña pública en favor de unos derechos nobiliarios que, llegado el caso, podrían dar pie a legítimas reclamaciones dinásticas. Considero que es esta tercera opción, ligada a la faceta más ínti-

ma de la familia y a su bienestar y tranquilidad cotidianas, la que debemos tener por determinante.

Ahora bien, ¿a quién me refiero cuando hablo de «la familia» como agente difusor de la noticia de la muerte de Manuel? ¿Qué miembro de ésta, si aceptamos que alguno de ellos lo hizo, promovió la publicación de la misma en *La Correspondencia de España* primero y, luego, en *ABC*? ¿El propio Manuel antes de morir? ¿Eugenio en el mes y medio que transcurrió entre el 5 de agosto y el 20 de septiembre de 1906? ¿La madre de éste, Nicasia; o Josefina, su hermana? Creo no equivocarme si apuesto por la intervención directa de Eugenio, vistos los fluidos lazos que éste tendería durante el resto de su existencia con los medios de prensa escrita y, también, dada la nula presencia en la plaza pública que en lides dinásticas su padre mantuvo en vida. Sin querer adentrarme en los vaporosos territorios de la suposición y siempre que aceptemos como cierta la postrera conversación mantenida entre Manuel Lascorz y sus hijos, tal vez lo más ajustado a lo sucedido sea esto. En el aquel verano de 1906, Manuel, a sus cincuenta y siete años de edad y plenamente activo en el terreno profesional, se hallaba recopilando información sobre los Láscaris bizantinos llegados a finales del siglo XIII al Reino de Aragón. Viendo prematuramente acercarse la muerte y antes de fallecer, desvela a sus hijos Josefina y Eugenio los que él piensa sus verdaderos ancestros familiares, les facilita pruebas documentales que atestiguan tan extraordinaria historia, encarga a su primogénito que se preocupe por reclamar y recuperar para sí y sus descendientes dichos vínculos de sangre (y, con ellos, sus legítimos derechos al trono heleno) y, por último, ofrece a éste los contactos sociales que sin duda un hombre de su posición atesoraba. Enterrado el padre, Eugenio Láscaris recurre a uno de esos contactos, el renombrado periodista zaragozano Leopoldo Romeo, quien precisamente ese año acababa de ser llamado a Madrid para dirigir *La Correspondencia de España*. El conocimiento mutuo, la posible amistad entre los protagonistas e, incluso, el paisanaje, bastan para que el periodista ceda unas líneas de su publicación para un recuerdo emocionado y elogioso al difunto «D. Manuel Láscaris, descendiente y heredero de la antigua familia imperial griega de su apellido». De ese su primer acercamiento a la prensa escrita sacaría Eugenio una provechosa lección, pues comprobaría lo importante de contar con ella como vehículo de difusión pública de sus aspiraciones legitimistas.

Una vez aceptado que Eugenio tomó en serio el consejo del padre fallecido, nuestro protagonista se inició en el estudio de la historia y la cultura greco-bizantina, la genealogía de la Bizancio imperial y la situación políti-

ca de la Grecia contemporánea. Al hacer esto último no pudo por menos que descubrir las dos líneas de tensión que durante la segunda mitad del siglo XIX habían marcado la relación de ese país con el mundo exterior. Una era la *enosis*, impulso para la unión de una Creta todavía otomana al reino de Grecia (dicho deseo arrancó en la práctica con la revuelta de 1897 en la que participó un joven cretense, Elefterios Venizelos,⁵⁰ y culminó con la efectiva anexión de la isla a Grecia en 1913). Un segundo nervio de la Grecia de la época, y del que la *enosis* también formaba parte, era la *Megali Idea* o Gran Idea, un extenso movimiento panhelénico que se manifestó como el poderoso aglutinante de las fuerzas políticas y las energías nacionales griegas.⁵¹ La *Megali Idea* encontró un buen señuelo en el rey Otón I, quien debido a su ascendencia extranjera concitaba el rechazo de buena parte de población. Y en él obtuvo su primer trofeo, al ser destituido en octubre de 1862. Sin embargo, la nueva testa coronada no pertenecería a ninguna de las cuatro grandes Casas imperiales bizantinas, resultando elegida la Casa de Holstein-Sonderburg-Glücksburg, rama de la dinastía danesa de Oldemburg personificada en la figura de Guillermo, futuro Jorge I (1863-1913). Pese a ello, o tal vez a razón de ello, la *Megali Idea* continuó insuflando su aliento a la conciencia nacional griega. Y es a esa *Megali Idea* a la que Eugenio Láscaris unió su vida. Al panhelenismo, al renacer de las glorias del antiguo Imperio Bizantino en una de sus más venerables Casas (la ahora renovada dinastía de los Láscaris-Comnenos), a liberar al credo ortodoxo del yugo infiel, a todo eso decidió, a comienzos del nuevo siglo, dedicar Eugenio su existencia.

Y la mejor prueba que tenemos de ello es el artículo que bajo la rúbrica de Eugenio Lascorz escribió para el *ABC* del 5 de diciembre de 1912: «La

50 Elefterios Venizelos (1864-1936) fue el principal estadista griego de la primera mitad del siglo XX. Abogado de profesión y de ideología política liberal, alternó su estancia durante un total de doce años como primer ministro con breves episodios de destierro. Fallecido en el exilio francés, su memoria se halla muy presente en la Grecia de nuestros días.

51 La *Megali Idea* partía del principio de que la Grecia independiente de 1830 era tan sólo una parte de la «Grecia policéntrica» que se extendía por Asia Menor y las islas del Egeo, propugnando con ello la recuperación de todos los territorios en los que vivían griegos o que habían pertenecido en algún momento de la historia a Grecia. Se trataba en suma de reconstruir el Imperio Bizantino en competencia con el Imperio Otomano y con las aspiraciones de Rusia a convertirse en una «Tercera Roma». En los Balcanes, sólo Serbia, con la *Nacertanje* o Gran Proyecto, construyó hacia 1865 un nacionalismo de factura intelectual similar, pues sólo Grecia y Serbia estuvieron en disposición de usar de un Estado nación como plataforma desde la que impulsar políticas expansionistas (VEIGA, 1995: 74-81).

cuestión de Oriente. Latinos, Helenos y Eslavos. ¿Habrá Confederación?». ⁵² En esta su primera aparición en prensa, Eugenio hizo una verdadera declaración de principios en la que Grecia, el Imperio de Bizancio y él, se fusionaban en un solo cuerpo casi místico a través del ideario de la *Megali Idea*. Esto escribía Eugenio a sus veintiséis años: «¿Ha reconquistado Grecia a Janina y a Salónica para renunciar a toda su historia, contentándose con estas plazas y las islas del archipiélago? ¿Podrá ver el pueblo heleno que la joya más preciada de su corona, el suelo de sus mayores, allí donde asentaron su trono los Ángeles, los Comnenos, los Láscaris y los Paleólogos, la imperial Constantinopla, cabeza del helenismo durante tantos siglos, donde residen su patriarca y muchos miles de helenos, y que es griega esencialmente, se vea ocupada por pueblos de raza eslava? En verdad que hasta ahora Grecia, pequeña y pobre, no podía hacer valer sus viejos e indiscutibles derechos; ¿pero ocurrirá lo mismo en lo sucesivo? El día que vea robustecida su nacionalidad con nuevos territorios, engrosada su población con los pueblos de raza helena que ahora pasará a ocupar, ¿tolerará convertirse en un factor más entre los aliados?». Vemos en estas líneas a un hombre culto, de fácil y vehemente pluma, convincente en su exposición y lo suficientemente bien relacionado como para escribir un artículo de opinión en el que era ya uno de los más importantes periódicos españoles. Alguien que conocía perfectamente la situación política de los Balcanes y al que se le reconocía la autoridad suficiente como para escribir sobre ella.

A partir de lo visto no es difícil situar el momento en el que Eugenio inició su proceso de reconfiguración identitaria. El tiempo transcurrido entre la muerte de su hermano Lorenzo (febrero de 1900) y la de su padre Manuel (agosto de 1906), parece el ventanal adecuado para ello. El traslado de esas fechas a la vida de Eugenio nos ubica entre sus quince y veinte años. Resulta difícil negar la impronta que la casa familiar, atestada de objetos materiales y recuerdos griegos, y en la que sobrevolaba un ambiente bizantino extraño al que podía esperarse del discreto hogar burgués de una ciudad de provincias de la España de 1900, pudo ejercer en la formación del pequeño Eugenio. Y también es difícil no atender a la enorme impresión que a e

52 Redactado en los inicios de la Primera Guerra de los Balcanes (8 de octubre de 1912-30 de mayo de 1913) y recién tomada Salónica por las tropas griegas, Eugenio ofrecía su opinión favorable a dicha Confederación, cuyo objetivo último sería «suplantar de una vez para siempre un Imperio por otro: el turco por el balcánico». Terminaba refiriéndose a la dinastía que debería ocupar la cabeza del nuevo imperio: «Aún está en balanzas quién ha de ser el amo, si Carlos de Hohenzollern, Fernando de Coburgo o Jorge de Dinamarca».

ste le pudieron causar las confesiones que en el lecho de muerte su padre le hiciera (partimos, claro, de que el hogar de los Lascorz fuese tal templo del helenismo, y de que Manuel mantuviese con Josefina y Eugenio esa postrera conversación, algo que posiblemente nadie podrá ya nunca confirmar). Pero más allá de esto, lo que sí sucedió fue el inicio de un proceso de reconstrucción de la personalidad al que Eugenio, voluntariamente, se abocó.⁵³ Y es ese proceso de reconfiguración identitaria el que aquí nos interesa. Y ello porque de él emanó un personaje, Eugenio Láscaris-Comneno, que actuó como pretendiente legítimo a un trono, como encarnación del ideal político y cultural de una nación y, desgraciadamente, como una pieza más de una tragedia, la griega, que recorrió el escenario igualmente trágico de la Europa de entreguerras.

Sustitución y restitución en Eugenio Láscaris

1917 fue un año fundamental para Eugenio Láscaris. En él sucedieron tres hechos que marcaron el resto de su vida: su ingreso en el Colegio de Procuradores de Zaragoza, el comienzo del proceso legal de cambio de su identidad personal y la crisis abierta en el seno de una dinastía de la que se declaró rival. En cuanto al primero de estos tres hechos, su colegiación como procurador, Eugenio logró mediante la misma cuatro importantes ventajas: ejercer una profesión que lo eximiría de futuros ahogos económicos, adquirir provechosos contactos en salas y tribunales de justicia, labrarse un limpio prestigio como hombre de leyes y, finalmente, hacerse un hueco en el estrecho universo social de la burguesía zaragozana del momento. El segundo de los motivos que hicieron de 1917 una fecha tan especial en la vida de Eugenio es que fue entonces cuando el proceso de reconstrucción de su identidad cobró verdadero impulso. Sería en el mes de marzo de dicho año cuando inició sus actuaciones legales en pos de la sustitución del viejo Lascorz por el nuevo Láscaris. Y el tercer hecho fundacional de la vida de nuestro protagonista se ligó al rey de los griegos, Constantino I, enfrentado

53 En ese sentido, la construcción de la identidad es un acto volitivo de autoafirmación que tiene en la adolescencia su mejor escenario. Según afirmó el psicólogo L. S. Vigotsky, la pubertad, entre los catorce y los dieciocho años, es la última de las edades estables del desarrollo del ser humano, la cual puede estar a su vez atravesada por edades críticas en función de posibles sucesos traumáticos. Esa caracterización general de la construcción de la identidad está, además, históricamente mediada, pues las estructuras cognitivas que el niño y el adolescente desarrolla están influidas por su entorno social y cultural. La identidad es así la suma de la voluntad humana, de sus crisis y de las múltiples actividades e influencias que la cercan (LÓPEZ y REYES. Recurso electrónico).

a cuenta del papel que Grecia debía desempeñar durante la Gran Guerra al más importante líder político del país, el liberal Elefterios Venizelos. La tensión entre ambos aniquiló el consenso social que la *Megali Idea* había construido y escindió al país en el conocido como *Ethnikos Dikhasmos* o Cisma Nacional. A consecuencia de ello, en 1917 Constantino debió renunciar al trono. La abdicación del rey Constantino I en su hijo Alejandro reabrió las dudas sobre la Casa de los Glucksburgo como dinastía reinante en Grecia. Ante ese nuevo escenario, Eugenio procedió a la restitución de todos aquellos elementos que entendía legitimaban sus pretensiones al trono heleno.

Una fecha para tres sucesos y, también, para tres lugares. El primero Zaragoza, ciudad en la que Eugenio había nacido y desde la que ideó y llevó a cabo su metamorfosis personal; el segundo Plan, aquel lejano pueblecito del Pirineo oscense en el que, según contaba la familia, dos jóvenes habían intercambiado sus vidas; y el tercero, Atenas, corazón de la nueva Grecia del siglo XX en la que Eugenio esperaba ser acogido. 1917 fue el crisol en el que todo ello se reunió. Para que la mezcla de estos componentes cuajase sólo faltaba un precipitante, y Eugenio estaba más que dispuesto a aportarlo.

El camino de la procura

Tras obtener en 1911 su título de Derecho por la Universidad de Zaragoza, y tal y como era preceptivo para todo licenciado en leyes que quisiera ejercer como procurador, Eugenio demandó del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes el oportuno título de Procurador de los Tribunales, el cual obtuvo con fecha de 28 de diciembre de 1916. El 15 de enero de 1917 solicitó su ingreso en el Colegio de Procuradores de Zaragoza y, tras superar los trámites pertinentes, fue admitido en el mismo el 14 de febrero de dicho año. En la solicitud que abre el expediente aparece como «Don Eugenio de Lascorz y Labastida, Doctor en Derecho y Procurador, mayor de edad, natural y vecino de esta ciudad, donde habita en la calle de San Miguel, número 23, principal».⁵⁴ Tuvo suerte Eugenio con la fecha de su incorporación, pues sólo unas pocas décadas atrás el citado Colegio había perdido uno de sus más arraigados privilegios históricos, el *numerus clausus*, sistema con el que regulaba el acceso al mismo de nuevos individuos y, por extensión, con el que mantenía en coto cerrado el ejercicio de la procuraduría en

54 Archivo Histórico del Colegio de Procuradores de Zaragoza (AHCPZ), 35/45.

la provincia de Zaragoza. Roto dicho modelo, el acceso al Colegio era más abierto y menos ligado a tramas familiares, redes clientelares y prácticas de cooptación de lo que lo había sido durante la mayor parte de su centenaria historia (usos que, es justo precisarlo, en absoluto eran privativos de la institución zaragozana, sino parte de unos tradicionales mecanismos de control y arbitraje social de amplia extensión y profundo calado). Así que lo único que en enero de 1917 tuvo que hacer Eugenio para formalizar su ingreso como colegial fue cumplir con los requisitos que la ley establecía,⁵⁵ sin que, al parecer, su acceso al Colegio de Procuradores de Zaragoza necesitase de patronazgo o tutela alguna.

Durante sus primeros años como colegiado Eugenio apenas intervino en temas relacionados con el gobierno interno del Colegio. Lejos de interesarse por dichos asuntos, se preocupó más por afianzarse profesionalmente como procurador, así como por todo lo que se relacionaba con las múltiples actividades que, al margen de su despacho profesional, desempeñó durante ese tiempo.⁵⁶ Su desinterés por la vida colegial durante esos primeros años queda patente en el hecho de que entre 1918 y 1924 no asistió ni tan siquiera a la mitad de las juntas generales convocadas, y en que su primera intervención en ellas hubiera de esperar hasta finales de 1922.⁵⁷ Pero esa conducta fue cambiando conforme pasó el tiempo. Presumiblemente asentado en su quehacer profesional, los requerimientos de participación que la dinámica interna del Colegio imponía a sus miembros hicieron que Eugenio fuese desempeñando unos primeros puestos de cierta responsabilidad. En la Junta General de 9 de diciembre de 1924 (a la que no asistió) fue nombrado diputado segundo de la Junta de gobierno entrante, cargo que ostentaría por vez primera en la reunión que ésta celebró el 1 de enero de 1925 y que mantendría hasta el 30 de diciembre de 1926.⁵⁸ Tras cesar en su puesto a

55 Los estatutos que en ese momento regían en el Colegio de Procuradores de Zaragoza, aprobados en 1894, no se conservan en el archivo de éste. Sin embargo, en los que con escasa originalidad vinieron en 1918 a actualizar a los hoy perdidos, se establecían como requisitos de ingreso, junto a la documentación que acreditase la posesión del título de procurador, una cuota o fianza de ingreso de mil pesetas (la mitad si se era hijo de colegiado) y el justificante de alta en la contribución industrial (SANCHO, 2006: 90-91).

56 Tal y como más adelante veremos, el periodo 1922-1924 fue especialmente intenso en la vida del Eugenio Láscaris pretendiente al trono heleno.

57 La primera vez que intervino en una Junta General fue en la ordinaria del 9 de diciembre de 1922, cuando salió en defensa del entonces tesorero, Luis Górriz, acusado de malbaratar las cuentas del Colegio. AHCPZ, 14/21.

58 AHCPZ, 14/21. En esos años, los cargos existentes en la Junta de gobierno del Colegio eran los de decano, diputado primero, diputado segundo, tesorero y secretario-archivero.

consecuencia de una rutinaria renovación de cargos, Eugenio se apartó durante varios años de la vida activa colegial. Desde diciembre de 1928 a abril de 1932 no hay noticias del mismo en el archivo del Colegio.

Ese silencio, lejos de significar un vacío informativo, nos aporta una valiosa información de los vínculos que Eugenio mantuvo con el resto de sus compañeros. Nos informa de que sus relaciones con ellos eran correctas o, al menos, de que no surgió ningún episodio de tensión entre éste y otros colegiados necesitados de mediación disciplinaria alguna. También de que ni sus clientes ni ningún órgano judicial emitieron quejas o interpusieron denuncias contra él (en realidad, y según consta en los pertinentes registros documentales, jamás hubo ningún tipo de actuación disciplinaria en su contra). Y esa ausencia de problemas en su desempeño profesional como procurador ayuda a entender que en el mes de diciembre de 1932 Eugenio fuese elegido para el cargo de mayor prestigio del Colegio, el decanato, en sustitución del anterior decano, Ángel Ordás Sabau. Un año más tarde, el 4 de diciembre de 1933, Eugenio resultó reelegido. A partir de ese momento y hasta que el 31 de diciembre de 1937 se procedió a la siguiente renovación de la Junta de gobierno, Eugenio ejerció de manera continuada el cargo de decano del Colegio de Procuradores de Zaragoza.⁵⁹ A partir del 1 de enero de 1938 y hasta el verano de 1939 se mantuvo como simple colegiado, fecha esta última en la que abandonaría Zaragoza para incorporarse como máximo responsable del Juzgado de Instrucción de Responsabilidades Políticas de San Sebastián.

De todo lo anterior podemos inferir que la normalidad presidió la vida profesional del procurador Eugenio Láscaris. Una normalidad sin duda necesaria dado lo ajetreado del resto de sus facetas vitales y muy conveniente para no enturbiar el desempeño de su profesión, única fuente de ingresos con la que contaba para el sostenimiento de su hogar. Ello explicaría que ésa fuese una de las características de su personalidad que Eugenio más se preocupó por resaltar, tal y como testimonian las numerosas entrevistas de prensa e intervenciones públicas a las que gustosamente éste se sometió a partir de los primeros años veinte.⁶⁰ Y esa normalidad en el seno de una

59 Para 1932, AHCPZ, 14/20; para 1933, AHCPZ, 14/6. En AHCPZ, 38/10, se precisa que fue nombrado decano el 3 de diciembre de 1932, tomando posesión del cargo el 1 de enero de 1933 (los cargos de la Junta de gobierno se renovaban cada cuatro años). La noticia de 1937, en AHCPZ, 19/78.

60 A riesgo de adelantarnos en el tiempo, en un entrevista aparecida en el madrileño *Ya*, el 5 de marzo de 1935, «Un pretendiente al trono de Grecia, en Zaragoza», el periodista afirma-

existencia tan anormal podemos apreciarla, partiendo siempre del ámbito profesional, a través de una lectura comparada de cómo Eugenio se identificó de distinta forma según actuase como profesional del Derecho o como aspirante a un trono. En el primer caso y como procurador, hasta que le fue legalmente reconocido su apellido Láscaris en agosto de 1935, siempre fue y firmó como Eugenio Lascorz. En el segundo y como pretendiente al trono heleno, a partir de sus primeras manifestaciones públicas en los inicios de la década de 1920, siempre se presentó como Eugenio Láscaris.⁶¹ Una dualidad plenamente lógica, pues mientras para el primer caso le evitaba problemas domésticos y complicaciones legales, para el segundo no existía alternativa alguna.

El cambio: la sustitución

Denuncia José María Palacio que el 19 de marzo de 1917, tras la que intuye posible reunión entre Eugenio y Joaquín Vispe, pariente del anterior y juez municipal suplente de Plan, éste libró una certificación en la que se rectificaba la partida bautismal de Manuel Lascorz, sustituyendo el apellido de varonía, Lascorz, por el de Láscaris. El 30 de septiembre el notario de Boltaña (Huesca), Luciano Antonio Edo, legitimaba la firma del citado juez de paz y, el 2 de octubre de ese mismo año, Pablo Pérez Lagraba y Enrique Mestre, notarios ambos de Zaragoza, legalizaban la de su colega oscense (PALACIO,

ba: «En el despacho de Láscaris figura el árbol genealógico, acreditativo de la personalidad de este aragonés caballeroso, inteligente, modesto, íntegro, bien prestigiado en su profesión, a quien le asustaba que se conociese su condición de pretendiente a un trono, por si ella podía ser motivo de sátira en el ambiente localista». Archivo Orencio Ortega Frisón (AEOF). La medida y ponderación del carácter de Eugenio quedan patentes en esta frase. La cita también nos informa de que en el momento de publicarse la entrevista, marzo de 1935, aquél podía ya proclamar abiertamente sus aspiraciones dinásticas sin temor a ningún tipo de «sátira en el ambiente localista».

- 61 Es sintomático que el primer documento del archivo colegial en el que figura como Láscaris sea una factura fechada a 20 de septiembre de 1934, muy avanzadas sus actuaciones legitimistas en la escena pública. El sobre que la contenía iba dirigido al «Sr. D. Eugenio Lascaris (sic). Abogado-Procurador» y se envió a su domicilio particular, calle Manifestación. AHCPZ, 50/22. Se conserva en dicho archivo porque lo adquirido por Eugenio como decano tenía por destino último al Colegio, lo que hace de esa factura un documento entre lo público y lo privado que muestra cómo, a la altura de 1934, el cambio de personalidad de Eugenio estaba lo suficientemente avanzado como para ir asomando en una esfera de su vida, la profesional, a la que hasta entonces tal proceso no había tenido acceso. A grandes rasgos y a partir siempre de la documentación conservada en el AHCPZ, podemos señalar que entre 1917 y 1930 nuestro hombre firmó como Eugenio Lascorz, para posteriormente evolucionar hacia el apellido Láscarz (con tilde) y, mediada la década de los treinta, al definitivo Láscaris.

1954: 85).⁶² Con estas actividades, que la familia siempre negó aunque sin llegar nunca a desmontar en sus distintas contrarréplicas la base documental articulada por Palacio, Eugenio consiguió que al finalizar 1917 su padre Manuel tuviese como apellido paterno el de Láscaris. Era una forma muy inteligente, por indirecta y no pública, de iniciar su propio proceso de cambio de identidad. Era indirecta porque el interesado en promover tales actuaciones en nada veía afectada su propia identidad, y de no practicarse futuras modificaciones seguiría figurando en los registros existentes como Eugenio Lascorz. Y era privada porque los documentos emitidos por el juez de paz y los notarios antedichos lo eran a instancia de parte, siendo Eugenio el único que más allá de quienes los habían redactado conocía. Quedaba libre de mantenerlos secretos o de hacerlos circular, con lo que Eugenio, con evidente habilidad, nadaba y guardaba la ropa.

Es bien sabido que el proceso de socialización en el mundo occidental incluye una serie de ritos de paso que quienes vivimos en él nos apresuramos a seguir. Eugenio, tras concluir de manera satisfactoria sus estudios y lograr insertarse en el universo laboral en calidad de profesional del Derecho, contrajo matrimonio. Y lo hizo el 17 de enero de 1920 en la parroquial de San Gil de Zaragoza, a la edad de treinta y tres años y con Nicasia Justa Micoláu Traver. Nicasia, nacida el 2 de noviembre de 1891 en Valjunquera (Teruel), era hija legítima de un confitero, Alejandro, y de la esposa de éste, Avelina, nacidos ambos en dicha población. Lo único que puedo añadir respecto a ella es que, a sus veintiocho años y tal y como había sucedido con los padres de su nuevo marido, Nicasia formaba parte de la corriente migratoria de índole rural que desde mediados del siglo XIX venía engrosando la población de la capital aragonesa. Sí puedo sin embargo añadir algunas cuestiones sobre el contrayente, quien al acceder a un nuevo estado civil veía cómo sus aspiraciones nobiliarias aumentaban (y ello porque estar casado, para quien se decía ligado a una institución que como la monarquía hacía de la continuidad a través de la sangre una de sus claves de legitimidad, no era cosa baladí). Y como hombre práctico que era, Eugenio aprovechó la coyuntura para realizar un par de, en apariencia, leves modificaciones registrales. La primera consistió en que antes de transcribir los datos personales de ambos cónyuges en el correspondiente libro de matrimonios del Registro Civil, se levantó un acta de modificación del registro del matrimonio canónico que acaba de tener lugar en la iglesia de San Gil, en la que se añadía,

62 No voy a abundar en los detalles del proceso de suplantación de identidad legal del que Palacio acusó a Eugenio. La consulta detallada puede hacerse en (PALACIO, 1954 y 1954b).

entre paréntesis, el apellido Láscaris a los nombres de Manuel y Eugenio. La segunda fue que tanto a Nicasia como a su padre se les modificó el apellido Micoláu por Micolav.

Con estas modificaciones, realizadas en 1920, Eugenio lograba varios objetivos. En primer lugar, daba alas al cambio que en 1917 había practicado sobre el primer apellido de su padre, quien a partir de ahora figuraba como Manuel Láscaris en varios documentos públicos (su partida bautismal, dos actas notariales y el registro matrimonial de su hijo Eugenio). En segundo y ligado a éste, él mismo se identificaba directamente y por vez primera con tal apellido (en su registro matrimonial). Y obtuvo su tercer triunfo al conseguir la traducción del apellido de su esposa y del padre de ésta a una forma supuestamente eslava, Micolav, lo cual hace presumir que, al menos Nicasia, estaba al tanto de los desvelos imperiales de quien era ya su marido (Micolav era, además, un apellido muy conveniente para los futuros hijos de quien se decía descendiente de la bizantina Casa de Láscaris). Así, tanto la sustitución del apellido Lascorz por Láscaris, como la del Micoláu por Micolav, era para Eugenio no sólo una forma de hacer justicia con el pasado, sino, y sobre todo, de promover un proyecto de futuro. Cuando Eugenio y Nicasia tuvieron el 27 de octubre de 1921 a su primer vástago, éste pudo ser inscrito en el Registro Civil del Juzgado de Primera Instancia e Instrucción del Distrito del Pilar como Teodoro Eugenio Manuel Láscaris Micolaw. Y el segundo, nacido el 11 de septiembre de 1923, como Constantino Juan Alejo Láscaris Micolaw. Y así con Alejandro Miguel Demetrio Láscaris Micolaw, nacido el 17 de noviembre de 1924, Juan Arcadio Basilio Láscaris Micolaw, el 1 de octubre de 1926, Elena Irene Sofía Láscaris Micolaw, el 12 de julio de 1930 y, finalmente, Sofía Irene Eudoxia Láscaris Micolaw, el 1 de julio de 1932.⁶³ Seis hijos era un número más que aceptable para quien se proclamaba heredero de un trono. Y sus variados nombres, trufados de regusto helénico, no desdecían de su ascendencia. El mencionado proyecto de futuro de Eugenio se nos presenta así como un todo coherente, bien ensamblado y largamente mantenido en el tiempo.

63 Todas estas partidas presentan dos novedades de interés en relación con la identidad de los recién llegados. La primera, que el Micolav materno se trasmuta en Micolaw, un apellido todavía más excéntrico que el anterior para los naturales de la región aragonesa. La segunda que al informar sobre Manuel, el abuelo de los distintos neonatos, se hace a éste natural de Madrid, y no de Plan, como hasta la fecha figuraba en los registros oficiales. Con ello, según Palacio, Eugenio pretendía nublar cualquier pista genealógica que pudiese ligarle a él y a su familia con dicha población altoaragonesa y, de esta manera, dificultar la posible reconstrucción de su filiación familiar (PALACIO, 1954: 87-88).

Para cerrar este apartado señalar que el proceso de sustitución que llevó a cabo nuestro protagonista pudo concluirse en el benigno clima económico que reinaba en el seno del matrimonio Láscaris. Lo cual casa bien con lo que anteriormente señalábamos al tratar de la trayectoria de Eugenio como procurador. Para tal afirmación me baso no sólo en la presumible consolidación profesional de éste y, ligado a ello, en el incremento de sus retribuciones pecuniarias (en los años treinta, a un procurador no feliz en lo económico no le resultaba fácil alcanzar el decanato de su Colegio), sino en cuestiones como el número de bocas que durante esos años el matrimonio estuvo en disposición de mantener y educar (cuatro hijos y dos hijas) o en los cambios de residencia que durante ese periodo realizó la familia (todos ellos para habitar viviendas situadas en algunas de las mejores calles de la Zaragoza del momento). Así, entre 1917 y 1933, primero soltero y luego junto a su esposa Nicasia, Eugenio residió en, al menos, cuatro estancias distintas: en 1917 vivía en la calle de San Miguel, número 23, principal; en 1921 en la calle Alfonso I, 39, tercero izquierda (al menos allí dio a luz Nicasia al primogénito, Teodoro); entre 1923 y 1932 en la calle Cerdán, 19, principal (donde nacieron el resto de sus retoños); y, finalmente, en 1933 en la calle Manifestación, 47-49, nuevamente en una planta noble, la principal (y además con teléfono privado, el 2729).⁶⁴ No parece que en lo económico las cosas le estuviesen yendo mal por aquellos años a Eugenio Láscaris.

El cambio: la restitución

Si quería de la conformidad pública, el proceso de cambio de identidad de Eugenio necesitaba algo más que una mera sustitución de apellidos. No bastaba con la modificación de la memoria íntima de la familia, aunque ello era sin duda operación indispensable, sino que era preciso además acomodar a ésta en el lecho de la tradición legitimista en la que Eugenio tenía pensado posarla. Era preciso por tanto que esa nueva identidad familiar y personal en fase de construcción tuviese sólidos anclajes de carácter histórico, un legado de tradición y cultura capaz de legitimar los anhelos imperiales de quien la estaba poniendo en pie. Y ello sólo podía hacerse mediante el uso de materiales de alta densidad social y fuerte impacto emotivo. El primero y principal de todos ellos era casi tan antiguo como el imperio por el que Eugenio velaba: el credo ortodoxo.

64 Así figura en distintos documentos del AHCPZ. Las mudanzas de domicilio fueron una realidad relativamente frecuente en la vida de Eugenio, a quien sus compromisos profesionales le llevaron de Zaragoza a San Sebastián, luego a Barcelona y, finalmente, a Madrid.

Parecía meridianamente claro que la «tradición familiar» obligaba a Eugenio a recuperar la fe de sus ancestros, un catolicismo del oriente europeo dotado de sus propios usos y ritos que desde la emancipación del Imperio Otomano constituía uno de los soportes básicos de la identidad nacional griega, comunidad política a la que Eugenio decía pertenecer y cuya guía aspiraba algún día ostentar.⁶⁵ Restituirse en el credo de sus mayores era para él, además de un valor poderoso, una necesidad perentoria, casi fundamental. Pero era también un legado de muy difícil manejo en el seno de una sociedad tan nítidamente católica como lo era la española a la altura del año 1917 y, de manera todavía más singular, la burguesía de orden en la que Eugenio se movía. En ese sentido, a éste no se le ocultaba que para las clases acomodadas de la Zaragoza de la época el catolicismo era un vector definitorio de primera magnitud, un poso social que no debía ser soliviantado de manera innecesaria y gratuita. Y en ese juego entre dos confesiones hermanas, la ortodoxa y la católica, Eugenio sintió la necesidad de reclamar para sí y para su familia el credo de sus antepasados sin incomodar el arraigado sentir católico en el que los Láscaris habitaban. Y hay que reconocerle a aquél un hábil manejo de tan compleja situación, tanto más peligrosa cuanto los años fueron transcurriendo y el catolicismo español fue cobrando de manera acelerada, y en muchos casos violenta, mayores parcelas de poder y control social. Tal vez por ello esa transacción entre el credo ortodoxo de sus mayores y la fe católica de sus coetáneos en absoluto se mantuvo en parámetros equilibrados, pues casi siempre el primero debió amoldarse, al menos en su manifestación pública, a los espacios que la segunda le permitía.

65 El desgajamiento de la Iglesia de Oriente, bajo el patriarca de Bizancio, de una Iglesia de Occidente a las órdenes del papa de Roma, insufló a Grecia una nueva y muy poderosa seña de identidad nacional. Con ese punto de partida y en un proceso de características similares al que había sucedido en el siglo XVI en amplias zonas del centro y norte de Europa al compás del nacimiento de las nuevas Iglesias reformadas, a partir de 1830 el nuevo Estado griego independiente hizo del bizantinismo y de su particular identidad religiosa un parámetro de definición política. «En efecto, en numerosas ocasiones era difícil distinguir entre griegos, albaneses o turcos étnicos que poblaban diversas zonas de Grecia, dadas sus costumbres similares o el uso corriente de la lengua griega. Finalmente se optó por identificar legalmente al ciudadano griego con la religión cristiano-ortodoxa» (VEIGA, 1995: 75). Proceso reforzado por las repatriaciones que siguieron a los distintos episodios bélicos greco-turcos del primer cuarto del XX, en las que «se empleó la religión como señal de identidad» (MAZOWER, 2001: 75). Tratan de la importancia del «Eastern Christianity» como uno de los principales atributos que caracterizaron la identidad nacional griega, y de su papel discriminador entre «Greeks and Others» (KOLIOPOULOS y VEREMIS, 2004: 249-252). De todo lo anterior deriva la idea de que nación y confesión terminaron en Grecia por fusionarse en un cuerpo único con el que Eugenio se identificó.

Los componentes de ese doble juego de creencias fueron múltiples. De dos de ellos ya hemos hablado: el primero, que actuó como verdadero motor de la discordia religiosa, fue la confesión que en su lecho de muerte, en 1906, Manuel hizo a Eugenio y Josefina de que la verdadera fe familiar era la ortodoxa; el segundo, el hecho cierto de que tanto estos dos últimos como su hermano mayor, Lorenzo, habían sido bautizados según el ritual de la Iglesia de Roma. A estos dos elementos vino pronto a sumarse un tercero que incrementó de forma notoria la tensión espiritual despertada en 1906 en el seno familiar. Según cuenta Norberto de Castro en su biografía de Eugenio, la madre de éste, Carmen, fue mujer de una religiosidad acendrada y, al parecer, proclive a la expresión de un catolicismo riguroso y aun severo. Una profunda espiritualidad materna que chocó con la apatía que en ese terreno manifestó el padre, quien muy posiblemente en contra de los deseos de su esposa optó por dar a sus hijos una educación de corte mucho más liberal.⁶⁶ En ese clima familiar surcado de tensiones religiosas se desarrolló la infancia y primera juventud de Eugenio. A ello habría que añadir que éste, siguiendo los deseos de su padre, estudió en un centro público, el Instituto Universitario de Zaragoza, y no en uno de los numerosos espacios educativos de los que disponían las distintas órdenes y congregaciones religiosas de la ciudad (todas ellas católicas, por supuesto). En cualquier caso, es justo concluir que siempre pesó más en Eugenio la espiritualidad de su madre, Carmen, que el liberalismo religioso de su padre, Manuel.

Una buena perspectiva a través de la que otear la disputa entre ambos credos en la vida de Eugenio Láscaris, el católico y el ortodoxo, es la cronológica. Sin pretensión alguna de exhaustividad, baste señalar al respecto que además de bautizado en el catolicismo en 1886, en dicha creencia contrajo matrimonio en 1920, entre 1921 y 1932 bautizó en ella a sus sucesivos re-

66 Recordemos que en su juventud Manuel había abandonado el Seminario Conciliar de Barbastro. Del clima de tensión que existía en la familia a resultas del tema religioso se ocupa Castro en un par de ocasiones, aunque siempre de manera esquiva y mermando el fondo y la trascendencia en que el asunto se enmarcaba. Asegura el biógrafo que Manuel permitió que sus vástagos fuesen bautizados para evitar las «necesarias dispensas para poder celebrar las ceremonias religiosas y humillantes que la Iglesia católica imponía —particularmente en España en esos años a los cristianos de rito ortodoxo, como era el caso—. [...] No había en aquellos tiempos en la ciudad de Zaragoza y, sin duda alguna, en toda España ninguna Capilla Griega. A instancias de su esposa, deja bautizar a sus hijos en la Iglesia católica y sin atribuirle a esta cuestión la menor importancia alguna» (CASTRO, 1989: 59). El achicamiento del espacio concedido a la religión ortodoxa, válido para el lapso de tiempo en el que nacieron los tres hermanos (y sus respectivos bautismos católicos celebrados en 1877, 1881 y 1886), finó a partir de que Manuel desvelara el origen de la «tradición familiar» y, sobre todo, desde el momento mismo en el que Eugenio se impulsó la labor de su restitución.

toños y, en 1962, como católico murió. Como miembro y decano del Colegio de Procuradores de Zaragoza, en los años centrales de la década de 1930 participó en las fiestas que anualmente y en honor del patrón de dicha institución, Santo Tomás de Aquino, aquél celebró. Pocos años más tarde, en una coyuntura mucho más delicada, uno de los mitos fundacionales de la nación española, el de la reconquista cristiana ante el infiel musulmán, le serviría de elemento laudatorio hacia la nueva España nacionalista. Así, *El Día de Palencia* de 2 de agosto de 1937 y bajo el epígrafe «El príncipe Eugenio y el Generalísimo», recogía varios telegramas cruzados entre Eugenio, Nicasia y el hijo de ambos, Teodoro, con Franco. La crónica se abría así: «El príncipe Eugenio de Grecia, tan identificado con nuestro glorioso Movimiento nacional desde el mismo día en que se inició y profundo admirador de nuestra querida España por la que siente sus mayores fervores, ha dirigido al Generalísimo el siguiente telegrama: “Excelencia Generalísimo don Francisco Franco. Salamanca. Al comenzar segundo año Era Triunfal gloriosa Reconquista Española, felicito a Vuecencia efusivamente en nombre verdadero Pueblo Heleno que me honro en representar, reiterándole adhesión personal inquebrantable. ¡Arriba España! El Príncipe Eugenio Láscaris-Comneno, Duque de Atenas y de Lepanto”». ⁶⁷ A todo ello debemos sumar que, según Norberto de Castro, en 1923 el papa Pío XI envió a Eugenio su bendición apostólica, renovada en 1955 por Pío XII, mientras que en 1949 el capítulo y canónigos de la iglesia de Letrán le concedieron la Cruz de Oro de Letrán de Primera Clase (CASTRO, 1989: 29). A estas manifestaciones y distinciones en la fe católica hay que añadir la suposición de que, a lo largo de su vida, Eugenio no excusó la asistencia a cuantos actos y celebraciones religiosas su condición de hombre público y su rango social le impusieron.

Sin embargo, ese mismo hombre, sabedor del efecto benéfico que el apoyo de la Iglesia ortodoxa tendría para el reconocimiento de su ascendencia bizantina, no dudó en cultivar con esmero sus relaciones con las más altas jerarquías de aquélla. Así y según consta en un documento conservado en el archivo familiar, en marzo de 1922 su santidad el patriarca ecuménico y

67 Es importante reseñar que no debe vincularse de forma unívoca y excluyente la mención de Eugenio a la «gloriosa Reconquista Española» con el mundo católico, pues resulta mucho más apropiado asociarla al más amplio universo referencial de la cristiandad medieval, una comunidad en Cristo a la que pertenecía tanto la Iglesia de Roma como la de Oriente y en la cual la fe católica y el credo ortodoxo se fundían. De esa especie de denominador común espiritual entre el catolicismo romano y la religión ortodoxa bizantina se serviría en numerosas ocasiones Eugenio, haciendo de ese espacio de religiosidad compartida un territorio de salvaguarda de sus propios intereses.



Gran Cordón con Collar de la Orden del Santo Sepulcro de Jerusalén, dependiente del Patriarcado de la Iglesia Griega Ortodoxa, otorgado el 4 de marzo de 1927 al príncipe Teodoro IX. ALC.

arzobispo de Constantinopla-Nueva Roma, Meletios IV, envió a Eugenio su bendición patriarcal. Dirigida por Demetrio, canciller del Santo Sínodo del Patriarcado de Constantinopla, dice: «Nobilísimo. Su Santidad el Patriarca Ecuménico, mi Venerable Señor, me encarga la alta misión de enviar en su nombre a Vuestra Alteza Su agradecimiento por Vuestra felicitación y Su paternal bendición para Vos y para Vuestra Casa. Tened la seguridad de mi singular estimación. En el Patriarcado a 26 de marzo de 1922. El Canciller del Santo Sínodo».⁶⁸ En 1927 su santidad el patriarca de Jerusalén, Damianos, le otorgó a él y a su primogénito Teodoro el gran Cordón con Collar de la Orden Ortodoxa del Santo Sepulcro (LÁSCARIS-COMNENO, 2014: 22). En 1951 otro de sus hijos, Constantino, casó según el rito ortodoxo con la rusa

68 En el ALC se conserva la carta original en griego y su traducción al español.

Elena Galina Slépuhine Rudkowskaia.⁶⁹ Y, finalmente, recordar que en 1956 Eugenio culminó su vida como literato con el cuento de la bella Caliniki y su desgraciado amor, pasaje enmarcado en un escenario de monasterios ortodoxos y motivos bizantinos.⁷⁰ De este recorrido cronológico se deduce que la relación dialógica entre los credos ortodoxo y católico fue siempre fluida en la vida de Eugenio, y que la religión, antes que factor distorsionador de los deseos del príncipe Láscaris, sirvió a éste de aglutinante de muchos de los materiales biográficos que reclamaba como suyos.

La restitución en la fe de sus mayores cobró pleno sentido en 1917 gracias a la crisis desatada ese mismo año en la monarquía griega.⁷¹ Tal y como hemos visto en el apartado anterior, al comenzar la Primera Guerra de los Balcanes (1912-1913) Eugenio se había manifestado en la prensa española favorable a las tesis de la «Grecia policéntrica», proyecto político que comenzó a hacerse realidad mediante el Tratado de Londres (30 de mayo de 1913), por el que los turcos reconocieron la adquisición griega a resultas de dicha guerra de la ciudad de Salónica, la fortaleza de Yanina y diversas islas del Egeo.⁷² Reanudada la lid en la Segunda Guerra de los Balcanes (29 de junio-10 de agosto de 1913), una nueva victoria de las armas griegas tuvo como recompensa el reconocimiento de la soberanía de esa nación sobre la isla de Chipre (Tratado de Bucarest, 10 de agosto de 1913). Sin embargo, estas ganancias políticas tuvieron su contrapartida para Grecia en la violenta desaparición de su rey, Jorge I, el primero de los Glucksburgo, asesinado el 18 de marzo de 1913 por un perturbado mental durante la visita del mo-

69 *ABC* de 11 de abril de 1951: «Enlace Láscaris-Slépuhine» «En la iglesia de San Francisco el Grande se ha celebrado la boda de la señorita Elena Slépuhine Rudkowskaia con el príncipe Constantino Láscaris Comneno Micolaw, profesor de Filosofía de la Universidad de Madrid. La ceremonia se verificó con arreglo al rito romano oriental bizantino, apadrinando el enlace la madre del novio, princesa Nicasia Micolaw de Láscaris Comneno, representada por doña Enriqueta Peralada de Monzón, y el señor Lucien Morren, profesor de la Universidad Católica de Lovaina». Más allá del enlace matrimonial, la nota del *ABC* nos informa de muchas otras cuestiones. Entre ellas que, para ese periódico, en 1951 y antes de que se desatase la ya comentada «polémica *Hidalguía*», los Láscaris pertenecían de pleno derecho a la estirpe de los príncipes.

70 Podríamos alargarnos todavía más en el tiempo y señalar que Eugenio Láscaris-Comneno Torres, nieto de Eugenio, fue bautizado el 23 de octubre de 1976 en la iglesia ortodoxa de la Asunción de Caracas (Venezuela), según los ritos que la Iglesia de Oriente establece. ALC. A día de hoy se mantienen los vínculos entre los Láscaris y la Iglesia ortodoxa griega.

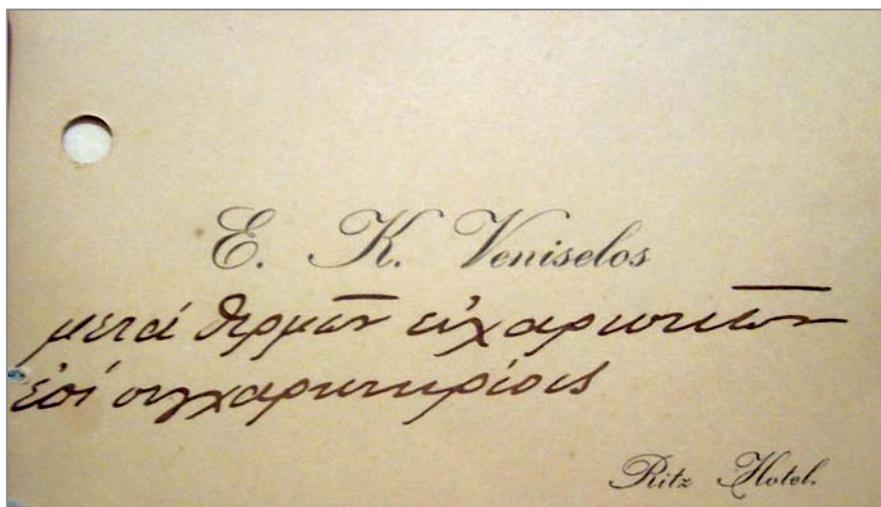
71 Para la crisis griega del 17 (CASTRO, 1989: 21-23; CASTELLAN, 1991: 392-397; CLOGG, 1998: 87-94).

72 De la enorme importancia de la ciudad de Salónica para la Grecia del periodo de entreguerras da cuenta (MAZOWER, 2005: 305-370).

narca a la recién anexionada Salónica. Su primogénito, Constantino, fue proclamado rey de forma inmediata bajo el nombre de Constantino I (ligado en su nombre a Constantino XI, último emperador de Bizancio muerto con las armas en la mano en 1453 durante la defensa de Constantinopla frente a Mehmed II).⁷³ El nuevo monarca estaba casado con Sofía Hohenzollern, hermana del káiser Guillermo II, quien haciendo honor a las relaciones parentelares que cursaban entre las distintas casas reales europeas, nombró a su cuñado mariscal de campo del Ejército alemán. El vínculo germánico resultaría para Constantino una *liasion dangereuse* cuando la Gran Guerra estalló.

Desde su independencia Grecia mantenía unas relaciones muy singulares con las tres potencias que la habían ayudado a su génesis como nación, Gran Bretaña, Francia y Rusia. Y también con su milenario contrincante, primero bajo disfraz persa, luego otomano y después turco. Ello hizo que tras el atentado de Sarajevo del 28 de junio de 1914 contra el heredero del Imperio Austro-húngaro, el país entrase en un periodo de gran tensión pues, de un lado, buena parte de su clase política y, entre ella, su figura más destacada, el por entonces primero ministro, el liberal Elefterios Venizelos, deseaba sumarse a la Entente, mientras que un Constantino de nítidas tendencias germanófilas y ante lo imposible de unir al país a unas Potencias Centrales entre las que se encontraba el Imperio Otomano, convocaba a la neutralidad. Los desencuentros entre Venizelos y Constantino culminaron con la dimisión de aquél el 6 de marzo de 1915. En las inmediatas elecciones el popular líder liberal obtuvo una cómoda victoria, lo que no impidió que de nuevo el rey Constantino exigiese su dimisión en septiembre de ese año. La brecha entre uno y otro era ya imposible de salvar, y la entrada en octubre de 1915 de soldados aliados en el país (lo que la prensa de las Potencias Centrales denunció como la «violación de Grecia»), unida al levantamiento de agosto de 1916 de militares favorables a Venizelos en la ciudad de Salónica, supuso la existencia de dos soberanías enfrentadas en un único Estado: el Gobierno de Defensa Nacional, con sede en Salónica bajo el control de Venizelos, proaliado y reconocido por éstos a comienzos de 1917, y el mantenido en Atenas por los partidarios del rey. El dilema se resolvió con

73 Constantino I (1868-1922) fue rey de los helenos de 1913 a 1917 y de 1920 a 1922. Sus simpatías hacia la Alemania guillermina y su enconada rivalidad con el primer espada de la política griega del momento, Elefterios Venizelos, marcaron su reinado. Síntoma de la convulsa historia griega del periodo de entreguerras es que tanto Constantino como Venizelos fallecieron en el exilio.



Tarjeta enviada desde su exilio en el Hotel Ritz (París) por Elefterios Venizelos a Eugenio Láscaris. ALC.

la entrada de los aliados en la capital el 29 de mayo de 1917, lo que forzó el exilio del monarca. A éste le sucedió su segundo hijo, Alejandro (1893-1920), ahora Alejandro I, en una solución de compromiso (Constantino nunca abdicó de manera oficial) que no pudo ocultar la crisis abierta en la cabeza de la Casa Glucksburgo.

Los sucesos aquí narrados no tuvieron en Eugenio Láscaris un observador pasivo. Antes al contrario y si debemos creer en lo que Castro dice, aquél estuvo desde el comienzo de la Gran Guerra muy en contacto con la realidad griega, llegando a ofrecerse como voluntario a la facción comandada por Venizelos, con quien tal y como más adelante veremos incluso mantuvo correspondencia privada. Según el biógrafo, Eugenio se «ofrece como voluntario al Consulado General de Grecia en Madrid para participar como simple soldado en la guerra junto con los patriotas griegos. El Cónsul General le responde oficialmente que Grecia acepta su oferta y que será llamado en el momento oportuno. El Príncipe Eugenio mantiene una correspondencia privada con el eminente hombre de estado Eleutherios Venizelos, del que había sido siempre un gran admirador, pues le consideraba el más capaz y más patriota de los políticos helenos» (CASTRO, 1989: 26).⁷⁴

74 Hasta donde sé, Eugenio nunca fue alistado. En cuanto a su correspondencia con Venizelos, las primeras referencias se datan para el mes de junio de 1917.

Con tales actos Eugenio buscó aproximarse, de forma tímida en estos sus primeros pasos, a la realidad política griega, trabando en ese acercamiento contactos con importantes sectores de la sociedad helena y con algunos de sus personajes de mayor proyección pública. La restitución de los elementos griegos que pudiesen existir en su pasado familiar comenzó con la inserción de Eugenio en la política de ese país, aunque dicha inserción se efectuase inicialmente de forma tangencial. Fuera como fuese, lo cierto es que el cambio de identidad que Eugenio había comenzado en 1917 se acordó con el instante en el que la crisis dinástica griega mostró por vez primera su faz más cruda. Con ello, Eugenio modificó su memoria y la de su familia a tiempo de entrar como actor secundario en la gran tragedia griega del periodo de entreguerras.

1924: «Viva S. M. Eugenio I, Rey Legítimo de los helenos»

La Grecia de los dos continentes y los cinco mares

La I Guerra Mundial dislocó a Europa. La fragmentó en lo territorial, la escindió en lo político, la desequilibró en lo económico y la removió profundamente en lo cultural. Estos fenómenos sociales se dieron a lo largo y ancho de todo el Viejo Continente, y si bien en unas zonas lo hicieron con mayor virulencia que en otras, en todas ellas la catástrofe se manifestó como el más claro legado de la Gran Guerra. Junto a ello, o muy posiblemente a causa de ello, durante las dos décadas inmediatamente posteriores a su conclusión, y tal y como afirma el historiador británico Richard Vinen, si algo caracterizó a la Europa de entreguerras «es el sinfín de motivos que descubrieron los europeos para odiarse mutuamente» (VINEN, 2002: 99). Motivos que se resolvieron tanto en el plano internacional, con guerras abiertas entre las distintas naciones, como en el nacional, con luchas fratricidas en el interior de éstas. En este último tipo de violencia política se abismó la Rusia revolucionaria, las naciones centroeuropeas sumidas en la revolución primero y la represión después, la Irlanda independentista, Finlandia y España enfrentadas a sendas guerras civiles y, finalmente, la práctica totalidad de los pueblos balcánicos, entre ellos, el heleno.

Una Grecia que llevaba varias décadas en busca de la modernización interior y la expansión exterior se asomó, confiada y optimista, al mundo inaugurado en 1918. Pero en esa nueva fase de su historia hubo de enfrentarse a dos graves problemas. El primero de ellos fue la brutal dislocación

de fronteras y poblaciones consecuencia de la pasada guerra.⁷⁵ Unos movimientos de población que colaboraron a la inestabilidad del país en los años inmediatamente posteriores, pues una buena parte de los varios centenares de miles de refugiados que arribaron desde el Asia Menor eran campesinos que llegaron sin disponer de tierras que cultivar ni apenas recursos con los que sobrevivir, lo que acrecentó la crisis social y económica griega. El segundo problema le vino impuesto a Grecia por su contexto geográfico, una Península Balcánica que continuó haciendo gala durante varios años del sobrenombre con el que se la identificaba más allá de sus fronteras, el de «avispero de Europa». En ese sentido, lo cierto es que el país no logró resistir (tal y como por otra parte les sucedió a la mayoría de los Estados europeos) el empuje de las dinámicas regionales en las que aquél se debatía, auténticos torbellinos marcados en lo político por el establecimiento de dictaduras con reyes o militares,⁷⁶ en lo económico por estructuras atrasadas basadas en la riqueza agraria de una elite terrateniente y, en lo social, por una limitada burguesía dependiente del Estado y del capital extranjero, un campesinado amortiguado en sus demandas y una muy débil presión obrera (CASANOVA, 2011: 142).⁷⁷ Cabe añadir en este marco geopolítico los efectos desestabi-

75 Sólo por lo que a Grecia respecta, el Tratado de Neuilly (27 de noviembre de 1919) supuso el intercambio de 53 000 búlgaros residentes hasta ese momento en territorio griego por 44 000 griegos que habitaban en Bulgaria. A las consecuencias de 1918 le siguieron las de la guerra greco-turca: en 1922 y como colofón de ésta, 900 000 griegos fueron expulsados de Asia Menor, mientras que la formalización de la paz entre ambas naciones a través de la Conferencia de Lausana (24 de julio de 1923), implicó el intercambio de 190 000 griegos de Asia Menor por los 388 000 turcos musulmanes que todavía residían en territorio griego. Pese a esas migraciones forzadas y masivas, en 1930 todavía aparecían censados 50 000 griegos en Albania (BONAMUSA, 1998: 129-130).

76 Reyes como Alejandro en la Yugoslavia de 1928, Boris en la Bulgaria de 1935 o Carol en la Rumanía de 1938, hicieron gala de maneras claramente autoritarias. También dispusieron de esos hábitos los altos mandos militares que en numerosas ocasiones actuaron de consuno con aquéllos, cuando no los suplantaron, tal y como le sucedió al rey Carol, apartado del poder en 1940 por el mariscal Ion Antonescu. Entre reyes y militares surgieron algunas otras figuras harto singulares aunque igualmente autoritarias, caso de Ahmed Bey Zogu, quien asumió el poder en Albania en 1928. Estas dictaduras tradicionales conservaron unas instituciones representativas limitadas y unas constituciones modificadas o, en su caso, suspendidas.

77 Las sociedades nacidas o implicadas en el colapso de los antiguos imperios de la Europa central y oriental mantuvieron una compleja composición social, étnica y, en algunos casos, religiosa. Así, hacia 1930 Grecia tan sólo tenía un 18 por ciento de mano de obra masculina ocupada en la industria manufacturera, dedicándose a la agricultura más manos de las que en realidad eran necesarias (sus excedentes de población agrícola alcanzaban el 50 por ciento). Su burguesía se hallaba fragmentada y buena parte de ella proletarizada, pues muchos de los refugiados provenientes de Turquía, que en ese país habían sido, a semejanza de los viejos fanariotas, activos comerciantes, formaban ahora un amplio elenco social de desposeídos que alcanzaba el 20 por ciento de la población (LUEBBERT, 1997: 450-453).

lizadores provocados en los Balcanes por la relativa cercanía de la Rusia bolchevique, lo que motivó situaciones como la provocada por la presencia en la zona del llamado Ejército de Oriente, fuerza disuasoria mantenida por Francia en la región (CASTELLAN, 1991: 397). La aceleración del tiempo histórico que en esos años acaeció en los Balcanes explica en buena medida la generación de problemas tan graves como los aquí descritos. Problemas que en el caso de Grecia deben condimentarse con un ingrediente autóctono, la *Megali Idea*, anhelo irredento reconvertido en la gran ilusión de la Grecia de posguerra.

A partir de 1918 los griegos conocieron el orgullo de la victoria, partícipes de la firma del armisticio por parte de Bulgaria (29 de septiembre de 1918) y con sus tropas a las puertas de Constantinopla. De esta forma, cuando en 1919 Venizelos marchó en representación de Grecia a la conferencia de paz de París, fue despedido como un héroe por sus conciudadanos y recibido como el líder de una nación victoriosa por los diplomáticos reunidos en la capital francesa. Fruto de esas conversaciones, el Tratado de Sèvres (10 de agosto de 1920) hizo pasar de manos otomanas a griegas la Tracia Oriental, con la excepción de Constantinopla, y la región de Esmirna, en Asia Menor, la cual podría ser anexada por Grecia si al cabo de cinco años la población de la zona así lo decidía.⁷⁸ Pero la inesperada muerte del joven rey Alejandro I, acaecida el 25 de octubre de 1920,⁷⁹ reabrió la crisis dinástica, dado que el príncipe Pablo, tercer hijo del anterior monarca, Constantino, renunció a ocupar un trono al que ni su padre ni su hermano mayor, Jorge, habían voluntariamente renunciado. En ese momento se enfrentaron dos facciones, la encabezada por los liberales de Venizelos, contrarios a la restauración de Constantino y favorables al príncipe Pablo, y el partido tradicionalista de Gounaris, partidario de Constantino o del hijo

78 Tal y como afirma Georges Castellan: «Une fois de plus, les rêves de la *Megale Idea* enflamèrent les esprits et Venizelos, venu à Paris pour la conférence de la paix, y défendit avec brio les thèses de la Grèce. [...] Pour Venizelos et ses partisans, c'était le début de la restauration de l'Empire byzantin» (CASTELLAN, 1991: 407). Para la Grecia de la inmediata posguerra (CASTELLAN, 1991: 406-410; CLOGG, 1998: 96-100).

79 Alejandro I (1893-1920) alcanzó el trono en 1917 tras la marcha al exilio de su padre, el rey Constantino, y falleció a consecuencia de la rabia que le transmitió el mordisco de uno de los monos exhibidos en palacio. Durante el mes de octubre de 1920 se remitieron a Madrid varias cartas del embajador español en Atenas, Andrés López de Vega, informando de la mala salud del rey Alejandro y de la posibilidad de que a su muerte, o bien un golpe de mano contra Venizelos pudiese facilitar el regreso al trono de Constantino, o bien un monarca extranjero pudiese optar al trono. Archivo Histórico Nacional. Ministerio de Asuntos Exteriores. AHN (MAE). H-1605. B.

mayor de éste, Jorge. En ese clima enrarecido las elecciones de noviembre de 1920 negaron de manera sorpresiva la victoria a Venizelos, quien marchó al exilio. Un plebiscito celebrado el 6 de diciembre de 1920 formalizó el regreso de Constantino a Atenas, ciudad a la que entró de manera solemne el 19 de diciembre de 1920.⁸⁰

Esos cambios en la jefatura del Estado no frenaron la campaña que las armas griegas venían desarrollando en Asia Menor, triunfal hasta que el contraataque del nuevo líder turco, Mustafá Kemal, revirtió la situación.⁸¹ Tamaña humillación nacional provocó en Grecia la revuelta del coronel Nikolaos Plastiras,⁸² un declarado venizelista que al frente de un grupo de oficiales republicanos creó en septiembre de 1922 un comité revolucionario presidido por el general Gonatas, el cual forzó un nuevo exilio de Constantino y, ahora sí, su abdicación formal.⁸³

80 Una vez restaurado Constantino, el embajador español asistió al discurso dado por éste el 5 de enero de 1921 con motivo de la apertura de la Asamblea Constituyente, e informó de que «sólo estábamos los Ministros de Holanda y España es decir de las dos naciones neutrales». Más adelante, cuando Constantino formó su primer gobierno, éste sólo tenía a su favor «a los representantes de Rusia, Holanda, Rumanía y España», según carta de López de Vega de 26 de enero. Las secuelas de la germanofilia del rey griego se mantenían vivas, lo cual no desdecía el hecho cierto de que, tal y como había informado el embajador español por nota de 16 de enero, «Debe, pues, considerarse como definitiva la solución que ha tenido la cuestión dinástica y como Soberano indiscutible S. M. el Rey Constantino 3^o». AHN (MAE). H-1605. B. Al parecer, el plebiscito de diciembre de 1920 fue amañado en favor de Constantino (CLOGG, 1998: 205-206).

81 La campaña había comenzado el 15 de mayo de 1919 con la entrada de tropas helenas en Esmirna bajo el pretexto de proceder a la protección de la población griega allí residente. Mas lo que se produjo fue la matanza de varios centenares de turcos. Recuperada la ciudad el 9 de septiembre de 1922 por los soldados de Mustafá Kemal, más tarde Atatürk, unos treinta mil cristianos y el arzobispo de Esmirna, Chrysóstomos, fueron masacrados. Con esos ecos de lo que había sucedido hacía justo un siglo entre griegos y otomanos, finalizó la guerra greco-turca.

82 Nikolaos Plastiras (1883-1953) fue héroe militar y político partidario del líder liberal Elefterios Venizelos. Instigador de dos golpes de Estado, en 1922 contra Constantino I y en 1933 en defensa de Venizelos, en 1923 frenó el golpe monárquico reaccionario contrario a la instauración de la República griega. En defensa de esa República de nuevo amenazada se alzaría en armas en 1935.

83 Según informó el nuevo embajador español en Atenas, Cristóbal Fernández-Vallín, a partir de la creación de dicho comité revolucionario, en las tarjetas de Plastiras figuró la leyenda: «Jefe de la Revolución 1922». El 27 de septiembre de 1922 telegrafiaba Vallín: «Con motivo de acontecimientos y proclamas lanzadas por aeroplanos firmadas General Gonatas Jefe tropas Chio y Metelin y ultimátum flota al Rey Constantino, ha abdicado en Príncipe heredero que tomará el nombre de Jorge II. Gobierno ha dimitido se formará Gabinete militar entrando en él Ministros partido venizelista». En otro de 1 de octubre: «Ex-Rey Constantino ex-reina Sofia Princesa Catalina [hija menor de éstos] y Príncipe Nicolás [hermano de Constantino] embarcaron anoche trasatlántico griego PATRIS para Palermo escoltado por

El 27 de septiembre de 1922 su hijo, el príncipe Jorge, ocupó el trono heleno con el nombre de Jorge II.⁸⁴

Los sucesos del periodo 1918-1922 ofrecieron a Venizelos y a buena parte de sus conciudadanos un plato de sabor agri dulce. Si por un lado el líder liberal resultó victorioso frente a su gran rival, el rey Constantino, por otro no pudo evitar la subida al trono de un príncipe del que nunca gustó, Jorge. Pero el gran fracaso del político cretense se materializó entre los escombros de Esmirna, revés definitivo a sus viejas ambiciones panhelénicas en pos de una Grecia de los dos continentes y los cinco mares (Europa y Asia; Jónico, Egeo, Mediterráneo, de Mármara y Negro). En esa ciudad del Asia Menor sucumbió de manera irremisible la *Megali Idea*. Pero muchos parecieron no comprenderlo.⁸⁵ Tampoco Eugenio Láscaris.

torpedero griego PRÍNCIPE PAUL actual diádoque queda en Atenas ex-Rey usa título de Conde de Acharnon». Se fijaron elecciones para el 2 de diciembre y, en el entretanto, hubo un levantamiento a favor de Constantino comandado por el general Ioannis Metaxas que fracasó. En ese mismo mes de diciembre falleció Constantino, cuyo funeral y entierro se celebró el 14 de enero de 1923 en Nápoles. Desde España se intercedió en defensa de la familia real griega, tal y como atestigua un informe de la embajada española en Atenas de 5 de diciembre de 1922. Considerado como «muy reservado», en él se informa de la intervención española en la salvación del príncipe Andrés, hermano de Constantino, quien finalmente no fue ejecutado y sí enviado al destierro. AHN (MAE). H-1605. B. Un tiempo más tarde, el 9 de abril de 1928, el rey Alfonso XIII concedería mediante Real Decreto a la esposa del príncipe Andrés, la princesa Victoria Alicia de Grecia, la Banda de la Real Orden de la Reina María Luisa: «Queriendo dar una señalada prueba de Mi Real aprecio a Su Alteza Real la Serenísima Señora Princesa Victoria Alicia de Grecia, Vengo en concederle la Banda de la Real Orden de la Reina María Luisa. Dado en Palacio a nueve de Abril de mil novecientos veinte y ocho. Alfonso». AHN (MAE), H-3452. C.

- 84 Jorge II (1890-1947) reinó entre 1922-1923 y 1935-1947, permaneciendo fuera del país, protegido por los británicos, entre 1941-1946. Falleció a los seis meses de su regreso al trono.
- 85 El propio Venizelos, encargado de representar a su país en la Conferencia de Lausana, trató de salvar los restos de la Gran Idea del naufragio. Pero lo cierto es que el tratado signado en la ciudad suiza resarcó a Turquía de Sèvres, y dicha nación recuperó, además de la región de Esmirna, la Tracia Oriental y varias islas del Egeo. Para Grecia las consecuencias fueron dramáticas, pues cientos de miles de griegos expulsados de los territorios perdidos se vieron obligados a entrar en la madre patria. También en el plano político las repercusiones del desastre de Esmirna fueron mayúsculas. A modo de revancha por la derrota fueron juzgados varios altos cargos políticos y jefes militares acusados de alta traición. El conocido como Juicio de los Seis acabó en noviembre de 1922 con el fusilamiento, entre otros, del ex-primer ministro, Dimitrios Gounaris, y del que fuera comandante del Ejército en Asia Menor, el general Georgios Hadzianestis. Dichas purgas exacerbaron la enemistad entre venizelistas y monárquicos glucksburguistas, y las repercusiones de tales odios se dejarían sentir durante todo el periodo de entreguerras.

Un anuncio en la Agencia Radio

Tal y como hemos visto, Eugenio Láscaris se mantuvo atento a la situación política griega durante los años de la Gran Guerra, así como durante el posterior conflicto greco-turco. Iniciada la década de 1920 y avanzado el proceso de cambio de identidad y restitución de su ascendencia bizantina, Eugenio se hallaba presto a intervenir en la cotidianeidad de la vida social del país heleno. Para ello contó con apoyos importantes, tanto a nivel político, pues numerosos colectivos se avinieron a apoyar sus reclamos (la mayoría de ellos conformados en torno a griegos de la diáspora), como periodístico, pues varios medios de prensa griegos, y también algunos españoles, se prestaron a difundir y multiplicar sus mensajes. Prueba de esas tempranas relaciones es la carta que le fue remitida desde Atenas el 8 de mayo de 1921 por la revista *Atminai*, especializada en temas políticos y literarios.⁸⁶ En este sentido y tal y como había ocurrido en 1906 a la muerte de Manuel Lascorz, Eugenio evitó que las noticias de sus pretensiones dinásticas apareciesen en los medios locales zaragozanos, deseoso de eludir todo chascarrillo doméstico capaz de alterar la tranquilidad de su vida familiar y la rutina de sus quehaceres diarios como procurador de los tribunales. Eugenio mantenía así perfectamente dissociadas las dos caras de su personalidad.

Pero más allá de los apoyos puntuales antes referidos, Eugenio Láscaris necesitaba de un «acontecimiento detonante» que diese una mínima oportunidad de éxito a sus aspiraciones legitimistas. Y ese acontecimiento llegó con el nuevo episodio de crisis en el que se vio envuelta la monarquía griega. El reinado de Jorge II tuvo un primer periodo de muy corta duración. Nombrado rey en septiembre de 1922, en diciembre de 1923 la victoria electoral de Venizelos, tan contrario al nuevo rey como lo había sido al padre de éste, obligó a Jorge II a abandonar el país con «permiso de excedencia prolongada», eufemismo que no escondía sino un exilio similar al que en 1917 se había impuesto a su padre, el rey Constantino.⁸⁷

86 ALC. Eran aquellos momentos difíciles para una Grecia inmersa en el conflicto greco-turco, cuando tras la batalla de Inönü (11 de enero de 1921) y los posteriores reveses militares del mes de marzo, el gabinete Gounaris veía cómo el hasta ese momento expreso apoyo aliado se convertía en una aséptica declaración de neutralidad. También coincidía en el tiempo la remisión de la carta de la revista *Atminai* a Eugenio con el reciente regreso del rey Constantino al Palacio Real de Atenas.

87 En realidad, los apenas quince meses de su reinado fueron una pantomima monárquica. Tal y como afirmó el 25 de junio de 1923 el cónsul español en Salónica, Antonio Gordillo Carrasco: «En cuanto al Rey, su papel es tristísimo. Nadie lo nombra para nada, jamás se ve un retrato suyo, ni la más leve información ni referencia. Los militares se comportan como

La marcha del rey abrió las puertas a la república. En enero de 1924 el gobierno presidido por Gonatas dejó paso al presidido por Venizelos. El 28 de febrero la IV Asamblea Nacional votó a favor de la caída de la monarquía Glucksburgo y la instauración de una república parlamentaria, proclamando la celebración de una consulta popular para ratificar tal medida, la cual tuvo lugar bajo la forma de plebiscito el 13 de abril de 1924.⁸⁸ El almirante Paulos Kunduriotis fue elegido presidente de la recién nacida República griega.

Ante esa nueva realidad política algunos dirigentes griegos respondieron de manera acelerada, y en diciembre de 1923, antes de que la nueva legalidad republicana fuese puesta en pie, un grupo influyente de diputados de la Asamblea de Atenas ofreció el trono a Eugenio. Según recoge Norberto de Castro, la «Agencia Radio, ya en 1923, difunde en el mundo entero la noticia: “Se anuncia en Atenas que varios diputados han ofrecido la Corona de Grecia al Príncipe Eugenio Láscaris, descendiente de los antiguos Soberanos griegos, familia de la cual Grecia es una gran deudora” [...]. Desde entonces fue considerado por sus partidarios como REY LEGÍTIMO DE GRECIA y como tal es saludado por las más altas autoridades tradicionalistas y personalidades griegas, con el uso público y privado de Alteza Imperial y Real, que tiene por su nacimiento, y la de MAJESTAD» (CASTRO, 1989: 28). La noticia difundida por la Agencia Radio fue publicada en España en la primera página de *El Imparcial* de 25 de diciembre 1923, bajo el titular «La situación en Grecia. Esperando el regreso de Venizelos. Se ofrecerá la corona al Príncipe Eugenio Láscaris» Y también en el *Diario de Córdoba* de 28 de diciembre de 1923: «La Corona de Grecia». «Varios diputados griegos han expresado el propósito de ofrecer la Corona de su país al Príncipe Eu-

si se tratase de fundar un república pretoriana». AHN (MAE). H-1605. B. La posición de Jorge II no estuvo nunca bien definida y sus poderes fueron siempre limitados. En las elecciones de diciembre de 1923, previstas para la creación de una Asamblea Constituyente, el boicot de la facción antivenezelista dio a los vencedores, contrarios al rey, una amplia mayoría.

- 88 El 1 de abril de 1924 el cónsul Antonio Gordillo había informado de la proclamación de la República en la ciudad de Salónica. AHN (MAE). H-1606. B. El plebiscito dio como resultado un 70 por ciento de los votos favorables a la República (758472 contra 325322). La nueva forma de Estado no trajo la tranquilidad a Grecia, cuya situación política siguió moviéndose en aguas turbulentas, pues: «aunque en apariencia esa nueva república fue democrática, los militares actuaron como árbitros de la política a través de sus clientes políticos. El clientelismo político, el sectarismo de la vida política y la crónica tendencia de los militares a intervenir en el proceso político fueron los rasgos distintivos de la sociedad griega en esos años» (CASANOVA, 2011: 144).

genio Lascaris, descendiente de los antiguos soberanos helenos. El Príncipe Lascaris disfruta de muchas simpatías en la nación». ⁸⁹

Un ofrecimiento que no aparece reflejado en la valija diplomática llegada a España desde Grecia, lo que es, cuando menos, curioso, pues resulta difícil creer que la oferta del trono de su país hecha por un grupo de parlamentarios a un ciudadano español pasase desapercibida a los diplomáticos españoles destinados en la nación oferente. Como contrapunto a ese silencio sobre el ofrecimiento del trono heleno a Eugenio Láscaris disponemos del *Informe acerca de la política del Señor Venizelos*, enviado a Madrid el 15 de enero de 1924 por el embajador español en Atenas, Cristóbal Fernández-Vallín. En él se exponía: «En realidad lo que parece es que él [Venizelos] trata de hacer un distinguo entre mantenimiento de la Monarquía y continuación de la actual Dinastía (contra la cual se declaró hace algún tiempo ya) una vez que consiga, en cualquier forma, que el mantener la Monarquía no significa la vuelta del Rey Jorge, hará la comedia de aparentar buscar otro Monarca y estando seguro de que no ha de haber quien quiera ser Rey de Grecia y menos bajo una tutela como la suya, el terreno estará propicio a la proclamación de la República fundándose en que, a pesar de sus esfuerzos, no pudo hallarse una Dinastía a la que confiar la Corona de este país». ⁹⁰ ¿Fue en esa «comedia de aparentar buscar otro monarca» en la que algunos dirigentes políticos griegos decidieron otorgar un pequeño papel a Eugenio Láscaris, convertido en un circunstancial pretendiente al trono heleno? Y, de ser así, ¿entró Eugenio en el juego del veterano político que era Venizelos y se dejó usar como marioneta de un falso teatrillo cuya obra tendría por título algo así como *La aparente busca de un rey*?

Para valorar tal posibilidad hay que tener presente que la relación entre ambos actores, Eugenio y Venizelos, venía de lejos (al menos eso repiten

89 Recoge la noticia de *El Imparcial* (CASTRO, 1989: 28). Años después, el 26 de febrero de 1935 y con motivo de otro importante movimiento político por parte de Eugenio, *La Monarquía* recordaría: «En diciembre de 1923, la agencia “Radio” anunció a la Prensa mundial que varios diputados habían acordado “ofrecer la Corona de Grecia al Príncipe Eugenio Láscaris, descendiente de los antiguos soberanos griegos, familia a la que tanto debe el Hellenismo”. [...] En las actas de esos Congresos, constan las peticiones de los diputados». AOOF. Algunos de los periódicos extranjeros en los que según *La Monarquía* había aparecido la noticia fueron el francés *Le Journal* (19 de diciembre de 1923) y los griegos *Elefteron Vima*, *Skip*, *Ethnos*, *Journal des Constantinopolitains*, *Hestia*, *Helefteros Logos*, *Elefteros Antrophos* y *Proia*.

90 AHN (MAE). H-1606. B.



Eugenio Láscaris-Comneno. ALC.

las fuentes cercanas al primero),⁹¹ con lo que un acuerdo entre ambos, no sabemos en qué términos concertado, bien pudo ser posible (acuerdo que no debe verse como un pacto formalmente establecido entre las partes, sino como la aceptación mutua de una situación de facto propiciada por el político griego y susceptible de resultar rentable al pretendiente español). La concomitancia de los intereses de uno y otro puede así ser sometida a una doble lectura, pues si bien es posible pensar que Venizelos usase del pretendiente lascárida en su propio provecho (siendo los Láscaris una de las dinastías con las que éste jugó), también

es factible que Eugenio se dejase querer sabedor de que el movimiento de aquél, reforzado por la actuación clientelar de un grupo de diputados afectos a Venizelos, además de perjudicar a la Casa de Glucksburgo facilitaba que su reclamo legitimista fuese dado a conocer entre la sociedad griega. A falta de mayores precisiones sólo puedo añadir que de ser cierta esa acción acordada, no importa el grado, entre Eugenio Láscaris y Elefterios Venizelos, ésta daría a la figura del procurador zaragozano una mayor relevancia histórica. En cualquier caso y a partir del anuncio de la Agencia Radio y de las noticias aparecidas en diversos periódicos españoles y europeos, en el contexto de la severa crisis monárquica que acompañó a la destitución del rey Jorge II de Grecia, Eugenio Láscaris saltó a la palestra pública como posible, y legítimo para algunos, sucesor al trono que aquél dejaba vacante.

91 Castro reproduce una carta escrita en francés en junio de 1917 por Venizelos, vencedor en ese momento de su pulso con Constantino y siendo presidente del consejo de ministros griego, a «S.A.I. Mons.r. Eugenio Lascaris». En ella, aquél pide a éste «quiera trasmitir a los helenos de España mis sinceros reconocimientos por la lealtad que testimonian a la causa nacional» (CASTRO, 1989: 87).

Fue en ese instante cuando Eugenio hizo gala del buen manejo que siempre tuvo de los medios de comunicación. Y por las razones que ya hemos expuesto (preservación interesada de la paz del hogar y del normal quehacer profesional), lo publicado en torno a él apareció de manera preferente en aquellos medios que se editaban en Grecia o en aquellos otros que quedaban bajo el control de las comunidades griegas de la diáspora europea,⁹² haciéndolo mucho menos en los españoles de tirada nacional y en absoluto en los de la Zaragoza que le servía de residencia. El envío de cartas y fotografías suyas, de su mujer y de los dos hijos habidos hasta ese momento en el seno de su matrimonio, Teodoro y Constantino, fueron acciones comunes.⁹³



S.A.I. y R. Nicasia de Grecia. 1935. ALC.

Antes incluso de que el 28 de febrero de 1924 la Asamblea Nacional griega votase la caída de la monarquía Glucksburgo y la instauración de una

- 92 En relación con la emigración helena es preciso recordar el importante papel que la *xeniteia*, o estancias en el extranjero, ha desempeñado en la experiencia histórica griega, de acuerdo a unos modelos de emigración gestados en época romana y que han perdurado hasta nuestros días. En ese sentido y tal y como afirma Richard Clogg, las «comunidades en la diáspora han constituido siempre una parte muy importante del pueblo griego» (CLOGG, 1998: 17). Como veremos a continuación, a través de estas comunidades se infiltró Eugenio en Grecia.
- 93 Eugenio gustó de acompañar sus mensajes propagandísticos con una serie de fotografías familiares muy estereotipadas. Las más características representan su busto de perfil, con quevedos y, en el margen superior izquierdo de la imagen, el águila imperial de la Casa de Láscaris (esta fotografía, sin el escudo nobiliario, es la que figura en la galería de retratos que el Colegio de Procuradores de Zaragoza dedica a sus últimos decanos). Otras lo muestran de medio cuerpo y mirando de frente a la cámara, pose que se repite para Nicasia, su esposa. Sus hijos, todavía muy niños, en ocasiones aparecen acompañados de un gran perro, y si el retratado es el primogénito, Teodoro, éste lo hace trajeado o imitando los modos de un *boy-scout*. Estas imágenes fotográficas suelen acompañarse de las firmas, helenizadas, de los protagonistas, así como de mensajes en griego del tipo «S.A.I. y R. Príncipe Teodoro Láscaris Diadoco de los Griegos». Los retratistas más habituales de la familia fueron Jalón Ángel y G. Freudenthal, ambos con estudio abierto en Zaragoza.



Los pequeños príncipes Teodoro (dcha.) y Constantino Láscaris (izd.). ALC.

república parlamentaria, la dirección de *Elefteron Vima* le agradecía, con el debido tratamiento de alteza real, un envío postal de las características antes reseñadas. En francés y fechada en Atenas el 16 de febrero de 1924, la dirección del citado periódico escribió a Eugenio:

A son Altesse le Prince Eugene Lascaris. Altesse, La Direction du Journal «ELEFTERON VIMA» se fait un devoir et un plaisir de solliciter de Votre Altesse de vouloir bien l'honorer en lui procurant la faveur de l'envoi de sa photographie ainsi que celle de sa famille. Après le repercussion que Son aimable lettre a eue dans le coeur des jeunes-hellènes, la publication de Votre photographie devient très désirable et même indispensable. Veuillez agréer l'assurance de notre très haute considération. De Votre Altesse les très humbles serviteurs. Pour la Direction du journal.

Y un mes antes de celebrarse el plebiscito que daría paso, el 13 de abril, a la República, G. Serafidis, editor del *Neos Kosmos*, se dirigió a Eugenio también en francés, desde Londres y con fecha de 15 de marzo de 1924:

A S.A.I. le Prince Eug. Lascaris. Saragossa (Spain). Prince, nous avons l'honneur de vous envoyer ci-inclus un specimen de notre journal «*Neos Kosmos*». Nous serons bien heureux si votre Altesse daignera de nous faire savoir ses considerations sur la question dynastique qui passionne en ce moment la Nation Grecque. De Votre A. Impériale humble serviteur, G. Serafidis.⁹⁴

Cabe suponer que esta red de contactos nació, creció y fue dando sus frutos en el tiempo merced, ante todo, a la perseverancia y laboriosidad del propio Eugenio. A estas alturas del relato es factible afirmar que las noticias sobre la muerte de su padre aparecidas en los años 1906 y 1907, en *La Correspondencia de España* y *ABC*, respectivamente, se debieron a gestiones del propio Eugenio, quien en 1912 publicaba artículos de opinión en el *ABC* y que en la década de los cincuenta, tal y como la «polémica *Hidalguía*» mostraba, tenía acceso libre a distintas cabeceras de prensa. Pronto veremos que estas formas de actuación se repitieron en otras ocasiones e, incluso, podremos precisar alguno de los nombres propios que las facilitaron. Eugenio, cuya bonhomía, cultura, buena educación y don de gentes son referidas en numerosas ocasiones,⁹⁵ supo sin duda granjearse los favores de la prensa.

El Manifiesto de Seis Colonias Helenas

Cuando la ocasión de proponerse como candidato a la corona griega estuvo al alcance de Eugenio, éste «vivía alejado de toda la pompa real en un apartamento de aires clásicos en Zaragoza, con sus hijos y dos criadas que ni siquiera lo llamaban “su alteza”» (MEZA, 2014: 63-64). Puede que el servicio no le diese tratamiento real, pero, tal y como hemos visto, políticos griegos de primera fila como Venizelos y varios diputados de la Bouli ateniense, así como medios de prensa como *El Imparcial*, el *Diario de Córdoba*, el parisino

94 Provenizelista, *Elefteron Vima (Tribuna Libre)* conformaba junto al conservador *Kathimerini (Diario)* la dupla más importante de la prensa griega del momento. Ambas cartas en ALC.

95 El 7 de septiembre de 1935 el procurador de Tarazona, José Chueca, enviaba una carta a Eugenio Lascorz, en su calidad de decano del Colegio de Procuradores de Zaragoza, mostrándose «seguro de que su gran bondad me hará tan señalado favor». AHCPZ, 43/98. El 10 de mayo de 1936, el procurador de Borja, Ángel Nogués, le enviaba otra, ahora a nombre de Eugenio Láscaris, en la que se lee: «le rogaría a Vd. sabiendo lo bondadoso que es Vd. para todos los compañeros». AHCPZ, 43/99. El propio José María Palacio le reconocía como «hombre de bien, eso sí, baturro de una pieza, ingenuo como un chiquillo e incommovible como las duras rocas de las agrestes montañas del solar de sus mayores» (PALACIO, 1954: 76). Y por citar tan sólo una de las numerosas noticias de prensa que hacen mención a su bondad, el 31 de marzo de 1933, *El Día* de Alicante publicaba: «El Príncipe Eugenio, residente desde hace tantos años en nuestra ciudad (sic), en donde cuenta con simpatías y afectos profundos, a los que se ha hecho acreedor con su vida ejemplar y austera».

Le Journal o los griegos *Elefteron Vima* y *Neos Kosmos*, entre otros, sí lo hacían.⁹⁶ Todos estos reconocimientos tuvieron su culminación en marzo de 1924, cuando desde varias comunidades griegas de la diáspora se lanzó al mundo un manifiesto en favor de la candidatura al trono heleno de Eugenio Láscaris. El *Manifiesto de Seis Colonias Helenas en apoyo de la candidatura del Príncipe Eugenio Láscaris Comneno*,⁹⁷ encabezado con las armas de Grecia y las fotografías de «S.A.I. el Príncipe Eugenio Láscaris» y «S.A.I. el Príncipe Teodoro Láscaris», no proponía otra cosa que la recuperación, en la figura de un descendiente de la bizantina Casa de Láscaris, de un consenso nacional superador de divisiones ideológicas en torno a la Gran Idea griega. Lejos de entender la defunción de ésta en la campaña del Asia Menor, y en un tono político marcado por el predominio del concepto de patria, deudor en no poca medida de las proclamas del nacionalismo exacerbado, antiliberal y antidemocrático que por entonces triunfaba en la Italia de Mussolini, el *Manifiesto* era, en el preciso momento en que Grecia debatía en las urnas su modelo de Estado, tanto una proclama dinástica (en favor de los Láscaris) como un completo proyecto de política interna (la *Megali Idea* como aglutinante con el que superar el «problema nacional»).

En la génesis del *Manifiesto*, además de la mano de un Eugenio siempre activo en sus contactos con los griegos de la diáspora,⁹⁸ podemos intuir la de un Venizelos que hizo del exilio y del trato con sus compatriotas residentes en el exterior una de las claves de su acción política. Por lo que a su contenido político respecta, el *Manifiesto* partía de la visión de unos buenos patriotas helenos hermanados en derredor del príncipe Eugenio Láscaris, aclamado como «S. M. Eugenio I, Rey Legítimo de los helenos». A partir de ahí y tras dar la espalda a los partidos políticos democráticos, cuya ambición

96 También le apoyó desde esos primeros momentos el general Andrés Bairas, héroe de la defensa en 1916 del fuerte Roupelion contra los germano-búlgaros (CASTRO, 1989: 23).

97 Para la transcripción del *Manifiesto*, ver anexos.

98 En el ya mencionado artículo de 26 de febrero de 1935, *La Monarquía* afirmaba: «En 1923, los partidarios del príncipe Eugenio le pidieron autorización para presentarlo como candidato nacional al Trono de Grecia, y al dar su contestación afirmativa, después de muchas meditaciones, representantes de los más genuinos y caracterizados de las grandes colonias helenas de Constantinopla, Bélgica, Francia, Egipto e Italia, lanzaron millón y medio de proclamas y manifiestos en francés y griego, por todo el país, presentando al príncipe como tal candidato y solicitando la restauración de la antigua casa Láscaris. Este manifiesto, que fue reproduciendo por toda la Prensa mundial, y en especial por la ateniense, tuvo excelente acogida en toda la nación». AOOF. Un ejemplo de los contactos de Eugenio con los medios de comunicación griegos de la diáspora es su relación con el *Neos Kosmos*, fundado en 1918 y que tenía por dirección La Varenne St-Hilaire, en el departamento francés de Seine.

«pone a la Patria en peligro y la empuja al abismo», las seis comunidades firmantes del documento (las de Constantinopla, Bélgica, Francia, España, Italia y Egipto) proponían la elección de Eugenio en calidad de rey en el inmediato plebiscito que iba a celebrarse en Grecia. El problema para los partidarios de Láscaris era que el plebiscito, por supuesto, ni estaba previsto para tal contingencia (la elección de Eugenio como rey), ni para discernir entre una u otra dinastía (los Glucksburgo, los Láscaris o cualquiera otra), ni para que la ciudadanía optase por la forma institucional que debía adoptar el Estado (monarquía o república), pues según había decidido la Asamblea Nacional griega, la razón de ser del mismo era la de ratificar una decisión ya sometida al dictamen favorable de ésta.⁹⁹ Ello hacía del *Manifiesto* de la diáspora helena un documento alejado de la realidad política griega, carente por tanto, al menos en ese preciso instante, de toda oportunidad de éxito. Pensado para forzar o, al menos, influir en la mecánica política e institucional del país, el *Manifiesto* era, en sus efectos prácticos, un brindis al sol. Lo cual en absoluto desmerece el valor del mismo para un Eugenio que, gracias a dicho documento, veía incrementar su presencia y protagonismo en la política griega de los primeros años veinte.

Al texto en favor de Eugenio le sucedió la proclama que el ya destronado rey Jorge II, bajo el título de *Manifiesto dirigido al Pueblo helénico por S. M. Jorge II*, redactó en su primera parada rumana camino del exilio británico.¹⁰⁰ A Jorge II le sobraban los motivos para redactar un manifiesto a sus compatriotas sin necesidad de tener en cuenta el texto previo de los miembros de la diáspora helena en favor de Eugenio Láscaris, aun suponiendo que dicho texto hubiese efectivamente llegado a sus reales oídos. Fuese de una o de otra manera, sí puede establecerse un vínculo entre ambos documentos, pues tanto el mensaje de Eugenio como el del rey Jorge encajaban en una suerte de modelo de «manifiestos reales desde el exilio».¹⁰¹ Escritos en francés, una de las palabras definitorias de ambos textos era «patria». Así, si el que apoyaba a Eugenio comenzaba con un «¡HELENOS! En el momento

99 El decreto por el que se convocaba la celebración de un plebiscito para ratificar la instauración de una república parlamentaria fue publicado el 29 de marzo de 1924 en el *Diario Oficial de Atenas*.

100 Una transcripción del mismo llegó hasta el gobierno español por vía diplomática. Firmado por Jorge II, aparecía datado en «Brasovo [Rumanía], le 7 Avril 1924». AHN (MAE), H-1606. B.

101 Pensemos también, en ese mismo orden discursivo, en el mensaje dirigido por el rey Alfonso XIII al pueblo español apenas proclamada, en fiesta popular y ciudadana, la II República española.

crítico en que la ambición de los partidos pone a la Patria en peligro y la empuja al abismo, es a sus hijos a quienes importa resolver el problema nacional», el de Jorge lo hacía con un «Au peuple Hellène. Hellènes: Monté sur le trône dans des circonstances tragiques pour la Grece; je n'ai cessé d'être animé d'un seul et même sentiment; l'amour de la Patrie». Esa forma de llamada a la patria y, por extensión, a sus hijos, conformaba un discurso simple, emotivo y de fácil recepción entre el común de la población, que se constituía como un eficaz apuntalamiento de sus respectivos emisarios. Además y por lo que a Eugenio respecta, se trataba de nivelar a los Láscaris con los Glucksburgo, amalgamadas ambas dinastías por un concepto común, el de patria, dotado de un alto voltaje político y emocional. De esta forma y merced al manifiesto redactado en su apoyo por los helenos de la diáspora, Eugenio intentó equipararse a un monarca que, con mayor o menor aquiescencia de los griegos, había efectivamente reinado sobre ellos.

La articulación de múltiples redes de sociabilidad

Eugenio y sus mecanismos de inserción en la prensa de la época

He hablado en varias ocasiones de la importancia que la prensa tuvo en la vida de Eugenio Láscaris y, de forma más precisa, del papel que ésta jugó en sus reivindicaciones legitimistas al trono heleno. He llegado incluso a afirmar que, sin la prensa, Eugenio Láscaris no hubiera existido, aseveración que basaba en las relaciones que éste mantuvo con los medios de comunicación escrita durante el periodo 1921-1924. Una relación que fue continuada en el trienio 1933-1935, cuando de nuevo el papel de la prensa se demostró absolutamente fundamental para los intereses de Eugenio. Y fueron precisamente los contactos mantenidos por éste con la prensa extranjera a lo largo del primer lustro de la década de 1920 los que marcaron lo sucedido en los primeros treinta.¹⁰² Así, noticias como la difundida por la Agencia Radio en diciembre de 1923 o durante ese año y el siguiente por diarios como el parisino *Le Journal* o el ateniense *Eleftheron Vima*, sirvieron a Eugenio como provechoso ejercicio de aprendizaje en sus deseos de autopromoción pública.

102 Más allá de estas dos prolíficas franjas temporales (1921-1924 y 1933-1935), el lapso transcurrido entre ambas no fue un territorio absolutamente baldío para Eugenio Láscaris en su relación con la prensa escrita internacional, pues he documentado un par de contactos entre uno y otra. El 10 de mayo de 1925 se publicó una noticia sobre Eugenio en *KHPYZ* y, el 30 de agosto de 1929, se remitió una carta a éste por parte del periódico lionés *Le Foyer Hellénique*. Ambos documentos, redactados en griego, en el ALC.

Para establecer contactos y crear a través de ellos las oportunas redes de sociabilidad capaces de actuar en su favor, Eugenio Láscaris recurrió a dos fórmulas distintas aunque igualmente rentables a sus intereses: la primera, de carácter más distante, consistió en establecer una relación de tipo meramente instrumental y en la mayoría de las ocasiones por iniciativa propia, con una determinada agencia de prensa, director de periódico o corresponsal extranjero residente en España para, a través de cualquiera de ellos, armar una de caja de resonancia capaz de multiplicar y expandir sus mensajes fuera de las fronteras nacionales. La segunda, más íntima, buscó forjar lazos de amistad con un determinado hombre de prensa, normalmente un periodista español, para hacer de él un vocero fiel en la defensa de las proclamas dinásticas de Eugenio. Con la intención de profundizar en la forma en que tales contactos se establecieron he optado, antes que por una prolija recopilación de las noticias aparecidas en la prensa de la época en torno a Eugenio Láscaris,¹⁰³ por el análisis más pormenorizado de algunos de esos contactos, confiando en ejemplificar a través de ellos los mecanismos de los que Eugenio se sirvió para lograr una amplia presencia en el espacio público.

Por lo que a la primera de las anteriores fórmulas se refiere, debemos partir de la premisa de que Eugenio gustó de enviar a quienes consideraba podían resultarle de utilidad escritos en defensa de su causa legitimista e imágenes de quienes la encarnaban. De entre estas últimas, las fotografías del propio Eugenio, de su mujer Nicasia y de su hijo Teodoro (en menor

103 Para una primera visión de las noticias que la prensa escrita dedicó a Eugenio Láscaris, ver anexos.



S.A.I. y R. príncipe Teodoro Láscaris, diadoco de los griegos. 1935. ALC.

medida las de Constantino y Juan Arcadio), recorrieron un amplio espectro de la geografía europea durante el periodo de entreguerras.

Y dado que de tales prácticas usó el procurador zaragozano a la hora de entablar contacto con la prensa internacional, las imágenes de su familia se colaron en no pocos domicilios de sus contemporáneos europeos, lo que posibilitó que aquél gozase de innegables instantes de gloria pública. Uno de esos envíos lo realizó Eugenio el 27 de abril de 1935 a J. C. Oldfield, corresponsal en España del londinense *Sunday Times*, el cual, en carta fechada al siguiente día, le agradecía la del anterior y los «interesantísimos documentos que V. A. me incluía». Prueba del buen tino de Eugenio al remitir aquel primer mensaje, es que el 26 de noviembre de ese mismo año, R. A. Calvert, corresponsal en España de la Agencia Reuters, le solicitaba en nombre de la prensa inglesa una más amplia información sobre su persona.¹⁰⁴

En otras ocasiones parece ser que fueron los distintos medios y agencias de prensa quienes tomaron la iniciativa a la hora de ponerse en contacto con Eugenio para recabar de éste informaciones más precisas. Así ocurrió con la agencia de prensa, fotográfica y literaria, *Elysées Press*, que desde su sede parisina remitió a aquél una carta con fecha de 7 de diciembre de 1935 en la que, además de «une photo de vous, et de votre honorable famille», le solicitaba «un exemplaire de la proclamation que vous avez publiée» (y a la que más adelante nos referiremos).¹⁰⁵ Al parecer, Eugenio respondió con presteza a la agencia de noticias gala, pues desde París recibió el siguiente día 12 una carta de agradecimiento por atender a la anterior petición, al tiempo que le informaban de la publicación de un artículo sobre él en el diario *La République*. Y dado que «nous voulons diffuser cet article dans le monde entier», le demandan esta vez diez copias de cada uno de los documentos y fotografías familiares que habían acompañado a su anterior envío.

104 Ambos documentos en el ALC. Unos meses antes, el 5 de diciembre de 1934, desde el periódico chipriota *Matin* se proponía a Eugenio una colaboración y, de paso, se le solicitaba una fotografía de «Votre Altesse, celle de la Princesse et du Prince Theodore». También en el ALC.

105 La carta, dirigida a «Monsieur Eugenio LASCARIS. Galla Independencia 31. SARAGOSSE (Espagne)», se expresaba en los siguientes términos: «Cher Monsieur, Plusieurs journaux mondiaux seraient désireux de publier un article sur votre vie. A cet effet, nous vous serions obligés de vouloir bien nous envoyer une photo de vous, et de votre honorable famille. En même temps, nous serions très heureux de recevoir un exemplaire de la proclamation que vous avez publiée. Dan cette attente, et avec nos remerciements anticipés. Nous vous prions d'agréer, Cher Monsieur, l'assurance de nos sentiments les plus distingués. ELYSÉES PRESS». ALC.

Mientras esta correspondencia se cruzaba entre París y Zaragoza, Carolina Homem Christo, directora de *Eva*, publicación con sede en Lisboa, el 19 de diciembre de ese mismo año enviaba a Eugenio una nota en la que le informaba de que la agencia *Elysées Press* le había mandado una crónica escrita por Alex Bell sobre las pretensiones dinásticas de Eugenio. Aprovechaba la citada Carolina Homem para solicitarle algunas fotografías suyas con las que acompañar la publicación de dicha crónica. Eugenio debió de responder de manera bien solícita, pues a comienzos del año 1936 y desde la capital lisboeta, «Muito reconhecidos», le agradecían su remesa documental.¹⁰⁶

A estos contactos cabría añadir los forjados con los periodistas extranjeros que, al parecer, se trasladaron hasta España con la única intención de entrevistarle: «El norteamericano Charles Hobson, del *The New York World Telegram*, Dolis Nikba, seudónimo de Mr. Vassilion, director del diario ateniense *Elefhteron Anthropos*, Mr. Aristides Angelópoulos, del *Acrópolis* de Atenas, Mr. Demetrio Kallonás, del *Vradini* de Atenas, Mr. José Augusto, del *Diario de Noticias* de Lisboa, Mr. Raymond Lacoste, del *Le Petit Parisien*, del *The Observer* y del *The Evening Standard* de Londres» (LÁSCARIS-COMNENO, 1989: 10). En cualquier caso, tanto las cartas cruzadas entre Eugenio y los corresponsales extranjeros desplazados hasta España, como las de aquél con agencias de prensa y medios internacionales, ilustran bien un modelo de relaciones mantenido por Eugenio con los medios de comunicación de la época. Un modelo que, repetimos, no era sino la continuación, convenientemente perfeccionada, de aquel otro que había comenzado a experimentar en los primeros años veinte. Una prueba más de que el proyecto vital de Eugenio se mantenía, y depuraba, en el tiempo.

A estos métodos de relación de Eugenio con la prensa del momento —y que antes definí como meramente instrumentales—, hay que sumar un amplio sistema de contactos personalizado basado en vínculos de amistad. Un patrón de flujos informativos que se concretó a través de distintos periodistas seleccionados por Eugenio en función, entre otras cuestiones, de lazos de paisanaje. Así y durante sus años en Zaragoza, uno de sus grandes defen-

106 «Lisboa, 8 de Janeiro de 1936. S.A.I, Príncipe Eugenio Láscaris. Rua da Manifestação 16 Saragoça. Alteza: Muito reconhecidos acusamos a recepção da carta que se dignou enviar-nos e mais documentação para a entrevista que desejamos publicar. Não esquecemos a grande amabilidade con que o noss pedido foi atendido, e con os melhores votos de prosperidades para Vossa Alteza e sua Augusta Família, subscrevemo-nos de Vossa Alteza. A Directora da *Eva* Carolina Homem Christo». ALC. Esta misma revista lusa publicó, el 1 de febrero de 1936, «Uma visita ao verdadeiro Rei da Grécia» (CASTRO, 1989: 193).

sores en la prensa local fue Fernando Castán Palomar, «que en las primeras décadas de este siglo publicó infinidad de artículos sobre las pretensiones y figura del príncipe» (LÁSCARIS-COMNENO, 1989: 8). Además de esta difusión a través de los medios escritos, Castán incluyó a Eugenio entre la nómina de sus *Aragoneses contemporáneos* (1934).¹⁰⁷

Acompañada de una de las fotografías más difundidas de Eugenio (la que reproduce el busto de éste de perfil y con quevedos), la entrada que Castán dedica a «Eugenio Lascorz Labastida» dice así:

Este descendiente de la antigua familia imperial de los Láscaris ejerce en Zaragoza como procurador de los Tribunales, sin que hasta hace muy poco tiempo se conociera en esta ciudad su verdadera personalidad de pretendiente al trono de Grecia, porque don Eugenio Lascorz Labastida, como su padre don Manuel, fallecido ya, han vivido voluntariamente oscurecidos, sin hacer que trascendiera en España su historia, bravamente defendida por sus leales, en territorio griego, los cuales han intensificado en estas horas su esfuerzo en pro de la restauración de los Láscaris. La dinastía de éstos comienza en el año 1000. En su escudo de armas hay un sol levemente apagado que lleva esta divisa: «En la obscuridad espero la luz». Figura destacadísima de esta dinastía fué Teodoro I Láscaris, proclamado Emperador de Constantinopla, quien dió al imperio griego varios soberanos, entre ellos Juan III —a quien la Iglesia venera como Santo—, Teodoro II y Juan IV. De esta linajuda familia, puramente bizantina, se derivan otras casas que han reinado en Europa. El actual pretendiente al trono de Grecia es nieto de Vittorio-Teodoro, el cual se vió precisado a huir de Constantinopla —donde vivía en el barrio griego del Fassar— para no sucumbir a manos de Mamond II, perseguidor implacable de los griegos, que mandó ahorcar al Patriarca Gregorio V, el día de Pascua, a la puerta de la Catedral. Vittorio-Teodoro consiguió huir y embarcó para Malta, salvando así su vida, pero no sus bienes, que eran cuantiosos. Eugéne Láscaris es, además de candidato al trono griego, príncipe de la Morea, de Misia, de Cefalonia, de Autios, de Tenedos, de Chipre, de Nisiros, de Trebizonda, de Nicea, de Rodas, de Andrinópolis, etc. Tiene también el Gran Cordón, con Collar, de la Orden Ortodoxa del Santo Sepulcro de Jerusalén. Casado con una dama zaragozana,

107 *Aragoneses contemporáneos. Diccionario biográfico [1900-1934]*, Zaragoza, Herrein, 1934. El periodista zaragozano Fernando Castán Palomar (1898-1963) dió a conocer la figura de Eugenio Láscaris en los medios locales de la capital aragonesa (primero en los católicos *Lealtad*, *El Pilar* y *El Noticiero* y, a partir de 1929, en *La Voz de Aragón*, periódico que Castán llegaría a dirigir) y algunos otros editados en la capital de España (*Estampa*, *Ya*). En 1934 Castán se trasladó a Madrid para preparar, como redactor jefe, la salida de este último diario, momento en el que incluyó a Eugenio entre la nómina de sus *Aragoneses* (el prólogo del libro está signado en Madrid, en el mes de junio de 1934).

tiene seis hijos, cuyo primogénito es el que figura como Diadoco para el caso de una restauración. En favor de ellos se vienen haciendo actualmente varias campañas, a cuyo frente figuran varias publicaciones griegas que preconizan la candidatura de los Láscaris y, por consecuencia, la de este aragonés, tan culto, tan austero, tan patriota, que tan de cerca sigue la marcha de los acontecimientos políticos de Grecia. (CASTÁN, 1987: 292-293).

Buena muestra de una época, la noticia ofrece el entreverado discurso, mezcla de historia y leyenda, que por aquel entonces defendía y publicitaba entre sus conciudadanos Eugenio Láscaris.¹⁰⁸

Al apoyo de Fernando Castán hay que añadir el de José Zamora, quien desde las páginas de *ABC* realizó otra importante aportación a la causa láscárida. Una aportación que, sin embargo, se materializó de una manera algo alambicada. Zamora fue enviado a Grecia por la dirección del citado periódico para entrevistar al general Ioannis Metaxas, conversación que tuvo lugar en 1935 en Atenas, apenas unos meses antes de que éste instaurase, con el beneplácito del rey Jorge II, su particular modelo dictatorial, el conocido como Régimen del Cuatro de Agosto (recordemos que Metaxas era un glucksburguista convencido, contrario a Venizelos y a sus partidarios, entre los que se encontraba el propio Eugenio). Pues bien, en dicha entrevista, que apareció bajo el título de «Hablando con Ioannis Metaxás, jefe del partido monárquico griego», Zamora preguntó al militar heleno si existían otros candidatos más apropiados al trono que el entonces exiliado Jorge II, pregunta a raíz de la cual citó expresamente a Eugenio, al que calificó de descendiente directo de los emperadores de Bizancio. Y Metaxas contestó: «He oído hablar, en efecto, del señor Láscaris, que es un hombre de alta cultura e inteligencia. Es cierto que, teóricamente, tiene algún derecho al trono. [...] Pero después de ellos [los Láscaris] hubo los Komménos, los Paleólogos... a quienes cronológicamente correspondería, en realidad, este derecho, si la nueva Grecia dependiese en algo de la antigua Bizancio. Pero nada hay de común entre estos dos momentos históricos, y como la cuestión actual no es por una Monarquía teórica, sino dinástica, es únicamente a la dinastía

108 Es por ello que he creído conveniente reproducirla en su totalidad. La inclusión de Eugenio en la nómina de esos *Aragoneses contemporáneos* hacía de él uno «de los aragoneses triunfantes en este siglo», uno de esos «casos magníficos de tesón, de perseverancia, de apoyarse sólo en el propio esfuerzo» (CASTÁN, 1987: 6). Más allá de cualquier otra consideración sobre los atributos de Eugenio, ciertos o por él mismo recreados, no cabe ninguna duda de su «tesón», «perseverancia» y «propio esfuerzo». Al menos en esos rasgos y por lo que al procurador zaragozano respecta, Castán no mentía.

actual a la que corresponde volver...». ¹⁰⁹ Al decir Metaxas con relación a Eugenio Láscaris que, «teóricamente, tiene algún derecho al trono», y aun sin realmente pretenderlo, el político griego legitimaba de alguna forma la causa de aquél. Lo cual era mucho más de lo que Eugenio podía esperar de un rival político de la talla del militar heleno.

Otro de los grandes defensores de Eugenio Láscaris y amigo suyo fue Orencio Ortega Frisón, quien además de escribir en la prensa zaragozana (durante años publicó sus crónicas en *El Noticiero*), compartía con Eugenio colegiación como procurador. ¹¹⁰ La amistad entre ambos hizo de Ortega uno de los más activos propagandistas del proclamado príncipe bizantino, pues más allá de la escritura y publicación de diversas noticias sobre éste, la labor del periodista zaragozano se extendió hasta hacer de sus crónicas referente y fuente informativa a nivel nacional e internacional. Redactada por Orencio el 6 de septiembre de 1934, *El Noticiero* dedicó una de sus páginas de manera casi exclusiva a Eugenio. En ella, su pretensión dinástica quedaba afirmada. Bajo el título «El Príncipe Eugenio Láscaris, pretendiente al trono de Grecia», podía leerse:

Para nadie es un secreto que los descendientes directos de la Imperial y Real familia de los Láscaris, pretendientes legítimos al Trono de Grecia, habitan desde hace muchos años en nuestra ciudad. Su Alteza Imperial el Príncipe Eugenio Láscaris, es un hombre al que su vida ejemplar, dedicada por completo al trabajo y al estudio, ha granjeado las simpatías y la estimación de todos los que, directa o indirectamente, han tratado con él. No es partidario el Príncipe Láscaris de

109 *ABC* de 2 de octubre de 1935.

110 Ortega, como su amigo Eugenio, sería con los años decano del Colegio de Procuradores de Zaragoza (1963-1981). Debo a su hijo, Luis Ignacio Ortega Alcubierre, decano desde el año 2000, el acceso a ciertos documentos del archivo personal de Orencio Ortega Frisón (AEOF). A esta nómina de periodistas cercanos y favorables a Eugenio (Fernando Castán, José Zamora, Orencio Ortega), habría que sumar, para sus años en San Sebastián, al también periodista José Berrueto. Por otra parte, es preciso señalar que la presencia en las páginas de *El Noticiero* de un joven profesional de la procura como por aquellos años lo era Ortega no tiene nada de anormal. Era frecuente, como lo es hoy, que personajes de distintos campos del saber y del quehacer profesional escribiesen en los medios de comunicación. Así y por lo que a *El Noticiero* respecta, estamparon en él su firma Manuel Abizanda Broto, historiador y cronista municipal de Zaragoza, los abogados y profesores universitarios Manuel Albareda Herrera, Inocencio Jiménez Vicente y Ricardo Monterde Vicen (este último amigo de Eugenio y decano del Colegio de Abogados de Zaragoza cuando aquél lo era del de Procuradores), notarios como Mateo Azpeitia Esteban y Enrique Giménez Gran o doctores en Medicina como Antonio Martín Ruiz. Es ésta una mínima nómina de profesionales, más o menos ajenos al periodismo, que con las oportunas variantes se repetía por aquellos años en el resto de las cabeceras de prensa de la capital aragonesa (CASTÁN, 1987).

exhibir su origen y sus pergaminos a cada momento. Por el contrario: su admirable modestia se resiente cada vez que la indiscreción periodística bucea en su vida privada sacando a relucir hechos y cosas que, aunque indudablemente ciertos, son siempre semillero de comentarios y apreciaciones más o menos gratas. Sabemos que estas líneas le han causado sincero disgusto por ir directamente contra sus deseos, reiteradamente manifestados, de pasar completamente desapercibido a este aspecto —tan interesante para nosotros desde el punto de vista periodístico— de sus actividades.

Proseguía Ortega Frisón su artículo haciéndose eco de las distintas noticias aparecidas en la prensa española y europea en relación con la pretensión imperial de Eugenio, y finalizaba con el resumen de la historia familiar de los Láscaris adobado con las pertinentes fotografías de Eugenio, Nicasia y el primogénito de ambos, Teodoro.

Más allá de recordarnos que las informaciones sobre el legitimismo lascárida que Eugenio defendía para sí y los suyos se venían desplegando desde tiempo atrás en medios de comunicación nacionales e internacionales, o de mencionar las pruebas en que tales aspiraciones se sustentaban (los «pergaminos» heredados de sus mayores y la ya referida «tradicción familiar»), el artículo de *El Noticiero* es importante en tanto que nos orienta en la pista de lo publicado hasta ese momento en Zaragoza sobre Eugenio Láscaris. Precisamente en ese año 1934, tal y como ya hemos conocido, aparecía en Madrid el libro de Fernando Castán sobre los que éste consideraba «aragoneses ilustres». En él, como recordará el lector, se leía que hasta ese momento nada se conocía «en esta ciudad [sobre] su verdadera personalidad de pretendiente al trono de Grecia, porque don Eugenio Lascorz Labastida, como su padre don Manuel, fallecido ya, han vivido voluntariamente oscurecidos» (CASTÁN, 1987: 292). Mas la afirmación de Castán no era del todo cierta pues, además de lo publicado en torno a Eugenio allende los límites de la ciudad, las imprentas locales también se habían ocupado del procurador zaragozano.

La primera noticia que a ese respecto he documentado se remonta a mediados del año 1930.¹¹¹ Aparece en un diario al que hasta el momento sólo nos hemos referido de manera tangencial, *La Voz de Aragón* (lo hacíamos para señalar que en él trabajó a partir del año 1929 y posteriormente dirigió,

111 Norberto de Castro refiere un artículo anterior aparecido en *El Noticiero* de 29 de marzo de 1930 bajo el título «La actual situación en Grecia» (CASTRO, 1989: 191). Pese a consultar el citado ejemplar (y el anterior y el posterior), no he localizado la referencia ofrecida por el profesor costarricense. Tal vez se confundió Castro con el artículo de igual título publicado por *El Día* de Alicante con fecha de 31 de marzo de 1933.

Fernando Castán). Es con fecha de 22 de junio de 1930 cuando en dicha cabecera se constata la primera aparición de Eugenio Láscaris en la prensa local zaragozana. Bajo la rúbrica «S.A.I. el príncipe Eugenio Láscaris es abogado y procurador en Zaragoza» y firmado por Manuel Serrano Serrate, la noticia comienza: «Nos reserva, a veces, la vida insospechadas sorpresas. [...] Y así nos ha sucedido con un antiguo discípulo de años pretéritos, cuya verdadera y revelantísima identidad nos fue dable evidenciar al rebuscar ciertos datos en un archivo ciudadano. Datos concluyentes y reveladores de que don Eugenio Lascorz Labastida, abogado y procurador en ejercicio en Zaragoza, y S.A.I. el príncipe Eugenio Láscaris, descendiente directo de los emperadores bizantinos de la dinastía de los Láscaris (imperio de Occidente), son una misma y auténtica persona». Continúa Serrano refiriendo que Eugenio cursó estudios en el Colegio de San José, luego en la Universidad de Zaragoza, donde se licenció, y que posteriormente realizó el doctorado en el Universidad Central. También que casó «con una bella dama cuya familia, de origen eslavo, estuvo vecindada en Valencia y después en Zaragoza». Habla del «acendrado afecto de los griegos a su príncipe», de la numerosa correspondencia que le llega de tierras helenas y de la proclama de las comunidades griegas de marzo de 1924. Según el propio periodista confiesa, éste quiso entrevistar a Eugenio, «pero a pesar de nuestros insistentes ruegos, no pudimos conseguir más que una negativa muy cortés, pero rotunda». La noticia se acompaña de una foto de Eugenio, otra de Nicasia y una tercera de Teodoro.

A los pocos meses, concretamente el 8 de octubre de 1930, *La Voz de Aragón* llevaba a su portada una columna firmada por un tal S. S., abreviaturas que casi con total seguridad evidenciaban la identidad del anteriormente referido Serrano Serrate. «Actualidad internacional. La Confederación balcánica», que tal era el título de la columna, analizaba brevemente la conferencia internacional que estaba teniendo lugar en Atenas entre Albania, Bulgaria, Grecia, Rumanía, Turquía y Yugoslavia, la primera de una serie de encuentros diplomáticos al más alto nivel que terminarían por posibilitar, en febrero de 1934, el Pacto de los Balcanes. El artículo de Serrano finalizaba señalando el desmentido dado por Venizelos a la posible restauración del ex rey Jorge, al tiempo que valoraba la correlación de fuerzas que, al parecer del plumilla, imperaba en la Bouli ateniense: «De los doscientos cincuenta actuales diputados griegos sólo veintidós son monárquicos y no todos afectos al ex rey Jorge, que no representa ningún sentimiento tradicional encarnado en una familia como los Comenos, Láskaris o Paleólogos». Un halagador recuerdo para con Eugenio Láscaris y sus pretensiones legitimistas al trono heleno

que muestra cómo, al iniciarse la década de los años treinta, las inquietudes principescas del procurador zaragozano comenzaban a estar presentes en el espacio público de su localidad natal.

Pero no sólo en Zaragoza. A partir del ya mencionado artículo del 6 de septiembre de 1934 de Orencio Ortega Frisón en las páginas de *El Noticiero*, el ateniense *Le Supplement* publicaba en su portada, el 20 de septiembre de ese mismo año, un «Bulletin intérieur. Son altesse impériale», en el que tomando como fuente el citado reportaje de Ortega concluía que «le prince Eugène descendant en ligne directe des empereurs de Byzance, Grec INTEGRAL par ses origines et par ses traditions serait le seul indiqué à prendre le sceptre pour réaliser la pacification intérieure du pays».¹¹² Y el 22 de ese mismo mes, *Le Progrés*, de Salónica, hablaba de «Un prétendant au trône grec», basándose para ello en el mencionado artículo de «M. E. Ortega Frison».¹¹³ A estas contribuciones a la causa de su amigo Eugenio Láscaris, Ortega sumó otra de no menor importancia, la redacción de un bosquejo histórico de la dinastía de los Láscaris orientado a servir a su restitución en el trono heleno. *Porque la Casa de Láscaris tiene derecho al trono de Grecia*, que tal era su título, sirvió como parte central del amplio artículo que el 26 de febrero de 1935 el diario *La Monarquía* encabezó con un «Se quiere elevar al Príncipe Lascaris al Trono Heleno».¹¹⁴ Con todas estas actuaciones,

112 *Le Supplement*, 20 de septiembre de 1934. Se describe a Orencio Ortega como el «journaliste espagnol, un des plus avantageusement connu dans la presse mondiale». AOOF.

113 *Le Progrés*, 22 de septiembre de 1934. AOOF. La reseña del periódico de Salónica era una especie de resumen de lo escrito por Ortega en su artículo para *El Noticiero*.

114 *La Monarquía*, de 26 de febrero de 1935 y el escrito *Porque la Casa de Láscaris tiene derecho al trono de Grecia*, en AOOF. La atención de este periódico por Eugenio, además de a lógicas simpatías derivadas de coincidencias políticas, pudo deberse al paisanaje existente entre su fundador y director, el aragonés Benigno Varela, y nuestro protagonista. Ferviente monárquico y defensor a ultranza de los Borbones, el zaragozano Benigno Varela era cuatro años mayor que Eugenio. Esa cercanía etaria tal vez pudo facilitar el que hasta la marcha del primero a Madrid para fundar en esa ciudad en 1909 el periódico *La Monarquía*, ambos coincidieran en las calles de la capital aragonesa (Varela hubo de huir de Zaragoza tras herir de muerte en duelo, el 8 de octubre de 1906 y siendo por aquel entonces director del semanario católico *El Evangelio*, al también periodista Juan Pedro Barcelona, que lo era del republicano *Aragón*). En esos años zaragozanos, su común amor a la monarquía, encarnado en Varela en la dinastía de los Borbones y en Eugenio en la de los Láscaris, pudo forjar sólidos lazos de amistad entre ambos jóvenes. A ese posible vínculo entre Benigno Varela y Eugenio Láscaris deben añadirse las ya mencionadas relaciones de éste con los también periodistas Leopoldo Romeo y Fernando Castán. Recordemos a ese respecto que *La Correspondencia de España* estaba dirigida en 1906, año en el que apareció en sus páginas el anuncio de la muerte del «noble español D. Manuel Lascaris», por Leopoldo Romeo; y que cuando *Ya* dio pábulo a la existencia en Zaragoza de un «pretendiente al trono de Grecia», su redactor jefe era el también aragonés Fernando Castán.

muchas de ellas posiblemente concertadas entre el periodista y procurador Orencio Ortega y su decano en el Colegio de Procuradores de Zaragoza, Eugenio Láscaris, la causa del segundo halló una plataforma propagandística de alcance nacional e internacional de indudable eficacia y no pequeña magnitud. Con ello se descubre, además, que antes que contrapuestas, las dos formas a través de las cuales Eugenio se relacionó con la prensa de su época y, a través de ésta, se promocionó públicamente (establecer vínculos con agencias o periodistas extranjeros y trabar amistad con periodistas españoles), compaginaron bien y mutuamente se fortalecieron.

Para concluir este apartado hay que reseñar que junto a sus contactos con los medios y los hombres de prensa, Eugenio sostuvo amplios lazos de sociabilidad con algunos de sus más destacados convecinos, lazos que sin duda sirvieron de palanca al tan necesario reconocimiento público de su causa. De entre esas personalidades, de las cuales Norberto de Castro da buena cuenta en su biografía de Eugenio (CASTRO, 1989: 7-9), cabe destacar a Miguel Allué Salvador, «que inició con él [Eugenio] sus estudios elementales y los continuó hasta terminar ambos sus estudios superiores de derecho y que, hasta sus últimos momentos, fue su gran amigo y colaborador pese a haber ocupado numerosos cargos de responsabilidad en la vida española» (CASTRO, 1989: 7). Efectivamente, Allué Salvador, que llegaría a ocupar la alcaldía zaragozana entre 1927 y 1928, había nacido en 1885, lo cual habría facilitado la coincidencia en las aulas de éste con Eugenio. Una relación de amistad que al parecer también mantuvo nuestro protagonista con el doctor Ricardo Horno Alcorta, de edad muy similar a la de Láscaris (Horno nació en 1883) y que en 1920 fue elegido primer edil de Zaragoza. Por su parte, José Castán Tobeñas, nombrado magistrado del Tribunal Supremo en 1933, había obtenido su licenciatura en Derecho por la Universidad de Zaragoza en el año 1911, justo un año después de que la obtuviese Eugenio, según hemos visto apuntaba en *La Voz de Aragón* de 22 de junio del año 30 el periodista Manuel Serrano Serrate.¹¹⁵ Otro tanto cabe decir de Miguel Sancho Izquierdo, nacido en 1890, licenciado en Derecho en 1913 y electo desde las filas de la CEDA por la provincia de Teruel en las elecciones a Cortes de 1933 y 1936. A sus coincidencias académicas hay que sumar las que pudieron tejerse en los talleres de impresión de *El Noticiero*, periódico del que Sancho Izquierdo fue

115 Efectivamente. Si como hemos visto Láscaris obtuvo el Premio Extraordinario de Licenciatura en Derecho en 1910, Castán lo obtendría para el curso 1910-1911. AUZ, caja 15-C-6-4. La convivencia de ambos en los pasillos de la Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza pudo muy bien ser el germen de su prolongada amistad.

director durante los años 1921 y 1922. También figuró en la amplia nómina de amistades zaragozanas de Eugenio, siempre según Norberto de Castro, el reconocido jurista y político afín al maurismo, Juan Moneva y Pujol.

Y para cerrar este somero muestrario de las relaciones sociales mantenidas por Eugenio Láscaris en la Zaragoza del primer cuarto del XX, no debemos olvidar a quien en 1922 sería consagrado obispo de la Diócesis de Cuenca, Cruz Laplana y Laguna. Nacido como el padre de Eugenio en la villa de Plan, aunque casi tres décadas más tarde —Cruz Laplana nació en 1875—, estudió como aquél en el seminario de Barbastro y tras ocupar en Caspe el cargo de ecónomo, fue nombrado párroco de la iglesia de San Gil de Zaragoza (CASTÁN, 1987: 288). Ocupaba tal puesto cuando Eugenio contrajo matrimonio, en esa misma parroquia, con Nicasia Justa Micoláu Traver, el día 17 de enero de 1920.¹¹⁶ Ceremonia tras la que Eugenio, tal y como hemos visto en páginas anteriores, aprovechó para levantar acta de modificación del registro del matrimonio canónico que acaba de tener lugar en dicha iglesia, documento que añadía, entre paréntesis, el apellido Láscaris a los nombres de Manuel y Eugenio, al tiempo que tanto a Nicasia como a su padre Alejandro se les modificaba el apellido Micoláu por el Micolav. Sin duda que el más que presumible conocimiento entre ambos hombres, el reverendo Cruz Laplana y procurador Eugenio Lascorz, facilitó y dio amparo a dichas modificaciones registrales.

Los comités Pro-Láscaris

Junto a los medios de prensa escrita y a las amistades concitadas en su Zaragoza natal, Eugenio contó a su favor con una serie de conciliábulos amparados todos ellos bajo la denominación común de comités Pro-Láscaris. Dichos comités fueron agrupaciones de partidarios de las pretensiones imperiales de Eugenio al trono de Grecia instituidas entre 1932 y 1936 en tres ciudades españolas: Madrid, Barcelona y San Sebastián.¹¹⁷ Presididos por figuras ligadas

116 El mismo Norberto de Castro da cuenta del hecho. «Contrajo matrimonio [Eugenio] en la iglesia de San Gil de dicha ciudad y celebró la ceremonia el canónigo Monseñor don Cruz la Plana y Laguna, Maestrante de Zaragoza, y después Obispo de Cuenca, encontrándose su sepultura en la Catedral de Cuenca» (CASTRO, 1989: 26).

117 Como se verá unas líneas más adelante, la primera noticia que he podido confirmar en relación con la existencia de dichos comités es del año 1934. Sin embargo, en la relación de los documentos obrantes en el Archivo de la Casa de Láscaris que Norberto de Castro dice examinó y clasificó en el Madrid de 1947, aparece una documentación «del Comité Pro-Láscaris, de Madrid (años 1932-36)» (CASTRO, 1989: 32). Doy por bueno lo dicho por el historiador costarricense.

al pretendiente mediante vínculos familiares o de amistad, desempeñaron una labor de propaganda social y política en favor de éste, construyendo para ello redes de sociabilidad a través de las cuales su causa resultó favorecida. Los comités Pro-Láscaris duplicaron los canales que la prensa escrita había inaugurado para la promoción pública de Eugenio. Un eco que aumentó merced a los distintos grupos de apoyo que, al parecer, sus partidarios constituyeron por otros puntos de la geografía europea, tal y como se desprende de la lectura del ya citado artículo de *La Monarquía* de 26 de febrero de 1935: «No solamente en Grecia cuenta con partidarios la familia Láscaris, sino que en toda Europa funcionan comités encargados de la propaganda en Grecia de los príncipes monárquicos vinculados a la rama nacional y legítima de los Láscaris». ¹¹⁸ Unos conciliábulos cuyo modelo de actuación podemos rastrear en los comités filohelénicos que durante la guerra de independencia griega se extendieron por buena parte de Europa y, también, por España. ¹¹⁹

Pese a que las noticias sobre estos comités no son excesivamente precisas y, además, son bastante escasas, sabemos de su existencia en septiembre de 1934 entre otras cuestiones por el artículo «Un prétendan au trône grec. La maison des Lascaris», aparecido en *Le Progrés* el 22 de septiembre de 1934. En él se lee: «Trois comités “Pro-Lascaris” déploient une activité intense dans ce pays [España] et plusieurs autres dans les principales villes européennes. A Madrid, Barcelone et San Sebastian, les personnalités les plus en vue des lettres et des sciences espagnoles y ont adhéré avec enthousiasme». ¹²⁰ Por lo que al Comité Pro-Láscaris madrileño respecta, ostentaba su presidencia en septiembre de ese año Ángel M. Cuarat, marqués del Vado Blanco, según parece desprenderse de la misiva que el día 10 de dicho mes éste remitió al periodista Orencio Ortega. ¹²¹ En algún momento posterior y según afirman autores cercanos a la familia, la presidencia del citado comité recayó en Alejandro de Guadán y Láscaris, sobrino carnal de

118 AOOF.

119 Según Juan Luis Simal, pudo ser precisamente en Madrid, allá por el mes de septiembre de 1822, donde se fundó, imbricado en el liberalismo internacional en el exilio, el primer comité filohelénico de la Europa occidental (SIMAL, 2012: 344). Una curiosa confluencia en la ciudad de Madrid la de este primer comité fundado por los pioneros independentistas helenos del XIX y la de los partidarios, un siglo más tarde, del príncipe lascárida español.

120 AOOF.

121 El nombre que ofrezco es el que leo en la firma del interesado, sin que pueda asegurar su exactitud. En la citada carta, el marqués del Vado agradecía a Ortega el envío de un ejemplar de *El Noticiero* con información sobre los derechos de la Casa de Láscaris. AOOF. Para la transcripción de la carta, ver anexos.

Eugenio y a cuya existencia le cupo un triste final (CASTRO, 1989: 20, 32-33; LÁSCARIS COMNENO, 1989: 9).¹²² El Comité Pro-Láscaris de Madrid debió de disolverse con la derrota del golpe de Estado de julio del 36 que dio inicio a la guerra civil española (en el Madrid republicano del «no pasarán», resulta difícil vislumbrar la pervivencia de un grupo de monárquicos favorables a la instauración de una dinastía en un país que, además, hacia escasos meses había abandonado el modelo de república y que se hallaba en esos momentos bajo la tutela de un militar reaccionario como Metaxas).¹²³ En cuanto al comité de San Sebastián tan sólo puedo decir que, al parecer, fue el último en crearse, dado que en «España tenemos hasta ahora tres Comités pro Láscaris, en plena actividad; uno en Madrid, otro en Barcelona y otro recientemente constituido en San Sebastián». ¹²⁴ Y por lo que al Comité

122 Alejandro de Guadán y Láscaris (1914-1937) era el segundo hijo del matrimonio celebrado el 7 de agosto de 1911 entre la hermana de Eugenio, Josefina, e Isaac Antonio de Guadán, hijo de Nazario de Guadán, quien fuera amigo íntimo de Manuel Lascorz. Alejandro fue asesinado en diciembre de 1937 en el barcelonés castillo de Montjuich, tal y como la prensa de la época recogió. Así, el 22 de mayo de 1938, *Heraldo de Aragón* traía en sus páginas la esquela de «S.A.I. y R. el Príncipe Alejandro Guadán de Láscaris Commeno Duque de Tenedor y Conde de Larnaka – Príncipe Imperial y Real de Grecia, de 24 años de edad, que murió por Dios y por España, vilmente asesinado en el Castillo de Montjuich de Barcelona, el día 28 de diciembre de 1937». La esquela corrió a cargo de la familia y de FET y de las JONS. La muerte de Alejandro tuvo como consecuencia inesperada el intento de venganza de la misma por parte del segundo de los hijos de Eugenio, Constantino, quien con tal intención marchó todavía niño al frente de batalla, según informó Radio Nacional de España en su «Anecdotario del soldado» y refirió *El Noticiero* de 13 de agosto de 1938 en su artículo «Un pequeño héroe zaragozano». Y todavía y a causa de una desgraciada coincidencia, Alejandro siguió ocupando a la prensa, pues le cupo la mala fortuna de compartir prisión con el también asesinado Ramiro de Maeztu. Dos breves de *ABC* lo testimoniaron. En el primero, de 21 de abril de 1939, se lee: «Zaragoza 21, 2 madrugada. Ha llegado la princesa Josefina Láscaris, madre del príncipe, Alejandro Láscaris, que estuvieron en Madrid durante el dominio de los rojos. La princesa refiere la muerte del ilustre escritor Ramiro de Maeztu, que fue compañero de celda del príncipe, en la cárcel de las Ventas. Maeztu fue asesinado en la celda, de dos puñaladas en la garganta a presencia del príncipe el 22 de octubre de 1936. El príncipe de Láscaris fue trasladado a Barcelona y asesinado en Montjuich un año después». En el segundo, aparecido ese mismo día en la edición sevillana, se añadía: «El príncipe Láscaris quedó sólo en la celda con el cadáver y estuvo orando toda la noche, temiendo correr la misma suerte, pero pudo escapar en aquella fecha y más tarde detenido nuevamente, fue asesinado el 20 de diciembre de 1938».

123 Así nos lo indican, además, las fuentes: «En Madrid, hasta la Guerra Civil Española, funcionó durante varios años un «Comité Pro-Láscaris» para apoyar moralmente la candidatura del príncipe, compuesto por altas personalidades españolas» (CASTRO, 1989: 32). «En Madrid, hasta la Guerra Civil (18 de julio de 1936), funcionó un Comité Pro Láscaris» (ABRIL, 2014: 8). Entre las «altas personalidades» de las que nos habla Castro estaban el marqués de Arcibo y don Alonso Colmenares.

124 «En ellos figuran personas destacadas de las letras y ciencias españolas», añadía Benigno Varela el 26 de febrero de 1935 en su diario *La Monarquía*. AOOF. En cualquier caso y tal

Pro-Láscaris de Barcelona respecta, nada puedo añadir al simple testimonio de su existencia.

Resulta interesante sin embargo apuntar dos consideraciones finales en torno a los comités Pro-Láscaris españoles. La primera, el que fueran precisamente las tres ciudades a las que pasada la contienda civil española el destino enviaría a Eugenio (San Sebastián, Barcelona y Madrid), las únicas en las que unos años antes habían prosperado dichos comités de apoyo a su figura. Cabe pensar que la decisión de éste de solicitar, o de aceptar, los nombramientos en puestos oficiales que lo llevarían a San Sebastián y Barcelona, pudo estar relacionada con su deseo de desplazarse a unas ciudades en las que ya contaba con un nicho de acogida favorable a sus pretensiones dinásticas. Ello mostraría que en el nuevo tiempo que se anunciaba para España, Eugenio estaba dispuesto a continuar luchando en pos de su reconocimiento como heredero al trono de los griegos. Y, también, la importancia que para tal proyecto tenían las redes de sociabilidad que en los años inmediatamente anteriores había ido construyendo.

La segunda consideración sobre los comités Pro-Láscaris españoles vendría a representar el envés de la anterior. ¿Por qué no funcionó en su ciudad natal, Zaragoza, un grupo de apoyo a su persona? La respuesta a tal pregunta posiblemente esté vinculada al hecho de que hasta comienzos de 1930 su calidad principesca no apareciera en los medios de comunicación locales,¹²⁵ así como a que ante sus compañeros procuradores continuara presentándose como Eugenio Lascorz hasta la segunda mitad del año 35.¹²⁶ Algo que nos remite a la sensación de normalidad con la que Eugenio deseaba envolver su vida más íntima, tanto familiar como profesional. Un grupo en apoyo a su dignidad real actuando en los estrechos círculos de la sociedad zaragozana de la época hubiera hecho demasiado ruido en el limitado espacio local en el que Eugenio se desenvolvía y, además, hubiera tenido muy pocos elementos positivos que aportar, más allá de un particularismo de rancio sabor provinciano, a los deseos imperiales y, por ende, susceptibles de proyección universal, de nuestro protagonista. Ello explica en buena medida la geografía española de los comités Pro-Láscaris.

y como informaba en septiembre de 1934 el diario *Le Progrés*, en esa fecha ya existía este tercer y más reciente comité español.

125 Recordemos que, según Castro, dicha aparición sucedió en *El Noticiero* de 29 de marzo de 1930, algo que aquí he confirmado para *La Voz de Aragón* de 22 de junio de 1930.

126 Su primera firma como Eugenio Láscaris en un documento colegial se consigna el 8 de julio de 1935 en una nota interna del expediente personal del procurador practicante Francisco de Sales Ernesto Cisnero Hernández. AHCPZ, 28/11.

La culminación del proceso de cambio de identidad

Hemos visto con anterioridad cómo entre marzo de 1917 y julio de 1932 tuvo lugar una serie de actuaciones tendentes al cambio de identidad legal de Eugenio Láscaris (en la primera de esas fechas, el juez municipal suplente de Plan, Joaquín Vispe, había librado una certificación que rectificaba en la partida bautismal de su padre, Manuel, el apellido Lascorz por el de Láscaris; en la segunda, la sexta y última de sus hijas era inscrita como Sofía Irene Eudoxia Láscaris Micolaw en el Registro Civil del Juzgado de Primera Instancia e Instrucción del Distrito del Pilar de Zaragoza). Ese proceso de sustitución situado en el ámbito de lo legal se había visto acompañado de otro de restitución de la familia Láscaris en el hábitat social que por tradición e historia ésta decía le pertenecía, culminando a través del mismo la recuperación de su verdadera ascendencia noble y bizantina. Sin embargo, ambos procesos estaban faltos de su definitiva y, para su máximo y más directamente interesado promotor, feliz conclusión. El desenlace de uno y otro proceso tendría lugar en el año 1935 y, en él, las redes de sociabilidad que Eugenio había ido tejiendo durante los años inmediatamente anteriores alcanzarían una importancia fundamental.

Por lo que al cambio de identidad legal de Eugenio respecta, éste disponía desde mediados de la década de 1920 de suficientes elementos probatorios como para que éstos le sirviesen de trampolín hacia nuevas acciones legales. Si el interesado esperó hasta 1935 fue por la necesidad de que un nuevo suceso histórico se presentase ante él a modo de «acontecimiento detonante» de sus próximas actuaciones (el anterior, recordemos, se produjo con la crisis dinástica griega que expulsó del trono a Jorge II en diciembre de 1923). Dicho acontecimiento tuvo lugar, de nuevo, en Grecia, cuando en marzo de 1935 y ante el temor de una restauración monárquica, militares próximos a Venizelos intentaron un golpe de Estado con el que salvar la República helena. A él volveremos más tarde, pero es preciso señalar desde un primer momento su existencia para poder contextualizar, de manera precisa y acorde a los hechos históricos, las actuaciones que Eugenio llevó a cabo. Si atendemos a esto será más sencillo descubrir cómo la maleabilidad de los límites existentes entre el individuo histórico y las fuerzas que lo cercan, entre agente y estructura, se ejemplifica con notoria nitidez en la figura de Eugenio Láscaris.

Perfecto conocedor de los entramados del mundo del Derecho, Eugenio recurrió con fecha de 21 de agosto de 1935 al Juzgado Municipal número 2 de Zaragoza solicitando la rectificación del acta de matrimonio de sus

padres, Manuel Lascorz y Carmen Labastida, la del nacimiento de su hermana Josefina y la del suyo propio, y la de inscripción en dicho Juzgado de su matrimonio con Nicasia Justa Micoláu. Cuatro actas que según el suplante debían ser modificadas por un motivo bien simple: en todas ellas aparecía, por error material, equivocado su apellido de varonía. Obviamente, el Lascorz no era sino una tergiversación lingüística del oriundo y cierto Láscaris. Para sostener tal solicitud de rectificación, el interesado aportó aquellos documentos legales que hasta ese momento validaban su reclamación, que no eran otros que el certificado emitido en 1917 por el juez de paz de Plan y las seis actas de nacimiento de sus respectivos vástagos (todos ellos con Láscaris como apellido de varonía), además de un argumentario en el que fijaba sus razones. Escrutadas dichas pruebas documentales, el Juzgado número 2 dictó un auto de rectificación marginal de las cuatro actas antedichas (la del matrimonio de Manuel y Carmen, las de los nacimientos de Josefina y Eugenio y la del matrimonio de éste con Nicasia), en las que a partir de ese momento Eugenio, su padre Manuel y su abuelo paterno Victorián, no figuraban como pertenecientes a la saga de los altoaragoneses Lascorz sino a la de los bizantinos Láscaris. Mediante ese auto de 24 de agosto de 1935, Eugenio Lascorz Labastida pasó a ser, legalmente, Eugenio Láscaris Labastida.¹²⁷ El Comneno sería una adición posterior aplicada por el propio Eugenio nacida de la lógica bizantina que destilaba su flamante y recién estrenado apellido.

En paralelo al cambio de identidad legal tuvo lugar la definitiva restitución de la familia Láscaris Comneno entre los hijos de Bizancio. En

127 Hay dos versiones respecto a los hechos aquí narrados. La primera es la de José María Palacio, quien parece ser pudo acceder a la consulta del citado expediente de rectificación de errores, número 82 del año 1935. Como resulta esperable, el marqués de Villarreal de Álava, pese a aceptar la legalidad del auto judicial de agosto del 35, lo consideró viciado de origen por la impostura de Eugenio y denunció, aunque de manera elegante, lo que denominó «algunas quiebras que, a nuestro modesto parecer, no se tuvieron en cuenta en el caso presente» (PALACIO, 1954: 88-91, cita en 90). La segunda versión es la que a modo de respuesta a la anterior elaboró Teodoro Láscaris en las páginas de *Hidalguía*. Según ésta, en 1935, «mediando el Dr. D. Ricardo Monterde Vicén, decano del Ilustre Colegio de Abogados de Zaragoza, aconsejado por éste y por otros amigos del padre del Príncipe Eugenio y por los propios amigos y parientes del mismo, se siguió expediente en Juzgado de Zaragoza, y mediante Auto de 24 de agosto de 1935 fue rectificado legalmente el apellido, puesto que el Lascorz solamente había sido utilizado por los Láscaris, aunque muy probablemente derivado de Láscaris, a efectos en España de protección e incógnito» (LÁSCARIS-COMNENO, 1954: 97-101, cita en 101). Esta segunda versión confirma la enorme importancia que tuvieron los vínculos familiares y de amistad en la vida de Eugenio, «los propios amigos y parientes», así como la necesidad de valorarlos debidamente a la hora de analizar su proceso de cambio de identidad.

relación a ello es menester recordar que habíamos dejado abandonado a Eugenio, allá por marzo de 1924, en su «apartamento de aires clásicos» de Zaragoza, justo en el momento en el que una parte de la diáspora griega le dedicaba el *Manifiesto de Seis Colonias Helenas en apoyo de la candidatura del Príncipe Eugenio*. Y como trasfondo a todo ello, la convulsa situación de la recién inaugurada República griega. El inestable Estado griego, dominado en buena medida por los dictados de militares de distinto signo político y con unas lealtades que oscilaban entre monarquía y república, se debatió por aquellos años en dudas de compleja resolución.

Así, el 1 de abril de 1925 el embajador español en Atenas, Cristóbal Fernández-Vallín, informaba a Madrid: «Puede por lo tanto admitirse como posible (muchos creen que como probable) el que a la primera ocasión que se presente, el país, en su gran mayoría, reclame la restauración de la monarquía. El candidato que hoy día parece tener más probabilidades de ser llamado, en ese caso, a ocupar el Trono de Grecia, es el Príncipe Nicolás».¹²⁸ Pero esa posibilidad fue matizada por el propio Vallín el siguiente 6 de mayo: «La candidatura del Príncipe Nicolás encuentra no poca oposición entre los muchos de los monárquicos por su carácter [...]. Si el rey Alejandro en lugar de dejar una hija, hubiera dejado un varón puede que la dificultad se resolviera más fácilmente [...]. Hay quienes indican como posible la vuelta del Rey Jorge [...]. Como no hay que olvidar que en este país las cosas más inverosímiles son posibles hay que evitar de pensar solamente en cosas que parecen lógicas y hay que admitir incluso la posibilidad de una solución que podría considerarse como absurda».¹²⁹ ¿Es acaso posible ver en esa solución «absurda» una referencia a la figura de Láscaris?

Basándome en un posterior documento consular, dudo mucho de que así fuese. A comienzos de 1934, el por entonces responsable de la legación española en Atenas, Pedro García Conde, remitió un extenso informe so-

128 AHN (MAE), H-1606. B. Hermano del rey Constantino, Nicolás (1872-1938), había acompañado a aquél en su huida de Atenas en septiembre de 1922.

129 AHN (MAE), H-1606. B. Una tercera alternativa vino de la mano de un nuevo informe diplomático, fechado el 10 de junio, en el que se daba al príncipe Jorge (1870-1957), hermano de Constantino y tío del rey depuesto, como candidato favorito de Francia. Pero ninguna de esas elucubraciones sirvió de nada en ese momento, pues el 25 de junio la embajada informó del golpe de Estado protagonizado por el general Pángalos y el almirante Hadgikyriakos, golpe que la documentación diplomática tacha de revolucionario e izquierdista. A consecuencia del mismo, el 25 de octubre de 1925 el otrora héroe patrio, el general Nikolaos Plastiras, fue detenido y posteriormente deportado a Italia. AHN (MAE), H-1606. B.

bre un tal «señor Láscaris».¹³⁰ La primera conclusión que se obtiene de su lectura es que el diplomático no tenía, al menos hasta ese momento, conocimiento alguno de la persona de Eugenio, lo cual nos hace suponer que en los archivos de la embajada no existía información sobre él. Este dato es, obviamente, muy relevante, pues de ser cierto indicaría que la presencia de Eugenio Láscaris en la vida pública del país heleno no fue en absoluto tan importante como los autores próximos a la familia han querido hacernos creer. Pero una segunda lectura surge de forma inmediata. Si hasta 1934 Eugenio Láscaris no existió oficialmente para las autoridades diplomáticas españolas en Grecia, a partir de febrero de ese año, mes en el que se redactó el informe, nadie puede negar su presencia en dicho país. Cuestión aparte es valorar la importancia de la misma, pues según escribió García Conde:

Desconozco cuál sea la verdadera genealogía del Señor Láscaris ni tampoco sé qué grado de legitimidad tienen sus títulos. Lo que me consta positivamente es que en este país nadie se ocupa ni preocupa de su existencia y que cuando se hace mención de este caso se toma a broma. Las gentes que sustentan ideas monárquicas en Grecia no se remontan para defenderlas o propagarlas a los lejanos tiempos del Imperio de Bizancio, sino que cifran sus sentimientos y simpatías exclusivamente en la dinastía danesa destronada hace precisamente ahora diez años.

De las palabras del embajador parece desprenderse la irrelevancia en Grecia de Eugenio Láscaris. Sin embargo, no debemos olvidar que desde comienzos de la década de los años veinte múltiples cabeceras de prensa griegas establecieron contacto con él y replicaron fielmente sus palabras, que miembros de la alta jerarquía de la Iglesia ortodoxa le ofrecieron su reconoci-

130 Archivo General de la Administración. Ministerio de Asuntos Exteriores. AGA (MAE), 82/3122. Carpeta R-841/7. Bajo el título *Supuestas conspiraciones de un señor Láscaris*, el documento ofrece múltiples datos sobre el interesado y las circunstancias que rodeaban su caso. Además de mencionar asuntos aquí ya tratados (la campaña de difusión que de manera sistemática Eugenio venía haciendo de su imagen y de la de su familia como partes integrantes de la historia nacional griega, los numerosos periódicos en los que se insertaban comentarios simpatizantes hacia éstos, sus contactos con las comunidades del interior de Grecia, etc.), se hace en dicho informe referencia explícita a cómo Eugenio usó de determinadas personas, en este caso José de Zamora y la madre de éste, como agentes difusores de sus intereses dinásticos (un José de Zamora que bien pudiera ser el por entonces reconocido dibujante, figurinista y decorador de igual nombre (1889-1971), intelectual de vida inquieta que durante el primer tercio del siglo XX viajó con cierta frecuencia por distintas ciudades europeas). Serían estos dos personajes, el artista y su madre, un ejemplo más («bufo» según el embajador García Conde) del sistema de redes de sociabilidad a través del cual Eugenio se proyectó lejos de los límites de su Zaragoza natal. Para la transcripción del informe del embajador, ver anexos.

miento público y que importantes personalidades de la vida política y social helena, en la propia Grecia y en el exilio, le manifestaron su apoyo. Sin duda que estas afirmaciones, para muchas de las cuales sólo disponemos de lo que señalan las fuentes cercanas a la familia, pueden contener apreciaciones en exceso favorables a Eugenio Láscaris. E incluso es posible que algunos de los documentos que las sustentan difícilmente pudieran resistir una prueba de fiabilidad histórica. Pero es innegable que aquél sí estuvo presente en la convulsa historia de la Grecia de entreguerras, quedando por delimitar el grado en el que tal intervención se materializó y, sobre todo, el papel que llegó a desempeñar en las tensas relaciones que mantuvieron las distintas facciones políticas del país. O dicho de otro modo, resta por saber si la cuña dinástica de signo lascárida que Eugenio representaba fue capaz de hincarse tanto en el cuerpo de la dinastía de los Glucksburgo como en el de los partidarios de la República y, si fue así, si colaboró con ello a que lo sucedido en Grecia avanzase en una u otra dirección. En ese sentido creo posible afirmar que Eugenio Láscaris no fue en absoluto el motor de nada, aunque no estoy tan seguro de poder asegurar con idéntica rotundidad que no fuese una de las múltiples chispas que facilitaron el funcionamiento de aquél.

1935: en busca del *basileus*

Hacia la restauración de la Casa de Láscaris

Las actuaciones de los sectores monárquicos por derribar el orden constituido, mantenidas en activo desde el momento mismo en el que se instauró la República, provocaron el alzamiento preventivo de las fuerzas proclives a ésta, materializado en el intento de golpe de Estado venizelista de marzo de 1935.¹³¹ Esa presión monárquica era ya plenamente visible en los meses

131 A modo de resumen de lo sucedido entre los años 1924 y 1934, señalar que tras el plebiscito favorable a la República de abril del 24, el general Teodoros Pángalos estableció en junio de 1925 un gobierno dictatorial, derribado en agosto del siguiente año por un nuevo golpe de Estado protagonizado esta vez por el también general Georgios Kondylis, quien restauró en la presidencia de la República a Paulos Kundirotis. Tras unas nuevas elecciones se formó, a modo de gran coalición, el llamado Gobierno ecuménico, y en el año 1927 se promulgó una Constitución republicana que instituyó un parlamento bicameral. El regreso de Venizelos de su voluntario exilio cretense y su elección como jefe de gobierno en mayo de 1928 dio al país cierta estabilidad interior y, sobre todo, exterior (pacto de amistad con Italia en septiembre de 1928 y con Yugoslavia en marzo de 1929, y una primera conferencia balcánica en octubre de 1930 —de la que ya hemos tenido noticia al comentar la presencia en la prensa local zaragozana, concretamente en *La Voz de Aragón*, de Eugenio Láscaris— seguida de otras

anteriores, tal y como mostraba el informe remitido a Madrid el 27 de marzo de 1934 por el embajador en Atenas, García Conde, quien al describir la situación política griega hacía mención a las tres principales posiciones políticas existentes en ese momento en el país: republicanos venizelistas, monárquicos liderados por Kondylis y Hadjikyriakos y una tercera vía autoritaria representada por el director del diario progubernamental *Kathimerini*, Vlachos, partidario de figuras como Kemal, Mussolini e Hitler. Y la presión monárquica continuó en los meses siguientes, tal y como muestra una nota del nuevo embajador español en Grecia, Ramón Manuel Abella y Fernández, que con data de 15 de enero de 1935 informaba de la celebración de una misa de réquiem por los monarcas Constantino y su esposa Sofía, a la que habían asistido el ex-alcalde de Atenas y algunos de los diputados que respaldaban en la Asamblea Nacional al gobierno conservador de Tsaldaris. La ceremonia había sido seguida de una marcha pública por las calles de Atenas protagonizada por sectores promonárquicos.¹³² Parece así evidente que hacia el año 1935 existía en la sociedad griega un conjunto más o menos amplio de fuerzas políticas proclives a una restauración monárquica que debían, eso sí, tentarse la ropa ante los partidarios de la por entonces vigente República y, también, ante quienes buscaban una solución de corte autoritario a los principales problemas del país.

tres, que en febrero de 1934 posibilitaron la firma por parte de Grecia, Turquía, Yugoslavia y Rumanía, del Pacto de los Balcanes). Pero dada la deriva cada vez más conservadora del antaño modernizador Venizelos, un sector de sus partidarios, bajo el patronazgo de Kondylis, se desgajó de su tutela. La llegada al poder tras las elecciones de 1933 del derechista Partido Popular en detrimento del Liberal de Venizelos, duramente castigado por las consecuencias económicas derivadas de la Gran Depresión, hizo del líder popular Panayis Tsaldaris presidente del gobierno. Ante ese revés, un acérrimo venizelista como Nikolaos Plastiras intentó en marzo de ese mismo año un golpe de Estado que pronto fue abortado. En junio, Venizelos escapaba vivo a un intento de atentado (otro más), del que sus partidarios no dudaron en culpar al gobierno de Tsaldaris. La suma de tales tensiones provocó que el Cisma Nacional que el país había vivido unos años atrás rebrotara con fuerza en la primavera de 1934 (FERNÁNDEZ CLEMENTE, 1995: 59-79; BONAMUSA, 1998: 135-136; CLOGG, 1998: 108-111).

- 132 El informe de García Conde, redactado con motivo de la celebración el 25 de marzo de 1934 de la fiesta nacional griega, en AGA (MAE), 82/3122. Carpeta R-841/7. El de Abella, sobre la misa de réquiem del 13 de enero de 1935, en AGA (MAE), 82/3122. Carpeta R-841/6. En este último se concluía afirmando que, sin embargo, nada amenazaba al régimen republicano, «que se asienta [...] en el general sentir de la nación». Más tarde, el 15 de marzo de ese mismo año, Abella informó sobre el fracaso del intento revolucionario venizelista y, el 24 de julio, al referirse a un posible golpe de Estado monárquico protagonizado por Kondylis, tomó prestado de los sectores favorables a esta opción el eufemismo con el que éstos se referían al fin de la República: «darle a la cuestión del régimen una “solución dinámica”». Pese a todo ello, para el embajador de la España republicana existía en Grecia un amplio apoyo popular a la República griega.

La prensa española venía haciéndose eco en sus páginas de ese posible retorno de la monarquía. Así, el 31 de marzo de 1933 el alicantino *El Día*, tras el abortado golpe de Estado venizelista comandado por Plastiras, sugería de manos del gobierno presidido por Tsaldaris dicha posibilidad. Pero no sólo se apostaba desde ese periódico por la restauración monárquica, sino que yendo mucho más allá se llegaba abiertamente a postular a Eugenio Láscaris como claro aspirante a la corona. En él podía leerse:

Resuelta la crisis en Grecia con la formación del Gobierno presidido por Tsaldaris, quien representa la aspiración monárquica del país, puede darse por segura una restauración que traiga consigo la vuelta al esplendoroso pasado del pueblo helénico. La Prensa se ocupa insistentemente de este problema, ya que una gran mayoría monárquica es partidaria de la restauración a favor de la antigua familia imperial bizantina de los Láscaris, representada por su último descendiente el príncipe Eugenio, verdadero ídolo de los patriotas griegos. Ya en 1924 la candidatura del príncipe Eugenio fue acogida excelentemente, aunque el plebiscito forzado que dio entonces la victoria a la República hizo imposible el triunfo de aquel ideal. Las cosas han cambiado ahora y órganos importantes de la Prensa ateniense preconizan con entusiasmo la candidatura de los Láscaris, cuyo nombre es venerado en la nación, pero antes será preciso ir a un urgente arreglo de los gravísimos problemas interiores o a ponerlos por lo menos en vías de solución, teniendo hoy la nación depositada su confianza en el actual jefe del Gobierno, Pan Tsaldaris. El Príncipe Eugenio [...] está recibiendo en estos días infinidad de entusiastas adhesiones, a la que unimos la nuestra, cordial y respetuosa, deseando fervientemente que esta gran reparación histórica sea una realidad en bien de su Patria, que tan hondas perturbaciones políticas ha sufrido en estos últimos tiempos.¹³³

Tampoco se limitaban las crónicas sobre el tema al mundo de la alta política, pues también desde la sátira y el humor se trató de la crisis griega y del pretendiente español, tal y como la revista de sesgo conservador *Gracia y Justicia* o el diario *La Libertad* se encargarían de mostrar. El 9 de marzo de 1935 y bajo el título «No es el duende de Zaragoza», se leía en *Gracia y Justicia*: «En España tenemos un pretendiente al trono... Respetable censor: nada de tachoncitos. Nosotros vamos con la verdad a todas partes. En España tenemos un pretendiente al trono de Grecia... Ve usted cómo hay que tener calma, querido. Este pretendiente al trono de Grecia se llama don Eugenio Láscaris, es un ciudadano modelo, persona distinguida, abogado y

133 «La actual situación de Grecia». *El Día*, 31 de marzo de 1933. A esta noticia favorable a Eugenio debemos añadir las publicadas entre 1933 y 1935 por periódicos como *La Monarquía* o *Ya*, todas ellas citadas con anterioridad.

procurador de Zaragoza, que jamás hizo alarde de sus derechos, a pesar de ser abogado». ¹³⁴ Y en un titular de ese mismo año de 1935 *La Libertad* ironizaba: «Pero ¡si tenemos en España un rey “parao” y no lo sabíamos!». ¹³⁵ A buen seguro, poco debieron agrandar estas jovialidades periodísticas a nuestro procurador zaragozano.

Además de hacer de Eugenio un personaje válido para la broma, la crisis griega de marzo del 35 supuso el retorno de éste a las páginas de la prensa local zaragozana. De esta forma, el alzamiento venizelista y republicano del general Plastiras se dio la mano con las aspiraciones legitimistas de Eugenio Láscaris. El tema alcanzó amplia resonancia en periódicos como *El Lunes*, *El Noticiero*, *La Voz de Aragón* o *Heraldo de Aragón*, aunque el tratamiento dado al mismo varió sustancialmente de uno a otro medio. *El Lunes* optó durante ese mes de marzo por obviar toda referencia a Eugenio y centrarse en la crisis política y militar desencadenada por el golpe del levantisco militar heleno. *El Noticiero*, donde recordemos trabajaba Orencio Ortega Frisón, amigo de Eugenio, sí atendió al pretendiente aragonés, tal y como recogía su contraportada del día 5 de marzo, en la que podía leerse el artículo «El príncipe Eugenio Láscaris nos habla de la revolución griega». En el cuerpo de la noticia, basada en una conversación mantenida entre el periodista (no identificado pero, quizás, el propio Ortega) y Eugenio, éste afirmaba que la adhesión de los antiguos combatientes venizelistas al movimiento liderado

134 Y continuaba la chanza: «Nunca hizo saber aquí —es decir, en Zaragoza— que era príncipe, y, sin embargo, lo es de carne y hueso, porque no se trata del duende de Zaragoza. Con motivo de la revolución griega se ha divulgado ahora en los periódicos la existencia de este auténtico pretendiente al trono de la nación cuyo idioma dicen que habla Unamuno. Nosotros, aunque somos más republicanos que Salazar Alonso (Rafael, no te ruborices, que esto va en serio) no veríamos con malos ojos que la causa del señor Láscaris triunfara en su país, naturalmente. Que de pronto resultara sentado en el trono de Grecia un rey de Aragón, cuando ya no existen, sería lo más asombroso que le hubiera podido ocurrir a España. ¡Menudo jaque le íbamos a dar con ese rey a todas las dificultades que representan Plastiras, Venizelos, Papanastasius, Sigourus, Meimarakis, Adjikiriakos y demás camelocos que hoy nos ponen en grave aprieto de pronunciación! ¡Cuánto más sencillo no es decir simplemente Eugenio, e incluso Láscaris!...». La mención al «duende» de Zaragoza usada por *Gracia y Justicia* para el título de su noticia responde a lo dado a conocer por la prensa de esa ciudad, el 27 de septiembre de 1934, sobre un presunto duende juguetón que asediaba a una familia zaragozana en su domicilio.

135 Debo la referencia de *La Libertad* al artículo publicado por *Heraldo de Aragón* el 15 de febrero de 2016, «El aragonés que soñó con el trono de Grecia». En él se hace también referencia al reportaje que dedicó a Eugenio la madrileña revista *Estampa* (aquella en la que situábamos como colaborador al periodista zaragozano Fernando Castán). El título de dicho reportaje fue «El príncipe Láscaris, pretendiente al trono de Grecia, ejerce la abogacía en Zaragoza». He podido cotejarlo en el ALC.

por Plastiras podría imprimir al mismo cierta tendencia monárquica, si bien consideraba que, en ese preciso instante, lo que los rebeldes intentaban era la implantación de una dictadura. Mientras, en *La Voz de Aragón* de 10 de marzo de 1935 aparecía el titular «Actualidad griega en Zaragoza. Información relativa al príncipe Eugene Láscaris». Se refería el periódico a la notoriedad que había cobrado Eugenio ante los sucesos revolucionarios y a los muchos periodistas que lo habían visitado, a los cuales éste había declinado realizar manifestaciones. No obstante, continuaba el artículo de *La Voz de Aragón*, un periodista del madrileño *Ahora* había conseguido que Eugenio hablase ante las cámaras y pronunciase un «brevísimos discurso ante el micrófono, para hacer sonora aquella cinta».¹³⁶ Y ya para concluir, *Heraldo de Aragón*, pese a no citar en ningún momento el nombre de Eugenio Láscaris, sí habló de una posible restauración monárquica en Grecia, dando el 8 de marzo como opción destacada la que representaba el ex rey Jorge II: «¿Se intentará restaurar al rey Jorge en el trono de Grecia?».¹³⁷ Sin embargo y más allá de lo aquí expuesto, lo que presidió las noticias publicadas en la prensa zaragozana sobre la posible vuelta de un rey al país balcánico no fueron las certezas sino las dudas, lo cual, dicho sea de paso, no le venía nada mal a un pretendiente que, como Eugenio, siempre se sintió cómodo actuando entre bambalinas.

Ante la coyuntura histórica que suponía la crisis griega de marzo de 1935, Eugenio Láscaris sintió llegado el momento de echar su cuarto a espadas. Tras lo sucedido en 1924, cuando el plebiscito en favor de la República había sofocado de raíz sus iniciativas en pos de la restauración de la Casa de Láscaris al trono heleno, en la primavera de 1935 se abrían ante Eugenio, con una República griega de nuevo desgarrada por el conflicto político interno entre partidarios y detractores, un cúmulo de posibilidades a través de las cuales culminar la magna obra que su padre, Manuel, le había encomendado. Como Dante al comenzar su descenso al infierno, nuestro protagonista se encontraba en 1935 *nel mezzo del cammin* de su vida, a punto de

136 Gracias a Abelardo de la Barrera, fotógrafo de *La Voz de Aragón*, podemos contemplar a Eugenio ante el micrófono y la cámara cinematográfica. Desgraciadamente, no dispongo de más noticias sobre dicha grabación.

137 Lo confuso de la situación hizo que las noticias dadas por *Heraldo de Aragón* fuesen altamente contradictorias. Así, el día 3 de marzo se aseguraba que el Partido Popular de Tsaldaris carecía de «una figura digna del trono»; el 7 que el «gobierno informa al de Yugoslavia que cualquiera que sea el resultado de la guerra civil no habrá restauración monárquica»; el 8 que «el Gobierno de Grecia está tomando en consideración la conveniencia de llamar al ex rey Jorge y restaurar la monarquía»; el 15 se mentaban unas posibles elecciones para posibilitar el retorno del rey exiliado; y, finalmente, el 16 de marzo se tomaba la palabra al general Kondylis para negar el posible regreso de aquél.

cumplir medio siglo de existencia y plenamente preparado para asumir los altos destinos que el futuro tuviera a bien depararle. Así y una vez abortado el levantamiento de tintes republicanos auspiciado por un Venizelos que de forma inmediata hubo de salir rumbo al exilio francés (murió en París, el 18 de marzo de 1936), y con un Plastiras igualmente fuera del país (entre los golpes de marzo del 33 y marzo del 35 había residido en Cannes y, tras esta última fecha, inició un periplo en busca de apoyos que lo llevó a Bulgaria, Yugoslavia e Italia), Eugenio se dispuso de manera activa a luchar por los que decía eran sus derechos y los de su familia.¹³⁸ Las proclamas políticas serían a partir de ahora una de sus mejores armas.

Los manifiestos de abril y septiembre de 1935

Si en marzo de 1924 varias comunidades griegas de la diáspora lanzaron al mundo su *Manifiesto de Seis Colonias Helenas en apoyo de la candidatura del Príncipe Eugenio Láscaris Comneno*, en los meses de abril y septiembre de 1935 sería el propio Eugenio quien personalmente se encargaría de tal labor propagandística. Dos fueron los manifiestos a los que el pretendiente lascárida dio vida en ese tiempo, ambos nacidos de su puño y letra y ambos dirigidos al pueblo heleno.¹³⁹ El primero de ellos tuvo por fecha el 27 de abril de 1935, cuando la sublevación del general Plastiras había sido definitivamente ahogada, el Senado griego se hallaba disuelto y el país sometido a ley marcial.¹⁴⁰ En esa coyuntura y a la espera de las elecciones convocadas para el mes de junio por el gobierno del conservador Tsaldaris, Eugenio se refería a su propia figura como «moi, descendant de la grande Dynastie nationale des Láscaris, moi qui m'honore d'incarner les grands idéals éternels de notre Grèce», y declaraba su deseo de continuar el antiguo y glorioso esplendor de Bizancio adaptándolo, eso sí, «aux réalités des temps actuels, à la constitution contemporaine de la société et à l'orientation moderne de la pensée humaine». Con estas palabras, teñidas de un moderado *aggiornamento*, Eugenio explicitaba dos de las que hasta ese instante habían sido

138 El plano familiar pesó siempre mucho en Eugenio. En la ya citada entrevista que concedió el 5 de marzo de 1935 al diario *Ya* confesó: «Para mí —dice— no tiene un halago el trono; pero yo he de defender ahincadamente los derechos de los Láscaris, pensando en mi hijo, a quien, naturalmente, debo esa defensa».

139 Junto a estos dos manifiestos, Eugenio elaboró a lo largo de sus días un muy amplio elenco de escritos, proclamas y alocuciones varias (CASTRO, 1989: 32, 38-39, 45-46, 98-104; LÁSCARIS-COMNENO, 1989: 10-12).

140 Según Castro, el documento estaba redactado en griego y en francés (CASTRO, 1989: 92-93). Para la transcripción del *Manifiesto*, ver anexos.

grandes líneas rectoras de su actividad pública: de un lado, su constante reivindicación de la tradición bizantina; de otro, la inteligente adecuación de su discurso al momento histórico en el que éste se enmarcaba. Este segundo vector refrescaba y fortalecía al primero y principal (el ideario bizantino), definitivamente consagrado en el intento de superación de banderías y facciones rivales en pos de «la grande Cause nationale et légitime» de Grecia.

Es posible valorar el manifiesto que desde su «exil de Saragosse» Eugenio lanzó al mundo atendiendo a las respuestas que tal escrito propició. Y la primera y más importante de esas respuestas vino de mano de la *Commission des Exilés Hellènes*, creada por los partidarios de Plastiras tras la derrota insurreccional de marzo de 1935. Al parecer, el propio Plastiras, miembro destacado de la citada comisión, autorizó en la primavera de 1935 a su ayudante de campo, el comandante Emmanuel Contopirakis, para que indagase sobre la veracidad de los reclamos legitimistas de Eugenio. Las informaciones que Contopirakis recopiló resultaron favorables a las tesis mantenidas por el procurador zaragozano, de donde Plastiras remitió a éste una carta con fecha de 18 de julio en la que proclamaba la adhesión a su persona de la citada Comisión. En ella y tras criticar la posible vuelta de Jorge II, el militar, en nombre de la *Commission*, anunciaba que «*nosotros nos declaramos oficialmente por la Dinastía legítima*, que es la única que tiene poder verdadero, como es también la sola legal heredera de los valerosos predecesores de su Trono». ¹⁴¹ A resultas de ello, la *Commission* se reunió el 20 de agosto para reconocer formalmente a Eugenio Láscaris-Comneno como heredero al trono griego. En el acta que testimoniaba la reunión, además del reconocimiento, se anunciaba un nuevo viaje de Contopirakis a Zaragoza, acompañado ahora de «Mr. Melioudi», diputado del grupo venizelista en la anterior legislatura del parlamento de Atenas. ¹⁴² La fortuna parecía tornar su cara hacia Eugenio Láscaris.

141 Castro reproduce la carta de Plastiras traducida del griego (CASTRO, 1989: 94-95, cita en 95, cursivas en el original). El original de la carta en ALC.

142 El *Acta de reconocimiento del Príncipe Eugenio Láscaris Comneno como REY LEGÍTIMO DE LOS HELENOS por el Partido Venizelista*, lleva por fecha septiembre de 1935. ALC. Para la transcripción del acta, ver anexos. En el vuelto del documento y en su margen superior izquierdo, figura la inscripción «Arith. E.E. 48-9.35». La revista *Hidalguía* transcribió el documento al español a partir de su original francés y, en nota de redacción, apuntó: «Este “documento”, cuyas firmas no aparecen autenticadas ni legalizadas en forma, parece extendido por un Gobierno (!) fantasma griego radicado en Arizona (Estados Unidos)». *Hidalguía*, 5 (abril-junio 1954), pp. 272-273, cita en 272. El acta aparece, también traducida, en (CASTRO, 1989: 95-96).

Al tiempo que estos negocios iban y venían de una a otra parte, Eugenio cuidó de no desatender sus contactos con la prensa. Buena prueba de ello fue el amplio artículo que el 8 de julio de 1935 le dedicó el zaragozano *El Lunes*, el mismo periódico que durante el inmediatamente anterior mes de marzo, en plena efervescencia revolucionaria griega, no había dudado en excluirlo de sus páginas. Ahora, apenas transcurridos cuatro meses de los mencionados sucesos y bajo la rúbrica de «El problema griego», *El Lunes* ofrecía un reportaje que comenzaba con un recordatorio de la historia familiar de los Láscaris (el cual arrancaba con las peripecias del exiliado príncipe Vittorio-Teodoro, el reclamado como abuelo paterno de Eugenio) y que se proyectaba hacia el más inmediato futuro a través de la postulación de la persona del procurador aragonés como única alternativa legítima ante la que señalaba próxima celebración de un plebiscito para decidir sobre la posible restauración monárquica en Grecia.¹⁴³ Tal apuesta se sustentaba en los «millares de testimonios bien elocuentes, cartas a montones de griegos de todas las clases sociales», que el periodista decía tener a la vista, evidencias que mostraban sin dudas de ninguna especie cómo el pueblo griego miraba esperanzado «hacia su dinastía nacional y legítima, de puro abolengo bizantino, que cuenta en Grecia con enormes simpatías y con sus huestes muy bien organizadas».

Fuera como fuese y más allá de gozar del favor de una parte de la prensa escrita del momento, tanto local como nacional e internacional, lo cierto es que desde que su padre Manuel le confesara en 1906 su ascendencia noble y bizantina, hasta la recepción del acta de la anteriormente citada Comisión de los Exiliados Helenos allá por el mes de septiembre de 1935, Eugenio había recorrido un largo camino que le había llevado, mediante la sustitución y

143 El titular completo del artículo publicado por *El Lunes* ese 8 de julio de 1935 es bien significativo del clima de opinión que su redactor, no identificado en la fuente, deseaba favorecer: «El problema griego. La restauración de la Monarquía debe hacerse por cauces que lleven la salvación al país. Inglaterra no escatima los medios para apoderarse de los destinos de Grecia. El príncipe Láscaris, legítimo rey, conservador de las tradiciones, debe ser llamado al trono». A partir de ahí el autor se explayaba señalando la derrota electoral de Metaxas, partidario de un ex rey al que «la inmensa mayoría del pueblo no lo quiere pues no olvida que en 1923 fue echado violentamente toda vez que su dinastía fue la causante de la gran derrota del Asia Menor [...], como por sus condiciones personales, pues ni tiene una sola gota de sangre helena, ni tiene sucesión, vive divorciado de su mujer desde hace muchos años y quiso dar un golpe de Estado militar que le conquistó la enemistad del pueblo». Y continuaba: «A lo que no hay derecho es a silenciar, como lo hace una parte de la prensa española, a la gran familia de los Láscaris, residente desde hace tiempo en nuestro país, y que es la única, entiéndase bien, que tiene derechos históricos y legítimos, oficialmente reconocidos, al Trono de Grecia, que cuenta con una enorme masa de opinión en el país y que ha obtenido gran mayoría de diputados en estas elecciones, pues han luchado juntos con los populares de Tsaldaris».

restitución de determinados elementos de su pasado familiar, a un significativo cambio de identidad (recordemos que el 24 de agosto de ese mismo año el Juzgado Municipal número 2 de Zaragoza rectificaba su filiación bajo la forma de Eugenio Láscaris).¹⁴⁴ Coincidiendo con el final de dicho camino, en el verano de 1935 la República griega agonizaba entre el empuje de quienes anhelaban la restitución de la dinastía Glucksburgo y el de quienes apostaban por una dinastía alternativa como única fórmula con la que resolver el drama nacional griego. Y entre estos últimos había importantes personajes que se decían dispuestos a otorgar a Eugenio marchamo de legitimidad.

Pero el triunfo del procurador zaragozano era más aparente que real. Ello se debía, en primer lugar, a que la Casa danesa que en 1863 asentara en tierra helena el rey Jorge I, los Glucksburgo, aventajaba en mucho a cualquier otra solución dinástica a la hora de la disputa por el Palacio Real de Atenas, Láscaris incluidos. Al cabo, y ello no era cuestión menor, había sido durante más de seis décadas la familia reinante en Grecia. En segundo término, a que la pugna en el seno del ejército griego entre la oficialidad republicana y la monárquica había concluido de forma humillante para los primeros, derrotados en marzo por las armas (aplastamiento de la insurrección comandada por Plastiras) y en junio por los votos (retraimiento electoral venizelista). Un doble fracaso que además de condenar de manera irremisible al régimen republicano, dejaba a los glucksburguistas en situación de franco privilegio, pues era esa facción, bajo la guía del general Kondylis,¹⁴⁵ la que tras los fusilamientos y expulsiones que siguieron al fin de la revuelta de marzo del 35 dominaba en el ejército. La tercera razón que presagiaba días oscuros para Eugenio era el deseo gubernamental, que en

144 En el París de 1954 y desde las páginas de un número especial de la revista *Europe Amérique Latine*, en el artículo «La dynastie de Lascaris-Comnène» se resumía la trayectoria de Eugenio en busca del trono afirmando que desde 1917 éste había mantenido correspondencia con Venizelos, que en 1923 se había declarado partidario suyo el general Andreas Bairas y que en 1935 más de 160 oficiales, bajo el mando de Venizelos, le proclamaron «Roi Légitime des Hellènes au nom du parti Vénizéliste et du Peuple. Le General Nicolaos Plastiras, fut chargé de mener les négociations avec le Prince». ALC. Es evidente en esta relación de hechos la pervivencia del relato familiar, alimentado y difundido durante años a través de artículos de prensa y textos cultos en los que propaganda política y análisis histórico se entremezclaban.

145 Al igual que el rey Constantino o el líder liberal Elefterios Venizelos, la figura del general Georgios Kondylis (1878-1936) representa a la perfección la tragedia griega del periodo de entreguerras. Autor del golpe de Estado que en 1926 derribó la dictadura de Pángalos, venizelista primero y más tarde cabecilla del sector disidente del Partido Liberal, líder monárquico a la altura de 1934 y conspirador en 1935 contra un régimen republicano al que pretendía dar una «solución dinámica», acabaría siendo, como pronto veremos, el sepultureiro de la República griega.

forma de monocorde runrún corrió libre por calles y plazas griegas durante el verano de 1935, de celebrar un plebiscito mediante el cual determinar la forma del Estado. Y tal y como había sucedido en la primavera de 1924, la consulta no se planteaba en absoluto como un proceso abierto a las distintas alternativas dinásticas que pudiesen concurrir al mismo, sino como un ejercicio cerrado en torno a una única disyuntiva: monarquía o república. Y todavía podríamos añadir un cuarto y último motivo que actuó en contra de Eugenio. Nunca había pisado Grecia, era procurador en una ciudad del interior de España situada a unos 3000 kilómetros de Atenas y, de ser un Láscaris, su sangre llevaba exactamente seiscientos setenta y cuatro años, los que iban de 1261 a 1935, lejos del trono heleno (en puridad, del bizantino).

Mas después de tan largo viaje no era Eugenio hombre dispuesto a una pronta y fácil rendición, máxime cuando las circunstancias históricas parecían de nuevo sonreírle. Ante la posible repetición de lo sucedido en el plebiscito del 13 de abril del 24, en el que Grecia se abrió a la república sin que los Láscaris tuviesen oportunidad de hacerse valer como alternativa dinástica, Eugenio decidió hacer público un nuevo documento con el que trató de evitar su ostracismo político. Vio así la luz el 12 de septiembre de 1935 un segundo manifiesto, dado como el anterior «en mi exilio de Zaragoza» e igualmente encabezado por un vibrante «HELENOS».¹⁴⁶ Las claves del mismo repetían lo expuesto en el del 27 de abril inmediatamente anterior (los derechos que asistían a la Casa de Láscaris, la necesidad de contar con la libre voluntad del pueblo griego, la Gran Causa nacional y legítima que Eugenio representaba, la obligatoriedad de superar rencillas de partido, etc.), a lo que se sumaba una nota novedosa de cierto interés: la mención a una potencia extranjera que tras su apoyo al rey Jorge escondía la «consecución de ocultos planes» (tal potencia era, a nadie podía escapársele, Gran Bretaña, protectora del rey exiliado). Pero lo que realmente sustentaba al manifiesto era la denuncia que en él se hacía de un «plebiscito cuya convocatoria sólo permite, en caso de votar a favor de la restauración de la Monarquía, la vuelta al Trono heleno del ex-Rey destronado». El miedo a verse nuevamente relegado empapaba el sentir más íntimo de Eugenio, y el texto de septiembre del 35 lo mostraba con claridad. No sabemos si el manifiesto logró alcanzar las costas griegas. En cualquier caso y aun cuando así ocu-

146 El único testimonio de este documento es un borrador mecanografiado proveniente del AOOF. Aun dando por válida su autoría, nada prueba que el texto llegase a sus destinatarios griegos. Le concedo, en cualquier caso, el beneficio de la duda. Para la transcripción del manifiesto, ver anexos.

rriese, poco hubiera podido suponer ante el huracán de acontecimientos que por esas mismas fechas invadía Grecia.

Pese a ello todavía gozó Eugenio de una última baza ganadora cuando los delegados de la Comisión de los Exiliados Helenos, y tal y como en su reunión del 20 de agosto de 1935 ésta había acordado, viajaron hasta España para entrevistarse con él. Eugenio los recibió el 16 de octubre de ese mismo año en la finca que en la localidad de Ricla, cercana a la capital aragonesa, poseía un destacado miembro de la sociedad zaragozana, Tomás Castellano Echenique, conde de Castellano. En dicha reunión estuvieron presentes, según testimonian las fotografías de grupo que del encuentro se conservan, los antedichos comisionados helenos, Contopirakis y Melioudi, el propietario de la finca, Tomas Castellano, «el destacado abogado zaragozano y Secretario particular del príncipe Don Vicente Lope Ondé y el industrial Don José Orera, ambos grandes colaboradores de la Causa» (CASTRO, 1989: 31).¹⁴⁷ Y junto a ellos, por supuesto, Eugenio, para quien la entrevista con los comisionados griegos debió de ser un instante de gran emoción.¹⁴⁸ Inclu-

147 Una fotografía de la reunión aparece reproducida en CASTRO, 1989: 117 y otra se conserva en ALC. En la primera aparece Nicasia, esposa de Eugenio, y en la segunda y junto a ella, la señora de Castellano. El conde de Castellano era nieto de Tomás Castellano Sanz (1809-1871), diputado, gobernador del Banco de España (1850) y patriarca fundador de una saga familiar continuada por su hijo, Tomás Castellano Villarroya (1850-1906), también diputado, ministro de Ultramar (1895-1897), gobernador del Banco de España (1903-1904) y ministro de Hacienda (1904), quien legó el apellido a su hijo, Tomás Castellano Echenique (1888-1943), diputado como sus mayores. Él es quien aparece en la fotografía junto a Eugenio. Esta semblanza de los Castellano muestra la relevancia de algunas de las amistades de las que el pretendiente al trono heleno hacía gala, una prueba más de su esmero por articular en torno a su persona nutridas, y muy valiosas, redes de sociabilidad.

148 La entrevista de Ricla se convertiría en un motivo recurrente en la memoria laudatoria hacia Eugenio Láscaris. Dirá Norberto de Castro: «Más de 160 Jefes del Ejército de Tierra, de Aviación y de Marina Griega, diputados y senadores, bajo la dirección de Mr. Eleutherios Venizelos, reunidos en Marsella en Asamblea, reconocieron y proclamaron como HEREDERO LEGITIMO DEL TRONO DE GRECIA, al Príncipe Eugenio. [...] Los acuerdos fueron comunicados y las actas correspondientes entregadas al Príncipe el 16 de octubre de 1935 en el Palacio de Ricla, Zaragoza, por los Delegados del General Plastiras. Estos delegados, el Comandante Manuel Contopirakis, Ayudante de Campo del General Plastiras, y el Diputado M. Melioudis, representante del Partido Venizelista en las Cámaras de Atenas, vinieron dos veces a Zaragoza, examinaron los Archivos de la Casa Imperial, en particular la documentación griega correspondiente al siglo XIX» (CASTRO, 1989: 31). Y Teodoro, primogénito de Eugenio: «Las negociaciones encargadas al Generalísimo Nicolás Plastiras, tuvieron lugar el 16 de octubre de 1935, en el Palacio de los Condes de Castellano en Rielá [sic.] (Zaragoza), reunión en la cual estuve yo de niño presente» (LÁSCARIS-COMNENO, 2014: 22). También en (ABRIL, 2014: 8; MEZA, 2014: 64). El propio Eugenio hizo de esa reunión en Ricla uno de sus hitos vitales, como lo demuestra la entrevista que el 27 de noviembre de 1940 publicó en San Sebastián *La Voz de España*. En ella y con motivo de la aparición de un



Delegación griega enviada por el general Nikolaos Plastiras para tratar de las aspiraciones de Eugenio Láscaris al trono de Grecia. Ricla (Zaragoza). 16 de octubre de 1935. De izquierda a derecha: sentados, coronel Contopirakis, ayuda de campo de Plastiras, condesa de Castellano, princesa Nicasia Láscaris, príncipe Eugenio Láscaris y M. Melioudis, diputado en la Asamblea Nacional helena; en pie, el conde Tomás Castellano Echenique, Vicente López Ondé, abogado y secretario particular de Eugenio Láscaris, y José Orera, industrial. ALC.

so es muy posible que éste quisiera ver en ella un paso trascendental hacia el trono heleno. Sin duda que la Gran Causa nacional y legítima que a esas alturas de su vida Eugenio creía firmemente representar, se revistió ante la mirada de nuestro protagonista de su máximo esplendor. Años de esfuerzo, infinitas e incontables cartas, llamadas, entrevistas y envíos de documentos parecían tener en ese momento, sentado Eugenio junto al ayuda de campo del general Nikolaos Plastiras y a un diputado fiel a Elefterios Venizelos, su definitiva recompensa.¹⁴⁹ Pero Eugenio actuaba en una representación que

manifiesto al pueblo griego que Eugenio confesó no conocer y que supuso provendría de alguno de los numerosos comités Pro-Láscaris que, según él, todavía funcionaban por Europa, señalaba como momentos trascendentales de su reclamación dinástica la entrevista que José Zamora publicó en *ABC* y en la que Metaxas reconocía sus derechos, y sus candidaturas al trono griego de los años 1924 y 1935, año este último en el que la reunión de Ricla jugó tan destacado papel. ALC.

149 La relevancia de ambos personajes, Venizelos y Plastiras, explica que la familia conserve una tarjeta del primero de ellos, con membrete del Ritz Hotel y dedicatoria manuscrita, y

lo excedía, el drama griego del periodo de entreguerras, y como Ícaro, que cuando pensó que alcanzaba el sol sintió cómo sus alas se derretían, Eugenio, cuando creyó alcanzar el trono, descubrió a un rey sentado en él.

La restauración Glucksburgo

Al parecer, los mensajes de Eugenio no alcanzaron suelo heleno ni a través de la voz que éste lanzó, ni a través de la caja de resonancia que para los mismos sus partidarios construyeron. Lo cierto es que todo sucedió allí demasiado deprisa para los intereses del pretendiente de los Láscaris, pues incluso antes de su reunión con los comisionados helenos del 16 de octubre de 1935, un grupo de oficiales de alta graduación habían ofrecido al primer ministro Tsaldaris, de manera hartamente generosa, la oportunidad de restaurar la monarquía o dimitir. Dado que el político conservador optó por la segunda, los militares lo reemplazaron en el puesto por Kondylis, quien abolió de manera inmediata la República.¹⁵⁰ Jorge II, apoyado por elementos poderosos en el interior del país y por una potencia tan vinculada a Grecia como lo era Gran Bretaña, tan sólo necesitaba de una coartada política que legitimase su regreso al trono. Y si el 13 de abril de 1924 un plebiscito había confirmado su envío al exilio, qué mejor instrumento político que un nuevo plebiscito para reintegrarle, a través de él, la corona. Se convocó así al pueblo heleno, en lo que no fue sino una farsa plebiscitaria, a refrendar la abolición de la República que acababa de llevar a cabo el gobierno Kondylis. Celebrada en el mes de noviembre de 1935, el resultado explícito de la consulta fue la restauración de la monarquía y, el tácito, la restauración de los Glucksburgo en la figura del rey Jorge II.¹⁵¹ De esta manera, el «ex-Rey destronado, perteneciente a una dinastía extranjera usurpadora y echada del país por haber llevado Grecia a la ruina», del que había hablado Eugenio en su manifiesto de septiembre del 35, cerraba su exilio inglés.

otra del segundo, también acompañada de nota manuscrita. También se conservan las de los comisionados Emmanuel Contopirakis y Melioudis Nik. ALC.

150 El embajador español Ramón Manuel Abella informó el 10 de octubre de 1935 en un despacho cifrado: «Destituido Gobierno por junta militar revolucionaria abolido régimen republicano Asamblea nacional, se constituyó Gobierno monárquico dictatorial bajo Presidencia Condylis hasta celebrar plebiscito y regreso rey». AGA (MAE), 82/3122. Carpeta R-841/5. El día 21 Abella se refería a Kondylis como el «Virrey Condylis». AGA (MAE), 82/3122. Carpeta R-841/7.

151 El recuento sumó 1.491.992 votos favorables a la restauración monárquica frente a 32.454 contrarios a la misma (CLOGG, 1998: 113).

Los sucesos de las siguientes semanas terminaron de sepultar las esperanzas de Eugenio. Y no tanto por el regreso del rey Jorge II a Atenas como por la sensación de que éste era acogido con satisfacción por la inmensa mayoría del pueblo griego, tal y como reflejó el embajador español en ese país cuando aseguró, el 30 de noviembre, que «Opinión pública elogia rey por acertada solución crisis».¹⁵² Que la restauración Glucksburgo hubiera venido precedida de un plebiscito amañado no hacía sino continuar la tradición iniciada en diciembre de 1920, cuando tras la desgraciada muerte del joven rey Alejandro, su padre, Constantino, regresó a Atenas desde el exilio merced a un fraudulento plebiscito. A partir de ahí y dado que las soluciones de fuerza se imponían en buena parte de Europa, también en Grecia el reingresado monarca pudo recurrir a comienzos de 1936 a un político de segunda fila, el general Metaxas, y a su formación política, el ultraderechista Partido Librepensador, como instrumentos con los que desatascar la situación de punto muerto político en que se hallaba el país. El militar no desaprovechó su oportunidad y el 4 de agosto de 1936 suprimió una serie de artículos clave de la Constitución helena. Se iniciaba el Régimen del Cuatro de Agosto.

A modo de cierre del presente apartado podemos preguntarnos qué era Eugenio tras la coronación del rey Jorge II ¿Un iluso empeñado en recuperar el trono de Grecia, intentando para ello ganarse el amor del pueblo heleno? ¿Un loco al margen de toda realidad? ¿Un desengañado por lo que se presumía fracaso de su proyecto vital? ¿Un iluminado que se creía depositario de fabulosos derechos perdidos en la nebulosa de los tiempos? ¿Un utópico convencido de que su proyecto era la única alternativa factible para rescatar a Grecia del desastre? ¿Un impostor agotado? Muy posiblemente y tras tantos años de desvelos, una mezcla en variadas proporciones de todo ello.

152 La frase se incluye en el despacho cifrado que acompaña al informe de Abella sobre la dimisión del gobierno de Kondylis y la formación de un nuevo ejecutivo presidido por Constantino Demertzis. AGA (MAE), 82/3122. Carpeta R-841/5. Unos días antes, el 25 de noviembre, el embajador comentaba que era de buen tono en Grecia llamar a la República derrotada «democracia no coronada» y, a la nueva monarquía, «democracia coronada». Menos propenso al cinismo, el último día del año 1935 resumía así el cambio de régimen en Grecia: «Los oficiales republicanos habían perdido la partida y sus colegas monárquicos victoriosos, con el general Condylis al frente, restablecieron a su gusto la monarquía, haciéndola seguir de un plebiscito falsificado. Y fue así como el rey Jorge II, hijo del rey Constantino, tomó posesión de su trono hace algunas semanas». AGA (MAE), 82/3122. Carpeta R-841/7.

CAPÍTULO IV

1936-1943: un príncipe al servicio del Nuevo Estado Español

Eugenio Láscaris, capitán honorario del Requeté de Aragón

En el verano de 1936 Zaragoza, ciudad en la que desde su nacimiento residía Eugenio Láscaris, era a ojos del gobierno de Madrid un enclave seguro en manos de la República, dado que las autoridades civiles confiaban plenamente en la lealtad del por entonces capitán general de la plaza, el general Miguel Cabanellas. Sin embargo, tras el alzamiento del Ejército de Marruecos dicha lealtad fue traicionada y la ciudad quedó prontamente decantada del lado de los golpistas.¹⁵³ La nueva legalidad que a resultas del triunfo de los sublevados se inauguró en Zaragoza en el último tercio del mes de julio del año 36 no resultó desagradable a Eugenio Láscaris. Hombre de orden, de ideología conservadora, monárquico obligado amén de convencido y de sólidas creencias religiosas, Eugenio fue, desde el comienzo de la sublevación militar contra el gobierno de la República, un firme partidario de los alzados en armas.

Tan es así que, si hemos de creer lo que apunta Norberto de Castro en su biografía de Eugenio, antes incluso del 18 de julio de 1936 éste había sido «invitado a pasar revista a los Requetés de Estella (Navarra)» (CASTRO, 1989: 35). Una afirmación importante y que de ser cierta vendría a significar una primera evidencia de la relación del pretendiente al trono heleno con el legitimismo carlista, un vínculo que, como veremos más adelante, marcaría (y

153 Además de ser tenido por republicano, masón y liberal, Cabanellas había sido diputado radical en las Cortes por la coalición radical-cedista y parecía mantener una sincera amistad con Ángel Vera Coronel, a la sazón gobernador civil de Zaragoza en el momento de producirse el alzamiento militar. Pese a esos antecedentes, en la madrugada del 19 de julio de 1936, Cabanellas ordenó la detención de Vera Coronel (HEREDIA, 2006: 20-21, 24-25). Zaragoza quedó así, al alba del día 19, en manos de los sublevados.

complicaría notablemente) los siguientes años de su vida. En cualquier caso y si echamos atrás la vista y recordamos lo que hasta ese momento había sido la experiencia vital del procurador zaragozano, su cercanía a los círculos del tradicionalismo carlista resultaba plenamente lógica. Tal relación vendría así a confirmar la más que presumible afinidad de un legitimista monárquico que decía encarnaba en su persona los derechos imperiales de la bizantina Casa de Láscaris (pues eso era Eugenio en su esencia última), con el legitimismo monárquico que en España el carlismo representaba. A partir de ese instante y en virtud de tal nexo, la integración de Eugenio en las filas de los sublevados fue inmediata, comenzando la misma con su alistamiento militar en calidad de voluntario. Pocos días más tarde lo haría también Teodoro, su primogénito, y luego (o al menos parece que lo intentó) el segundón, Constantino. En el entretanto, los componentes más relevantes de la familia Láscaris, patriarca incluido, procuraron mantener contactos epistolares tan próximos como les fue posible con el cabecilla de los sublevados, Francisco Franco. Todas estas iniciativas no eran sino el oportuno prelude del acercamiento de Eugenio al emergente poder político español, unas actuaciones felizmente resueltas en favor de éste que acabarían por transportarle al corazón mismo del entramado organizativo de la justicia militar del Nuevo Estado Español en fase de construcción.

La primera fase de la dulce aclimatación de Eugenio Láscaris a la recién y violentamente estrenada realidad social española tomó la forma de su inclusión, y la de su hijo Teodoro, en las filas del Requeté. Tras inscribirse como voluntario en la Capitanía General de la V Región Militar (en el mismo edificio desde el que el general Cabanellas había hecho detener al gobernador civil de Zaragoza, el mentado Vera Coronel),¹⁵⁴ Eugenio fue prontamente reconocido por el pretendiente carlista, Alfonso Carlos de Borbón, como capitán honorario del Requeté aragonés. Un reconocimiento que de alguna manera convalidaba el reclamo de Eugenio al trono de los griegos y le situaba, en el marco de las fuerzas sublevadas contra la democracia en España, entre aquéllas que más cercanas podían sentirse a los anhelos legitimistas del príncipe lascárida: las cohortes tradicionalistas del pretendiente Don Carlos. De esta forma, el 8 de agosto de 1936 Eugenio Láscaris recibió, sin duda que con profundo agrado, su nombramiento como capitán del

154 Castro da como fecha de inscripción de Eugenio en las filas de los militares desleales para con el poder legítimo constituido, una tan temprana como la del 18 de julio de 1936 (CASTRO, 1989: 35).

Requeté.¹⁵⁵ Transcurridas escasas jornadas se hicieron eco de la nueva varios periódicos de la zona insurgente. El primero de ellos *El Diario Palentino* de 12 de agosto de 1936, que bajo el encabezamiento «Un príncipe griego en las filas del requeté», reportaba desde la capital del Ebro el alistamiento de Eugenio en los tercios del carlismo.¹⁵⁶ Y de forma casi simultánea y ahora desde Burgos, *Amanecer* informaba de que entre «los distinguidos afiliados en Zaragoza al Requeté de Aragón, forma con el grado de oficial S.A.I. el príncipe Eugenio Láscaris. El príncipe Eugenio, de la familia imperial de los Láscaris, es pretendiente a la corona de Grecia. Desde los primeros momentos se afilió a Acción Ciudadana y después ha pasado al Requeté de Aragón, dispuesto a luchar por España y al servicio de nuestra Patria».¹⁵⁷



Eugenio Láscaris con uniforme de capitán honorario del Requeté Aragonés. Reproducida en *Heraldo de Aragón* de 15 de febrero de 1936.

155 Así lo transcribe Castro a partir de la consulta que dice realizó en el archivo que Eugenio conservaba en 1947 en su domicilio madrileño: «Nombramiento de S.A.I. y R. el Príncipe Eugenio Láscaris Commeno como Capitán Honorario del Requeté de Aragón, en nombre y por orden de S.M.C. el rey Alfonso Carlos de Borbón, Duque de San Jaime, Comandante en Jefe del Requeté. LEGIÓN NAVARRO-ARAGONESA. REQUETÉS DE ARAGÓN. ESTADO MAYOR [Escudo en tinta que dice: «Junta Central Carlista de Guerra-Aragón»]. En virtud de las circunstancias especiales que concurren en S.A.I. y R. Don Eugenio Láscaris y haciendo uso de las facultades que me han sido delegadas por S.M. el Rey Don Alfonso Carlos (q.D.g.), os nombro Capitán Honorario del Requeté Aragonés. Lo que comunico a V.A. para su conocimiento y satisfacción. Zaragoza, 8 de agosto de 1936. El Comandante en Jefe. Firmado: Jesús Comín. Visado. Por la Junta de Guerra Carlista, El Secretario General, firmado y sellado. A S.A.I. y R. Don Eugenio Láscaris» (CASTRO, 1989: 97). Añade el biógrafo en nota al pie que Eugenio «ejerció varios cargos en las Juntas de Guerra de Aragón y Navarra y mantuvo muchos contactos y actividades con los máximos dirigentes del tradicionalismo, que no detallamos pues sería necesaria una publicación separada».

156 «Zaragoza. Desde los primeros días figura alistado en los Requetés de esta provincia el príncipe Eugenio de Láscaris, pretendiente al trono de Grecia».

157 *Amanecer. Diario Nacional Sindicalista*, 13 de agosto de 1936. Nada puedo añadir a la noticia de la afiliación de Eugenio a Acción Ciudadana, especie de milicia auxiliar organizada

La relación con el tradicionalismo carlista de la familia Láscares se prolongó en los meses siguientes en la persona del primogénito, quien el 13 de noviembre de 1936 llevaba su fotografía a la portada del *Diario de Navarra*. No era sin embargo Teodoro el primer Láscares en ocupar la primera página en las horas de combate, pues un mes antes la había copado su padre, Eugenio.¹⁵⁸ En estas apariciones y más allá de la innegable adhesión al nuevo orden político que comenzaba a implementarse en la España nacionalista, subyacía el legitimismo monárquico de los Láscares, quienes, en buena lógica, lejos de sumarse a la mayoritaria corriente profalangista que agitaba en esos primeros días de conflicto al bando alzado (un falangismo todavía revolucionario, nacionalsindicalista y furiosamente antimonárquico), arremolinaron su fidelidad en torno al tradicionalismo carlista.¹⁵⁹ Una muestra más de cómo a lo largo de su vida Eugenio buscó, y casi siempre encontró, la manera de adaptar su proyecto vital a todas y cada una de las distintas y muy cambiantes circunstancias históricas por las que le cupo en suerte transitar. Así y en el corazón de una España que por un instante parecía entregada por entero al radicalismo fascista, Eugenio, sin apartarse ni afeor un ápice el aluvión autoritario que le rodeaba y que en absoluto le incomodaba, logró mantenerse fiel a su sempiterno ideal monárquico.

Pero los servicios de Eugenio al Nuevo Estado Español que Franco y sus seguidores estaban poniendo en pie fueron mucho más allá de la afiliación de aquél a determinadas organizaciones de combate político.¹⁶⁰ Ya en los

por los sublevados en Zaragoza y con equivalentes en la Guardia Cívica de Salamanca o en la Defensa Ciudadana de Badajoz. En cualquier caso y de ser cierta la noticia dada por *Amanecer*, Eugenio se habría adscrito de manera casi inmediata a dos de las más significadas organizaciones de acción política y militar existentes en aquel momento en su ciudad, el Requeté de Aragón y Acción Ciudadana.

158 Para Teodoro, *Diario de Navarra* de 13 de noviembre de 1936: «S.A.I. el Príncipe Teodoro Láscares, Príncipe de Tracia y de Nicea [...] de 15 años de edad, cabo del valiente Requeté de Aragón». ALC. Para Eugenio, Norberto de Castro, quien apunta que el 11 de octubre de ese mismo año dicho periódico había abierto su edición con la «fotografía del príncipe Eugenio, en uniforme de Capitán de Requeté y como “Pretendiente legítimo a la Corona de Grecia”» (CASTRO, 1989: 35). Muy posiblemente se trate de la fotografía publicada por *Heraldo de Aragón* en su edición de 15 de febrero de 2016.

159 Considérese al respecto la suscripción de los «Príncipes Láscares (Zaragoza)» y sus hijos, al pésame por el fallecimiento de Alfonso Carlos de Borbón, anunciado en el *Boletín de Campaña de los Requetés* de 17 de octubre de 1936. ALC.

160 Y no sólo político, pues además de su ya mencionado nombramiento de agosto del 36 como capitán honorario del Requeté, el 23 de noviembre de ese mismo año fue designado miembro del Comisariado de Guerra de Aragón (CASTRO, 1989: 34-35).

meses finales del I Año Triunfal,¹⁶¹ el príncipe aragonés, quien por cierto seguía ejerciendo la procura en su Zaragoza natal y el cargo de decano en la correspondiente institución colegial, comenzó a intermediar ante las autoridades griegas en favor del nuevo régimen español. Por aquellos días, febrero del año 1937, la España sublevada compartía con la Grecia del general Metaxas un sistema político militarizado, profundamente conservador, nacionalista y antidemocrático, a resultas de lo cual el Nuevo Estado Español y el Régimen del Cuatro de Agosto heleno se confundían en un muy similar magma fascista. Eugenio aprovechó entonces sus bien engrasados contactos con los medios de prensa escrita griegos para dirigir a los mismos una carta abierta en la que justificaba el alzamiento militar de julio del 36 como única forma de impedir la caída de España en manos del bolchevismo. Plena en su contenido de los tópicos del momento, la misiva fue reproducida, tal y como convenía a su autor, en varios periódicos españoles.

Ése fue caso de *Heraldo de Aragón*, que el 19 de febrero de 1937 incluía en su tercera página el artículo «Para restablecer la verdad. El Príncipe Eugenio Láscaris se dirige a la prensa de Grecia, explicando la naturaleza y las características del movimiento que acaudilla el Generalísimo Franco». El texto reproducía la carta abierta escrita por aquél a quien se denominaba «ilustre convecino nuestro», y en la que se desvelaba como abierto partidario de Franco.¹⁶² Lo significativo del caso, más allá del papel de publicista jugado por Eugenio en favor del bando sublevado y de su «Ilustre Generalísimo don Francisco Franco Bahamonde» (y, de paso, de la actuación de aquél en

161 Este original calendario tenía como fecha inaugural el 18 de julio de 1936, por lo que cada vez que a partir de esa data transcurría un año, se sumaba un nuevo Año Triunfal al mismo. Así figura en los documentos de la época, que soportaron impertérritos hasta un IV año del triunfo.

162 La carta reproducida por *Heraldo* tenía por encabezamiento «Zaragoza (España), 17 de febrero de 1937. Señor director del diario *Kathimerini*.—Atenas». En ella denunciaba Eugenio a los «malos españoles que con escusa y pretexto de supuestos triunfos electorales, se apoderaron del país para convertir esta hermosa península en teatro de los más abominables crímenes», y relataba cómo «se comenten los excesos más increíbles, pues catorce obispos han sido asesinados bárbaramente, así como millares de sacerdotes y monásticos, sin contar los innumerables paisanos de toda clase y condición». Para que tales hechos fuesen conocidos y difundidos en Grecia, decía remitir al conservador *Kathimerini* varios paquetes de documentos, tanto textuales como gráficos. Continuaba Eugenio relacionando al «Ilustre Generalísimo don Francisco Franco Bahamonde» con los héroes de la independencia griega, y a Missolonghi, sometida durante la lucha independentista helena al asedio turco, con Zaragoza. Tras la rúbrica de «El Príncipe Eugenio Láscaris-Comneno, duque de Atenas y de Naupaktos (Lepanto)», concluía señalando que la carta publicada en *Heraldo* era una «traducción literal de las cartas dirigidas en griego [a la prensa helena], según se indica».

pro de sus intereses personales), resulta precisamente de la necesidad de la misiva, pues es razonable suponer que la España de Franco hubiese sido favorablemente considerada tanto por el gobierno como por la prensa de la Grecia de Metaxas. Mas no ocurrió así y en su escrito, Eugenio acusaba de ello al gabinete griego, el cual, según el pretendiente español, estaba sometido a unas influencias extranjeras que distorsionaban su justa percepción de los hechos. Interferencias que también explicarían, siempre desde la óptica de Láscaris, el tono de la prensa helena y la apuesta de ésta por la defensa del gobierno republicano español.¹⁶³ Un gobierno que, según Eugenio escribía, resultaba «el cobijo de todos los indeseables de Europa».

El deseo de Eugenio por lo que en ese mismo artículo definía como pronto reconocimiento por parte de Grecia del «Gobierno de Burgos como el único legítimo de España y el único también digno de esta nación, unida a nuestra Gran Hélada por tantos lazos históricos y culturales a través de los siglos»,¹⁶⁴ tuvo su continuación en la alocución radiada a través de las ondas de Radio Aragón, «*A España el saludo de Grecia*». Pronunciada el 11 de agosto de 1937, comenzaba en el siguiente tono:

¡Salve, hermana España o, aún mejor, hija mía! La Hélade antigua, la Byzancio medieval y la Grecia moderna te saludan con la simpatía y la admiración que despiertan tus virtudes y tu impar heroísmo derrochado, en estos momentos, por esa juventud española que tan alto ejemplo de patriotismo y de fe está dando en tus ensangrentados campos de batalla... Situadas en los dos extremos del «Mesogios Tálassa» o «Mare Nostrum», somos los centinelas vigilantes de la civilización europea. Tú custodias su Occidente, mirando las inmensidades del Atlántico, y yo, guardo el Oriente, con sus misteriosos caminos... ¡Gracias, hija España, por todo el amor que has puesto en mi recuerdo!¹⁶⁵

El mensaje radiado de Eugenio fue una nueva intervención en favor de la sintonía entre la España de Franco y la Grecia de Metaxas, una nue-

163 Citaba Eugenio a continuación un largo listado de prensa griega favorable a la Segunda República (incluido en él *Kathimerini*), a cuyos directores decía remitir la misma documentación que al medio conservador. Dicha nómina incluía prensa editada en Grecia, Chipre, Alejandría y Buenos Aires (en la capital argentina la diáspora griega publicaba el *Notiostlantis*). Explicaba Láscaris que desde hacía muchos años recibía varios periódicos griegos, los cuales le remitían sus amigos en ese país, y ello era lo que le permitía estar al tanto de la política helena.

164 Encargándole trabajar por tal reconocimiento decía haber escrito a su «delegado político general en Atenas».

165 (CASTRO, 1989: 47). Eugenio se fundía con Grecia y a partir de ese indisoluble binomio, «Eugenio-Grecia» saludaba a España.

va oportunidad que aquél tenía para, al amparo de la actualidad política de ambas naciones, reafirmar su presencia como actor de cierta relevancia pública.

Estas intervenciones de Eugenio Láscaris en la prensa escrita y en los medios radiofónicos en pos de alcanzar las simpatías internacionales para con los sublevados españoles fueron vistas años más tarde por su bienintencionado biógrafo, Norberto de Castro, como un intento del procurador zaragozano por «favorecer la restauración monárquica y la democracia» en España (CASTRO, 1989: 34). Evidentemente, es necesaria una gran dosis de candor (cuando no del más descarnado cinismo) para creer tal afirmación. No conviene sin embargo cargar en exceso las tintas respecto al quehacer de Eugenio. En realidad, éste no hacía en aquellos momentos algo muy distinto a lo que había hecho en los instantes finales de la I Guerra Mundial al apoyar al liberal Elefterios Venizelos; en 1923-1924 al dejarse querer por los partidarios de la opción monárquica contraria a los Glucksburgo; o en 1935 durante sus coqueteos con el republicano e insurgente general Nikolaos Plastiras: jugar sus bazas como aspirante al trono de los griegos. Nada, en suma, que no viniera realizando desde hacía más de tres décadas, exactamente desde la muerte, en aquel ya lejano mes de agosto de 1906, de su padre Manuel. Sólo que ahora, a la altura de 1937, lo hacía con lo que parece evidente sintonía y complacencia hacia el bando nacional.

En cualquier caso y más allá de sus más íntimas cuitas de carácter legitimista, tan cumplidos servicios a la causa de la Nueva España situaron a Eugenio en una envidiable situación política. Voluntario en el ejército de Franco, afiliado a Acción Ciudadana, capitán honorario del Requeté con nombramiento a cargo del mismísimo pretendiente Don Carlos, miembro del Comisariado de Guerra de Aragón y propagandista activo del Nuevo Estado Español; ésa era su en absoluto desdeñable hoja de servicios a la altura del año 1937. Nada impedía, visto lo anterior, que un príncipe tan impecablemente fiel a su caudillo osase dirigirse personalmente a éste.

Y nada mejor que acercarse al caudillo de España con un presente digno tanto de quien lo ofrecía como de quien lo recibía. Así y según se desprende de la carta que le fue remitida a Eugenio el 1 de abril de 1937 desde el cuartel general de Franco en Salamanca, aquél había regalado al Generalísimo un documento autógrafo nada menos que del rey Felipe II,

monarca por el cual Franco sentía una especial veneración.¹⁶⁶ La carta fue enviada por uno de los más cercanos ayudantes del caudillo, un teniente coronel secretario del Jefe del Estado, y en ella podía leerse:

El Generalísimo Francisco Franco me ordena manifestar a V.A.R. su más profunda gratitud por la atención que habéis tenido en enviarle un documento autógrafo del gran Rey de España Don Felipe II, fechado en Aranjuez, el 10 de noviembre de 1535, que S.E. acepta con gran placer y que no existe presente de tanto mérito ni más de acuerdo con sus gustos. Recibid el saludo de S.E. y V.A. dispone de su muy afectuoso y seguro servidor.

Y concluía con la rúbrica del propio Francisco Franco.¹⁶⁷ A ésta, que parece ser fue la primera relación directa entre Eugenio y Franco, siguieron en los meses siguientes nuevos contactos, de los cuales la prensa de la España sublevada se hizo pronto eco. Castro cita algunos de los telegramas intercambiados entre ambos hombres y que terminaron por ver la luz en medios como el *Diario de Navarra* (16 de junio y 1 de agosto de 1937), *El Noticiero* (26 de junio y 29 de julio de 1937) y *Heraldo de Aragón* (29 de julio de 1937) (CASTRO, 1989: 35). Las labores del procurador zaragozano en favor del caudillo español iban recolectando, en beneficio de aquél, sus primeros frutos.

Y no contento con mantener trato directo con Franco, Eugenio hizo que sus parientes más allegados también participasen en tales negocios ¿O no era eso lo menos que podía esperarse de la alcurnia de una familia digna de un trono? Fue de esa forma como su esposa, la princesa Nicasia Micolaw de Láscaris-Comneno, de soltera Nicasia Justa Micoláu Traver, y su primogénito Teodoro, Diádoco de Grecia éste sí desde el instante mismo de su nacimiento, entraron en la mencionada ruleta epistolar. Y la prensa, siempre tan próxima a Eugenio (o, más bien, éste a aquélla), se encargó de propagarlo. Valga como ejemplo de lo anterior lo expuesto el 2 de agosto de 1937 por *El Día de Palencia*, diario en el que podía leerse el artículo «El príncipe Eugenio y el Generalísimo». En él comentaba el periodista que junto a un telegrama de respuesta de Franco a otro anterior de Eugenio y en «idéntico

166 Según afirma Paul Preston en su magna biografía del dictador hispano, Franco se comparaba con «los grandes héroes guerreros y constructores de imperios del pasado de España, en particular con el Cid, Carlos V y Felipe II» (PRESTON, 2002: 23).

167 Castro dice haber consultado la carta enviada por Franco a Eugenio en el archivo de este último. A partir de ahí la reproduce (CASTRO, 1989: 96-97). Es muy posible un error en la fecha que da Castro al documento de Felipe II, pues en 1535 éste tenía tan sólo ocho años de edad y no sería rey de España hasta 1556.

sentido de cariñoso agradecimiento ha contestado nuestro insigne Caudillo a otros dos telegramas enviados también por la augusta esposa del príncipe Eugenio y por su hijo primogénito el príncipe Teodoro, Diádoco de Grecia, que dicen así:

Excelentísimo señor don Francisco Franco, Generalísimo de los Ejércitos españoles. Salamanca. Ruégole acepte sincera felicitación entrada segundo año Era Triunfal de esta epopéyica lucha española, digno parangón guerra Independencia Helénica contra bárbara tiranía turca. ¡Arriba España! La Princesa Nicasia de Láscaris-Comneno, Duquesa de Atenas y de Lepanto.

A Su Excelencia el Generalísimo Franco. Salamanca. Grecia admira a su hermana España en estos momentos históricos transcendentales para su vida y por mi conducto la juventud helénica saluda a vucencia y a la juventud española tan noble y tan heroica, y les felicita comienzo segundo año Era Triunfal que Dios quiera sea de victoria ya definitiva. ¡Arriba España! El Príncipe Teodoro Láscaris-Comneno Príncipe de Tracia y de Nicea. Duque de Esparta.¹⁶⁸

Como resultado de todo lo que venimos narrando había tenido lugar un cambio muy importante en la vida del pretendiente lascárida. Si hasta 1935 los contactos políticos de alto nivel que había emprendido y los esfuerzos por promoverlos se habían dirigido hacia el exterior (la Grecia de Venizelos y sus partidarios y la Europa de los exiliados helenos contrarios a los Glucksburgo), a partir de julio de 1936, sumida España en plena vorágine bélica, Eugenio buscó y halló entre la clase gobernante de su país de nacimiento (aunque en su discurso éste no era sino tierra de exilio), un interlocutor válido con el que tratar sus reclamaciones legitimistas. Nunca nadie hasta ese momento en España, más allá de su familia, de sus amigos más íntimos o de ciertos periodistas bien aleccionados, se había dirigido a él como «Su Alteza Imperial y Real el Príncipe Eugenio Láscaris-Comneno, Duque de Atenas y de Lepanto». Podemos por tanto considerar que la guerra civil española fue una coyuntura histórica favorable a Eugenio Láscaris.

168 El artículo se abría con la exposición de los telegramas intercambiados entre Eugenio y Franco. El que el primero dirigió al segundo lo he reproducido al tratar la relación de Eugenio con la fe católica; la respuesta que dicho telegrama mereció de Franco fue, según el citado ejemplar de *El Día de Palencia* de 2 de agosto de 1937, la siguiente: «Salamanca. A Su Alteza Imperial y Real el Príncipe Eugenio Láscaris-Comneno, Duque de Atenas y de Lepanto. Zaragoza. Teniente Coronel Ayudante del Generalísimo. Su Excelencia el Generalísimo agradece su telegrama adhesión con motivo aniversario glorioso Movimiento Nacional y le envía su saludo».

Eugenio Láscaris, juez militar

Prueba inmejorable del gustoso acomodo de Eugenio Láscaris en la España nacional en guerra fue el ingreso del procurador aragonés en el entramado judicial creado por las autoridades militares alzadas contra la República. Tal hecho sucedió en el marco de la burocratización de la violencia política represiva que el bando sublevado llevó a cabo a partir de la segunda mitad del año 1936, un proceso encauzado a través de la jurisdicción militar que se materializó en la derogación de la Sala de Justicia Militar del Tribunal Supremo de época republicana y su sustitución por el recién creado Alto Tribunal de Justicia Militar.¹⁶⁹ En esa deriva procesal del ámbito civil al militar, las auditorías de guerra de las distintas regiones militares desempeñaron un destacado papel. Y dado lo abultado de los asuntos a instruir, juzgar y sentenciar, la jurisdicción militar recabó la ayuda de todo aquel personal civil cualificado que pudiese socorrerla en la tramitación de dichas causas. Una nómina en la que figuraron jueces, abogados, secretarios de juzgado y, también, procuradores.

Así y en algún momento entre 1938 y los meses de junio y julio de 1939, Eugenio actuó en la Auditoría de Guerra de la V Región Militar con sede en Zaragoza como juez instructor.¹⁷⁰ La constancia documental de dichas intervenciones he podido datarla merced a su incorporación en el mes de noviembre del año 38 a los sumarios abiertos en varias causas, y a la existencia de una última intervención suya fechada el 10 de junio de 1939 (en ese expediente su suplente aparece citado para el inmediato 5 de julio). Eugenio juzgó bajo nombres cambiantes, pues firmó como «Eugenio Láscaris-Comneno y Labastida» y como «Eugenio Flavio Láscaris-Comneno» (el Flavio, como el Comneno, provenía de la «tradición genealógica familiar», concretamente de un tal Flavio Emmanouil, allá por la primera mitad del

169 Un primer acercamiento a la justicia militar franquista durante la Guerra Civil y a sus juicios sumarísimos, de los que participaría Eugenio, en CASTRO CAMPANO, 2010.

170 La noticia la aportaba ya Norberto de Castro (CASTRO, 1989: 34), aunque sin más precisiones. Lo que sí apunta el biógrafo es que Eugenio solicitó al Gobierno Militar de Zaragoza un salvoconducto, el cual le sería concedido con número 21.799 y a favor de «S.A.I. el Príncipe Eugenio Láscaris-Comneno, Duque de Atenas», el 22 de febrero de 1938 (CASTRO, 1989: 96-97). Desconozco si ello tuvo algo que ver con la entrada de Eugenio en las oficinas de la V Auditoría de Guerra. En cualquier caso y por lo que a dicha entrada respecta, he podido consultar parte del Archivo del Juzgado Togado Militar Territorial n° 32 de Zaragoza (AJT-MTZ), heredero de la documentación de la mentada Auditoría. Dado que la consulta sólo ha sido posible sobre una pequeña fracción de dicho fondo, todavía no tratado archivísticamente en su totalidad, los datos que ofrezco de la intervención de Eugenio en ese órgano de justicia militar quedan sujetos a una posible afinación.

siglo XI, Prefecto del Oriente), y se le nombró como «Eugenio Flavio Láscaris» y como «Eugenio Láscaris Comneno».¹⁷¹ Más allá de las fechas y los nombres, la intervención de Eugenio como juez instructor se concretó en la categoría de Oficial Segundo Honorífico del Cuerpo Jurídico Militar. Dicho Cuerpo se componía de tres escalas y, en virtud del nivel que sus integrantes ocupaban en ellas, éstos eran denominados como Oficial 1º, 2º ó 3º Honorífico del Cuerpo Jurídico Militar (es posible que el adjetivo «Honorífico» hiciese referencia al carácter civil de los interesados, dado que cuando éstos eran militares no parece constar tal titulación).

No debemos ver las intervenciones de Eugenio Láscaris como un caso extraordinario, pues es posible detectar en la tramitación de muchos de los procesos seguidos en dicha Auditoría de Guerra la presencia de personal civil, incluido algún que otro procurador compañero de Eugenio.¹⁷² En cualquier caso, esta faceta militarizada, amén de las muchas noticias aparecidas en la prensa de la época sobre su adhesión a la causa nacional (baste recordar su incorporación y la de su primogénito Teodoro al Requeté, los telegramas cruzados entre la familia y el cuartel general de Franco o el intento de alistamiento protagonizado por el segundo de sus hijos, Constantino, al conocerse el fusilamiento de su primo hermano, Alejandro de Guadán), explican las prebendas de que Eugenio gozó en los años inmediatamente posteriores a la finalización del conflicto español. La primera de ellas vino de la mano de su nombramiento, el 7 de junio de 1939, para un puesto en verdad importante, el de juez instructor de responsabilidades políticas de San Sebastián.¹⁷³

Creado para dirimir las responsabilidades políticas de las personas físicas o jurídicas entre octubre de 1934 y el 18 de julio del 36, desde comienzos de 1939 hasta el verano de dicho año actuó un Tribunal Nacional de Responsabilidades Políticas con sede en San Sebastián, traslado luego a

171 Para su incorporación en 1938 a varias causas (AJTMTZ, 2593-4 y 2594-10) y para su última intervención (AJTMTZ, 2599-5). Para su firma como «Eugenio Láscaris-Comneno y Labastida» (AJTMTZ, 2593-4 y AJTMTZ, 2594-10) y como «Eugenio Flavio Láscaris-Comneno» (AJTMTZ, 2594-19). Para su cita como «Eugenio Flavio Láscaris» (AJTMTZ, 2593-1) y como «Eugenio Láscaris Comneno» (AJTMTZ, 2580-9).

172 Sería el caso de los procuradores José Antonio Faro Moreno (AJTMTZ, 2580-16) y Joaquín Enciso Palacio (AJTMTZ, 3309-38 y AJTMTZ, 2581-8), entre otros.

173 Da la fecha Manuel Rivas i Reija en su *Biografía de S.A.I. y R. don Eugenio Segundo Láscaris Comneno* (CASTRO, 1989: 34). El dato casa bien con la última intervención documentada de Eugenio como juez instructor en la Auditoría de Guerra de la V Región Militar, fechada el 10 de junio de 1939.

Madrid.¹⁷⁴ La marcha de este Tribunal a la capital de España vino a coincidir con la llegada de Eugenio a la capital guipuzcoana para hacerse cargo del Juzgado de Instrucción de Responsabilidades Políticas allí residente, el cual dependía orgánicamente del Tribunal Regional de Responsabilidades Políticas de Navarra (BARRUSO, 2003: 177). Sabemos que Eugenio se hallaba en San Sebastián el 24 de agosto de 1939,¹⁷⁵ con lo que concluía de esta forma con más de dos décadas de ejercicio de la procura, una etapa profesional que había acompañado de forma armónica a su proceso de cambio de identidad y que le había facilitado una estabilidad personal y laboral (y unos contactos y unos vínculos de sociabilidad) que sin duda le resultó de gran provecho. E iniciaba otra mucho más compleja, plena de cambios en lo laboral y en lo familiar (en menos de cuatro años mudó su residencia a tres ciudades distintas), que en absoluto favoreció sus pretensiones políticas.

Las actuaciones de Eugenio Láscaris como juez instructor de responsabilidades políticas de San Sebastián estuvieron, al parecer, marcadas por la dureza. Así se desprende al menos de lo expuesto por Pedro Barruso, quien al tratar de las disfunciones existentes entre la Comisión Provincial de Incautación de Bienes de Guipúzcoa y el Juzgado de Instrucción de Responsabilidades Políticas de esa provincia, señala que el «roce más importante se produjo entre el juez instructor de responsabilidades políticas Flavio Láscaris —antiguo juez militar en Ciudad Real— y el gobernador civil Francisco Rivas y que arranca —desde mi punto de vista— en la percepción que se tenía en la provincia de que la represión era algo que —en su parte más

174 La creación del Tribunal Nacional, de los Tribunales Regionales y de los Juzgados de Instrucción de Responsabilidades Políticas, estos últimos de ámbito provincial, se derivó de la *Ley de Responsabilidades Políticas*, de 9 de febrero de 1939. Dicha norma actuó mediante incautaciones, requisas y el pago en efectivo a cuenta de las responsabilidades políticas tenidas por delictivas de quienes, según proclamaba su artículo 1º, «contribuyeron a crear o a agravar la subversión de todo orden». La composición de los mencionados Tribunales y Juzgados era tripartita: presidía un militar, acompañado de falangistas y de personal jurídico de carrera. Una vez en Madrid y según consta en la correspondencia del Tribunal de Responsabilidades Políticas de Zaragoza, el Tribunal Nacional estableció su sede en la calle San Mateo, 7 y 9. Archivo Histórico Provincial de Zaragoza (AHPZ), J 6006/1.

175 Según consta en su solicitud de baja del Colegio de Procuradores de Zaragoza que con esa fecha remitió desde la capital vasca. AHCPZ, 34/50. Dada su condición de civil, es muy posible que Eugenio actuase en su nuevo cargo en forma similar a como lo había hecho durante su estancia en la Auditoría de Guerra de la V Región Militar, es decir, en calidad de Oficial de Complemento del Cuerpo Jurídico Militar. Así lo hizo, por ejemplo, el abogado Luis San Pío, quien tomó posesión de su cargo de juez instructor del Juzgado de Responsabilidades Políticas de Zaragoza como «Oficial 1º de Complemento del Cuerpo Jurídico Militar». Cuando San Pío quiso reintegrarse a la abogacía, solicitó le fuera «admitida la renuncia a dicho cargo [juez instructor] a fin de poder ejercer libremente la profesión de Abogado». AHPZ, J 6001/1.

dura— ya había pasado en Guipúzcoa. Sin embargo el juez consiguió imponer su opinión y una intensa actividad que se tradujo en la incoación de 1650 expedientes de responsabilidades políticas entre 1939 y 1940». Y añade de Barruso que «en junio de 1943 eran ya 1898» los expedientes incoados en Guipúzcoa (BARRUSO, 2005: 55-56).¹⁷⁶

En cualquier caso y más allá de las cifras, lo que resulta obvio es la participación de Eugenio Láscaris en el entramado represivo institucionalizado por el franquismo en guerra. Una colaboración que hace presuponer que la llegada de aquél a San Sebastián no debió de ser especialmente grata al grueso de los habitantes de esa ciudad, pues incluso su hijo Juan Arcadio escribiría años más tarde que la «segunda etapa de su vida en la Bella Easo no fue menos fructífera aun pese a las circunstancias por las que tuvo que trasladarse a vivir a dicha ciudad. Aunque su cargo de magistrado conllevaba con ello recelos en el pueblo vasco, supo granjearse un gran afecto» (LÁSCARIS-COMNENO, 1989: 8). Muy posiblemente Eugenio, dado su don de gentes y su apuntado buen carácter, supo ganarse alguno de los afectos de los que habló su hijo.¹⁷⁷ Pero es infinitamente más probable que el procurador zaragozano, llegado como juez militar a San Sebastián, se granjeara allí algo más, y casi seguro que más amargo, que los «recelos» del pueblo vasco.

Desconocemos si tales recelos provocaron o, al menos, influyeron, en la marcha de Eugenio hacia su nuevo destino catalán. Sólo sabemos que aquél marchó de San Sebastián a Barcelona «traslado por el Ministerio del Ejército para desempeñar su cometido en la Cuarta Auditoria» (LÁSCARIS-COM-

176 Señalar en primer lugar que Pedro Barruso confunde Ciudad Real, donde que sepamos nunca estuvo Eugenio Láscaris, con Zaragoza, donde sí ejerció como juez instructor militar. Más relevante es la mención a la dureza de éste en sus actuaciones como juez instructor. Considero que para poder pronunciarse de forma adecuada sobre tal extremo habría que establecer una lectura comparada del número de casos instruidos por el Juzgado guipuzcoano y por los de otros próximos, además de perfilar dichos datos gruesos con análisis más precisos de la situación sociopolítica sobre la que a Eugenio le cupo en suerte actuar. En cualquier caso y si tenemos en cuenta que Eugenio debió de incorporarse a su puesto en San Sebastián a comienzos del mes de julio de 1939 y que permaneció en él hasta mediados de 1942, de esos 1898 expedientes de responsabilidad civil que cita Barruso como tramitados en San Sebastián hasta el mes de junio de 1943, tal vez pudiera atribuirse a la «intensa actividad» de Eugenio la incoación de unos 1500. A modo de acercamiento comparativo decir que según los datos obtenidos por los investigadores del proyecto *Amarga Memoria*, el Tribunal Regional de Responsabilidades Políticas de Aragón tramitó, para las tres provincias en las que operaba, un total de 13 424 expedientes.

177 En ese sentido cabe destacar la ya mencionada y muy favorable entrevista que el 27 de noviembre de 1940 publicó en San Sebastián *La Voz de España*, «Un nieto de emperadores vecino de San Sebastián».

NENO, 1989: 8), trocando así los juzgados de responsabilidades políticas por los dependientes de las auditorías de guerra.¹⁷⁸ Con ello Eugenio ocupó en Barcelona un puesto similar al que durante 1938 y 1939 había desempeñado en Zaragoza, el de juez instructor militar. Y fue allí, en la IV Auditoría, donde concluyó su relación con el mundo de la milicia, pues en la primera mitad del año 1943 abandonó Barcelona y marchó a Madrid, ciudad en la que inició una nueva etapa vital. Un cambio que tal vez pudo suponerle, entre otras cuestiones, una merma en sus ingresos económicos,¹⁷⁹ pero que sin duda le devolvió la posibilidad de proseguir sus viejas aspiraciones legitimistas al trono de Grecia.

178 El traslado debió de efectuarse en algún momento de la segunda mitad del año 1942, pues a comienzos del mes de julio de dicho año Eugenio todavía permanecía en la capital guipuzcoana, tal y como parece desprenderse del documento que, incluido en su expediente de ingreso en el Colegio de Abogados de Madrid, menciona su «cédula personal de 1ª tarifa y 15ª clase, expedida en San Sebastián con el número 762 el día 1º de Julio de 1942». Archivo del Colegio de Abogados de Madrid (ACAM), 12.837, 67/1943. Muy posiblemente fue durante su estancia en la ciudad condal cuando publicó los ya referidos artículos económicos en *Fomento del Trabajo Nacional* y *Vida Económica*; cuando según Palacio firmó, «allá por 1943», en el álbum de honor del Archivo de la Corona de Aragón (PALACIO, 1954: 76); o cuando según Juan Arcadio entró en tratos, tal y como había sucedido con anterioridad en San Sebastián y sucedería poco después en Madrid, con lo más granado de la sociedad local (LÁSCARIS-COMNENO, 1989: 8).

179 Según consta en un oficio de 5 de abril de 1939 conservado entre la documentación del Tribunal de Responsabilidades Políticas de Zaragoza, un juez instructor provincial cobraba anualmente en concepto de sueldo la cantidad de 9000 pesetas, importe en absoluto despreciable para la España de posguerra. AHPZ, J 6006/1. En relación a los ingresos económicos de Eugenio Láscaris, algunas fuentes repiten la idea de que el inicio de la Guerra Civil dio paso a un periodo difícil para la familia (MEZA, 2014: 64) e, incluso, de que el conflicto produjo la ruina económica de ésta (INSTITUTO. Recurso electrónico).

CAPÍTULO V

1943-1962: los años finales

Ofrezco en este apartado final un somero repaso a los sucesos que acompañaron a Eugenio Láscaris en sus últimos años de vida. Para ello me centraré en dos franjas vitales: el periodo 1943-1952, años que dedicó a la defensa y difusión del helenismo y el filobizantinismo, y los años 1953-1962, marcados por el acoso público a sus pretensiones dinásticas y el éxodo familiar. Su extraordinaria vida concluiría el primer día del mes de junio de 1962.

Humanismo y filobizantinismo

Antes de que Eugenio Láscaris se asentase definitivamente en Madrid junto al resto de su familia, Zaragoza reservaba para él y para su primogénito Teodoro un último halago. El 6 de octubre de 1942 el Ayuntamiento de esa localidad concedió a «Eugenio Lascaris-Comneno Paleólogo» y a su hijo «Teodoro Lascaris-Comneno Paleólogo» sendas medallas de plata de la ciudad, las cuales les fueron entregadas a los interesados el 6 de octubre de ese mismo año.¹⁸⁰ Tras recibir tales honores y desde la Barcelona en la que por aquel entonces residía y en la que ocupaba un importante cargo en la Auditoría de Guerra de la IV Región Militar, Eugenio marchó a Madrid.

La capital de España era en los primeros años de la década de los cuarenta del pasado siglo el lugar en el que había que estar si se quería ser alguien

180 *Cuadernillo de medallas y títulos honoríficos de la ciudad*. Archivo Municipal de Zaragoza (AMZ). Caja 3443. Tal y como hemos visto que sucedía con los apellidos «Comneno» y «Flavio», la incorporación en 1942 del «Paleólogo» se debía a que éste identificaba a la tercera de las cuatro Casas dinásticas antaño reinantes en la imperial Bizancio. Con ello se validaba la «tradición familiar» defendida por Eugenio y los suyos que hacía de la figura de su tatarabuelo, el ya mencionado príncipe Andrónikos III Láscaris-Comneno Paleólogo (1730-1797), el punto de encuentro de esas tres Casas.

en el Nuevo Estado Español en proceso de construcción. El lugar en el que las relaciones políticas y los contactos personales aumentaban exponencialmente de valor respecto a los que en cualquier otra ciudad española se pudiesen trabar. A ello hay que sumar que los retoños de Eugenio tenían en la Universidad de Madrid un lugar idóneo en el que continuar sus estudios superiores.¹⁸¹ De tal manera, el 19 de julio de 1943 y cumplidos los cincuenta y siete años de edad, nuestro protagonista inició los trámites para su ingreso en el Colegio de Abogados de Madrid.¹⁸² Y al tiempo que suponemos intentaba ganarse un espacio para su actuación profesional como letrado, Eugenio se dedicó al estudio de temas helenísticos y bizantinos. Fruto de esos trabajos fue la publicación a cuenta suya de la ya mencionada *Caligrafía griega y bizantina* (1943).¹⁸³ A tales menesteres de carácter cultural se volcó con ahínco nuestro protagonista en los años inmediatamente posteriores, siendo tal vez la creación de la Asociación Cultural Greco-Española a comienzos del año 1946, su primer gran logro en esa dirección. La noticia de su apertura la recogía de nuevo *ABC*, periódico hasta esos momentos siempre cercano a Eugenio. En la crónica figuraba como su presidente «S.A.I. y

181 Tan es así que su hijo Constantino trasladó su expediente académico de Zaragoza a Madrid para el curso 1943-1944. AUZ. Facultad de Filosofía y Letras. *Registro de identidad escolar*. Hay que recordar en relación con la marcha de la familia Láscaris a Madrid, que la capital de España había sido la primera de las tres ciudades españolas en la que pocos años atrás había funcionado un Comité Pro-Láscaris (las otras dos Barcelona y San Sebastián). Si a comienzos de la década de 1940 quedaban partidarios suyos en esas ciudades, el periplo de Eugenio por éstas apoyaría la idea de que deseaba continuar la lucha en pos de su reconocimiento como heredero al trono de Grecia.

182 En su expediente de ingreso en el Colegio de Abogados de Madrid hay una tarjeta de visita en la que figura como Eugenio Láscaris-Comneno Labastida, con dirección familiar en la calle Mayor, 22, 2º. También aparece un certificado del Juzgado número 2 de Zaragoza, del que dependía el Registro Civil, de su inscripción de nacimiento como Eugenio Láscaris Labastida, hijo legítimo de Manuel Láscaris Serveto y Carmen Labastida Pascual. El Comneno aparece sobrescrito tras los respectivos Láscaris, con otra tinta e incluso se creería que con distinta grafía. ACAM, 12.837, 67/1943. No puedo precisar la fecha de baja como colegiado de Eugenio, dado que ésta no figura en el archivo del Colegio de Abogados de Madrid. Sé, sin embargo, merced a la información aportada por el responsable de su biblioteca, que hasta 1954 Eugenio figuró en las listas oficiales de colegiados que anualmente publicaba el citado Colegio. Desgraciadamente, parece existir un vacío en esa colección entre 1955 y 1963, lo que impide precisar por esta vía la fecha final de su colegiación.

183 La primera mención a la publicación de esta obra la he hallado en las páginas de la madrileña revista *Fotos*, con fecha de 15 de enero de 1944. ALC. Más tarde, en el *ABC* de 22 de julio de 1945, se hacía mención a la celebración de una gran fiesta de la cultura helena en el Instituto Isabel la Católica de Madrid, a la que fue «atentamente invitado el duque de Atenas, don Eugenio Lascaris Comneno», quien premió a algunas de las alumnas más destacadas con una obra suya, una *Paleografía griega y bizantina* que, posiblemente, no fuese sino la caligrafía aquí mencionada.

R. Eugenio Láscaris Comneno, duque de Atenas y de Naupaktos, y de la que es secretario D. Gonzalo Diéguez Redondo, diplomático y académico profesor de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación». Y como no podía ser de otra manera, se daba cuenta de su entusiasta acogida por el mundo culto del Madrid de la época.¹⁸⁴ Unas actividades seguidas de la fundación en 1950 de la Academia y Universidad Magistrorum Philo-Byzantina y de su órgano de expresión, la revista *IPHBAU*.

Compaginando estos sus desvelos intelectuales, Eugenio se dio en potenciar ciertas actividades que un biógrafo como Norberto de Castro no dudó en tildar bajo el marbete de «espirituales, morales y culturales» (CASTRO, 1989: 36) y que tantos problemas le plantearían a comienzos de los años cincuenta, una vez que la Santa Sede decidiera emprender su campaña contra las falsas órdenes religiosas. Campaña que, como ya hemos visto, pronto halló animosos jaleadores en nuestro país (el propio *ABC*, hasta entonces tan cordialmente abierto a Eugenio, o la en absoluto favorable al mismo revista *Hidalguía*). Dando así un giro casi completo a sus anteriores actuaciones legitimistas, marcadas por un claro sesgo político y una muy conveniente adecuación al preciso momento histórico, a finales de la década de 1940 Eugenio Láscaris apartó a un lado lo político y se decantó por lo cultural.¹⁸⁵ Una especie de alejamiento de la más cercana y prosaica realidad que pudo ser consecuencia directa, en primer lugar, del fracaso que Eugenio había cosechado en noviembre del 35 con la restauración Glucksburgo en Grecia, materializada en la entronización de Jorge II como rey de los helenos. En segundo término a que a este monarca, fallecido en abril de 1947, le sucediera en el trono y dentro de una cierta normalidad su hermano Pablo (la normalidad que cabía en un país sumido en una guerra civil). Esa sucesión parecía hacer de los Glucksburgo una dinastía sólida en un país que como Grecia había transitado de la vigilancia británica al casi completo control estadounidense. En el mundo de la Guerra Fría que por aquellos años despuntaba, la estabilidad política en Grecia, en vías de quedar situado

184 *ABC*, 30 de enero de 1946.

185 En ese orden de cosas cabe recuperar aquí la noticia aparecida en las páginas del zaragozano *El Noticiero* de 24 de agosto de 1947. En la sección «Las Letras y las Artes» y bajo el título «Un libro bizantino “La Orden de Constantino el Grande” y el aragonés Láscaris», se reseñaba la obra de Francisco Javier Sanz de Andino, *La Orden de Constantino el Grande y de la Corona Real de Vandalia*. En su comentario crítico el periodista comentaba que el libro tenía «un gran interés histórico, porque la rama de lengua española se está organizando entre nosotros, ya que en España, cruzada de la Fe católica, reside S.A.I. el Príncipe don Eugenio Láscaris y Comneno».

el país de este lado del Telón de Acero, dejaba pocos huecos a aventuras de final tan incierto como la que Eugenio proponía.¹⁸⁶ También y como tercer punto, el cambio de actitud de éste a favor de aquellas actividades «espirituales, morales y culturales» de las que hablaba Norberto de Castro en detrimento de otras de carácter más político, pudo deberse a que los inmensos desastres provocados en Europa por la Segunda Guerra Mundial hubiesen desbaratado por completo la red de aliados, colaboradores y adeptos de todo tipo con los que hasta entonces Eugenio había contado. Y, por último, a que nuestro protagonista portaba ya a sus espaldas seis décadas de agitada vida. Eugenio Láscaris se aproximaba a la vejez, y a pesar de que su primogénito Teodoro se mostró en un primer momento bien dispuesto a continuar las infinitas luchas de su padre, lo cierto es que el declive físico manifestado en la persona de Eugenio supuso para la cohesión y continuidad de su familia un contratiempo de difícil superación.

Pese a ese declive corporal y junto a las citadas empresas de carácter erudito y espiritual, Eugenio no dejó de cultivar otra de sus grandes virtudes, el fomento de amplias redes de sociabilidad capaces de sustentar y dar vigor al resto de sus actuaciones públicas. En ese sentido se prodigó cuanto pudo en los medios culturales y académicos madrileños y, también, en las páginas de la prensa, aunque sólo fuese merced a su aparición o, la de alguno de sus hijos, en determinados eventos sociales. Fue el caso de las bodas de cierto relumbrón, escenarios que contaron con la frecuente presencia de la familia Láscaris. Así, «S. A. Imperial y Real Príncipe Eugenio Láscaris Comneno de Grecia y Bizancio, duque de Atenas», aparece en el *ABC* de 17 de abril de 1947 encabezando las firmas del acta matrimonial de un enlace celebrado en la madrileña iglesia de San Jerónimo el Real. También la boda del segundo de sus hijos, Constantino, con la rusa Elena Slépuhine, ocupó varios titulares. Junto a estas reseñas, en mayo de 1951 la revista *Oriente Cristiano*, muy cercana a Eugenio y de la que el propio Constantino sería secretario, publicaba una fotografía del enlace de éste con la citada Elena.¹⁸⁷ Mas todas las facetas que durante esos años

186 No lo entendió así el segundo de los hijos del príncipe, Constantino, quien en una breve entrevista aparecida el 17 de julio de 1948 en las páginas del santanderino *Alerta* afirmaba que el pueblo griego no era revolucionario, sino eminentemente tradicional, y que si estaba en armas era por su descontento con la monarquía reinante en el país. Para Constantino la solución era muy sencilla: «dejar libre la aspiración nacional de presiones extranjeras. Y permitir que Grecia viva su tradición, que coarta una dinastía cuyo jefe, rey de los griegos, ni siquiera habla su idioma». ALC.

187 La fotografía de Constantino en *Oriente Cristiano* en ALC.

ocuparon a Eugenio (un filohelenismo de corte cultural, la erección y propagación de diversas órdenes e instituciones caballerescas y la promoción social de su persona), no le impidieron mantener contacto con la realidad griega del momento, tal y como lo prueban algunos de sus escritos, singularmente el ya comentado «La resistencia intelectual en Grecia durante la pasada contienda mundial» (1946), en el que unía su interés por la cultura de ese país con la exaltación del espíritu ferozmente independiente que desde la sublevación contra el otomano, allá por los albores del siglo XIX, parecía haber caracterizado al indómito pueblo heleno. Discreto, Eugenio no aprovechó el texto para arrimar el agua a su molino, pues evitó en él toda mención a sus pretensiones legitimistas y, simplemente, se mostró como un bien informado conocedor de la realidad política y cultural griega del momento.

Además de mediante trabajos como el anteriormente reseñando, Eugenio intentó mantener los contactos con Grecia a través de uno de los cauces que hasta ese momento mejores réditos le había ofrecido, la prensa escrita. En el diario *Madrid* de 22 de julio de 1948 aparecía una «Entrevista con Eugenio Láscaris. Un abogado madrileño, diez veces Príncipe de Grecia», en la que tras hacerse mención al rico archivo familiar que éste atesoraba, se preguntaba a Eugenio sobre distintos temas. En sus respuestas afirmaba haber visitado Grecia en varias ocasiones (la primera como guardiamarina español), tener seguidores en ese país y haber gastado en su reclamación dinástica más de medio millón de pesetas. Tres afirmaciones que me merecen distintas valoraciones. En ningún lugar, más allá de la citada entrevista, he localizado mención alguna a que Eugenio Láscaris visitase a lo largo de su vida Grecia (de haber sido así, los autores proclives a sus demandas hubiesen hecho de tal viaje un constante motivo de cita), así como tampoco tengo noticia alguna de un Eugenio «guardiamarina español» (sintomáticamente, la muy detallada y bien informada biografía escrita por Norberto de Castro nada recoge al respecto). Al comentario sobre la presencia de seguidores suyos en Grecia no tengo nada que objetar, pues seguramente de entre el grupo más o menos amplio de contactos que en los años anteriores tuvo, quedarían todavía en la Grecia de 1948 partidarios de su causa (e incluso entre los griegos de la diáspora). Y en cuanto a la cuantía de su inversión en pos del trono griego, no cabe duda de que la misma no debió de salirle en poco a Eugenio. En cualquier caso y si la cantidad que aparece publicada por el diario *Madrid* fue tal, nadie podrá negar que medio millón de pesetas resultaba, incluso para la época, un precio bastante razonable

por un trono, por el patrimonio que podía llegar a comportar y por los honores que merecía.¹⁸⁸

La desintegración

La década que puso punto y final a la vida de Eugenio fue pródiga en desgracias para él y para su familia. Como si del cumplimiento de una antigua maldición se tratase, uno tras otro, desaires, olvidos y adversidades de la fortuna se aliaron contra ellos. En lo más íntimo, su esposa Nicasia sufrió durante sus últimos años de vida una parálisis que la acompañaría hasta la muerte, acaecida el 5 de agosto de 1957.¹⁸⁹ El propio Eugenio se vio privado casi por completo de la vista y físicamente imposibilitado, hasta el punto de tener que ser auxiliado en sus meses últimos por sus dos hijas, Elena y Sofía.¹⁹⁰ A estas mermas físicas se sumó la partida de sus dos hijos mayores hacia tierras americanas. El primero en partir fue Constantino, quien lo hizo hacia Costa Rica en 1956, seguido en 1958 de Teodoro, quien marchó rumbo a Colombia.

Dado lo mucho que podría decirse del reconocido profesor y filósofo que alcanzó a ser Constantino Láscaris, simplemente apuntaré que tras su traslado para el curso 1943-1944 desde la Universidad de Zaragoza a la de Madrid, se doctoró en ésta en Filosofía con la tesis *El pensamiento filosófico de Quevedo*, dirigida por Santiago Montero Díaz y por la que en noviembre de 1946 obtuvo el Premio Extraordinario de Doctorado. Nombrado profesor adjunto en la Facultad de Filosofía y Letras de dicha Universidad para el periodo 1949-1952, fue posteriormente prorrogado en idéntico puesto por cuatro años más. Sin embargo y dado lo inestable de su situación y lo escaso del sueldo, cesó a voluntad propia en agosto de 1954. Tras trabajar bajo la

188 A estas tres afirmaciones la noticia añadía un dato a todas luces incierto: que por aquel entonces, julio de 1948, Eugenio residía desde hacía más de diez años en Madrid, concretamente en la avenida José Antonio. Mas no mentía el periodista cuando afirmaba que Eugenio era gran maestre soberano de la Orden de Constantino el Grande (lo era desde 1946). Firmaba la entrevista J. Esteban Blasco. ALC.

189 De hecho y tal y como vimos en páginas anteriores, en abril de 1951 fue representada por Enriqueta Peralada como madrina del enlace matrimonial de su hijo Constantino. Sobre la parálisis de Nicasia y el importante papel desempeñado por ésta en la vida de Eugenio (CASTRO, 1989: 75; LÁSCARIS-COMNENO, 2014: 16).

190 Muy posiblemente Eugenio sufrió en sus momentos finales algún tipo de deterioro cognitivo debido al peso de la edad. Así parece indicarlo Castro: «Los últimos días de su fecunda vida los pasó en honda meditación, en un silencio casi continuo» (CASTRO, 1989: 42). Su ceguera en LÁSCARIS-COMNENO, 2014: 16.

ayuda y protección del sacerdote y filósofo aragonés Manuel Mindán Manero en el Instituto de Filosofía Luis Vives, dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, recibió a través del embajador de Costa Rica en España la invitación de Rodrigo Facio Brenes, rector de la Universidad de San José de Costa Rica, para trasladarse a dicha institución en calidad de profesor de Filosofía. Marchó hacia tierras ticas en 1956, nacionalizándose costarricense en 1968 (según nota marginal de su inscripción de nacimiento) e integrándose por completo en la vida cultural, política y pública de ese país. Su sorprendente, prolífica y altamente meritoria actividad intelectual hicieron de él figura clave en la institucionalización de los estudios filosóficos en Costa Rica, e incluso de la cristalización de la identidad nacional de esa república centroamericana. Tras fallecer prematuramente en el mes de julio de 1979, la Asamblea Legislativa de dicha nación le reconoció en 1998 como Benemérito de la Patria.¹⁹¹

Por su parte, Teodoro había estudiado Derecho en la Universidad de Madrid, en cuya Facultad de Derecho ejerció como ayudante de clases prácticas entre los años 1946 y 1951 y en la que en 1952 obtuvo su doctorado. Como en el caso de su hermano Constantino, la inestable situación laboral y el cada vez más enrarecido ambiente que a partir de 1953 rodeaba a la familia, hicieron que Teodoro aceptase la oferta del embajador de Colombia en España para marchar en 1958 como profesor a la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, con sede en Tunja.¹⁹² A su estadía en Colombia le seguiría un largo periplo que lo llevó a los Estados Unidos (profesor visitante en la University of Notre Dame durante el curso académico 1963-1964), Puerto Rico (profesor visitante en la Universidad de Puerto Rico en el curso

191 Para su etapa como profesor en la Universidad de Madrid, Archivo de la Universidad Complutense de Madrid (AUCM), P-563,38. Para el resto (INSTITUTO. Recurso electrónico).

192 Una salida sobre la que Teodoro diría muchos años más tarde: «Al utilizar la valija diplomática, no me pudieron impedir la salida. Era necesaria en esa época a los españoles una Visa especial de Salida de la Dirección General de Seguridad. Pronto enviaron de embajador de España en Bogotá a un antiguo amigo, Alfredo Sánchez Bella, que luego fue ministro. Me dijo que prohibía la Orden [de Constantino el Grande] de mi padre en Colombia, pues ésta era la disposición de su gobierno. A lo que le repliqué: “Alfredo, Colombia no es la España totalitaria, en la que nadie tiene derecho alguno, es una República democrática, en la que se respetan los derechos de expresión, de opinión y de asociación”» (LÁSCARIS-COMNENO, 2014: 19). Señalar por lo que a la «Visa especial» respecta que a partir de 1948 la Dirección General de Seguridad exigió como único requisito para permitir la salida de emigrantes españoles hacia América Latina la presentación de una carta de llamada o un contrato de trabajo visado por un consulado español (CAMPOS, 2014: 424). En cuanto a Alfredo Sánchez Bella decir que, efectivamente, ostentó el puesto de embajador de España en Colombia entre 1959 y 1962 y el de ministro de Información y Turismo entre 1969 y 1973.

1964-1965) y, finalmente, a Venezuela, a cuya Universidad de Carabobo, Valencia, llegaría en agosto de 1965 y en la que alcanzaría amplio reconocimiento profesional. Tras nacionalizarse venezolano, en 2002 recuperó la nacionalidad española (según nota marginal de su inscripción de nacimiento). Falleció en la Valencia venezolana en el año 2006.¹⁹³

Una vez alejados Constantino y Teodoro del núcleo familiar, algún tiempo después partiría hacia Australia el tercero de los hijos de Eugenio, Alejandro, y la mayor de sus hijas, Elena. Llegados a la ciudad de Sydney, tal vez su marcha a tierras australianas pueda enmarcarse también en la «tradicción familiar». Una lectura que sería plausible si consideramos que hasta mediados de los años sesenta uno de los destinos preferidos para la emigración (*xeniteia*) griega fue, precisamente, Australia (CLOGG, 1998: 143). No sería así extraño que entre la colonia helena de Sydney hubiese habido antiguos partidarios de Eugenio que facilitasen la llegada a esa ciudad de Alejandro y Elena Láscaris. Ironías del destino, se observa en estos mínimos apuntes biográficos de cuatro de los seis vástagos de Eugenio la presencia de una de las características que más ha marcado a la sociedad griega durante sus dos últimos milenios de historia: la emigración.

La *xeniteia* lascárida tuvo, a ojos de la familia, unos culpables únicos. Los encausados fueron aquéllos que el clan familiar y los defensores de éste bautizaron, con escasa imaginación, como los «contra-Láscaris». A ellos dedico las próximas líneas. Al hacerlo, no retomaré la mención al origen del problema que acabó por desintegrar a la familia (la campaña iniciada por el Vaticano a comienzos de la década de 1950 contra las que Roma denominó falsas órdenes religiosas), ni a la muy nociva polémica que supuso para los Láscaris la traslación de dicha campaña a las páginas de ciertas publicaciones españolas (a periódicos como *ABC* e *Informaciones* o a revistas como *Hidalguía*). Y ello a pesar de que, sobre todo en esta última, el papel de tales «contra-Láscaris» fuese bien pronunciado. Dado que tales aristas del problema están ya tratadas, optaré simplemente por hacer una breve referencia a las causas últimas que, según las fuentes próximas a la familia, explican el por qué sus enemigos quisieron acabar con las legítimas aspiraciones de Eugenio Láscaris al trono de Grecia.

Teniendo como cara más visible la de quien es ya para nosotros un viejo conocido, José María Palacio, marqués de Villarreal de Álava, el grupo

193 Para su etapa como ayudante de prácticas en la Universidad de Madrid, AUCM, P-565,39. Para el resto (ABRIL, 2014: 10-11).

de los «contra-Láscaris» se completaba con Vicente Cadenas, José María de Oriol, Antonio Iturmendi y Gabriel Arias Salgado. Un grupo reducido pero políticamente poderoso en el que, además de relaciones económicas y complejos vínculos ideológicos, existían coincidencias de parentesco (Palacio estaba casado con María Sacramento de Oriol y Urquijo, hija de José María de Oriol) e, incluso, una cierta igualdad etaria.¹⁹⁴ A partir de ahí y siempre según la versión familiar de los Láscaris, la semilla de inquina que estos hombres mantuvieron contra Eugenio no habría tenido nada que ver ni con la campaña vaticana, ni con la denuncia de falsedad contra orden caballerescas alguna, ni con las posibles añagazas identitarias practicadas por aquél. De hecho, todas éstas no serían sino excusas con las que los «contra» ocultaron el verdadero motivo de su persecución: la cercanía de Eugenio al tradicionalismo carlista.

Según apunta Teodoro Láscaris, la principal figura del entramado de los «contras» sería Vicente Cadenas, quien habría formado parte de la facción falangista que en los primeros meses de la guerra civil española encabezó Manuel Hedilla. La caída en desgracia en la primavera de 1937 del citado jefe falangista obligó a Cadenas a huir a Italia, desde donde una vez concluido el conflicto civil español pudo regresar a cuenta de servir al nuevo régimen franquista como agente infiltrado en el círculo íntimo del pretendiente carlista, Don Carlos VIII. Un círculo carloctavista en el que se encontraría el propio Eugenio. Y sería precisamente la muerte súbita del pretendiente en la Nochebuena barcelonesa de 1953 (se llegó a hablar de su posible envenenamiento y del posterior robo de sus documentos a manos de su secretario particular, que no era otro que Vicente Cadenas), la que permitió y dio paso a la campaña contra los miembros del círculo tradicionalista que habían acompañado a Don Carlos, Eugenio incluido. Si finalmente éste se libró de ser apresado por el inquisitorial «integrismo nocedaliano» de los «contra»,¹⁹⁵ comandados por Cadenas, fue debido a la «alta categoría y personalidad

194 Autor prolífico, José María Palacio, marqués de Villarreal de Álava (1915-1997) escribió de forma asidua en las páginas de *Hidalguía*, revista que dirigía Vicente Cadenas y Vicent (1915-2005). El sector más poderoso del grupo lo conformaba José María de Oriol y Urquijo (1905-1985), marqués de Casa Oriol, empresario y financiero, Antonio Iturmendi (1903-1976), ministro de Justicia entre 1951 y 1965, y Gabriel Arias Salgado (1904-1962), entre 1951 y 1962 ministro de Información y Turismo.

195 La expresión «integrismo nocedaliano» hace referencia al político ultramontano Cándido Nocedal (1821-1885) y a su hijo Ramón (1842-1907). Ambos se hallaban, según los escritos de Gilberto Abril y Teodoro Láscaris, en la base del sustrato intelectual que alimentaba a los enemigos políticos de Eugenio, los citados «contra Láscaris» (ABRIL, 2014: 7; TEODORO, 2014: 13).

de mi padre y por su amistad con Don Ramón Serrano Súñer, cuñado de Franco, quien por cierto asistió al entierro de Eugenio II, en Madrid personalmente» (LÁSCARIS-COMNENO, 2014: 22-23). En ese conflictivo universo político del que hablan las fuentes, convivía el tradicionalismo carlista de Eugenio y el del ministro Iturmendi con el falangismo de Arias Salgado y el posicionamiento monárquico de un Oriol que, además de visitante habitual de El Pardo, fue desde bien pronto consejero áulico de don Juan de Borbón. Una versión la de Teodoro Láscaris, sin duda apasionante en atención a la compleja topografía política que la misma encierra, sobre la que sin embargo no puedo aportar más precisiones.

En cualquier caso, ni siquiera esa presunta campaña de los «contra-Láscaris» logró sofocar las últimas aspiraciones legitimistas de Eugenio, las cuales fueron reanimadas, como no podía ser de otra forma, desde Grecia. Y más concretamente a causa del conflicto que entre 1955 y 1959 mantuvo esa nación con Turquía a cuenta de la isla de Chipre.¹⁹⁶ Tal y como había sucedido en 1923 y 1924 tras el desastre griego en Asia Menor, o en 1935 tras la asonada provenizelista de Plastiras, de nuevo en 1955, al ingresar la violencia en el conflicto chipriota, Eugenio creyó llegado el momento de propugnarse como solución salvífica. Y con las que posiblemente fueron sus últimas energías, dirigió su voz al mundo.¹⁹⁷ Siguiendo pautas anteriores, Eugenio inició una labor de difusión a través de medios de prensa internacionales verdaderamente sorprendente. Una propaganda que tuvo como destino final medios franceses y, de forma más menguada, italianos e, incluso, latinoamericanos.¹⁹⁸ Internacionalización que vendría a mostrar las di-

196 Desde que en 1878 el Imperio de Su Graciosa Majestad ocupó Chipre, buena parte de su población, mayoritariamente de origen griego, defendió la *enosis* con Grecia. La crisis que sirvió de reactivo a la conciencia helena de Eugenio comenzó con la elección en 1950 del arzobispo Makarios como *enarca* —jefe espiritual y político— de la comunidad greco-chipriota. Tras alentar Makarios el deseo de unificación con Grecia, el conflicto entró en una deriva violenta a partir de 1955 merced a las actividades de la prohelénica Organización Nacional de Luchadores Chipriotas (EOKA), que bajo dirección del general Georgios Grivas mantuvo en jaque a las fuerzas coloniales británicas asentadas en la isla. La crisis concluyó con los acuerdos de Londres de 1959 por los que Chipre se convirtió en república independiente dentro de la *Commonwealth* británica (1960), lo que venía a suponer el enésimo fiasco de la *Megali Idea* (VEIGA, 1995: 172-173; CLOGG, 1998: 144-148).

197 En lo físico en 1955 Eugenio cumplió sesenta y nueve años, pronto quedaría viudo, con sus dos hijos mayores camino de tierras americanas y físicamente impedido. En lo económico, el esfuerzo que le supuso la campaña de prensa en torno al asunto de Chipre «representaba varias decenas de millares de dólares» (CASTRO, 1989: 38).

198 Entre los medios franceses que se ocuparon en ese momento de Eugenio puede citarse *Le Valentinois*, que el 8 de octubre de 1955 le presentaba como el «troisième homme» capaz

ficultades con que Eugenio tropezó a la hora de dar a conocer sus mensajes a través de la prensa española una vez desatada la «polémica *Hidalguía*».¹⁹⁹ También parece intuirse, dado lo modesto de la mayoría de los periódicos en los que éste logró publicar sus reclamos y lo uniforme y reiterativo de los mismos, que sólo mediante el pago de las oportunas cantidades de esos «millares de dólares» de los que hablaba Castro pudo Eugenio ver cumplidos sus sueños de promoción imperial.

En esas circunstancias el pretendiente juzgó oportuno emitir una nueva proclama política, que esta vez dirigió al pueblo de Chipre. Así sucedió el 29 de octubre de 1955 con su *Message au Peuple de Chipre*,²⁰⁰ ampliamente difundido a través de la prensa y en el que su autor hacía un llamamiento

de llevar la paz a Chipre; *Troyes*, que el 28 de noviembre de 1956 y bajo el titular «Ramènera-t-il la paix à Chypre», lo postulaba como mediador en las disputas greco-británicas; y aquéllos que como *La Gazette de Redon et de la Région, Le Pays Beaujolais, Le Pays Roannais* (el 24 de octubre de 1958), *Le Voix Vauclusienne, L'Opinion de Saone-et-Loire* (25 de octubre de 1958) o *Vendée Sablaise* (26 de octubre de 1958), se hicieron eco, en un artículo publicado de manera conjunta, de la posibilidad de que Eugenio accediese al trono de Chipre. Un amplio reportaje gráfico en la revista *Noir et Blanc*, de 8 de septiembre de 1956, se encabezaba con «Un vieux Prince exilé revendique le trône de Chypre où débarquent nos soldats». Se aseguraba en él que el propio Makarios había propuesto el restablecimiento de la monarquía en Chipre bajo la dinastía de los Láscaris, junto a la fotografía de un anciano y delgadísimo Eugenio y las de Teodoro, Sofía y Elena, todos ellos posibles, según la revista, aspirantes al trono. Entre los medios italianos trataron el asunto el *Corriere Cosentino* (30 de marzo de 1956 y 6 de febrero de 1957) y los salernitanos *L'Eco del Popolo* (6 de junio de 1956) e *Il Setaccio* (12 de enero de 1957). Más allá de Europa, la llegada de Constantino y Teodoro Láscaris a tierras americanas prolongó la polémica hasta el cuarto continente. En Venezuela, el caraqueño *El Español* se ocupó de ella el 12 de octubre de 1957 y el 22 de noviembre de 1958. ALC. Para los artículos consultados, ver anexos. Una ampliación de referencias en (CASTRO, 1989: 197-201).

199 Valga como ejemplo de ello que la última mención al carácter principesco de Eugenio aparecida en *ABC*, hasta ese momento periódico muy benévolo con la familia Láscaris, tuvo lugar el 16 de enero de 1955. Pero no era una mención amable; en ella el diario se hacía eco de una aclaración del Instituto de Genealogía y Heráldica por la que se recordaba la condición de los «falsos príncipes bizantinos, señores Lascaris». En cuanto a la difusión del asunto chipriota en los medios españoles, las noticias sobre Chipre y los Láscaris lograban colarse en el barcelonés *El Noticiero Universal* (23 de noviembre de 1955 y 4 de enero de 1956) y, cómo no, en el *Diario de la Monarquía* (29 de abril de 1956). ALC.

200 Reproducido en (CASTRO, 1989: 101-102). A este *Message* le siguió una *Carta abierta al muy honorable Primer Ministro de su Majestad Británica*, publicada por el *Corriere Cosentino* el 30 de marzo de 1956. En ella Eugenio mostraba sus quejas por la intervención británica en Chipre y por la campaña desatada por Gran Bretaña en contra de las pretensiones dinásticas de los Láscaris. Vertida al italiano con el título de *Lettera aperta al Molto Onorevole il Primo Ministro di Sua Maestà Britannica-Londra*, la reeditaría *Il Setaccio* (12 de enero de 1957) y, de nuevo, el *Corriere Cosentino* (6 de febrero de 1957). ALC. Un modelo de esa *Carta*, en español y fechado el 9 de noviembre de 1956, en CASTRO, 1989: 102-104.

explícito a la independencia de la isla (y no a su unión con Grecia, como postulaban por aquel entonces tanto el arzobispo Makarios como el general Georgios Grivas, líder de la EOKA). Era ésta una tercera vía en la que Eugenio siempre se había sentido cómodo, tal y como ejemplificaban sus anteriores postulaciones en calidad de *troisième homme* capaz de llevar a Grecia, groseramente enfrentada a la dicotomía Glucksburgos-República, hacia el límpido horizonte que la Gran Causa nacional bajo patrocinio lascárida prometía. Para alcanzar tal fin, el *Message* de octubre del 55 recordaba que «Chipre ha sido otras veces de mi Casa», que Eugenio era «nieta del Príncipe Porfyrogénito Andrónicos Theodoros Láscaris Comneno, héroe de la Guerra de la Independencia Helénica de 1821», que había sido reconocido en 1935 como representante de la «legitimidad monárquica helena» y, en definitiva, que no era otro sino él, Eugenio, el «que os ama de verdad». Concluía sus razones con un llamamiento a la restauración del ideal bizantino en forma de un «¡Viva la Hellade! ¡Viva Chipre! ¡Viva la Gran Idea que ni ha muerto ni se ha olvidado!». Tal vez sin pretenderlo y ni tan siquiera ser consciente de ello, Eugenio hizo de ese texto, además de su testamento político y aun vital, un perfecto corolario de todo aquello por lo que había vivido. Desgraciadamente para él, tampoco esta vez el mundo le escuchó. La restauración del Imperio Bizantino debería esperar.

Apenas un año antes de su fallecimiento, la fortuna descargó un último golpe sobre Eugenio, un golpe que tal vez éste, dado su deterioro físico, ni tan siquiera sintió. Su identidad legal como Láscaris, por cuya consecución y reconocimiento había batallado incansable y formidablemente durante casi seis décadas, le fue legal y definitivamente revocada, así como la de su padre y sus descendientes en primera línea de consanguinidad.²⁰¹ Todo había comenzado el tres de julio de 1956 con el auto dictado por el Juzgado de Primera Instancia número 2 de Zaragoza sobre expediente de rectificación y cancelación de notas marginales, auto que fue dado por válido por la Dirección General de los Registros y del Notariado. Esta Dirección envió la correspondiente carta-orden al mencionado Juzgado zaragozano para que éste practicase las oportunas anotaciones en las inscripciones de nacimien-

201 Así figura en nota marginal a las seis inscripciones de nacimiento de sus hijos conservadas en el Registro Civil del Juzgado de Primera Instancia número 2 de Zaragoza, que con carácter general reza así para todos ellos: «Nota A.- El primer apellido del inscrito, así como el primero de su padre y primero también de su abuelo paterno, quedan modificados en la forma siguiente: **Lascorz** en lugar de **Láscaris**, como figura. [...] Zaragoza. A diez de julio de mil novecientos sesenta y uno». Pese a esta disposición legal, las diez nietas y los tres nietos de Eugenio continúan actualmente apellidándose Láscaris.

to de los hijos de Eugenio Láscaris. Desconozco la razón por la que tales actuaciones se llevaron a cabo y si éstas lo fueron de oficio o a instancia de parte (cabe en todo caso recordar que José María Palacio, en 1954 y en el fragor de la «polémica *Hidalguía*», había apostado por una intervención administrativa en tal sentido). Fuera como fuese, lo cierto es que en sus últimos momentos de vida Eugenio vio cómo, al menos en su identidad legal, regresaba a los territorios de la infancia.

Eugenio Láscaris-Comneno (para la ley española retornado al pasado en forma de Eugenio Lascorz Labastida) falleció en Madrid el 1 de junio de 1962. Su óbito logró repercusión intercontinental. En Europa lo reflejaron periódicos como los franceses *Lyon-Information* o *Independance*, el cual el 15 de agosto titulaba: «L'Hellénisme en deuil: Son Altesse Impériale et Régent le Prince Flavius Eugène II Láscaris Comnène». Y en América se recordó, seguramente merced a los cuidados de su hijo Teodoro, residente por entonces en Colombia, en el *Diario de Boyacá* del 26 de julio de 1962.²⁰² Transcurrido más de medio siglo desde su muerte y aunque sus ensoñaciones se hayan desvanecido, la atracción que su extraordinaria figura despier-ta permanece viva.

202 ALC.

Conclusiones

La primera y más evidente conclusión que se desprende de lo hasta aquí expuesto es que no nos hallamos ante la biografía «definitiva» de Eugenio Láscaris (si es que tal adjetivo cabe aplicar a la biografía histórica), sino ante una semblanza, ante una aproximación al personaje. Más allá de lo que haya podido desvelar, falta mucho por saber de Eugenio. Desconocemos amplios espacios de su niñez y primera juventud, de sus años como universitario, de los procesos judiciales en los que intervino en calidad de procurador, primero, y abogado, después, de quiénes fueron y qué papel desempeñaron en su vida las personas con las que entabló relación tras su partida de Zaragoza, de sus actividades como juez militar en San Sebastián y Barcelona o, por no extenderme de manera innecesaria, del detalle y la naturaleza de sus relaciones con el tradicionalismo carlista una vez concluida la Guerra Civil. Y a esas carencias en torno al Eugenio hispano habría que sumar las existentes en torno al Eugenio heleno, del que sería preciso exhumar sus vínculos con determinadas personalidades griegas, concretar sus contactos con las comunidades de la diáspora, validar su presencia en los archivos de un Venizelos o un Plastiras, en la documentación diplomática griega o en las actas de la Asamblea Nacional de Atenas. O, simplemente, desvelar si algún recuerdo suyo todavía perdura en aquel país. En cualquier caso, éstas y otras fallas no hacen sino confirmar que, si ninguna vida cabe en un papel, la de Eugenio Láscaris no es una excepción.

A partir de la anterior limitación y teniendo como instrumento de trabajo el utillaje propio de la biografía histórica, es preciso recordar que mi intención ha sido situar el foco de atención en el relato de una vida de la que confío haber desvelado su trascendencia histórica. Más allá de la inexistencia de personajes ajenos a la historia (de existir tal vez interesarían a los psicólogos, nunca a los historiadores), creo poder afirmar que Eugenio Lá-

caris-Comneno porta consigo un significante histórico y cultural que informa de la convulsa época en la que vivió. Sus actuaciones, desde que en 1906 decidiera tomar el testigo legitimista que según él su padre le legó, hasta que medio siglo después remitiera una carta reclamando el trono de Chipre al *premier* británico Anthony Eden, se acompasaron bien con relevantes acontecimientos históricos. Pero tal afirmación, de parte de quien desde un primer momento ha aceptado la premisa de que Eugenio fue un ser eminentemente histórico, no posee en sí misma un gran valor. La cuestión es, por tanto, otra. ¿Podemos ir más allá y ver en Eugenio una plataforma desde la que lanzar preguntas al pasado? Y de ser así ¿qué tipo de preguntas permite hacer en relación a su contexto histórico, qué nos descubre del mismo, qué ejemplifica, qué nos recuerda?

Para poder responder a estos interrogantes debo apuntar previamente los cuatro ejes a través de los cuales he orientado las presentes conclusiones. El primero se refiere a si Eugenio falseó o no sus antecedentes familiares; el segundo, a los usos de que se sirvió para desplegar socialmente sus actividades legitimistas; el tercero, a cómo entenderle en virtud de las claves que nos ofrece la historia de la Europa de entreguerras; y, el cuarto, a la interesada plasticidad de un compromiso político y social que ocultaba lo férreo de su irredentismo vital. Considero estar en disposición de ofrecer una interpretación válida a todas estas cuestiones.

El primer motivo que debemos resolver se refiere a una de las grandes objeciones con que la figura de Eugenio Láscaris-Comneno se ha enfrentado: su interpretación en calidad de falsario. En este sentido creo necesario plantear previamente dos aspectos. De un lado y en primer lugar, si es o no cierto que Eugenio era ese niño de nacionalidad griega y ascendencia noble traído a España en los años finales del siglo XIX por su padre, Emmanouil, quien lo habría dejado en nuestro país al cuidado de la altoaragonesa familia de los Lascorz. De otro, hasta qué punto el sentido de la respuesta que demos a la anterior cuestión modifica la valoración de la trayectoria vital de Eugenio, su relevancia y su papel en la historia. A la primera pregunta debo responder que nada de lo que he logrado averiguar me permite afirmar que Eugenio portase en sus venas sangre bizantina. Incluso en el caso de que los antiguos documentos griegos y rusos que éste al parecer poseía tratasen efectivamente de la vieja familia de los Láscaris, la propiedad de los mismos sería el único hecho indubitable que relacionaría al procurador zaragozano con esos nobles helenos de origen fanariota.

En cualquier caso, la escena que tal vez pueda arrojar alguna claridad sobre todo ello se produjo en el lecho de muerte de Manuel Lascorz Serveto, en el verano zaragozano de 1906. Dado que dos de sus tres protagonistas la sobrevivieron por largo tiempo (Eugenio y su hermana Josefina) y que siempre dieron por cierto que en ella su padre moribundo les reveló su pasado imperial, lo primero que hay que considerar es el obligado establecimiento de un acuerdo entre ambos hermanos para mantenerla como cierta. O dicho de otra manera, que de no existir tales revelaciones o de no responder a lo mantenido por Eugenio, la mentira de éste debería haber tenido el apoyo cómplice de su hermana Josefina. Necesitaríamos así de la existencia confabulada de dos falsarios, la cual es por supuesto posible, aunque de mantenimiento doblemente incierto y peligroso.

Algunos otros detalles nos obligan a no desviar nuestra mirada de Manuel Lascorz. Hemos visto que fue un destacado ciudadano finisecular, oficial primero en la Secretaría de la Diputación Provincial de Zaragoza y alma en la erección de un monumento tan significativo como el que en esa ciudad se dedicó a la figura del Justiciazgo. Era, además, licenciado en Derecho y en Filosofía y Letras. La suma de todo ello hacía de él un hombre culto que bien pudo, por sus cargos profesionales, tener acceso a documentos de carácter histórico relacionados con el linaje familiar de los Lascorz altoaragoneses al que él mismo por derecho pertenecía. Pudo conocer así de la llegada en la segunda mitad del siglo XIII al Reino de Aragón de la «infanta doña Láscara», hija del emperador de Bizancio, Teodoro II Láscaris. Doña Láscara contrajo nupcias y a través de su descendencia su apellido quedó en el viejo Reino de Aragón. A partir de esas noticias ciertas, bien pudo Manuel buscar la relación, verdadera, legendaria o por él recreada, entre la infanta griega hija del emperador Teodoro II Láscaris y los Lascorz altoaragoneses. En el origen de esa creencia por parte de Manuel se hallaba, sin duda, su conocimiento de unas tradiciones genealógicas que vinculaban a los Lascorz con los Láscaris. Si sucedió algo similar a lo que aquí expongo, y no es descabellado pensarlo, sería cierto lo dicho por Eugenio en relación a la antes referida confesión mortuoria de su padre Manuel. A raíz de ésta, Eugenio se habría limitado a mantener una «tradición familiar» en la que sin duda siempre creyó.

Una vez apuntado lo anterior, es preciso reconocer que dado que aquí no hemos tratado de pleitos genealógicos, derechos legales o cuestión sucesoria alguna, la verdadera ascendencia de Eugenio pasa a ser un tema marginal. Lo relevante no es por tanto saber si Manuel gustó por algún extraño capri-

cho de decorar su hogar con antigüedades bizantinas o si Eugenio adquirió en almoneda los recuerdos griegos que poblaron y acompañaron su vida, sino el por qué los ensueños legitimistas de éste —que se nos antojan hoy las fantasías de un verdadero iluminado— hallaron un eco tan profundo en espacios, tiempos y actores históricos tan disímiles. La respuesta creo que es sencilla. Si el discurso de Eugenio caló no fue a consecuencia de estar basado en el recuerdo de los Láscaris imperiales y bizantinos del siglo XIII, sino porque el ideal neobizantinista, imperial y lascárida que él hizo suyo resultó útil a una serie de grupos e intereses concretos que con Eugenio convivían, y porque con ese ideal pretendió dar respuesta a problemas políticos tan complejos como los existentes en la Europa de entreguerras. Fue por tanto el suyo un relato susceptible de ser aceptado por una parte de sus contemporáneos (cuestión distinta es el número y el valor de las adhesiones que con él suscitó), y ello es lo que otorga a Eugenio Láscaris su calidad de personaje histórico y, por extensión, su capacidad de transmutarse en espacio desde el que plantear cuestiones igualmente históricas.

Eugenio Láscaris fue un hombre de sólidas convicciones ancladas en el pasado que, sin embargo, empleó bien los recursos que su presente le ofrecía. Prueba de ello es que en la reconstrucción de su personalidad, en su cambio de identidad, se sirvió de algunas de las novedades de la época, caso de la proliferación y más lejana circulación de la prensa escrita y, en menor medida, de las también cada vez más usuales retransmisiones radiofónicas. Unos usos que le permitieron expandirse de forma rápida y eficaz no sólo allende su Zaragoza natal, sino incluso más allá de España hasta alcanzar Francia, Gran Bretaña, Portugal, Italia, los Estados Unidos y, por supuesto, la Grecia cuyo amor anhelaba. Son decenas las cabeceras de prensa en que su nombre se coló, en las que sus protestas hallaron hueco y en las que sus mensajes y los de sus acólitos resonaron. Las he mencionado convenientemente en páginas anteriores y excuso ahora repetir las. Sabemos que el uso que hizo de la prensa escrita estuvo guiado por unas cuantas consideraciones básicas. Apenas iniciadas las actividades en pos de su cambio de identidad, publicó o dejó que se publicasen diversos textos a él referidos en periódicos españoles de alcance nacional y, poco después, también en medios europeos. Veló sin embargo su aparición en los medios zaragozanos con la intención de evitar cualquier «motivo de sátira en el ambiente localista». Esas relaciones con los distintos medios se encauzaron bien a través de los directores, editores o, más raramente, de los corresponsales que los mismos pudiesen tener en

España, bien a través de vínculos de amistad entablados entre Eugenio y algunos de los periodistas que en aquéllos escribían. Sus amigos periodistas, la mayoría de ellos tan zaragozanos como el propio Eugenio (ése sería el caso, entre otros, de Leopoldo Romeo, Benigno Varela, Fernando Castán, Orencio Ortega o Manuel Serrano), le franquearon el paso a muchas redacciones y despachos, primero en Madrid y luego en Zaragoza. A esas relaciones de amistad sumó Eugenio un trabajo arduo y constante que le puso en contacto con hombres de prensa helenos, bien residentes en la Hélade bien allá donde la diáspora y el exilio los había lanzado. En eso gastó el bueno de Eugenio gran parte de su fortuna.

No sólo de dinero sino también de amistad se sirvió Eugenio para recomponer su historia. Fue su pariente, Joaquín Vispe, juez municipal suplente de Plan, quien le libró la certificación que rectificaba la partida bautismal de su padre Manuel mediante la sustitución del apellido Lascorz por el Láscaris. Fue el reverendo Cruz Laplana, casualmente también oriundo de Plan, quien le casó con Nicasia y quien le facilitó levantar en el instante mismo de su desposorio la pertinente acta de modificación del registro del matrimonio canónico recién celebrado. Fue su primo hermano Alejandro Guadán quien tuvo a su cargo el primer y más importante comité Pro-Láscaris existente en España, el de Madrid. Fueron, en fin, personalidades como el decano del Colegio de Abogados de Zaragoza, Ricardo Monterde, o el tercer conde de Castellano, Tomás Castellano Echenique, quienes sustentaron en la capital aragonesa durante la década de los años treinta sus sueños legitimistas. De todo ese entramado social que combinaba sutilmente lazos fuertes y débiles se sirvió Eugenio para llevar a buen puerto su proyecto de vida. A periodistas pagados, a periodistas coincidentes en intereses o a periodistas amigos; a familiares, a compañeros de profesión o a conocidos más o menos devotos; a políticos y militares helenos o a políticos y militares hispanos; a ninguno de ellos rehusó recurrir Eugenio cuando creyó que así ampliaba sus posibilidades de triunfo. Y durante décadas resultó ser un consumado maestro en el arte de la sociabilidad.

Eugenio Láscaris encarnó muchas de las complejidades y contradicciones de la Europa de entreguerras. De los distintos caminos con los que a izquierda y derecha las sociedades europeas del momento se toparon, la opción de Eugenio se inscribe en una de las variables que ofreció la vieja derecha política. La senda que aquél tomó, ajeno a cualquier desliz izquierdista o aun

liberal, no fue la del nuevo, revolucionario y violento movimiento fascista, ni la de una derecha de raigambre liberal respetuosa con unas instituciones parlamentarias y un marco constitucional capaz de ofertar un mínimo de calidad democrática a sus conciudadanos. Frente a estas posibilidades, Eugenio optó por un tradicionalismo monárquico capaz de asumir tanto las tensiones provocadas por los nuevos y pujantes discursos del fascismo, como y sobre todo las ínfulas autoritarias de sistemas políticos como el Régimen del 4 de Agosto de Metaxas o el Nuevo Estado Español pergeñado por Franco. Un tradicionalismo que el mismo Eugenio definió en diversas ocasiones como «bien entendido», es decir, remozado según normas modernas y capaz de encajar en el discurso político nacional-organicista que por aquel entonces imperaba en buena parte de Europa. En ese sentido, la respuesta que el 18 de julio de 1936 halló en Eugenio es bien significativa: acompañó gustoso a lo que aquél representaba sin renunciar al tradicionalismo monárquico que en su persona residía (parece ser que más tarde, mediada la década de los cuarenta, retomó su compromiso con lo más granado de dicho tradicionalismo, el carloctavismo arremolinado en torno al pretendiente Carlos VIII). Su figura ejemplifica así uno de los carriles de salida que tomó la vieja derecha política española y europea ante las tensiones del periodo de entreguerras, un tradicionalismo remozado que asumió, de mejor o peor grado, a los nuevos autoritarismos. Pero también la rocosa pervivencia de discursos heredados del siglo XIX que pese a navegar a desmano de las principales corrientes políticas surgidas de la quiebra provocada por la Gran Guerra, se resistían a desaparecer (es el caso de las cada vez más delgadas ramificaciones del legitimismo dinástico presentes en países como Portugal, Francia y, por supuesto, España).

Ligado al punto anterior, Eugenio nos recuerda la facilidad con la que buena parte de las testas coronadas de Europa (salvando las de su cuadrante noroccidental, asentadas en sociedades bien preparadas para ofrecer una respuesta democrática a los desafíos del nuevo tiempo político), cayeron en manos o acogieron en su seno a los recién surgidos políticos de la derecha autoritaria. Es cierto, se dirá, que nuestro hombre jamás reinó. Sin embargo y por lo que de su trayectoria vital sabemos, es innegable que no fue inmune, en su calidad de aspirante al trono de Grecia, a los cantos de sirena lanzados por levantiscos militares de muy distinto cuño, pues acogió tanto las intenciones dictatoriales del consumado conspirador y declarado republicano que fue Nikolaos Plastiras, como las del monárquico Ioannis Metaxas. Dado el descrédito de la clase política helena, tal y como sus

manifiestos políticos delatan (salvado un Elefterios Venizelos por el que siempre mantuvo una alta estima), no cabe duda de que Eugenio Láscaris hubiese visto con buenos ojos la aparición de un «hombre fuerte» salvador de Grecia siempre que los reclamos imperiales de aquél hubiesen sido escuchados (lo que no ocurrió con Metaxas). Si una prueba del contagio dictatorial y militarista que sufrieron los soberanos europeos es la convivencia que durante años mantuvieron reyes como Víctor Manuel III, Alfonso XIII, Carol II o el propio Jorge II con hombres como Mussolini, Primo de Rivera, Codreanu o Metaxas, en el caso de Eugenio tal inoculación se ejemplifica en las más que cordiales relaciones que entabló con nuestro caudillo particular, Francisco Franco.

Eugenio muestra así cómo ante la presión que los problemas de la modernidad ejercieron en buena parte de las derechas europeas y en muchas de las monarquías del citado continente, la opción autoritaria resultó una salida relativamente sencilla y cómoda, aunque con un elevado coste futuro, que conservadores y monarcas terminaron en numerosas ocasiones por tomar. Militarismo y violencia política de signo derechista conforman el tapiz sobre el que Eugenio Láscaris debe situarse.

Entender la anterior propuesta de lectura sobre Eugenio Láscaris parte del recordatorio de aquéllas de sus principales ideas políticas susceptibles de engarzar de manera armónica con las realidades políticas del periodo de entreguerras. En ese sentido y estando dispuesto a asumir un trono, era natural que aquél tuviese unas ideas claras sobre cómo debía ser el gobierno de una nación. Dejando al margen su opción preferencial por el legitimismo dinástico que él mismo representaba, dos fueron los principios básicos de su pensamiento político: la superación de los partidos políticos como mecanismos de articulación y representación del sentir ciudadano y, directamente derivado de ello, la inclusión de la idea de comunidad nacional como elemento vertebrador y uniformador del cuerpo social. Una comunidad sublimada en un Estado caracterizado como órgano rector fuerte en el que debían tener presencia y representación todos los sectores con capacidad de ayudar a conformar el ser orgánico nacional, alejados del mismo los intereses de partido. Unos intereses que, según numerosas declaraciones de prensa y proclamas públicas reflejaron, Eugenio calificó repetidamente de espurios, causantes del declive político, social y moral de la Grecia más reciente. Como adecuada contrarréplica, convocó en torno a sí a los distintos colectivos productores de la nación (hombres del trabajo, empresarios criadores de riqueza, profesionales, hombres de ciencia...), capaces tan sólo

ellos de forjar el ideal que la nueva Grecia merecía. Negación de la democracia y de todo sistema político basado en la libre y abierta representación partidista, afirmación de la tradición nacional como primer bien político e inquebrantable fe en la institución monárquica: he aquí la quintaesencia del ideario político de Eugenio Láscaris. Y ello sin olvidar la inclusión en dicho ideario de la creencia religiosa, de la fe de sus mayores, católica u ortodoxa en función de lo que las circunstancias requerían. Un ideal que resultó así una extraña mezcla entre monarquía paternalista, autoritarismo limitado, religiosidad cerrada, viejas y nuevas ideas de la derecha política y corporativismo social, más cercano siempre a las soluciones del pasado que a las del futuro, al viejo y profundo conservadurismo de orden que al nuevo y brillante amanecer que el fascismo se esforzaba en anunciar.

Buen conocedor por su quehacer profesional del mundo del Derecho, Eugenio Láscaris fue un hombre eminentemente práctico que pugñó siempre por encontrar un camino intermedio entre posiciones opuestas, gustando de presentarse como la tercera vía capaz de desatascar situaciones en apariencia irresolublemente enquistadas. Así y ante algunos de los grandes retos que Grecia enfrentó en el primer tercio del pasado siglo, Eugenio se postuló como solución de compromiso. La primera vez que ello sucedió fue durante los enfrentamientos desatados entre monárquicos glucksburguistas (encabezados por el general Metaxas y los populistas de Panayis Tsaldaris) y republicanos (comandados por los también generales Plastiras y Teodoros Pángalos y con el apoyo de partidos como la Unión Democrática). En esa situación y ya desde la I Guerra Mundial, Eugenio se situó, siempre como pretendiente de la Casa de Láscaris, a favor del modelo intermedio de monarquía moderada que Venizelos y su Partido Liberal proponían. El continuado apoyo de Eugenio a Venizelos se mantuvo incluso cuando éste fracasó: así sucedió en abril de 1924 con la proclamación de una República griega a la que ambos eran contrarios (Venizelos por su disposición a mantener en pie, tras la catástrofe de Asia Menor, una monarquía constitucional y liberal; Eugenio por lo que ello tenía de alejamiento a su pretensión al trono heleno). Fracaso que inauguró un nuevo orden político que conllevó el exilio voluntario del líder liberal y el temporal retraimiento público del aspirante lascárida. También mantuvo su fidelidad a Venizelos cuando éste apoyó la insurrección defensiva de Plastiras de marzo del 35 y, por supuesto, ante el golpe militar protagonizado en octubre de ese mismo año por el general Kondylis, muñidor de la restauración Glucksburgo.

Un segundo espacio en el que Eugenio Láscaris se presentó como posible cauce de aliviadero político fue a través de su postulación como justo medio entre las posiciones de mayor o menor sinceridad democrática que representaban políticos como los citados Venizelos y Tsaldaris, y las claramente autoritarias de generales como Kondylis, Metaxas o el Plastiras de 1935. En ese panorama político de extremos difícilmente reconciliables, muy propio de la Europa del momento, Eugenio surgió como opción en busca de una extraña monarquía pseudo-democrática y corporativa, una construcción política que intentó vivificar con alguno de los distintos nutrientes ideológicos que por aquellos instantes circulaban por el continente.

Hubo todavía una tercera ocasión para la presencia de un Eugenio Láscaris mediador. Sucedió en 1955, cuando con motivo de la crisis chipriota se postuló como el *troisieme homme* capaz de llevar la paz a Chipre. Entre la posible *enosis* de la isla a Grecia, defendida por figuras como el arzobispo Makarios o el general Georgios Grivas, y el reconocimiento formal de la independencia del país y su inmediato ingreso en la *Commonwealth*, defendido por Gran Bretaña, Eugenio apareció ante el mundo como el factible dueño del trono de un Chipre por completo independiente y libre de injerencias foráneas. Entre *enosis* y *Commonwealth*, un Chipre lascárida.

Huelga decir que ni ésta ni las anteriores iniciativas de Eugenio Láscaris gozaron nunca del favor de la historia. Pero ello, antes que como un demérito de éste, debe entenderse en atención a una de las características personales más sobresalientes del mismo: su perseverancia y capacidad para redefinir un proyecto político y una identidad social según las circunstancias del momento exigían sin por ello traicionar nunca su norte último, la defensa del legitimismo de la Casa de Láscaris y el ideal bizantino. Desde que descubriera la pulsión irredentista que subyacía a la *Megali Idea* y su virtual capacidad como aglutinante nacional, y pese a ciertos cambios cosméticos obligados por la más inmediata realidad política, Eugenio se mantuvo fiel a aquélla. A su entender, sólo la Gran Causa legitimista que él representaba, fusionada con la Gran Causa nacional griega, salvaría a Grecia del descrédito partidista y de la opresión extranjera que el disfraz Glucksburgo escondía.

Dos notas para concluir. Primera. En el contexto de una Europa y una Grecia altamente inseguras e inestables acosadas por múltiples presiones de todo tipo, Eugenio Láscaris representó un mundo seguro y estable basado en un ideal monárquico, imperial y bizantino. Esa oferta de estabilidad en

un mundo que parecía desmoronarse de manera irremisible fue un valor clave en Eugenio Láscaris y explica buena parte de la relevancia histórica que logró alcanzar. Eugenio fue una respuesta, desfasada y equivocada sin duda, pero plenamente coherente y segura en sí misma, a la crisis de una sociedad al borde del colapso. Confiado en su ascendencia imperial y edificado en torno a ella, se vio como la brújula segura a la que Grecia podía fiar su derrotero. Eugenio creyó siempre en su proyecto y en la capacidad salvífica que éste tenía para los que entendía como sus verdaderos compatriotas, a los que ofreció un viejo refugio que, sin embargo, era a todas luces incapaz de protegerles de los nuevos vientos. Eugenio Láscaris jamás lo comprendió.

Segunda. Acaba aquí el esbozo biográfico de un ser heterodoxo que confío haya servido para afianzar la idea de que los personajes quebrados por la historia y, en función de ello, apartados de su gran relato, son también importantes para una más completa comprensión de aquélla. El estudio de Eugenio Láscaris-Comneno muestra la relevancia que pueden llegar a tener para el historiador personajes que no lograron, o no lo hicieron por completo, sus objetivos, y que por ello corren el riesgo de ser etiquetados como perdedores y quedar arrinconados en los anaqueles de la historia. Si una de las labores del historiador es evitar el olvido, confío en estas páginas haber contribuido en algo a ello.

Fuentes primarias

Archivos

Archivo de la Diputación Provincial de Zaragoza (ADPZ).

Archivo de la Universidad Complutense de Madrid (AUCM).

Archivo de la Universidad de Zaragoza (AUZ).

Archivo del Colegio de Abogados de Madrid (ACAM).

Archivo del Juzgado Togado Militar Territorial nº 32 de Zaragoza (AJTMTZ).

Archivo General de la Administración. Ministerio de Asuntos Exteriores (AGA. MAE).

Archivo Histórico del Colegio de Procuradores de Zaragoza (AHCPZ).

Archivo Histórico Nacional. Ministerio de Asuntos Exteriores (AHN. MAE).

Archivo Histórico Provincial de Huesca (AHPHU).

Archivo Histórico Provincial de Zaragoza (AHPZ).

Archivo Láscaris-Comneno (ALC).

Archivo Municipal de Zaragoza (AMZ).

Archivo Orencio Ortega Frisón (AEOF).

Archivo Parroquial de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza (APNSPZ).

Bibliotecas, hemerotecas, etc.

Biblioteca Nacional (BN).

Hemeroteca Municipal de Zaragoza (HMZ).

Rollos 415, 417, 429 y 450. *El Noticiero*.

Rollos 576, 582 y 584. *Heraldo de Aragón*.

Rollo 1110. *Diario de Avisos de Zaragoza*.

Rollos 1584, 1585 y 1792. *La Voz de Aragón*.

Rollo 1666. *Amanecer. Diario Nacional Sindicalista*.

Rollo 1994. *El Lunes*.

Registro Civil de Zaragoza.

Prensa escrita

ABC, Madrid / Sevilla.

Alerta, Santander.

Boletín de Campaña de los Requetés, [s. l.].

Correspondencia de España, La, Madrid.

Corriere Cosentino, Cosenza (Italia).

Día, El, Alicante.

Día de Palencia, El, Palencia.

Diario de Boyacá, Tunja (Colombia).

Diario de Córdoba, Córdoba.

Diario de la Monarquía, Madrid.

Diario de Navarra, Pamplona.

Diario Palentino, El, Palencia.

Español, El, Caracas (Venezuela).

Europe Amérique Latine, París (Francia).

Fotos, Madrid.

Gazette de Redon et de la region, La, Redon (Francia).

Gracia y Justicia, Madrid.

Heraldo de Aragón, Zaragoza.

Independance, París (Francia).

L'Eco del Popolo, Salerno (Italia).

L'Opinion de Saone-et-Loire, La Clavette (Francia).

Lyon-Information, Lyon (Francia).

Madrid, Madrid.

Monarquía, La, Madrid / Madrid-Barcelona.

Noir et Blanc, París (Francia).

Noticiero, El, Zaragoza.

Noticiero Universal, El, Barcelona.

Oriente Cristiano, Madrid.

Pays Beaujolais, Le, Villefranche-en-Beaujolais (Francia).

Pays Roannais, Le, Roanne (Francia).

Progrés, Le, Salónica (Grecia).

Setaccio, Il, Salerno (Italia).

Supplement, Le, Atenas (Grecia).

Troyes, Troyes (Francia).

Universal, El, Caracas (Venezuela).

Valentinois, Le, Valance-sur-Rhone (Francia).

Vendée Sablaise, Nantes (Francia).

Voix Vauclusienne, Le, Montelimar (Francia).

Voz de España, La, San Sebastián.

Ya, Madrid.

Fuentes secundarias

Bibliografía y recursos electrónicos

- ABRIL, Gilberto, «Precisiones sobre la Orden caballeresca de Constantino el Grande y la familia Láscaris-Comneno», en Eugenio LÁSCARIS-COMNENO TORRES, *El doctor Teodoro Láscaris-Comneno y su perenne legado. Homenaje a los ocho años de su fallecimiento*, Gilberto Abril Rojas y Jerónimo Gil Otálora (eds.), Tunja, Salamanca Grupo Creativo SAS, 2014, pp. 7-14.
- ASCHMANN, Birgit, «La razón del sentimiento. Modernidad, emociones e historia contemporánea», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 36 (2014), pp. 57-71.
- BARRUSO, Pedro, «De los Tribunales Populares a las Comisiones Depuradoras. Violencia y represión en Guipúzcoa durante la Guerra Civil y el Primer Franquismo (1936-1945)», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 4 (2005), pp. 49-64.
- , «José Antonio Aguirre y la justicia franquista», *Sancho el Sabio*, 18 (2003), pp. 175-206.
- BONAMUSA, Francesc, *Pueblos y naciones en los Balcanes (siglos XIX y XX). Entre la media luna y la estrella roja*, Madrid, Síntesis, 1998.
- CAMPOS, Xosé Ramón, «Política emigratoria española entre 1945-1960: el caso gallego», *Revista Gestão & Políticas Públicas*, vol. 4, 2 (2014), pp. 417-438.
- CASANOVA, Julián, *Europa contra Europa, 1914-1945*, Barcelona, Crítica, 2011.
- CASTÁN PALOMAR, Fernando, *Aragoneses contemporáneos (época 1900-1934)*, 5 vol., Zaragoza, Periódico El Día de Aragón, 1987 [ed. orig. 1934].
- CASTELLAN, Georges, *Histoire des Balkans (XIV^e-XX^e siècle)*, [s. l.], Fayard, 1991.
- CASTRO, Norberto de, *Eugenio II, un príncipe de Byzancio*, Madrid, Prensa y Ediciones Iberoamericanas, 1989.
- CASTRO CAMPANO, Diego, «Los sumarísimos de la Guerra Civil: el archivo del Tribunal Militar Territorial Primero», *Sistema Archivístico de la Defensa. Boletín Informativo*, 18 (2010), pp. 3-25.
- CLOGG, Richard, *Historia de Grecia*, Madrid, Cambridge University Press, 1998 [ed. orig. en inglés 1992].
- COOK, Chris y STEVENSON, John, *Guía de historia contemporánea de Europa*, Madrid, Alianza Editorial, 1994 [ed. orig. en inglés 1992].

- CUESTA, Josefina, «Memoria e historia. Un estado de la cuestión», *Ayer*, 32 (1998), pp. 203-246.
- DAVIES, Natalie Zemon, *El regreso de Martin Guerre*, Barcelona, Antoni Bosch, 1984 [ed. orig. en inglés 1983].
- DEFEZ, Antoni, «Memoria, identidad y nación», en Ángel Manuel FAERNA y Mercedes TORREVEJANO (eds.), *Individuo, identidad e historia*, Valencia, Pre-Textos, 2003, pp. 287-300.
- DÍEZ, Carmen, «“El Goya”, un instituto con mucha Historia... Natural», < <http://www.mecd.gob.es/revista-cee/pdf/n12-diez-sanchez.pdf> > [Fecha de consulta: 1 de agosto de 2015].
- DOVAL, Gregorio, *Fraudes, engaños y timos de la historia*, Madrid, Ediciones Nowtilus, 2011.
- El Monumento al Justiciazgo. Folleto complementario de dicha obra (erigida en 1904) por el arquitecto Félix Navarro*, Zaragoza, Imprenta del Hospicio Provincial, 1905.
- FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy, *Gente de orden. Aragón durante la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930). Tomo 2. La sociedad*, Zaragoza, Ibercaja, 1996.
- *Ulises en el siglo XX. Crisis y modernización en Grecia, 1900-1930*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1995.
- FERRER, Maria Teresa, *Joaquim Miret i Sans, semblança biogràfica*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2003.
- FORCADELL, Carlos, *Historia de Zaragoza. Zaragoza en el siglo XIX (1808-1908)*, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza-Caja de Ahorros de la Inmaculada, 1997.
- GARCÍA-ORELLÁN, Rosa, «De la oralidad a la intención biográfica», en Miren LLONA (coord. y ed.), *Entreverse. Teoría y metodología práctica de las fuentes orales*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2012, pp. 61-91.
- GIL, Jerónimo, «Sendero luminoso humanístico de la Dinastía Láscaris-Comneno», en Eugenio LÁSCARIS-COMNENO TORRES, *El doctor Teodoro Láscaris-Comneno y su perenne legado. Homenaje a los ocho años de su fallecimiento*, Gilberto Abril Rojas y Jerónimo Gil Otálora (eds.), Tunja, Salamanca Grupo Creativo SAS, 2014, pp. 29-47.
- HEREDIA, Iván, «La sublevación militar», en José Luis LEDESMA (intr.), *La Guerra Civil en Aragón. El estallido de la guerra. La sublevación militar y la llegada de las milicias*, Zaragoza, Prensa Diaria Aragonesa, 2006, pp. 14-53.

- HOBBSAWM, Eric, «Introducción», en Eric HOBBSAWM y Terence RANGER (eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 7-21 [ed. orig. en inglés 1983].
- , «El historiador entre la búsqueda de lo universal y la búsqueda de la identidad», *Historia Social*, 25 (1996), pp. 81-90 [ed. orig. en inglés 1994].
- INSTITUTO DE FILOSOFÍA LUIS VIVES (CSIC), «Constantino Láscaris-Comneno Micolaw. 1923-1979», < <http://www.filosofia.org/ave/001/a441.htm> > [Fecha de consulta: 22 de diciembre de 2014].
- INSTITUTO INTERNACIONAL DE GENEALOGÍA Y HERÁLDICA, «Informe sobre la polémica en relación a los señores de Láscaris», *Hidalguía*, 6 (julio-septiembre 1954), pp. 441-448.
- KOLIOPOULOS, John S. y VEREMIS, Thanos M., *Greece. The Modern Sequel. From 1821 to the Present*, Londres, Hurst & Company, 2004 [ed. orig. 2002].
- LÁSCARIS-COMNENO, Eugenio, «Caliniki: Evocación histórica», *Oriente Europeo*, VI, 21 (marzo 1956), pp. 39-46.
- , «La resistencia intelectual en Grecia durante la pasada contienda mundial», *Saitabi*, IV, 22 (octubre-diciembre 1946), pp. 281-284.
- , *Caligrafía griega y bizantina*, Madrid, [el autor], 1943.
- LÁSCARIS-COMNENO, Juan Arcadio, *La Orden Bizantina de San Eugenio de Trebizonda*, [Madrid], Casa Imperial y Real de Láscaris Comneno, 1990.
- , «Presentación», en Norberto de CASTRO y TOSI, *Eugenio II, un príncipe de Bizancio*, Madrid, Prensa y Ediciones Iberoamericanas, 1989, pp. 4-15.
- LÁSCARIS-COMNENO, Teodoro, «Precisiones a la publicación de Enrique Balmes Arteaga “Las órdenes de caballería en el Nuevo Reino de Granada y en la época actual”», en Eugenio LÁSCARIS-COMNENO TORRES, *El doctor Teodoro Láscaris-Comneno y su perenne legado. Homenaje a los ocho años de su fallecimiento*, Gilberto Abril Rojas y Jerónimo Gil Otálora (eds.), Tunja, Salamanca Grupo Creativo SAS, 2014, pp. 15-28.
- , «La familia imperial Láscaris desde el siglo XVIII hasta principios del XX», *Hidalguía*, 4 (enero-marzo 1954), pp. 97-101.
- LÁSCARIS-COMNENO TORRES, Eugenio, *El doctor Teodoro Láscaris-Comneno y su perenne legado. Homenaje a los ocho años de su fallecimiento*, Gilberto Abril Rojas y Jerónimo Gil Otálora (eds.), Tunja, Salamanca Grupo Creativo SAS, 2014.

- LLINARES, Joan B., «Literatura e identidad en el joven Robert Musil», en Ángel Manuel FAERNA y Mercedes TORREVEJANO (eds.), *Individuo, identidad e historia*, Valencia, Pre-Textos, 2003, pp. 225-243.
- LÓPEZ, Brisa y REYES, Verónica, «Desarrollo por edades desde la postura histórico-cultural de L. S. Vigotsky», < http://www.upn291.edu.mx/revista_electronica/BrisaDesarrolloporedades.pdf > [Fecha de consulta: 4 de agosto de 2015].
- LUEBBERT, Gregory M., *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia. Clases sociales y órdenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*, Zaragoza, Prentice Hall, 1997 [ed. orig. en inglés 1991].
- MAINER, Juan, «El Instituto Ramón y Cajal de Huesca entre 1845 y 1970: de la construcción de elites a la escolarización de masas», < http://www.nebraskaria.es/Nebraskaria/Trabajos_y_publicaciones_files/INSTITUTO%20RAMO%20C-C%2081N%20Y%20CAJAL,%202009.pdf > [Fecha de consulta: 1 de agosto de 2015].
- MAZOWER, Mark, *Salonica. City of Ghost. Christians, Muslims and Jews 1430-1950*, Londres, Harper Perennial, 2005.
- , *La Europa negra*, Barcelona, Ediciones B, 2001 [ed. orig. en inglés 1998].
- MEZA, Alfredo, «El príncipe que lucha contra el olvido», en Eugenio LÁSCARIS-COMNENO TORRES, *El doctor Teodoro Láscaris-Comneno y su perenne legado. Homenaje a los ocho años de su fallecimiento*, Gilberto Abril Rojas y Jerónimo Gil Otálora (eds.), Tunja, Salamanca Grupo Creativo SAS, 2014, pp. 63-67.
- MORENO FRAGINALS, Manuel, *Cuba/España, España/Cuba: historia común*, Barcelona, Crítica, 1995.
- PALACIO, José María de, «Las falsas Órdenes de Caballería. Reflexiones en torno a un Porfyrogénito y Emperador de Byzancio de... vía estrecha, Gran Maestro de la “Soberana Orden Imperial de Constantino el Grande y de la Corona Real Eslava de los Wendos” (El curioso caso del doctor Lascorz)», *Hidalguía*, 4 (enero-marzo 1954), pp. 73-97.
- (b), «Las falsas Órdenes de Caballería. La crisis de una familia imperial», *Hidalguía*, 5 (abril-junio 1954), pp. 261-276.
- PANILO, Alberto, «Los Lascorz», *Linajes de Aragón*, vol. I, 12 (1910), pp. 181-186.
- PANO, Ricardo, «Los Láscaris Ribagorza», *Argensola*, 33 (1958), pp. 49-54.
- PLUMMER, Ken, *Los documentos personales. Introducción a los problemas y la bibliografía del método humanista*, Madrid, Siglo XXI, 1989 [ed. orig. en inglés 1983].

- PRESTON, Paul, *Franco «Caudillo de España»*, Barcelona, Grijalbo, 2002 [ed. orig. en inglés 1993].
- ROCA, Jordi y MARTÍNEZ, Lidia, «Mi vida, tu vida, la nuestra. Determinantes y configuración de la estructura narrativa de los relatos de vida», en Miren LLONA (coord. y ed.), *Entreverse. Teoría y metodología práctica de las fuentes orales*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2012, pp. 93-130.
- SANCHO, Carlos, *Guía del Archivo Histórico del Colegio de Procuradores de Zaragoza*, Zaragoza, Colegio de Procuradores de Zaragoza, 2006.
- SIMAL, Juan Luis, *Emigrados. España y el exilio internacional, 1814-1834*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2012.
- TUCHMAN, Barbara W., «La biografía como prisma de la historia», en *Cómo se escribe la historia. Las claves para entender la historia y otros ensayos*, Madrid, Gredos, 2009, pp. 99-110 [ed. orig. en inglés 1981].
- VARGAS LLOSA, Mario, «Espantoso y genial», < http://elpais.com/diario/2005/05/15/opinion/1116108006_850215.html > [Fecha de consulta: 31 de julio de 2015].
- VEIGA, Francisco, *La trampa balcánica. Una crisis europea de fin de siglo*, Barcelona, Grijalbo, 1995.
- VINEN, Richard, *Europa en fragmentos. Historia del viejo continente en el siglo XX*, Barcelona, Península, 2002 [ed. orig. en inglés 2000].
- ZURITA, Jerónimo, *Anales de la Corona de Aragón*, Tomo I, Libros III y V, Zaragoza, impresor Lorenzo de Robles, 1610.

Portales digitales

- < <http://hemeroteca.abc.es/> > . *ABC*.
- < <http://hemerotecadigital.bne.es/> > . *Gracia y Justicia*.
- < <http://prensahistorica.mcu.es/> > . *Correspondencia de España, La*, Madrid. *Día, El*, Alicante. *Día de Palencia, El*, Palencia. *Diario de Córdoba*, Córdoba. *Diario Palentino, El*, Palencia.

Anexo 1. Acta de bautismo de Eugenio Lascorz Labastida, 28 de marzo de 1886. Archivo Parroquial de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza (APNS-PZ), *Libro de bautizados*, 19 (1883-1887), p. 338.

Anexo 2. *Manifiesto de Seis Colonias Helenas en apoyo de la candidatura del Príncipe Eugenio Láscaris Comneno*, marzo de 1924. CASTRO, Norberto de, *Eugenio II, un príncipe de Byzancio*, Madrid, Prensa y Ediciones Iberoamericanas, 1989, pp. 88-89.

Anexo 3. Informe del embajador español en Atenas sobre Eugenio Láscaris, 27 de febrero de 1934. Archivo General de la Administración. Ministerio de Asuntos Exteriores. AGA (MAE), 82/3122. Carpeta R-841/7.

Anexo 4. Carta del Comité Pro-Láscaris de Madrid, 10 de septiembre de 1934. Archivo Orencio Ortega Frisón (AOOF).

Anexo 5. Manifiesto de Eugenio Láscaris al pueblo heleno, 27 de abril de 1935. AOOF.

Anexo 6. Acta de reconocimiento del Príncipe Eugenio Láscaris Comneno como REY LEGÍTIMO DE LOS HELENOS por el Partido Venizelista, septiembre de 1935. CASTRO, *op. cit.*, pp. 95-96.

Anexo 7. Selección de noticias de prensa relacionadas con Eugenio Láscaris (1906-1962). Elaboración propia a partir de fuentes diversas.

Anexo 8. Bibliografía de Eugenio Láscaris. Elaboración propia a partir de fuentes diversas.

ANEXO 1

Acta de bautismo de Eugenio Lascorz Labastida, 28 de marzo de 1886

En la ciudad de Zaragoza y parroquial del Santo Templo Metropolitano de Nuestra Señora del Pilar el día veinte y ocho de Marzo de mil ochocientos ochenta y seis, el Presbítero don Justo Aznar, completamente autorizado por mí, el Licenciado don Eduardo de la Peña, Cura Ecónomo de la misma, bautizó solemnemente a **Eugenio**, que nació a las nueve y cuarto de la noche del día veinte y seis de los citados mes y año, en esta parroquia, calle de la Manifestación número setenta y seis, hijo legítimo de Manuel Lascorz y Serveto, natural de Plan, provincia de Huesca, y de Carmen Labastida y Pascual, natural de Huesca. Abuelos paternos Victorián y Raimunda, naturales de Plan; maternos Manuel y Ramona, natural de Alfaro, Logroño, y aquél de Siétamo, Huesca. Fue su madrina María del Pilar Labastida, natural de Estella, a la que advirtió el parentesco espiritual contraído y la obligación de enseñarle la doctrina cristiana en defecto de sus padres. De todo lo que certifico y firmo. Eduardo de la Peña.

[Al margen izquierdo] Eugenio Lascorz y Labastida.

ANEXO 2

Manifiesto de Seis Colonias Helenas en apoyo de la candidatura del Príncipe Eugenio Láscaris Comneno, marzo de 1924

En el encabezamiento, armas de Grecia y fotografía de S.A.I. el Príncipe Eugenio Láscaris (de 34 años) y de S.A.I. el Príncipe Teodoro Láscaris (de 3 años). Original en griego y en francés.

¡HELENOS!

En el momento crítico en que la ambición de los partidos pone a la Patria en peligro y la empuja al abismo, es a sus hijos a quienes importa resolver el problema nacional.

Hasta hoy día ninguna solución se ha encontrado y nuestro país espera con impaciencia la calma y la seguridad. Hijos de la Gran Hélade, atentos al futuro, después de haber procedido con la mayor imparcialidad, os proponemos hoy la restauración de la gran monarquía helénica, digna descendiente del antiguo Imperio de Bizancio y representante de nuestra raza.

¡Echemos lejos de nosotros las familias extranjeras que han aportado con ellas la ruina de la Patria!

Nuestro grande, nuestro sólo deseo es restablecer el orden y poner fin a las discordias interiores. Por ello debemos hacer subir sobre el trono al que es griego por su raza, por su religión, por su talento, por su ideal.

Grecia es una gran deudora de la gran casa imperial de los Láscaris que, como todos saben, fue despojada inicualemente de la púrpura real. Esta casa existió siempre. S.A. el príncipe Eugenio Láscaris, descendiente de sus ilustres antepasados, los soberanos de nuestros padres, reside actualmente, expulsado de su país, en Zaragoza (España).

Sufre al ver a su pueblo en querrela y desea un esplendoroso futuro para la Patria. Sus estudios jurídicos, sociales y políticos —es doctor en Derecho—, su nobleza de alma, su juventud, la presencia de sus dos hijos, Teodoro y Cons-

tantino-Juan, le aseguran una digna sucesión, todo lo cual hace un conjunto imponente de esperanzas para nuestro país.

Sabéis que un plebiscito próximo va a decidir la suerte de la Patria. También os insistimos afectuosamente y os proponemos que escojáis unánimemente a aquél que personifica la gloria nacional, que vuestros sufragios unánimes sean para el que continuará la obra de sus antepasados, sobre el representante de la dinastía legítima cuyos derechos jamás han prescrito, sobre el que no dudará en dar su vida por la Patria, sobre S.A. el príncipe Eugenio Láscaris.

Así haremos, nosotros estamos seguros, todos los hermanos helenos.

Viva S.M. Eugenio I, Rey Legítimo de los helenos.

Marzo, 1924.

LA COMISIÓN.

Por los helenos de Constantinopla: Ch. Triantaphilides.

Por los helenos de Bélgica: T. Giannopoulos.

Por los helenos de Francia: A. Dramas.

Por los helenos de España: M. Michopoulos.

Por los helenos de Italia: I. Sakellarides.

Por los helenos de Egipto: G. Alexandropoulos.

ANEXO 3

Informe del embajador español en Atenas sobre Eugenio Láscaris, 27 de febrero de 1934

El informe se acompañó de tres fotografías tomadas por Ediciones Jalón Ángel (Zaragoza), con reverso escrito francés. La primera presenta el busto de Eugenio, de perfil y, en la parte superior izquierda, un águila imperial bicéfala; la segunda a su esposa, Nicasia, de medio cuerpo y sentada; y, la tercera al primogénito, Teodoro, de pie y con abrigo de rayas. Las tres fotografías presentan sobrefirma y pie identificativo en griego.

Legación de España.

POLÍTICA n° 53.

Atenas, 27 de febrero de 1934

Asunto: Supuestas conspiraciones de un señor Láscaris.

Excmo. Señor: Diversas veces en el curso del pasado año se han recibido en esta Legación números de periódicos españoles de provincia e incluso algunos de Madrid, remitidos por mano desconocida, en los cuales se insertaban comentarios más o menos extensos y simpatizantes acerca de supuestos derechos y pretensiones al trono de Grecia de cierto señor Don Eugenio Láscaris que se dice descendiente de la antigua dinastía bizantina de ese nombre.

Recientemente bajo sobre, franqueado también en España, he recibido profusión de tarjetas postales, como las de los ejemplares adjuntos, con el retrato de dicho pretendiente unas y otras con el de su esposa o el de su hijo en las que respectivamente se lee al pie en griego: S. M. Eugenio A' Láscaris, Rey de los Helenos; S. M. la Reina Nicasia de Grecia (Casa de los Láscaris); S. A. R. el Príncipe Teodoro Láscaris, Heredero de Grecia.

Tengo entendido que esta familia vive desde hace algún tiempo en Zaragoza, ignoro si con el boato propio de sus aspiraciones o en el plan modesto de sim-

ples particulares. Además de la propaganda periodística y gráfica a que acabo de referirme (aquellos periódicos y estas postales fueron dirigidos igualmente a diversos círculos y lugares de Grecia) supe por mera casualidad que la Señora de Zamora, española, madre del pintor español José de Zamora domiciliado en Atenas desde hace pronto un año, que estuvo aquí pasando una breve temporada con su hijo, venía por lo visto comisionada por el citado pretendiente. Tanto la madre como el hijo, que los conocería supongo, se han cuidado de ocultarme esos mensajes conspiradores y por mi parte no creí necesario llamarles la atención hasta ahora por el aspecto bufo que ofrece la cuestión llegada a mi conocimiento a raíz de una de las visitas que la Señora de Zamora (Doña Pilar) hizo en cumplimiento de su misión que llamaré reservada por no calificarla de ingenua.

Desconozco cuál sea la verdadera genealogía del Señor Láscaris ni tampoco sé qué grado de legitimidad tienen sus títulos. Lo que me consta positivamente es que en este país nadie se ocupa ni preocupa de su existencia y que cuando se hace mención de este caso se toma a broma. Las gentes que sustentan ideas monárquicas en Grecia no se remontan para defenderlas o propagarlas a los lejanos tiempos del Imperio de Bizancio, sino que cifran sus sentimientos y simpatías exclusivamente en la dinastía danesa destronada hace precisamente ahora diez años.

Si bien el asunto en sí no reviste importancia ninguna, como se trata de individuos residentes en España que por su vanidad o megalomanía pudieran inducir a engaño comprometiendo quizás a personas respetables o autoridades responsables, he creído preferible informar a V. E. de ello siquiera sea en términos generales.

EL MINISTRO DE ESPAÑA

Pedro García Conde

Excmo. Señor Ministro de Estado.

ANEXO 4

Carta del Comité Pro-Láscaris Madrid, 10 de septiembre de 1934

En el encabezamiento águila imperial bicéfala sobre la leyenda «Comité Pro-Láscaris Espagne». Original de lectura incierta, no puedo asegurar la exacta autoría de su redactor. Firma autógrafa.

Madrid 10 de Septiembre de 1934

Sr. Don O. Ortega Frisón

Redactor de “El Noticiero” Zaragoza

Distinguido señor:

Con verdadera complacencia ha recibido este Comité un ejemplar del número de “El Noticiero” correspondiente al día 6 último en el que se contiene un [ilegible] y magistral información acerca de los derechos de la Casa de Láscaris, residente hoy en nuestra España, al Trono de Grecia, causa legítima y digna de todo apoyo, toda vez que por las especiales circunstancias que concurren en su actual representante S.A.I. El Príncipe Eugenio, nacido en nuestro suelo aunque su raza y su alma sean helenas, sería de una trascendencia grande para nuestra Patria que un feliz éxito coronase en su día nuestras incansables actividades.

Este Comité que me honro en presidir, se apresura a testimoniarle su gratitud más efusiva y su felicitación más sincera, al propio tiempo que se le ofrece incondicionalmente.

Le saluda su afectísimo amigo s.s.

q.e.s.m.

S/C Espartinas 3 Ángel M. Cuarat, marqués del Vado Blanco.

ANEXO 5

Manifiesto de Eugenio Láscaris al pueblo heleno, 27 de abril de 1935

En el encabezamiento, águila imperial bicéfala entre dos banderas griegas.
Original en francés. Firma autógrafa.

HELLÈNES!

À la veille de la célébration des élections générales en Grèce, quand va se poser le grand problème de la restauration de la Monarchie, je veux que ma voix parvienne à tous mes frères Hellènes dans ces jours décisifs, et qu'ils n'oublient pas ce que mon nom représente dans l'Histoire de la Patrie.

Je lance un appel solennel au grand peuple hellène pour qu'il tourne ses regards vers la splendeur de notre passé, certain qu'il ne s'écartera pas de la route glorieuse toujours suivie par notre race immortelle.

Et moi, descendant de la grande Dynastie nationale des Láscaris, moi qui m'honore d'incarner les grands idéals éternels de notre Grèce, j'ouvre les bras à tous les Hellènes qui souffrent en leur coeur des maux de la Patrie et espèrent dans l'anxiété qu'elle se ressaisisse et qu'elle reprenne le chemin de la paix et de sa vraie grandeur. Et, dans l'esprit des anciens et glorieux Empereurs de Byzance, je me propose de suivre dans la mesure du possible leur politique, adaptée aux réalités des temps actuels, à la constitution contemporaine de la société et à l'orientation moderne de la pensée humaine. Régime idéal pour notre Patrie si profondément ravagée par les luttes politiques partisans, animées de passions basses, privées de cette hauteur de vue que suppose un idéal constant: le désir du bien et de la prospérité de notre Pays. Notre Cause est légitime et de ce fait éminemment nationale.

¡Monarchistes grecs, mes fidèles amis! Le drapeau que j'ai toujours brandi est celui de la rédemption de la Patrie soustraite à toute intromission étrangère. Je veux que la volonté nationale se manifeste au grand jour, libre et spontanée, que rien ne restreigne la volonté du peuple. C'est à lui que j'ai recours, c'est à lui

que j'en appelle, certain de trouver dans son coeur l'amour et l'adhésion que je sollicite pour notre Cause, pour la grande Cause nationale et légitime.

Je m'adresse à vous, hommes de travail et de négoce, producteurs et créateurs de la richesse, gouvernants et ouvriers, prêtres, militaires et marins, professeurs et savants, représentants de toute la société, à vous quie êtes un grand peuple, fondement de toute souveraineté; je m'adresse à vous tous pour que vous m'écoutiez comme un frère et que vous fassiez une place dans votre coeur à celui qui s'honore de vous appeler ses compatriotes, à celui qui pratique votre Sainte Religion et qui parle votre langue, à celui que, à son nom, vous reconnaissez comme le légitime hériter de vos Empereurs; car je n'ai pas renoncé et ne renoncerai jamais à aucun de mes droits, parce que, plus que mes droits, isl sont dépôt accumulé par l'Histoire qui pourrait un jour m'en demander compte avec sévérité.

Pour cette raison, j'espère, confiant, que le droit et la justice sortiront vainqueurs de la prochaine lutte.

Mon fils aîné Théodore, Prince de Thrace et Diadoque de Grèce, s'associe entièrement à ces déclarations, jaillies du plus profond de mon âme, et avec tout le sain optimisme et tout le désintéressement de la jeunesse salue le peuple grec.

Si vous croyez que tous ces titres me donnent droit à être le premier serviteur de la Patrie, pour l'aimer et relever son prestige, je vous répondrai par la phrase historique: «¡Présent et en avant!».

¡Vive la Grèce immortelle!

¡Tout pour notre grande HELLADE bien-aimée!

Fait en mon exil de Saragosse (Espagne), le 27 avril 1935.

[Firma] Eugénios.

ANEXO 6

Acta de reconocimiento del Príncipe Eugenio Láscaris Comneno como REY LEGÍTIMO DE LOS HELENOS por el Partido Venizelista, septiembre de 1935

En el encabezamiento “ELLENIKI AMYNA” (Partido venizelista). En el vuelto y en su margen superior izquierdo, «Arith. E.E. 48-9.35».

Conformément à la reunion tenu le 20 Août 1935 en présence des M.M. Tzarnetos; KOKOLAKIS, Cafkaloudis et les autres membres des exilés, et sous la présidence de notre Grand Chef, il resulte que:

Il s'est présenté comme rapporteur Mr Contopirakis nous soumet tant une proclamation en Français de S.A. le Prince Lascaris et deux notes; et verbalement nous exposant ce qu'il a vraiment vu et apprécié; que S.A. Le Prince Lascaris appartient à la Famille Royale des Byzantins et il est reconnu comme tel des deux Patriarches Oecoumeniques de Constantinople et qu'il est détenteur des documents de Haute valeur, prouvant Sa Haute Descendance et qu'il es le legitime Héritier du Trône Hellénique; mais faute d'une propagande systematique et efficace, Sa Haute personnalité reste peu connue par Son Peuple et par les divers Dirigeants au pouvoir des destinés du Peuple Hellène.

Nous tous avons, avec profonde émotion et un soulagement immense, entendu les declarations de Mr Contopirakis et l'heureuse nouvelle, et S.A. peut croire que dès le retour des deux délégués notre propagande appliquera le programme que nous avons tracé pour la réalisation de la paix parmi les Hellènes et de Notre Grand Cause si désirée par tous.

Nous avons donc décidé d'envoyer de nouveau auprès de S.A. Mr Contopirakis accompagné de notre distingué Mr Milioudi qui sera avisé à temps, pour ils se rendent le plus tôt et à la première occasion auprès de Son Altesse l'Héritier du Trône et si possible de s'entendre pour l'application d'un programme efficace pour... [reverso] la reussite de cette Noble Idée et pour le Salut de Notre Patrie l'Hellade.

A cet effet Mr Kokolakis est chargé de trouver les fonds nécessaires pour la réalisation de ce voyage.

Nous nous adressons donc à Son Altesse LE PRINCE LASCARIS à qui nous prions d'agréer nos profonds hommages et nous émettons le voeu de réalisation de cette Noble Cause et prendre connaissance de ce qui précède et entendre les conclusions et toutes les demarch en Grèce, par nos confidents, lesquels tiennent un programme de tous les efforts qu'on doit appliquer avant le 22 Octobre courant, pour le couronnement total de Notre Cause Sacrée, et Son intronisation rapide, entouré des tous Ses Enfants perdus et dispersées.

Nous prions aussi Son Altesse de croire que le retard de voyage est dû d'abord aux divers faits inattendus et principalement à la mission dont il à été chargé à remplir notre Mr Contopirakis qui Vous l'exposera verbalement; et aussi aux difficultés que nous avons au à surmonter à cause de manque d'argent pour remplir cette susdite mission et ce voyage.

Avec nos profonds Hommages

Nous restons les plus Sincères Citoyens

De Son Altesse Royale

[Sello de la] Commission des Exilés Hellènes

[Firmas de] Nicolaos Plastiras, Iosif Coundouros. Em. Tsnakakis, Georg. Vasilios y Nicolareas.

ANEXO 7

Selección de noticias de prensa relacionadas con Eugenio Láscaris (1906-1962)

1906

«Ha fallecido en Zaragoza el noble español D. Manuel Láscaris...», *La Correspondencia de España*, Madrid, 20 de septiembre de 1906.

1907

«Ayer hizo un año que falleció en Zaragoza D. Manuel Láscaris...», *ABC*, Madrid, 6 de agosto de 1907.

1912

«La cuestión de Oriente. Latinos, Helenos y Eslavos. ¿Habrá Confederación?», *ABC*, Madrid, 5 de diciembre de 1912.

1922

«De sociedad. Ecos diversos», *ABC*, Madrid, 24 noviembre de 1922.

1923

«La Corona de Grecia», *Diario de Córdoba*, Córdoba, 28 de diciembre de 1923.

1933

«La actual situación de Grecia», *El Día*, Alicante, 31 de marzo de 1933.

«Hacia la restauración de las Monarquías. El legitimismo en Grecia. Eugenio Láscaris reivindica para sí y su familia el Trono de Grecia que ocuparon sus antepasados», *La Monarquía*, Madrid, 16 de agosto de 1933.

1934

«El Príncipe Eugenio Láscaris, pretendiente al trono de Grecia», *El Noticiero*, Zaragoza, 6 de septiembre de 1934.

«Bulletin intérieur. Son altesse impériale», *Le Supplement*, Atenas, 20 de septiembre de 1934.

«Un prétendant au trône grec», *Le Progrés*, Salónica, 22 de septiembre de 1934.

1935

«Se quiere elevar al Príncipe Láscaris al Trono Heleno», *La Monarquía*, Madrid-Barcelona, 26 de febrero de 1935.

«El príncipe Eugenio Láscaris nos habla de la revolución griega», *El Noticiero*, Zaragoza, 5 de marzo de 1935.

«Un pretendiente al trono de Grecia, en Zaragoza», *Ya*, Madrid, 5 de marzo de 1935.

«¿Se intentará restaurar al rey Jorge en el trono de Grecia?», *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 8 de marzo de 1935.

«No es el duende de Zaragoza», *Gracia y Justicia*, Madrid, 9 de marzo de 1935.

«Hablando con Ioannis Metaxás, jefe del partido monárquico griego», *ABC*, Madrid, 2 de octubre de 1935.

1936

«Un príncipe griego en las filas del requeté», *El Diario Palentino*, Palencia, 12 de agosto de 1936.

«Príncipes Láscaris (Zaragoza)», *Boletín de Campaña de los Requetés*, [s. l.], 17 de octubre de 1936.

«S.A.I. el Príncipe Teodoro Láscaris... », *Diario de Navarra*, Pamplona, 13 de noviembre de 1936.

1937

«El príncipe Eugenio y el Generalísimo», *El Día de Palencia*, Palencia, 2 de agosto de 1937.

1938

«S.A.I. y R. el Príncipe Alejandro Guadán de Láscaris Comneno...», *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 22 de mayo de 1938.

«Un pequeño héroe zaragozano», *El Noticiero*, Zaragoza, 13 de agosto de 1938.

1939

«La nueva versión de la muerte de Maeztu», *ABC*, Madrid, 21 de abril de 1939.

«La princesa Láscaris relata el horrible asesinato de Maeztu», *ABC*, Sevilla, 21 de abril de 1939.

1940

«Un nieto de emperadores vecino de San Sebastián», *La Voz de España*, San Sebastián, 27 de noviembre de 1940.

1944

[Se informa de la publicación de la *Caligrafía griega*], *Fotos*, Madrid, 15 de enero de 1944.

1945

«De enseñanza. Premios pro cultura clásica», *ABC*, Madrid, 22 de julio de 1945.

1946

«La Asociación Cultural Greco-Española», *ABC*, Madrid, 30 de enero de 1946.

1947

«Bodas», *ABC*, Madrid, 17 de abril de 1947.

1948

[Entrevista a Constantino Láscaris], *Alerta*, Santander, 17 de julio de 1948.

«Entrevista con Eugenio Láscaris. Un abogado madrileño, diez veces Príncipe de Grecia», *Madrid*, Madrid, 22 de julio de 1948.

1951

«Enlace Láscaris-Slépuhine», *ABC*, Madrid, 11 de abril de 1951.

[Fotografía de la boda de Constantino Láscaris], *Oriente Cristiano*, Madrid, mayo de 1951.

1953

«Falsas órdenes de caballería y falsos títulos nobiliarios», *ABC*, Madrid, 23 de abril de 1953.

«En torno al artículo “Falsas órdenes de caballería y falsos títulos nobiliarios”», *ABC*, Madrid, 1 de mayo de 1953.

«Órdenes de caballería y títulos de nobleza», *ABC*, Madrid, 3 de mayo de 1953.

1954

«La dynastie de Lascaris-Comnène», *Europe Amérique Latine*, París, agosto de 1954.

«Pleito genealógico fallado», *ABC*, Madrid, 13 de julio de 1954.

1955

«Aclaración del Instituto de Genealogía y Heráldica», *ABC*, Madrid, 16 de enero de 1955.

«Un troisieme homme apportera-t-il la paix à Chypre», *Le Valentinois*, Valance-sur-Rhone, 8 de octubre de 1955.

«Desde París. Lo griego siempre actual», *El Noticiero Universal*, Barcelona, 23 de noviembre de 1955.

1956

«Una fórmula para resolver el conflicto de Chipre», *El Noticiero Universal*, Barcelona, 4 de enero de 1956.

«Carta abierta al muy honorable Primer Ministro de su Majestad Británica», *Corriere Cosentino*, Cosenza, 30 de marzo de 1956.

[Sobre la crisis de Chipre y Eugenio], *Diario de la Monarquía*, Madrid, 29 de abril de 1956.

«Formula per risolvere conflitto di Cipro», *L'Eco del Popolo*, Salerno, 6 de junio de 1956.

«Un vieux Prince exilé revendique le trône de Chypre où débarquent nos soldats», *Noir et Blanc*, París, 8 de septiembre de 1956.

«Ramènera-t-il la paix à Chypre», *Troyes*, Troyes, 28 de noviembre de 1956.

1957

«Lettera aperta al Molto Onorevole il Primo Ministro di Sua Maestà Britannica-Londra», *Il Setaccio*, Salerno, 12 de enero de 1957; *Corriere Cosentino*, Cosenza, 6 de febrero de 1957.

«Chipre para los chipriotas», *El Español*, Caracas, 12 de octubre de 1957.

1958

«Chipre independante», *La Gazette de Redon et de la region*, Redon; *Le Pays Beaujolais*, Villefranche-en-Beaujolais; *Le Pays Roannais*, Roanne; *Le Voix Vauclusienne*, Montelimar, 24 de octubre de 1958; *L'Opinion de Saone-et-Loire*, La Clavette, 25 de octubre 1958; *Vendée Sablaise*, Nantes, 26 de octubre de 1958.

[Sobre la crisis de Chipre y Eugenio], *El Universal*, Caracas, 22 de noviembre de 1958.

1962

«L'Hellénisme est en deuil», *Lyon-Information*, Lyon, 1962.

«S.A.I. y R. el Príncipe Eugenio Láscaris Comneno», *Diario de Boyacá*, Tunja, 26 de julio de 1962.

«L'Hellénisme est en deui: Son Altesse Impériale et Regent le Prince Flavius Eugène II Láscaris Comnene», *Independance*, París, 15 de agosto de 1962.

ANEXO 8

Bibliografía de Eugenio Láscaris

- *Caligrafía griega y bizantina*, Madrid, [el autor], 1943.
- «La fundación de Bizancio», *Aspiraciones* (agosto 1946).
- «Antiguas advocaciones de la Virgen en Constantinopla», *Liturgia* (1946).
- «La resistencia intelectual en Grecia durante la pasada contienda mundial», *Saitabi*, IV, 22 (octubre-diciembre 1946), pp. 281-284.
- «El Partenón iluminado», *Partenón* (1948).
- «Un libro notable», *Bibliografía. Anuario del bibliófilo para 1949*.
- «Liturgia byzantina», *Liturgia* (1949).
- «La primera gramática griega y el Pendikostarion de Estigbenos», *Partenón* (1949).
- «El Megaduque», *Partenón* (1950).
- «Las heroínas de Suli», *Nubis* (febrero 1951).
- «Ha muerto Guillermo Doerpfeld», *Nubis* (diciembre 1951).
- «Apócrifa carta de Jesucristo», *Oriente Europeo* (1952).
- «Caliniki: Evocación histórica», *Oriente Europeo*, VI, 21 (marzo 1956), pp. 39-46.

11 Prólogo: Individuo y crisis. En torno a Eugenio Láscaris-Comneno,
Pedro A. Martínez Lillo

15 Prefacio

17 Introducción

CAPÍTULO I

21 Literatura sobre Eugenio Láscaris

22 Eugenio Láscaris: un estudioso del mundo bizantino

24 A favor y en contra: la «polémica *Hidalguía*»

30 Los ecos a la muerte de Eugenio

CAPÍTULO II

35 Identidad y memoria

37 Renombrar al sujeto: cambio, sustitución y restitución

CAPÍTULO III

41 1906-1935: la restauración del Imperio Bizantino

41 1906: la herencia recibida

53 Sustitución y restitución en Eugenio Láscaris

54 El camino de la procura

57 El cambio: la sustitución

60 El cambio: la restitución

68 1924: «Viva S. M. Eugenio I, Rey Legítimo de los helenos»

68 La Grecia de los dos continentes y los cinco mares

- 73 Un anuncio en la Agencia Radio
- 79 El *Manifiesto de Seis Colonias Helenas*
- 83 La articulación de múltiples redes de sociabilidad
- 83 Eugenio y sus mecanismos de inserción en la prensa de la época
- 93 Los comités Pro-Láscaris
- 97 La culminación del proceso de cambio de identidad
- 101 1935: en busca del *basileus*
- 101 Hacia la restauración de la Casa de Láscaris
- 106 Los manifiestos de abril y septiembre de 1935
- 113 La restauración Glucksburgo

CAPÍTULO IV

- 115 **1936-1943: un príncipe al servicio del Nuevo Estado Español**
- 115 Eugenio Láscaris, capitán honorario del Requeté de Aragón
- 124 Eugenio Láscaris, juez militar

CAPÍTULO V

- 129 **1943-1962: los años finales**
- 129 Humanismo y filobizantinismo
- 134 La desintegración

- 143 **Conclusiones**

- 153 **Fuentes documentales**
- 155 Fuentes primarias
- 158 Fuentes secundarias

- 162 **Anexos**



CECEL (CSIC)



70

CUADERNOS DE ARAGÓN